

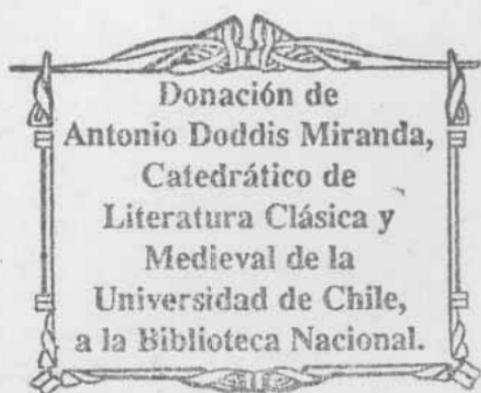
AMSTER

Ricardo A. Latcham
1903 - 1965

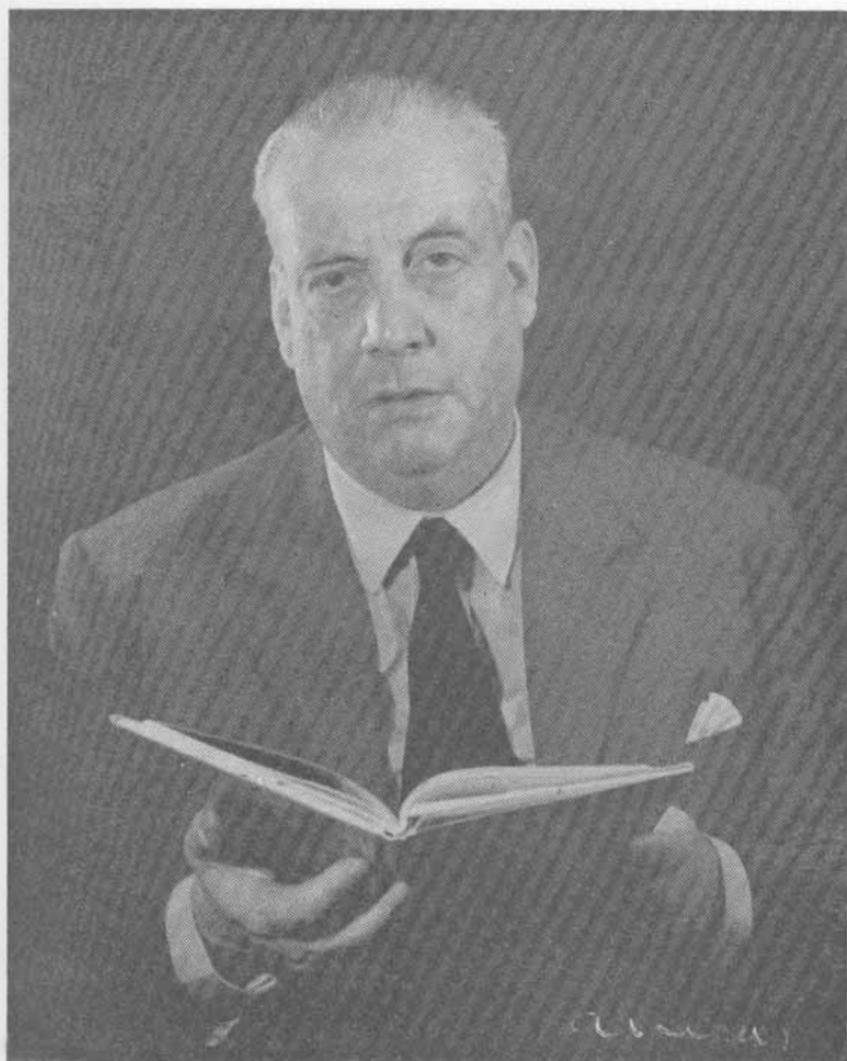
Ediciones Revista ATENEA

RICARDO A. LATCHAM

1903-1965



Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.



Ricardo A. Latcham. Fotografía de Rodolfo Auras, enero de 1959



Ricardo Latcham en 1908

EL HOMENAJE DE 'ATENEAS' A DON RICARDO A. LATCHAM

EN EL MES de marzo de 1929 apareció la primera colaboración de don Ricardo A. Latcham en la revista *Atenea*, bajo el título de *Reflexiones sobre el viaje*. Desde esa fecha hasta septiembre de 1958, la suma de trabajos con que contribuyó a fortalecer las perspectivas culturales que se han expresado permanentemente en las páginas de esta publicación universitaria, alcanzó al número de sesenta y seis, y ellos constituyen una síntesis de la lección que él supo dar, con generosidad y ánimo increíbles, en la cátedra, en el libro, en el periódico, en la polémica o en la conversación. Un análisis de los temas desarrollados por don Ricardo Latcham en esas crónicas, ensayos y comentarios sobre escritores europeos, americanos y chilenos, sería suficiente para mostrar la dimensión de sus intereses y para poner en evidencia su voluntad comunicativa de las múltiples incitaciones que le sugería el mundo literario. Como en todo lo que escribió, es posible sorprender en estas colaboraciones de *Atenea* el signo mayor de su vocación americanista, pero es necesario señalar cómo también apunta en ellas la profesión de fe en los valores hispánicos, a través de sus notas sobre Unamuno y García Lorca, por ejemplo; y cómo fue en esta revista donde dio a conocer uno de los aspectos de su personalidad, casi siempre ignorado por sus críticos: el del narrador que potencialmente había en él y que surge en los relatos titulados *La sombra del abuelo* e *Historia del jesuita, de Gaby y el millonario*, fuertemente enriquecidos por la presión de elementos autobiográficos.

En el transcurso de su largo magisterio universitario, Ricardo Latcham se propuso y logró suscitar en sus discípulos la inquietud por América, por comprender su realidad y avizorar su destino; por eso fue en su cátedra, como quería Mariano Latorre, más un explorador que un pedagogo, más un poeta que un expositor de materias. Es indudable que tal actitud respondía a su avidez intelectual frente a todos los estímulos del pensamiento, lo que le situaba en el polo opuesto de ese equívoco concepto de especialización denunciado como bár-

baro por Ortega; y porque no le fue ajeno nada de lo que guardara relación con las manifestaciones del espíritu creador, parece lícito fiarlo en la reducida corporación de nuestros humanistas verdaderos, tal vez como el último exponente de una clase ya casi extinguida entre nosotros y cuyo saludable imperio en la vida cultural del país será cada vez más difícil de restablecer.

Son éstas las razones que motivan el homenaje de la revista *Atenea*. En el número anterior, su director, don Milton Rossel, se anticipó a proponerlo, destacando "el ingente trabajo de este escritor que se dio con pasión y entusiasmo, con voluntad e inteligencia, al estudio de la historia y de las letras y a su divulgación e interpretación".

De acuerdo, pues, con lo que adelantara el director de la revista, hemos invitado a participar en este homenaje a diversos escritores extranjeros y nacionales. La inevitable perentoriedad de un plazo, indicado para la recepción de los trabajos, explica la ausencia de algunos intelectuales americanos, que hubieran deseado vivamente concurrir a esta publicación. Creemos, sin embargo, que las indagaciones acerca de la personalidad y de la obra de Ricardo Latcham que aquí se desarrollan, configuran de manera muy fiel la variada imagen del animador insustituible de los cuatro últimos decenios de nuestra existencia cultural.

Hemos considerado oportuno reproducir cinco testimonios, anteriormente publicados. El trabajo de Mariano Picón Salas —*El cordial visitante*— fue leído por su autor con motivo de la inauguración de un curso sobre Literatura hispanoamericana, profesado por don Ricardo Latcham en Caracas, en los primeros meses de 1956; el de Carlos Martínez Moreno corresponde a sus palabras de despedida, en nombre de la intelectualidad uruguaya, durante el homenaje celebrado en la Universidad de la República, al finalizar su gestión diplomática en el Uruguay; los de Carlos Real de Azúa y Mario Benedetti y la semblanza de Alone, aparecieron en la prensa de Montevideo y de Santiago, respectivamente, a fines de enero de este año.

El ágora de don Ricardo Latcham estuvo en todas partes; pero una de sus tribunas fue *Atenea*, y es justo —ahora que él ya no está entre nosotros— que se reúnan en estas páginas la simpatía fervorosa, el buen espíritu crítico y la admiración sin fronteras, y traten de rescatar, para el tiempo venidero, la presencia del hombre que no rehuyó ninguna empresa que pudiera iluminar el pasado de América y enaltecer su presente.

PEDRO LASTRA.

RECORDANDO A
RICARDO LATCHAM

ME HABIAN invitado para dar un curso de literatura española en Middlebury College, en Vermont, Estados Unidos. Salí de Washington, D. C. a la medianoche y llegué al amanecer a New York. Para hacer hora me metí en un café muy simpático en Times Square. De aquí salí a las seis y me encaminé a Central Station, para tomar el tren que va al Canadá. Lo tomé a las siete de la mañana. Este tren es delicioso porque, amén de cómodo, camina a la orilla del Hudson hasta Albany, capital del Estado de New York. Después de Albany tuerce hacia el Este y se encamina al Estado de Vermont y se detiene precisamente cerca del colegio a donde iba.

Me senté en un sillón cerca de la ventanilla del lado izquierdo del carro para mirar la riqueza y la variedad del paisaje. Del otro lado de la ribera contemplaba las casas de los millonarios de la región. Son casas espléndidas, con muelles a la entrada para guardar sus yates. Por distraerme —o por no distraerme— abrí un libro cualquier de los que iba a explicar en mi curso. No había leído una página cuando un señor grandote, de rostro enrojecido, de mirada inteligente, que era mi compañero de viaje, me dijo:

—Ese libro no me gusta.

—Ni a mí tampoco.

—¿Y por qué lo lee?

—Por eso, para poder decir a mis alumnos que es muy malo a pesar de la fama que tiene y de los elogios que le hacen no sé cuántos críticos e historiadores.

Después de estas breves palabras, mi compañero siguió hablando y hablando sin parar. Cuando llegamos a Middlebury College estaban en la estación el director y varios profesores esperándonos. Así conocí a don Juan Centeno, el director, y a los maestros don Tomás Navarro To-

más, a Amado Alonso, a Angel del Río, a Eugenio Florit, a Pedro Salinas, a Jorge Guillén y a Joaquín Casaldueiro. En el colegio conocí a otros varios maestros de menos renombre. Allí me enteré de que aquel mi compañero tan comunicativo era nada menos que el célebre crítico chileno don Ricardo Latcham.

Ya por la noche, después de nuestras clases y de las conferencias que se dictaron, nos reunimos en el Casinillo, sitio encantador, para tomar café, helados y tal cual pastelillo. Ya nos hablábamos de *tú* y ya nos habíamos contado no sé cuántas historias de nuestras respectivas vidas. Siempre iba con Ricardo su mujer, una señora delgadita, muy discreta y muy simpática, que de vez en vez decía cosas agudas y ocurrentes que nos hacían reír de buena gana. Ricardo le decía *Pajarito*, porque tenía el hábito (acaso exagerado) de comer muy poco, precisamente como un pajarito.

Durante el tiempo que permanecemos en Middlebury College, en el coche de algunos alumnos hicimos varias excursiones por los alrededores del lugar. Estuvimos en Bristol, en el Lago de Dunmore, en el Lago de Champlain y no sé en qué otros sitios llenos de encanto. Por las tardes, después de nuestras clases, nos encaminábamos a pie al pueblo para seguir la charla. Para ello tomábamos una veredita entre una alfombra de pasto verdecito y húmedo. En ocasiones venía con nosotros don Tomás Navarro Tomás, de quien aprendíamos mucho, no sólo de literatura, sino también de algo más importante de la vida, del sentido de lo humano y de lo digno.

En otra ocasión, Ricardo fue invitado por el Departamento de Estado para hacer un recorrido por varias Universidades de los Estados Unidos y así nos volvimos a ver en Washington D. C., donde yo vivía por aquel entonces. Las conferencias de Ricardo fueron muy comentadas, no sólo por la prensa y los críticos, sino de modo especial por los maestros y los alumnos, porque sus tesis eran originales, pues iban derecho a la raíz de los temas y de los autores. Una de las conferencias más lucidas que le oí fue sobre el sentido y la evolución de la novela hispanoamericana.

En Washington dimos lindos paseos en los cuales, como es natural, yo resultaba el guía. Unas veces se nos iban las horas a la orilla del Potomac, otras veces tomábamos el *street car* hasta Alexandria o hasta Maryland. Visitamos también los museos de Baltimore y de Filadelfia. Ricardo no tomaba notas, sino que miraba y volvía a mirar y hablaba y volvía a hablar. Donde lo vi más conmovido fue cuando lo llevé al Museo de Lincoln, es decir, al sitio donde fue herido y a la casa

donde, al día siguiente, murió. Cada detalle, cada pormenor, causaba a Ricardo hondísima impresión.

Después volvió a Chile, y pensé que ya no lo volvería a ver más. Pero el destino tiene sus buenas ocurrencias. Como a los dos años tuve que ir, por razones de mi cargo en la Unión Panamericana, a Santiago de Chile. En esta ciudad se celebraba un Seminario de Educación de Adultos o cosa por el estilo. Cuando bajé del avión me encontré en el aeropuerto al Embajador de México, don Manuel Maples Arce, mi grande y querido y viejo amigo, y ¡válgame Dios! al mismísimo Ricardo. ¡Qué agradable sorpresa! No sé cuántos abrazos nos dimos. De ahí en adelante, terminadas mis labores entre oficiales y docentes, con Manuel y Ricardo nos reuníamos, unas veces en la Embajada y otras en la casa de Ricardo, en unión de algunos escritores chilenos. Entre los más asiduos estaban don Eduardo Barrios, ¡tan señor y tan conversador!, y el simpatiquísimo y enamorado de Mariano Latorre. Cuando Mariano contaba sus aventuras donjuanescas no había más remedio que callarse. Todos nosotros nos callábamos para oírle embelesados. La única que al final ponía el comentario necesario era *Pajarito*:

—Mariano, ¿qué necesidad tiene de mentir tanto?

Mariano soltaba la risa y reanudaba otra historia de amor.

Nosotros nos hacíamos cruces ante su labia y su buena imaginación.

Por las tardes íbamos al teatro o bien, esto era lo más frecuente, nos metíamos en un café para continuar la charla que habíamos empezado en Middlebury College. Ricardo me llevó a caminar por la Avenida O'Higgins. Conocí el célebre cerrito de Santa Lucía y me hizo tropezar con la casa donde según parece vivieron Rubén Darío, Lastarria, Andrés Bello y no sé quiénes más. En su casa me di el estremecido gusto de tener en mis manos las primeras ediciones de obras célebres. Por ejemplo, de *Azul*, de Darío, y las de Blest Gana. Del comer no quiero ni hablar, porque en esta ciudad tan cerca del mar se comen mariscos como en México se come maíz y frijol. En cualquier restaurant nos servían langostas, jaibas, cangrejos, ostiones, langostinos, pulpos y sepa qué otras preciosidades del mar. Y de los vinos chilenos, ¿qué voy a decir? El más malo (es un suponer) es sencillamente un néctar. A propósito de vinos Ricardo me llevó a conocer varios viñedos y varias bodegas de vino. Aquí, entre probatura y probatura, estuvimos a punto de emborracharnos de lo lindo.

Pero al fin tuve que salir rumbo a Buenos Aires para asistir a otra conferencia ociosa y melindrosa de esas que organiza la Unión

Panamericana para recreo de ociosos (como yo) y para tramposillos como no sé cuántos tipos y tipejos que medran a nombre de la cultura democrática bendecida por los Estados Unidos.

A los pocos años tuve que volver a Santiago de Chile; la verdad, me empeñé en volver más que nada por encontrar a mi amigo Ricardo. Reanudamos nuestra firme amistad. Recuerdo que en esta ocasión tuve oportunidad, gracias a él, de conocer varios museos de arte y la biblioteca que fue de don José Toribio Medina. Ricardo, que era gran conocedor de estas cosas, gastó semanas y semanas en las explicaciones que me dio y que consideró indispensables para formarme buen juicio de aquellas muestras de la cultura chilena.

Entonces Ricardo escribió el prólogo de uno de los tomos de mis Memorias y que luego incluyó en un volumen de sus estudios de literatura hispanoamericana. En su casa tuve la oportunidad de saludar al gran escritor español Camilo José Cela. Había tanta gente que apenas si tuvimos ocasión de cruzar dos palabras, cosa que sentí mucho, pues me hubiera gustado charlar con él y preguntarle de mi admirado Pío Baroja, su gran amigo también.

Cuando me despedí de Ricardo pensé, con tristeza, que ya no habría oportunidad de volverlo a ver. Desde Washington seguí comunicándome con él; nos escribimos largas y pintorescas cartas. (La Universidad Nacional Autónoma de México va a publicar un volumen de las cartas literarias que, en cincuenta años, he recibido, entre las cuales figuran las de mi gran amigo).

Pero he aquí que tengo que ir a La Habana como jurado del concurso literario convocado por la Casa de las Américas. Estaba yo registrándome en el Hotel Riviera cuando siento que me abrazan y me gritan varias veces: ¡Ermilo, Ermilo! Volteo y me doy cuenta de que era Ricardo. No me cabían en el alma el gusto y la sorpresa. Al lado de Ricardo estaba *Pajarito*, tan sonriente y tan cariñosa como siempre. Casi no puedo contar las escenas que se sucedieron: cenamos, conversamos, volvimos a conversar, fuimos al teatro, al cine y volvimos a conversar. Después, en unión de los otros jurados emprendimos una jira por las principales ciudades de la isla. Estuvimos en Matanza, en Camagüey, en Santa Clara, en las Villas, en Cienfuegos, y en algún otro sitio que se me escapa de la memoria. Cuando nos detuvimos en Varadero pasamos largas horas sentados cerca del mar. Debíamos volver a La Habana al día siguiente, para reanudar nuestras tareas como jurados. Después de comer, Ricardo me dijo:

—Regreso hoy a La Habana.

—Pero Ricardo, quédate una noche más. Aquí descansas. Todos re-

gresaremos juntos, como estaba convenido, mañana temprano. No corre prisa nada.

—Sí, sí, pero quiero revisar unos papeles relacionados con mi conferencia.

—¡No me digas! Ya sé de qué vas a hablar. Ese tema lo conoces de memoria. Te sobrará materia y te faltará tiempo para decir todo lo que te dé la gana.

—Sí, sí, pero prefiero llegar hoy y trabajar un rato. Mañana nos vemos.

Y no hubo poder de Dios que pudiera detenerlo. Lo acompañamos al coche y en unión de *Pajarito* se dirigió a La Habana. Habrá llegado hora y media más tarde.

Estábamos todavía en el comedor del hotel tomando un café como a eso de las seis de la tarde, cuando me di cuenta de que el amigo que nos servía de guía iba y venía con mala cara, con ánimo descompuesto. No se atrevía a decirnos nada. Al fin se acercó a mí y me dijo:

—Don Ermilo, una terrible mala noticia para usted.

Hizo una pausa.

Yo me quedé en suspenso.

—¿Qué pasa?

—No me atrevo a decírselo.

—Dígame, dígame.

—Me acaban de hablar de La Habana; don Ricardo murió repentinamente.

No pude responder. Me senté e hice que me repitiera tan horrible noticia.

—Sí, don Ermilo, es cierto. Don Ricardo murió casi al llegar al hotel. Murió en un instante.

Recogimos nuestras maletas, suspendimos toda fiesta y regresamos a La Habana. Viajamos mudos. Margarita tenía los ojos llenos de lágrimas.

Cuando llegamos al hotel Riviera fuimos derecho al cuarto de Ricardo. Entre las lágrimas pudimos abrazar en silencio a *Pajarito*. Luego, en balbuceo entrecortado, conocimos las noticias breves de los últimos instantes de Ricardo.

—Me siento mal —dijo a su mujer.

Y se acostó en su cama, así vestido como estaba.

Pajarito le vio el semblante raro. Llamó a la administración del hotel y, por mera casualidad, había allí un médico que se apresuró a subir. El médico le dijo a *Pajarito*:

—Acaba de morir, señora.

Después las guardias en la Universidad; el viaje de *Pajarito* con el cuerpo de Ricardo a México, para luego retornar a Santiago. Los compañeros del Jurado, los escritores de La Habana, las autoridades oficiales y de la Universidad, no escatimaron medio para acompañar a *Pajarito* hasta el instante en que se despidió de nosotros en el aeropuerto. Ricardo fue uno de los amigos que más he querido, que más he admirado. Lo llevo dentro del alma. Era bueno, inteligente, recto y profundamente humano. Era todo limpieza espiritual.

RETRATO DE LATCHAM

nos presentó Amorim. Fue en el Salto, en la acogedora e increíble casa de "Las Nubes", una de esas tardes particularmente bochornosas que suele ostentar el verano en el norte uruguayo. Resultó un encuentro fugaz, casi al filo de mi partida —de mi huida— hacia el sur más propicio. Para mí, que suelo retraerme ante los recién conocidos, este hombre de conversación tan caudalosa, que reducía a silencio al propio Amorim —este hombre ruidoso de brazos moviéndose como grandes aspas— no me impresionó favorablemente. Después pasaron muchas cosas: entre ellas una amistad profunda subrayada por espaciados encuentros. Y lo evoco en la última visión, en un almuerzo matizado con abundante vino blanco, en el famoso "Pulpo" porteño, hacia principios de diciembre de 1964, a poco menos de un mes de su muerte, cuando escandalizaba a una amiga muy querida con sus inagotables desenfados a propósito de un congreso de académicos. Entre esas dos fugacidades, ¿cuántas otras fueron componiendo el rostro de la amistad sobre tantas otras ciudades de nuestras deambulaciones? Salto, Montevideo, Santiago, Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, San Pablo, París: las rutas variadas, los encuentros tumultuosos, las visitas inesperadas y —sobre todo— los estallidos de una vitalidad comunicativa, fundamental.

Si el retratista ha de procurar un rasgo esencial para definir a su personaje, yo diría que esta vitalidad avasalladora constituía en Latcham la nota dominante. Pero no era la suya una simple vitalidad biológica, sino un apetecido amor por la vida con todos sus secretos y todos sus matices, un amor por la vida que en ocasiones parecía hacerlo desdeñoso de la vida. De primera intención, cualquier testigo superficial (y yo mismo debí ser tomado por tal en mi primer tope-tazo salteño), podría conceptuarlo como un escéptico más o menos

frívolo y circunstancialmente cínico. El mismo se complacía en componer esa imagen, en prodigarla ante quienes le escuchaban, como si fuera, ya de vuelta de tantas cosas, algo semejante a un cardenal del Renacimiento, sabiamente descreído. Pero no era un descreído, sino el ser capaz de comprenderlo todo por exceso y por excelencia de amor, por una humanidad que acaso —sí— pudiera emparentarlo con aquel purpurado francés que Julio Dantas dibujó en su *Cena de los cardenales*.

Sólo un acto de fundamental amor podía llevarle a asumir el duro oficio de crítico, y sólo ese primordial amor pudo dictarle un interés tan acucioso y militante por la literatura de su tierra chilena y por las literaturas de los demás países de Hispanoamérica: amor en cierta forma apasionado y en cierta forma, también, casi reverencial. Sigo apuntalando así las paradojas vitales de este ser, porque a primera vista pareciera que lo reverencial no casaba con quien era una constante llama polémica, una contradicción al ataque deleitada en el juego dialéctico de los disentimientos. Es cierto: una sangre barbotante dinamizando a un cuerpo macizo con poderoso cuello de toro y pesado andar de bestia en acecho, parecían destituir a Latcham de cualquier actitud reverencial. Y la tenía, sin embargo, en grado sumo: era reverencial como gesto de inteligencia y de amor, no de sumisión; reverencial por la comprensión y la admiración del esfuerzo de los demás, por la capacidad de valorar ese esfuerzo en sus padecimientos cabales. Bastaría, pongo por caso, hojear rápidamente su *Carnet crítico*, apenas un muestrario de lo mucho que confió a la caducidad del artículo periodístico. Es posible (y acaso saludable) que cualquier lector pueda encontrar múltiples discrepancias con cuanto allí se sustenta; pero nadie, en cambio, podría desconocer todo cuanto los ensayos allí reunidos significan para una mejor comprensión de la literatura latinoamericana. Latcham desparramó ese fervor en centenares de notas periodísticas, desconocidas las más de ellas, y quizá perdidas. Representan, sin embargo, una historia viva de nuestras literaturas en las últimas décadas, y sólo ese vasto material, morosamente acarreado en su biblioteca, pudo permitirle compilar, con los mismos ingredientes de sabiduría y amor, su *Antología del cuento hispano-americano*, donde la intención selectiva —nada ecléctica, nada complaciente— queda respaldada por un prólogo prolijamente apechugado, arisco en sus razones profundas. Subrayo así, otra vez, la dominante de su espíritu: una esperanzada certidumbre de futuro en medio de su aparente escepticismo, una esperanzada certidumbre que lo llevaba a ser obrero activo en el entendimiento cultural entre nuestros pueblos. Puso empeño

en lograrlo, y fue en mitad de ese empeño, precisamente, que quedó suspenso para siempre su corazón castigado entre el aire tibio de la Cuba de Fidel.

Pero el amor no implica necesariamente la aquiescencia. Puede odiarse por amor, y a veces nace el odio de una necesidad del amor. A veces es menester odiar ardidamente a lo que escarnece el amor, y pienso que mucho en la actitud polémica de Latcham dependía de esa imperiosidad para destruir los entorpecimientos del amor. De pronto su torso vigoroso se agigantaba por sobre su pupitre, rítmicamente batido por sus manazas agobiadoras, y el diputado hasta entonces sonriente encontraba los acentos de la ira para demoler a los contrincantes acantonados en la derecha reaccionaria. Era fulminante en la réplica —urticante, corrosivo—, como si no sólo necesitara destruir sino también disipar con su ácida oratoria hasta el recuerdo de sus cadáveres dialécticos. Era entonces temible, y era entonces cuando uno podía comprender hasta qué punto la palabra representa el arma más peligrosa en poder de los hombres que saben usarla. Dicen que fue —por eso— el parlamentario socialista más contundente. Y tengo para mí que ese amor por los ideales últimos del socialismo, por encima de las peripecias de su propia vida política, explica como una integridad la conducta de Latcham, en apariencia tan desconcertante.

A la sombra del vino, rabelesiano y jocundo, su anecdotario se desgranaba como una inacabable teoría de sucesos: una memoria infatigada al servicio de un conversador sin urgencias. Entonces uno entreabría la puerta de la *petite histoire* y, gracias a ello, se colaba de rondón en la *grande histoire*, descubriendo algunas de sus claves a través de esas zafaduras de Latcham repartidas como mandobles a derechas e izquierdas. El rostro de nuestra América —el rostro de sus políticos, de sus escritores, de sus artistas— surgía así, imperioso, en el hablar sin fronteras de este trotador infatigable. Ciertamente que se desmoronaban algunas reputaciones fatigosamente apuntaladas, pero quedaba vibrando en su entorno un fragmento vivaz de nuestra historia íntima —la de todos— casi siempre desconocida, cuando no deliberadamente deformada. Entonces, también, he imaginado qué estupendo libro de memorias, socarrón y filoso, hubiera podido componer este chileno esencial. Le sobraba audacia para ello, porque su lengua no se demoraba en decir lo preciso (y a veces algo más). Y cuando le vimos en días muy difíciles como embajador en Montevideo, pudimos comprobar que los protocolos eran para él cosa de poca monta: capaz de desdeñar a sus colegas para deslizar sobre ellos el adjetivo implacable y, desde luego, nada diplomático y, desde luego, siempre justo y justificado.

Era, en definitiva, una articulada bomba de tiempo dispuesta a desbaratar en el momento oportuno los acontecimientos más solemnes y las simulaciones más estiradas.

Acaso por ello era Latcham embajador natural de Chile. Orgulloso de su país, henchido por las tradiciones de independencia intelectual y de convivencia democrática de su patria, Latcham se sentía, no obstante, entrañablemente americano, como si comprendiera que por encima de las fronteras políticas subsisten entre todos nuestros pueblos las mismas necesidades primordiales y los mismos problemas irresueltos que arrastramos desde la Colonia. Su entusiasmo por los intercambios culturales le venía, por lo tanto, desde sus adentros y comenzaba por practicarlos él mismo con magistral ejemplaridad. No creo que sean muchos los americanos que, como él, conocieran con mayor minuciosidad cada una de nuestras literaturas latinoamericanas, cuidadosamente pesquisadas hasta en sus manifestaciones más recientes. Era, como suele decirse, un hombre *à la page*. Entonces, también, en sus meteóricas presencias porteñas, uno le veía meterse en las librerías, revisarlas vehementemente, salir cargado de paquetes, quedarse luego hasta altas horas de la noche, en la habitación del hotel, leyendo los libros más flamantes, y comentándolos y aun discutiéndolos a la mañana siguiente, con el mismo enardecimiento pasional con que los muchachos suelen debatir esos temas —a los gritos— en sus cafés rugientes. Uno veía a Latcham preocupándose especialmente por saber qué hacían los más jóvenes. No era que tuviese la complacencia juvenilista de admitir que los más jóvenes son siempre —necesariamente— los que tienen razón, sino porque sabía —cuerdamente— que a través de ellos es posible adivinar el sentido más íntimo de las nuevas necesidades del mundo. Su estar *à la page*, entonces, no era simplemente erudito, sino vital. Le interesaba lo nuevo como vida, no meramente como información o como recreo. Era —también en esto— la avidéz de la vida.

Mientras procuro fijar sus rasgos voy pasando, desordenadamente, las páginas del *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*. Puede decirse que el alma de Latcham recae puntualmente en esas páginas de esmerada tipografía: están allí sus ensayos, están las noticias de sus donaciones generosas al fondo bibliográfico del Instituto; pero se adivina especialmente su capacidad de animador para el trabajo de los jóvenes investigadores, a quienes le vi alentar entre chanzas que procuraban disminuir la solemnidad profesoral.

Y entonces vuelvo a las puntualizaciones del amor como signo de la función crítica de Latcham, de ese amor entendido como *eros* en el instante y en la plenitud de la comprensión. Y entonces, también,

se percibe que en semejante comprensión descansa un acto creador, capaz de restituir a la crítica las potencias fundadoras que le corresponden en toda cultura desarrollada. Y entonces descubrimos la lección fundamental de Latcham, que resplandece por sobre las contradicciones, las contradicciones y aun las versatilidades que le gustaba exagerar casi como un niño que maneja atrevidamente un juguete peligroso. Esa lección se funda sobre la certidumbre en la capacidad de nuestros pueblos para fortalecerse ante el enemigo común mediante su mutuo entendimiento. Para esa certidumbre resultaba a veces herramienta irremplazable la iconoclastía de Latcham, porque si a ratos podía ser injusta, casi siempre ayudaba a desbrozar el camino a grandes manotazos para que otros pudieran andarlo más sueltamente. Y entonces vuelvo a recorrer en su compañía, por última vez, las calles de Buenos Aires, sorteando el estruendo de un tránsito endiabladamente desordenado, mirándolo avanzar en su lenta marcha, con sus ojos como dormidos pero tan intensamente escrutadores, con ese andar de un buen burgués cansino que sale a hacer sus plácidas digestiones y que era, sin duda, la última de sus burlas, porque nadie estaba más lejos que él de la pacatería del buen burgués que se estremece ante las salidas fuera de tono. Latcham era —siempre— un “fuera de tono”, acaso porque estaba consustanciado con la tonalidad profunda de una América Latina que quiere redimirse de sus poderosos vecinos protectores.

RICARDO A. LATCHAM

LA LISTA de obras de un autor suele ofrecer, a veces, títulos bien hallados que los evocan y servirían para definirlos, comentándolos, como esos fondos de retratos que los pintores suelen esbozar detrás de la figura. Se concibe, por ejemplo, una galería de semblanzas necrológicas en que los nombres de D'Halmar, Gabriela, Neruda, Huidobro, se prolongaran con la resonancia de *La sombra del humo en el espejo*, *Desolación*, *Residencia en la tierra*, *Temblores de cielo*.

A Ricardo Latcham le convendría su *Itinerario de la inquietud*. Es el que mejor lo pinta.

Siempre estuvo en marcha, andando, moviéndose, sin tranquilidad. No hubo ser más distante de esa dicha segura prometida por el filósofo francés al hombre capaz de estarse solo, sentado, en su pieza. Uno de sus primeros actos de orador público fue una conferencia religiosa que dio en un templo, creo que el de San Francisco, ante un auditorio compuesto principalmente de señoras piadosas, Madres de la Iglesia. El último iba a ser otra conferencia que estaba preparándose para ofrecer en Cuba a oyentes entre los cuales abundarían de seguro los "intrínsecamente perversos".

Entre una y otra, ¡cuántas curvas!

Ninguna permitiría acusarlo de inconsecuencia o ambiciones extrañas. Era así, obedecía a su ley, ajena al reposo. Las ideas se le atropellaban y no las conseguía sujetar. También se le salían escapadas las palabras, las frases, las imágenes, con frecuencia, deslumbradoras en cabalgatas donde las fórmulas ingeniosas chispeaban. Su elocuencia trepidante y continua, alimentada por una memoria prodigiosa, hacía difícil imaginárselo entregado a la lectura. ¿Cuándo, dónde, cómo? Sin embargo, de allí tenía que venir la caudalosa fuente de su erudición, el manantial de su saber; porque el de su palabra atajaba el que,

con la suya, le hubieran aportado los demás. Había que verlo. Y oírlo. Iba, venía, cogía un libro, hacía una observación, la dejaba en suspenso para intercalar otra, levantaba la mano para que no lo interrumpieran y, aun estando en silencio, su rostro sonreía, movía los labios, abría la boca, porque ya la réplica inminente lo apremiaba.

Como tan a menudo sucede, llegó a la crítica literaria, pedestal de su renombre, después de cruzar por la poesía y el relato novelesco.

Hay un poema suyo, de extremada delicadeza, con un sentimiento impalpable y singular, que incluyen *Las cien mejores poesías chilenas*. De unos recuerdos personales que estaba evocando y que dejó inconclusos se desprendió un trozo, *La sombra del abuelo*, para una antología. Cuando se cuidaba, cuando ponía interés y voluntad, salían de sus manos páginas maestras. No pudo decirsele, como es de regla con los críticos, que eligió este género por impotencia. Pero siempre estaba de prisa, apurado por su terrible itinerario. La enseñanza, ese molejón, la política, esa corrida de toros, el periodismo, la diplomacia, los viajes, giras continentales y compromisos se lo repartían para desgastarlo hasta el agotamiento. Será preciso espigar en lo suyo, calificar y clasificar mucho antes de formar el volumen que lo representa en plenitud. Aun así, es de temer que no haya nada concluido y que valga lo que pudo ser, con líneas definitivas, sin ensayos, jadeos ni cortes.

Las líneas hereditarias complicadas en su temperamento, no dieron un tejido compacto, una tela resistente. El que estudie y quiera organizar su producción vastísima para sacar de allí la síntesis de su persona, la clave de su carácter y su talento, deberá empezar por *La sombra del abuelo*, reminiscencias infantiles que debían abrir un libro de memorias.

"Abuelo Tomás —citamos— está ligado a una casa antigua, polvorosa, a unos muebles grandes como catafalcos, a un vetusto sillón destaralado que hacía marco a su tosca estampa de marino inglés. Recuerdo también un patio interior donde dominaba un gran naranjo que se vestía de gala, embalsamando el patio como una novia frutal. Allí estaba la pieza vieja y sombría cual la bodega de un barco. Abuelo Tomás prendía siempre una estufa. Yo no sé por qué semejava un anticipo del infierno para los dos o tres chicos de la mansión. Como un viejo pirata cansado de peregrinar por el lomo del mar y con el alma tatuada de paisajes, el abuelo declinaba en ese historiado mueble, último barco en que acunó su fantasía sajona".

Contrasta con el viejo rudo y malhumorado, temido y añorante, una figura femenina hecha de dulzura, diseñada al pastel, graciosa de simpatía arcaica:

“La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana. De un patio a otro descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de un rostro blanco y lechoso, que no mancilló el cosmético, ni aun el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento. Algo, empero, los unía: la religión puritana”.

Eso trajo la desunión y, acaso, la primera trizadura en el alma del niño.

“Para mí —continúa— educado en el catolicismo suntuoso y ritual por la austerísima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón. El Dios de ellos era más duro, más victorioso que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil canciones místicas y amorosas con que lo honraban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dio vuelcos en el corazón, ni jamás tuvo virtudes, ni surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas”.

Todo eso, puritanismo, austeridad, catolicismo, ritual y culto suntuoso, debió ir dejándolo atrás el niño que dejaba de serlo para tomar su propio itinerario. No sorprende que careciera de quietud.

Ricardo Latcham tenía una sensibilidad muy viva para el ambiente. No sé cómo se manejaría en la Cámara de Diputados. Supongo que en la cátedra estaría mejor y, más todavía, en los salones y las antecámaras de los diplomáticos, pese a su don verbal. A mí me tocó tratarlo durante un tiempo en casa de un amigo común que nos invitaba, con otros, a comer. En cierta época, asistió a esas reuniones, las más agradables de que guardo memoria, otro escritor, periodista y accidental político: Jenaro Prieto. Sea influjo de los anfitriones, sea estímulo del ingenio de Jenaro, sea conjunción de fluidos favorables, esos que algún día se captarán, como las ondas de radio, el hecho es que la vivacidad de Ricardo Latcham irradiaba, su conversación era un chisperío y todos disfrutábamos de la fiesta. No había sino que escuchar. Como la residencia de nuestro amigo estaba algo distante, vecina a la Quinta Normal, salíamos los tres juntos; entonces, Ricardo Latcham cambiaba. Era algo inmediato, que se producía en la puerta de calle. Diríase que allí le hubieran quitado a su instrumento una cuerda. Seguíamos rumbo a la Alameda. Jenaro nos dejaba a medio camino y nuevo cambio, nuevo tono de Latcham, otra cuerda en su registro. El hecho se repitió tantas veces que ya contaba con él y no me sorprendía. Ahora aprecio lo que revela de respuesta vibrante a la atmósfera e imagino las peripecias que en una existencia, como la

suya, tan movida, debió sufrir su ánimo para afrontarla. Creo que en la última parte de nuestro camino solitario. Latcham guardaba silencio.

Acaso esas antenas para percibir lo imponderable le hacían cambiar, lo obligaban a moverse y lo mantuvieron, pese a sus males físicos, extrañamente joven de inteligencia hasta el fin y en contacto con las nuevas generaciones. Ha muerto de sesenta y dos años; pero nunca pareció viejo. Las inquietudes no lo desviaron, hay que reconocerlo, de una dirección fundamental: la izquierda. Era de avanzada y lo fue sinceramente, hasta el fin.

Tal vez por eso no nos entendimos demasiado.

La diferencia de temperamento no impedía, sin embargo, que en cierta órbita, coincidiéramos. Y llegada esta hora de melancolía, cuando tantos tañidos llaman uña y otra vez a final, es para mí una satisfacción haberle podido demostrar a mi difícil colega en determinado instante, cuando un voto decidía una elección, que el valer auténtico y la categoría literaria priman a veces, incluso en la quisquillosa grey, sobre sólidas amistades y viejas enemistades.

Todos esperábamos, vagamente, que Ricardo Latcham, con ese vasto saber acumulado, con ese talento deslumbrador, moderara algún día sus inquietudes, y, recogiénose, realizara dentro de la amplitud debida, la obra de que era capaz. No calculábamos que el reposo iba acercándose y que el itinerario de su inquietud bordeaba ya los límites donde lo depositarían bajo esa inscripción que le conviene tan poco, que pudo haber aguardado más: R. I. P.

(*El Mercurio*, Santiago de Chile, 31 de enero de 1965).

PERFIL HUMANO DE
RICARDO A. LATCHAM

HACE MAS de cuarenta años, que oigo hablar de Ricardo A. Latcham, extraño personaje, vecino de la comuna de Providencia, cuando era sólo una aldea y corrían los tranvías número 11, con imperial, y esas pintorescas cobradoras cuyos pequeños sombreros de hule negro, ladeados, dejaban descubiertos sus inmensos moños. Ricardo vivía con sus padres, el sabio arqueólogo y antropólogo inglés don Ricardo E. Latcham y la señora Sara Alfaro, oriunda de La Serena.

Transitaba casi diariamente por la Avenida Providencia; le veía pasar frente a nuestra vieja casa ubicada en la esquina de Román Díaz de la misma avenida, donde acaba de levantarse un edificio de muchos pisos: alto, delgado, amplia frente, pálido, nervioso y enteco. Aunque yo era muy amigo de su madre y de su única hermana Olga, a él no le conocí entonces personalmente. Había entre ambos una diferencia de edad y de cultura que nos separaba: Ricardo frisaba en los 21 años y yo en los 18.

En aquella época el futuro colega y amigo comenzaba a actuar en los círculos católicos y literarios. Escribía en la *Revista Católica*, dirigida entonces por el Pbd. don Manuel Antonio Román, vicario general del Arzobispado, humanista y académico de la Lengua, a quien Latcham recuerda como su principal maestro en el discurso de incorporación a la Academia Chilena en 1956, y cuyo alto magisterio reconoció hasta el fin de su vida. Conoció en aquel tiempo a muchos escritores eclesiásticos nuestros; entre otros, a don Julio Tadeo Ramírez, don Francisco Donoso González y don José Luis Fermandois, redactores oficiales y colaboradores del órgano del clero.

Tanta era la fama del joven, que su primera conferencia religiosa la dio en el antiquísimo templo de San Francisco, cosa desusada en aquella época.

El muchacho nervioso, inconformista y contradictorio, nació en La Serena, ciudad donde trabajaba su padre, en 1903. El primer maestro de Ricardo fue su propio padre. Cuenta él que le ayudó a hacerse hombre una frase, original o aprendida, del autor de sus días: "no creo nada de lo que me cuentan y sólo la mitad de lo que veo". Obsequió don Ricardo a su único hijo varón, un ejemplar de Robinson Crusoe, de Daniel de Foe, "expresión profunda y concreta —dice Latcham de la lucha de un hombre contra la naturaleza, emblema del carácter inglés".

Los esposos Latcham-Alfaro, se radicaron en Santiago; y el vástago fue educado en los dos institutos antagónicos: primero en el Humanidades, ahora Luis Campino, dependiente del Arzobispado, y después en el Nacional, de inspiración entonces absolutamente laica y antirreligiosa. Ricardo calificó, cuarenta años después, al Rector del Instituto de Humanidades, Pbd. don Luis Campino, "como un prebendado mundano y aristocrático", y al profesor de gramática, el futuro canónigo don Juan Bautista González, de porte circunferencial, le moteja de "bondadoso y sibarítico clérigo".

Por desgracia, en el colegio regentado por eclesiásticos "le anulaban pronto las primeras pretensiones literarias al ser sometido a crítica burlona por don Luis Campino y el profesor de gramática don Juan Bautista González", uno de los puristas más insoportables que he conocido.

Estuvo tres años en el Instituto Nacional, donde estudiaban "los hijos de liberales"; "pero como yo soy algo contradictorio —confesaba Ricardo al incorporarse en la Academia de la Lengua— el resultado de esa experiencia fue más bien adverso y me incliné entonces a la línea católica y tradicionalista en contrapunto a lo que pensaba mi padre y también la mayoría de sus amigos". Se interesó por los "misterios de la religión católica" y su padre le puso en manos del obispo de La Serena don Carlos Silva Cotapos, quien le enseñó apologética y le recomendó libros de formación humanística como la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, "que si no contribuyó —refiere él— para ganarme a la causa de la Iglesia, sirvió notablemente al diseñar una futura e insobornable vocación hispanista". Confiesa Latcham que Silva Cotapos le sirvió "como maestro, mucho más que muchos profesores oficiosos".

Terminó sus humanidades privadamente. Algunos pensaban hacer de él un abogado, y el obispo Silva Cotapos, le aconsejó que se dedicara a la historia.

Otro de los buenos maestros, a quien Ricardo Latcham recordaba

siempre, era don Ramón A. Laval; este varón de Dios le corregía las faltas de ortografía, y le enseñó "a tener horror a los galicismos".

Estuvo siempre muy cerca de su ilustre padre, y se acostumbró a tratar hombres maduros y sabios durante su juventud: alternó frecuentemente con don Rodolfo Lenz, don Carlos Porter, don José Toribio Medina, don Valentín Letelier, don Alejandro Cañas Pinochet, el arqueólogo don Max Uhle, el obispo don Carlos Silva Cotapos. Estas amistades le obligaban "a pensar cosas superiores" y a leer obras científicas y literarias.

Militó en las filas del peluconismo, y se entregó con toda la vehemencia de su carácter apasionado y vibrante a la causa que había abrazado; entonces y hasta hace muy poco, católico y conservador eran sinónimos.

Junto con actuar en política, estaba de lleno entregado al apostolado: en 1922 figuró entre los celadores del culto de la Sociedad de San Luis Gonzaga y tuvo actuación descollante en el Congreso Eucarístico de ese año. Ambos formamos tal vez en las filas de esa inolvidable procesión eucarística que recorrió la Alameda Bernardo O'Higgins, y terminó en el cerro de Santa Lucía, desde cuya cima bendijo a la ciudad con el Santísimo Sacramento, el discutido y visionario Arzobispo don Crescente Errázuriz Valdivieso, figura revolucionaria de nuestra iglesia para su época.



Ricardo A. Latcham se aficionó al estudio desde muy joven; le movió a ello su natural inclinación y el ejemplo de su padre, que vivió dedicado a la ciencia, y el de sus maestros sacerdotes y seglares. El entusiasmo por la lectura y la investigación, le permitieron conocer en su adolescencia la literatura chilena y americana, y algunos clásicos. En aquel tiempo comenzó a juntar libros y papeles, con los cuales llegó a formar una biblioteca de cuarenta mil volúmenes, de las mejores de Hispanoamérica, y un archivo muy valioso. La librería, por disposición testamentaria del escritor, pasará al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, y los documentos y recortes ya están en el Instituto de Literatura Chilena de la Universidad.

En 1919, inició las colaboraciones en la prensa; su primer artículo apareció en *El Chileno*, de La Serena. Entre los años de 1920 y 1927, escribió en la sección bibliográfica y después en la de literatura de la *Revista Católica*. Sus artículos eruditos, vibrantes, impetuosos y con "exabruptos", como dice Alone, llamaron la atención del clero y de

los intelectuales. La primera colaboración fue una crítica sobre *La reata del camino*, novela del escritor español Adolfo Rodríguez y Martínez, que llamó bucólica y en general la aplaudió.

Generalmente escribía sobre libros y, a propósito de una crítica sobre *El Hermano Asno*, de Eduardo Barrios, polemizó con un sacerdote franciscano, de menos que mediana estatura intelectual, a quien causó extrañeza que, siendo Latcham católico, elogiara la obra del novelista. El joven apabulló a su contrincante, y le advirtió que en el comentario de *El Hermano Asno* (1922), él no alababa las irreverencias del autor, sino el alto valor literario de la obra.

En la revista clerical hizo también algunos estudios sobre escritores de la Colonia y de la Independencia; en ellos se advertían los serios conocimientos del muchacho, y cierta firmeza de estilo; ambas cualidades no son comunes a los 20 años. Estos trabajos versan sobre "La Araucana, de Alonso de Ercilla y Zúñiga", "Ensayos Epicos Menores concernientes a Chile", "La obra literaria de Pedro de Oña", "Aspectos de la Literatura Femenina en Chile. La Mujer en la Colonia y en la Independencia", "La Literatura y la Vida Intelectual de Chile, después de la Independencia. Influencia de los Enciclopedistas", "La obra literaria de Jotabeche". Realizó un estudio completo acerca de la personalidad del poeta sacerdote don Luis Felipe Contardo, en esa época recién fallecido; comentó las obras primigenias de Eugenio Orrego Vicuña y de Juan Guzmán Cruchaga, a quien saludó ya como a un verdadero poeta. En 1926 no aparece ninguna colaboración suya en la *Revista Católica*; pero al año siguiente y hasta su partida a Europa, escribió de nuevo en ella sobre el tema de su predilección.

En 1923, casi junto con Manuel Vega, entró a *El Diario Ilustrado*. Su primer artículo fue de polémica: discutió a don Enrique Tagle Moreno (Victor Noir), sus puntos de vista sobre la abdicación de O'Higgins. Perteneció al diario pelucón hasta 1929. En el discurso de incorporación en la Academia de la Lengua (1956), especie de autobiografía suya, evoca magistralmente las figuras de don Rafael Luis Gumucio, don Alejandro Silva de la Fuente, Jenaro Prieto y Manuel Vega: "Crecí —dice— con el olor de la tinta de imprenta pegado al olfato. Quizá si para hablar con verdad —agrega— he resultado un franco tirador del periodismo, pero a él le debo alguna noción de la medida, cierto cálculo del espacio, comparable con el interés o la síntesis".

Cuando Latcham empezó la vida literaria, se realizaban en el país profundos cambios políticos y sociales. Sin duda su contradictoria personalidad es la consecuencia del tiempo en que le tocó vivir la pri-

mera juventud. En el discurso con que recibió a su amigo y compañero de tareas en la *Revista Católica*, Pbro. Francisco Donoso González, recuerda las tendencias literarias de aquella época: "Eran años y momentos borrascosos de la historia patria; cuando casi toda la juventud apareció dominada por ese espíritu combativo que se concretó en 1920 en una actitud rebelde, pero generosa, cuyos resultados se palparon pronto en un vigoroso movimiento lírico y en un repunte de la novela y el cuento nacionales. Hacían crisis sólidos valores y se diseñaban otros distintos, que con el tiempo adquirirían consistencia en las letras patrias. En nuestro espíritu luchaban dos tendencias antagónicas: la que barría toda atadura a lo tradicional y un fermento preservador que permitía mantener el cultivo de las formas y el respeto al idioma castellano, conciliando su evolución razonable con la frecuentación de los clásicos". En lo político el muchacho se quedó rezagado, hacía coro a los Padres Conscriptos del Senado unionista, que obstaculizaban todas las necesarias reformas sociales auspiciadas por el genio político de don Arturo Alessandri Palma. Literariamente no fue tampoco de los más avanzados.



En 1925, la Imprenta de San José, donde se editaba la *Revista Católica*, publicó *Escalpeló*, su primer libro, en el cual incluye casi todos los ensayos críticos aparecidos en el órgano de la Iglesia. En estos estudios, la mayoría de cuyos títulos ya anotamos, respaldece el espíritu católico y tradicionalista del autor. En el dedicado a "La Literatura y la Vida Intelectual Chilena después de la Independencia" (pág. 63), al referirse a las ideas políticas y religiosas de los patriotas, dice que "presentaban a veces, extraños anacronismos"; recuerda especialmente a don Juan Egaña que por una parte "se declaraba un hijo fiel y sumiso de la Iglesia Católica y por otra, se prestaba para oprimirla y vejarla en sus fueros y dignidad, por medio de reglamentos y constituciones absurdas" (pág. 82).

La semblanza del poeta don Luis Felipe Contardo, denota, no obstante sus escasos veinte años, cierta madurez de juicio, un estilo más o menos firme y relativo buen gusto. Al leerla nadie puede poner en duda el genuino catolicismo del joven crítico.

Al escribir sobre "Eugenio Orrego Vicuña y el teatro chileno", deja entrever algo de lo que será en el futuro el valiente exégeta de las letras hispanoamericanas. Dice que juzgará la personalidad de Orrego

“con toda justicia”, y añade: “Por lo demás nosotros creemos tener cierta imparcialidad; pues una vida activa aunque corta, que hemos vivido, a medias no más, ha sido dedicada a decir, o más bien a gritar verdades... Los críticos, por lo demás, no son nunca totalmente imparciales ni pueden aspirar a serlo. Son inspirados por cien factores que desnaturalizan su juicio; ya sea una animosidad personal o una simpatía calurosa, ya sea un prejuicio de educación o escuela o bien un afán de adivinación o una carencia afectada o voluntaria de comprensión” (pág. 157). Más de alguna vez hubo que reprocharle a él, estas fallas. Más adelante dice: “La mentalidad semiindia de la clase media nacional no alcanza a un expandimiento espiritual intenso. Puede producir tipos interesantes, como Santiván, Barrios, Maluenda y otros, pero nunca dará un tipo completo que sea el florecimiento máximo y superiormente agudizado, que sólo crean las selecciones sociales, y ¿por qué no decirlo? raciales. No negamos nuestras simpatías aristocráticas y conservadoras, no en el sentido de casta o de “dominio”, sino en el de “selección” y de “calidad”. La irreflexión propia de su temperamento y de la juventud, le llevó a afirmar cosas que los mismos años se encargaron de refutarle ampliamente: el mismo vio levantarse en la clase media chilena tipos “completos” de gran calidad humana, personalidades máximas en el orden literario, político, social e industrial. Aunque el crítico pertenecía por línea materna a la clase media, a floraba en él “el solar anglosajón de sus abuelos don Tomás Latcham y doña Victoria Adelaida Cartwright”. Ricardo diría años más tarde, no sin cierta jactancia, en “Algo estrictamente personal”: “Yo sentí correr por mis venas lo que David Herbert Lawrence denomina “un palpitante circuito de sangre”, mezcla de orgullo, de dormidos afectos, de tenues sentimientos, de poderosos presagios. Los Latcham de Bristol, unidos a los Patterson de Manchester, no significaban algo decorativo o superficial, como esos parientes arrancados a los museos de linajes, a los pergaminos comprados, a los soporíferos osarios del pasado, que muchos confunden con la nobleza. Aquí estaba viviente la Inglaterra agraria, de esos farmers de Bristol, entre los cuales un nieto de granjeros resultó un afanado sabio y vigoroso escritor, cuyo sobrino, hijo de un ingeniero de Manchester, se convertía de sargento en apuesto capitán, que desempeñaba misiones peligrosas al lado del conductor de la Comunidad de Naciones, Winston Churchill”. Esta página explica, en parte, los postreros asomos monarquistas de Ricardo A. Latcham.

Continuemos con *Escalpeló*, obra que expresa bien claramente el pensamiento del escritor en su juventud. En general, fustiga a los au-

tores que están a contrapelo de la ideología católica; el crítico se inclinaba reverente ante el dictamen de la Iglesia en todo orden de cosas. Ataca a Eduardo Barrios porque en *Páginas de un pobre diablo* no cree en la inmortalidad del alma; sostiene que "discurre a lo Perogrullo" (pág. 177). Vituperó a don Domingo Amunátegui Solar por su afán de denigrar a los conquistadores españoles en un texto de Historia Nacional, "enderezado a probar las bondades del régimen colonial español en América"; igualmente, condena los ímpetus positivistas del historiador. A Joaquín Edwards Bello no le perdona que en sus "crónicas" y novelas arremeta contra todo lo tradicional, y se burle de los hombres de Iglesia, le califica de disociador y asegura "que con el tiempo, su obra será olvidada o quedará de ella muy poca cosa" (pág. 211). Es indudable que Ricardo no resultó profeta. Termina el estudio de Joaquín Edwards Bello con estas palabras: "Este Joaquín Edwards que cree en la democracia y que aborrece a los curas"...

Las últimas críticas del volumen están dirigidas a pulverizar la *Literatura Chilena*, de don Samuel A. Lillo y la novela *Fifti*, de Tomás Gatica Martínez.

Escalpelo está escrito un poco atolondradamente, bajo el influjo de su acendrado espíritu católico y tradicionalista; representa el primer período de su vida literaria transcurrido entre los 19 y 24 años.



En 1926, Latcham publica *Chuquicamata Estado Yankee*, fruto de una larga estada en el mineral nortino. En este libro muestra bien al desnudo la situación de los chilenos en Chuquicamata bajo el dominio de los norteamericanos. Es implacable para condenar los abusos de la "Chile Exploration". Advierte que no le guían "antipatía alguna a los Estados Unidos, nación grande y digna de admiración por su exultante nacionalismo, que ojalá imitásemos en algo". Combate el imperialismo y lo ve caer sobre Chile. Fiel a sus principios de opositor al Presidente Arturo Alessandri Palma, con terrible causticidad le moteja de "César vesánico"; no perdona al Mandatario que hubiese entregado a Estados Unidos el arbitraje de la Cuestión de Tacna y Arica y se lamenta de que "Fuerzas nuevas y antes ignoradas se organizan desplazando a los partidos históricos que han perdido la sólida dirección de los viejos patricios organizadores de la República. El Chile de los Montt y de los Portales, de los Errázuriz y de los Tocornales se vio substituido por el de Alessandri, "el Liquidador" y el de Maza, "el Legislador".

Temía por el porvenir del país. La historia se repite en Chile: 1920, 1938 y 1964...

La obra tiene tres capítulos: dos contienen sus observaciones y el tercero algunos documentos utilizados por el autor, en su mayoría informes sobre el estado social de Chuquicamata. En los dos primeros, describe con vivos colores el desierto, habla de Calama, "calamidad" —dice—; critica a los que van a Chuquicamata y salen de ella encantados; ridiculiza la psicología del yanqui; protesta contra los malos salarios y las pésimas costumbres de Chuquicamata y Calama. Sostiene que la utilidad de la Compañía en los últimos diez años fue un ciento y no de un sesenta por ciento, como los yanquis aseguraban. Dice que la condición social allí es muy mala si se compara con la de las salitreras: 'habitaciones estrechas, mal olientes, pésimamente construidas, malsanas, insalubres, como un cuarto de conventillo santiaguino'; pero afirma que éstas no las ven los huéspedes invitados por la Compañía.

Son patéticos, de gran relieve, sus relatos de las explosiones en las minas. Su pluma adquiere ya solidez.

Aún no perdía la fe, y dedica varias páginas a la Cuestión Religiosa. Elogia la labor social realizada en esa región por el grande obispo Monseñor Luis Silva Lezaeta y el cura don Leopoldo Manzor Vergara, mediante las instituciones católicas. Menciona también, con merecidas alabanzas, la actitud del vicario apostólico de Iquique, don José María Caro, el futuro primer cardenal de Chile, que antes del levantamiento obrero acaecido entonces, presentó un memorial a los salitreros, en el cual hacía presente la situación de la Pampa y señalaba los remedios para solucionar la crisis y evitar el estallido social que veía venir, y no fue escuchado". Su voz clamó en el desierto. "Los hechos con su elocuencia trágica y con el luto llevado a muchos hogares, vinieron a dar la razón al santo obispo".

El libro muestra al autor en toda su vigorosa personalidad de acorado polemista, pero siempre fiel a la tradición conservadora.

Durante el mismo año de 1926, publicó *Vidas ardientes*, breve novela con ambiente y personajes antofagastinos, que no tiene nada de extraordinario, y él, no sin razón, porque era excelente autocrítico, la consideraba "muy mala".

Le correspondió actuar en una época de profundos cambios políticos y sociales; y sin duda su contradictoria personalidad es, en parte, fruto del tiempo en el cual le correspondió vivir.

En 1927 se declaró enemigo de la dictadura del Presidente, General Carlos Ibáñez del Campo, personaje hacia el cual tuvo siempre una especie de innata aversión. Sufrió primero el exilio en el sur de Chile,

y después en Europa. El destierro enriqueció su espíritu inquieto y ávido de cultura.

Estudió Letras en la Universidad de Barcelona, y en 1928 fue discípulo de Américo Castro en la de Madrid. Allí publicó *L'anima catalana*, en catalán, y un estudio sobre Raimundo Lulio (1930).

Regresa a Chile, y el mismo año, 1930, refiere el propio Latcham, "Mariano Picón Salas inició con Raúl Silva Castro, Domingo Melfi, Eugenio González, Juan Gómez Millas, el que habla y otros, la organización del grupo *Indice* que desarrolló una actividad ejemplar y significó la mayoría de edad intelectual para varios, junto con el descubrimiento de claros valores como Benjamín Subercaseaux, que llegaba de Europa cargado de esencias renovadoras y explosivos conceptos sobre el sexo y la raza. *Indice* representó dos cosas muy categóricas: una revista moderna y ágil, cargada de inquietudes más frescas, y un grupo puesto al servicio de la cultura y del saber, pero con nítido sentido de responsabilidad política y social que imponía el momento. Casi todos los componentes del equipo surgido en 1930, llevaron a la vida universitaria un aire saludable que transmitió a las generaciones de estudiantes el signo de muchas utopías generosas, de muchos sueños y de promisorios desvelos"¹.

Indice deseaba que la literatura chilena volviera sus ojos a lo autóctono, quería, como decía Latcham en su breve Historia del Criollismo, "una revisión de lo chileno, sometida a la disciplina histórico-cultural y se afirmaba en la más auténtica tradición americanista".

En las columnas de la revista, publicó Ricardo terribles diatribas, insolentes ensayos, críticas punzantes. Don Samuel A. Lillo que, desde 1926, tenía cuentas pendientes con el joven escritor, editó la Revista *El Ateneo* para atacar a los redactores de *Indice*, que lanzaron contra el cantor de Arauco, uno de los primeros poetas criollistas, y su amado Ateneo, tremendas y picantes invectivas. En el primer número hay artículos con y sin firma de Latcham: en uno, que tiene solamente las iniciales, titulado "Omer Emeth y la cultura chilena", enjuicia severa y acremente al crítico francés, creador de este género en la prensa nacional, y le echa en cara su desprecio por la literatura chilena y americana.

El viejo Ateneo de Santiago, obra predilecta de Lillo, estaba en franca decadencia, y su fundador se empeñaba en reactualizarlo. *Indice* acometió contra él y la revista. En el número 2 de la publicación, Ricardo, en la "Crónica de las Conferencias", le asesta el golpe de gracia a la institución al ridiculizar, y con justa razón, la sesión solemne dedicada a conmemorar el centenario de don Ramón Sotoma-

yor Valdés. El ilustre historiador merecía un estudio más completo. En esa velada, como comenta el crítico: "el número de fondo estuvo servido, por don Fidel Araneda Bravo, joven apuesto y pulcro que, con voz de académico de San Ignacio, leyó una ordenada biografía del señor Sotomayor, hecha con ayuda del lazarillo inevitable: el Diccionario de don Pedro Pablo Figueroa, aparte de una discreta cooperación aportada por el hermoso discurso de don Augusto Orrego Luco al suceder en la Academia al biógrafo de Portales". Leí por última vez en el Atenco una pésima semblanza de Sotomayor Valdés, hecha sin la ayuda del Lazarillo "inevitable"; ni siquiera tuve necesidad de hojearlo, porque doña Graciela Sotomayor de Concha y don Augusto Orrego Luco, personalmente, me dieron todos los datos que necesitaba; el discurso de don Augusto, me sirvió muy poco, porque lo frecuentaba casi diariamente en su casa de la calle Catedral, y obtuve noticias de primera mano. El trabajo no pasó más allá de la mediocridad, sin embargo fue publicado en los *Anales de la Universidad*.

En las páginas de *Índice* están para que alguien las recoja en un libro, esos artículos de Ricardo sobre la *Psicología del caballero chileno*, en los cuales hizo gala de tremenda franqueza. Un empresario teatral, aludido por el escritor, se querelló contra él.

En 1931, Nascimento publicó el libro que, según Alone, opinión nada despreciable, mejor pinta al crítico: *Itinerario de la inquietud*. Hernán Díaz Arrieta dice que nuestro autor "siempre estuvo en marcha, andando, moviéndose, sin tranquilidad. No hubo ser más distante de esa dicha segura prometida por el filósofo francés al hombre capaz de estarse solo, sentado en su pieza", pero "siempre que haya cerca alguien a quien decirselo", según confesión del mismo Alone.

En este libro, cuenta el viaje a Europa efectuado en 1927. "Yo viajo por el viaje en sí —dice Latcham— el gran asunto es moverse". Toda su vida anduvo de un lado a otro, para ver, para observar, para conocer hombres, razas y pueblos. Su temperamento nervioso, inquieto, no era propicio a la tranquilidad, aunque su esposa refiere que le gustaba estar solo con ella en su casa.

Va a Europa en el vapor Augustus; pasa por Argentina, se detiene en Buenos Aires, cuyo ajetreo de gran ciudad europea le deslumbró entonces y siempre. Allí se mete por todas partes. El viajero aún profesa la fe católica y, en la misa celebrada el 8 de diciembre, le invadió "una nostalgia enervadora". Siguió al Uruguay, visitó Montevideo.

Pasó por Río de Janeiro, en Brasil; dice que los arquitectos de la urbe han "estudiado pastelería en París", "las casas exaltan cornisas de crema chantilly". Llega a España. Barcelona le embelesa: "su recuerdo —escribe— vivirá en nosotros mientras dure la huella que nos imprimió su gran reposo y su leal y sincera hospitalidad". Conoce las costumbres, aloja en hoteles, de los cuales dice: "Yo despierto en los hoteles con una angustia clavada en la garganta"; sin embargo gustaba de ellos; y en Cuba murió en el que se hospedaba.

En *Itinerario* hay retratos vivos, expresivos, de la gente que conoció. Cuenta su afición a meterse en los cafés y la atribuye a su atavismo hispánico. "Yo confieso que de puro vago, cuando estoy en España, pululo de café en café". Va a Tarragona, Gerona, Manresa y Monserat, "cuyos flancos —anota— acogieron muchas veces a Iñigo el santo, semeja una crispación de piedra, hecha anhelo de espacio, de eternidad". Deja una miniatura literaria de San Ignacio, y alaba sin reservas a la Compañía de Jesús. Continúa a Palma de Mallorca, contempla extasiado la Ermita de la Stma. Trinidad, donde Raimundo Lulio, a quien admira y cuya vida analizó, "redimió sus culpas mundanas".

A través de este libro, podemos apreciar los conocimientos artísticos de Ricardo, especialmente del barroco.

En un barco francés, desde Argel, navega hacia Marsella. En la ciudad provenzal revivirá la niñez, cuando leía a Alejandro Dumas. Llega a París, donde a pesar de ser hombre bullicioso, se defendió de los ruidos de esa capital dominada por el americanismo, sin que faltara en ella lo oriental. Por fin está en Londres, la tierra de sus antepasados: "Mi sangre británica sale a la superficie y siento un hervor en la piel. No obstante recuerdo a España con su libertad y me aplaco ante la evocación de la Virgen América". Entra a teatros, cines, museos y frecuenta bares; admira mujeres hermosas, pero también debe soportar borrachos, cocainómanas y otros seres y espectáculos repulsivos.

En 1928 quiere regresar a Barcelona, pero en el ferrocarril le detiene la policía: "Estoy convertido en un detenido político, sin comerlo ni beberlo", comenta el viajero. Pasa una noche interminable en el Castillo de Pilatos. Al mediodía, después de una larga vigilia, sale en libertad condicional. Le arrestaron probablemente porque había visitado a Cambó, o tal vez porque creían que llevaba una misión separatista ante el Cardenal-Arzbispo de Tarragona, Mons. Vidal y Barraquer. En seguida se comprobó que su relación con el escritor político hispano, era "puramente literaria" y que el prelado estaba gravísimo en Sarriá.

Aunque está vigilado por un agente, se escapa, y toma el tren hacia

Barcelona. Emilio Rodríguez Mendoza, Embajador de Chile, "hombre enérgico y servicial con voz de mitin", logró que no le molestaran más.

Termina: "Como moraleja de este monótono relato, puede afirmarse que lo único que jamás descubrieron los policías fue el sitio donde se imprimían las proclamas contra el general. Ellas se componían y edificaban en la Imprenta del Ministerio de Guerra, en cuyos altos durmió por cinco años el dictador".

En el "Filadelfia", viene a Puerto Rico; visita las Antillas; va en barco a Maracaibo y Curaçao. Esta ciudad y sus negros tienen un encanto cosmopolita, y estos últimos "semejaban viñetas y plantaciones de algodón".

Al llegar a Chile, Ricardo A. Latcham, inconformista y contradictorio, como él mismo lo reconocía, cambió de posición ideológica: de la extrema derecha pasó a la extrema izquierda. Ya no se compadecía con su temperamento el peluconismo y la tradición que añoraba en *Chuquicamata Estado Yankee*. El estaba en la corriente avanzada. Se encariñó con el socialismo y el comunismo.

Abandonó la vida católica y se convirtió en enemigo irreconciliable de sus antiguos cofrades. No obstante, hasta el fin de sus días, se mostró respetuoso y agradecido admirador de aquellos eclesiásticos que fueron sus mentores y amigos, a quienes recordó en su discurso en el Congreso de Academias de Buenos Aires.

En 1931, ya nada quedaba del Ricardo A. Latcham de 1922.

Cuenta Jacobo Nazaré que, cuando él preguntó a don Ricardo padre, "cuál era su opinión sobre el cambio doctrinario operado en su hijo, le respondió: "Su cambio me revela una inquietud, que no puedo menos de celebrar; porque toda inquietud significa sinceridad consigo mismo".

Poco diremos aquí de su actuación política, apenas lo necesario para que los lectores se formen una idea más o menos completa de la personalidad de Latcham y de su inquieto itinerario, en cuanto tiene relación con sus actividades literarias, objeto principal de este ensayo.

A partir de 1931, Latcham abandona definitivamente los aristocráticos dominios del peluconismo. Al año siguiente participa en forma activa en los acontecimientos de junio, y un año más tarde, el 19 de junio de 1933, con César Godoy Urrutia y otros, fundó el Partido Socialista. Su labia y fervor entusiasta le convierten en el cerebro y jefe de la nueva colectividad política.

Movió todos los resortes de su genio sarcástico para combatir a don Arturo Alessandri Palma; primero durante la campaña presidencial de 1932, y en seguida como Supremo Magistrado de la Nación (1932-1938).

En 1935 fue elegido regidor por la comuna de Santiago. En la Municipalidad, junto con César Godoy Urrutia, se empeñó en ridiculizar la labor edilicia del Alcalde don Augusto Vicuña Subercaseaux, que aisló el Cerro Santa Lucía. Dos años después, en 1937, Santiago le envió a la Cámara de Diputados con la más alta mayoría de aquel tiempo. En el Parlamento figuró entre los más renombrados tribunos. Su voz de trueno, mordaz, severa, quemante, apocalíptica y no pocas veces injustamente agresiva contra sus antiguos compañeros de la Derecha, le prestigiaron entre la gente de izquierda y decepcionaron a sus cofrades católicos y conservadores de la víspera. Atacó violentamente el gobierno ultra derechista de don Arturo Alessandri, cuyo período llegaba a su fin.

Abandonó el Partido Socialista en 1938 y fundó la Unión Socialista, de precaria existencia. Finalmente, tornó a su antigua tienda política; en 1945 fue candidato a diputado por Cautín. Con Julio César Jobet hizo su última y accidentada campaña electoral. En la capilla evangélica de Quelu, cuenta Jobet, en estas mismas columnas de *Atenea*, "ante medio centenar de campesinos y mapuches, abrió —Ricardo— la gran Biblia que estaba sobre la mesa, leyó una de las epístolas de San Pablo, a continuación la comentó vinculándola al ideario socialista, moderno intento de dar realidad a esas ideas de justicia e igualdad, en un magistral sermón cristiano socialista, que siempre recuerdo y, a la vez, lamento no haber registrado textualmente". El orador debió recordar entonces íntimamente, en el fondo del alma, su conferencia en el templo de San Francisco de Santiago.

Latcham abandonó, felizmente, la política, y volvió a sus labores habituales en las letras. El tiempo le serenó un poco, y se tornó, primero un si es no es derechista, para terminar sus días, de nuevo cerca del izquierdismo, aunque confesaba su admiración por la monarquía. . .

La compleja personalidad del escritor, buscaba la verdad con ahinco, aunque para ello tuviese que aparecer zigzagueante y contradictorio. Le repugnaban las consignas, amaba la libertad, y por lo mismo no podía perseverar en un partido político.

En 1932, Nascimento publicó *Vida de Manuel Rodríguez el guerrillero*. Su pluma anima la atormentada existencia del insurrecto prócer

que, desde joven estudiante, le tenían entre ojos porque con Carrera levantaba a los compañeros en el Colegio Carolino. En 1807 era bachiller en Cánones en la Universidad de San Felipe, en la cual no obtuvo cátedras porque era pobre y no pudo pagar propinas; además tenía otro grave pero para la gente de esa época: andaba en todas partes y se familiarizaba demasiado con las clases populares, cosa inaudita entonces. Ya Latcham no era derechista y en este libro se lanza contra los gobernadores Meneses y García Carrasco porque le cerraron el paso a Rodríguez. En 1810, el guerrillero tuvo actuación opaca; irrumpe con astucia sin par, después del desastre de Rancagua. Logró burlarse de las autoridades españolas, para caer asesinado en manos de sus propios compatriotas.

El autor se ríe del Colegio Carolino y, de renglón en renglón, manifiesta desdén por lo que ahora llama: "el aparato de formulismo religioso existente" en ese establecimiento.

Latcham realizó esta biografía, precisamente, porque Rodríguez es como el símbolo del extremismo político chileno.

En 1931 y hasta 1958 regentó la cátedra de Literatura Chilena en el Instituto Pedagógico. Durante 27 años, el profesor no se contenía, hablaba de todo, vaciaba allí su inmensa sabiduría: disertaba de libros, de religión, de arte, de política, de sociología y de economía. Iba de una materia a otra distinta. Su rara erudición y prodigiosa memoria, unidas a la chispa de su ingenio y a la palabra cáustica, despertaron la admiración y, no pocas veces, el temor de sus discípulos. Uno de los más aventajados y agradecidos dijo en su tumba: "Su amistad y su sabiduría nos hicieron poderosos y ricos de espíritu para siempre".

En su larga carrera docente logró los más altos honores: en 1945, los alumnos expresaron el deseo de que fuese elegido Decano de la Facultad de Filosofía y Educación; los profesores accedieron y efectivamente fue designado. En el desempeño del alto cargo, su espíritu contradictorio e inconformista le acarreó dificultades con los mismos muchachos y renunció al poco tiempo.

Durante la misión diplomática en Uruguay, estuvo ausente de la cátedra; pero la añoraba. En los primeros días de enero del presente año, poco antes de morir, la Facultad le repuso en el magisterio para hacer la clase de Literatura Chilena en el Instituto Pedagógico. Cuando se despidió de mí para hacer su ansiado viaje a Cuba, y a otros

pueblos de América, me dijo: "regresaré en los primeros días de marzo porque debo comenzar mis clases en el Pedagógico".

En 1941, con ocasión del cuarto centenario de Santiago, Nascimento publicó *Estampas del Nuevo Extremo*, donde Latcham inserta las mejores páginas escritas sobre la ciudad de Santiago, en las diversas obras de los antiguos cronistas, desde Pedro de Valdivia y Alonso de Ovalle, hasta los historiadores, novelistas, poetas y escritores chilenos, tales como Benjamín Vicuña Mackenna, Crescente Errázuriz, Abdón Cifuentes, Augusto d'Halmar, Eduardo Barrios, Pablo Neruda y Nicomedes Guzmán. Espigó también entre los autores extranjeros que dejaron en sus producciones, noticias de la metrópoli en diarios y memorias.

Esta antología es fruto de largos estudios y de un conocimiento absoluto de cuánto se había escrito hasta entonces sobre la capital de Chile. Latcham era hombre perspicaz, que abarcaba de una sola mirada todo el vasto panorama de la Literatura Chilena, y supo escoger de cada libro la página precisa para el logro de su objetivo.

En esta recopilación, tenemos una perspectiva amplia de la vida santiaguina de cuatro siglos, en sus diferentes aspectos, completada por el Prólogo de Ricardo, en el cual relata, con su estilo animado, incisivo, de adjetivación exacta y adecuada, los sucesos más trascendentales de la Historia de Chile, que tuvieron por escenario principal la vieja urbe del Mapocho. El diputado socialista, autor de esta Antología, ya había arrinconado como trasto inservible el fervoroso catolicismo de la juventud; ahora en este prólogo deja caer sus frases irónicas, punzantes, para referirse a la religiosidad de los santiaguinos; pero en lo general, no se aparta de la Verdad: De los jesuitas habla maravillas, les atribuye, no sin razón, todo lo bueno existente en Santiago, en el orden industrial, social, literario, artístico y docente: "No por haber salido los jesuitas perdió Santiago su aspecto beato y encogido —escribe Latcham socarronamente— que alimentaron a raíz de la expulsión las demás órdenes religiosas y las decadentes comunidades antiguas, cuya relajación de costumbres y pérdida de la vida en común dentro de los claustros no tuvo en Chile los caracteres de licencia y de escándalo que advirtieron en Quito y en Lima, Jorge Juan y Ulloa en sus Noticias Secretas de América".

No obstante sus ataques a los yanquis en 1926, años más tarde, 1944, prologó y tradujo a los prosistas de la *Antología de escritores*

Contemporáneos de los EE. UU., editada por Nascimento. En la versión castellana debió sortear no pocos escollos: "ha sido necesario superar muchas veces los conceptos literarios, y presentar el espíritu oculto, que sobrenadaba en estilo, o en los matices extraños de un amargo humorismo, o de los modos de expresión imaginativa o creadora".

Para verter a la lengua vernácula a los novelistas, cuentistas y ensayistas, se familiarizó con sus obras y contó con la inteligente y acuciosa colaboración del escritor español Eleazar Huerta. Los autores traducidos "pertenecen a un mundo que conoció la violencia, y sintió la inminencia del fracaso de una civilización establecida sobre el Berro de Oro. Muchos de ellos, como Hemingway, John Dos Passos, Thomas Wolfe, Edward Estlin Cummings, Kay Boyle y Steinbeck, agudizan la visión atormentada del mundo, a través de experiencias crueles y de un realismo descarnado que se sustenta en lo satírico, en lo social y en lo económico". Miel sobre hojuelas para el insaciable y avezado conocedor de las letras americanas.



El 28 de abril de 1941, don Horacio Hevia, Presidente radical de *La Nación*, en la Presidencia de don Pedro Aguirre Cerda, le llamó a ejercer la crítica literaria en el diario gobiernista, para suceder a Domingo Melfi, que había sido designado Director. Ya Latcham no era diputado. Se inició con un estudio sobre el primer volumen de la Historia de Chile de don Francisco A. Encina. Al retirarse del diario en 1952, él confesaba que había hecho más de quinientas críticas, "aparte de numerosos artículos de otra índole". Esta es la obra principal de Ricardo A. Latcham. Lector infatigable y de memoria privilegiada, conocía las obras de todos los escritores hispanoamericanos, de casi todos los españoles y de numerosos europeos y orientales. Dominaba ampliamente la materia. Citaba de memoria hasta la página del libro donde estaba la frase larga o corta a la cual hacía referencia. Su lenguaje, cuando él quería, era correcto; tiene páginas magníficas; pero no puede considerarse castizo; no podía serlo, fue extremadamente inconformista y desasosegado para ceñirse a cánones idiomáticos. Su estilo tiene la vivacidad, la inquietud, el nerviosismo y la franqueza de su verbo exuberante, plétórico de energía y vigor; manifiesta la cultura ecuménica del crítico. Aunque el léxico es rico, usa con demasiada frecuencia algunas palabras que parecen ser de su exclusividad, como "cañamazo", por ejemplo, para indicar el conjunto de algu-

nas cosas; igualmente recurre al galicismo "ancestro" en lugar del vocablo castellano "atávico".

Al despedirse de los lectores de *La Nación*, en 1952, decía: "Traté de hacer crítica objetiva e imparcial, al margen de odiosidades o preferencias políticas y religiosas". En el primer período, no fue en general tan apasionado; aunque las críticas son mordaces, irónicas y fuertes, expresión de su espíritu inquieto, agudo, movedizo y rápido.

Sin embargo, para el mejor conocimiento del escritor y del hombre, no se debe omitir una polémica originada por la crónica de *La Nación* del 17 de octubre de 1944, en la cual muestra su poca simpatía por las producciones literarias que antes aplaudió.

En aquel tiempo Roque Esteban Scarpa publicó *Voz celestial de España*, que es como una segunda edición aumentada de *Poesía religiosa española*, aparecida en las prensas de *Ercilla* en 1938. El crítico, sin parar mientes en la fecha de la primera obra de Scarpa, le acusó de haber plagiado la *Antología de la poesía sacra española* de Angel Valbuena, dada a luz en la Península Ibérica en 1940. Después de hacer acopio de datos acerca de los poemas espigados por uno y otro autor, y de cotejarlos prolijamente, dice Latcham: "¿Quién copió a quién? Dejamos aquí planteado el asunto y recordamos que el libro de Valbuena es anterior en cuatro años al del señor Scarpa". Pero esto no es todo: El crítico deja traslucir en su artículo una notoria malquerencia a los escritores que, por sus firmes convicciones católicas estaban muy lejos de la izquierda política o del Frente Popular de entonces. Dice, por ejemplo, que "el versificador Ricardo León sólo puede aparecer aquí (en *Voz celestial de España*) por razones de índole confesional"; más adelante supone a Scarpa entusiasmo por "los poetas franquistas", cosa que para Latcham era imperdonable en su época de socialista.

El catedrático de la Universidad Católica, herido en su probidad intelectual, refuta estas aseveraciones sólo con advertirle que casi todos los fragmentos de *Voz celestial de España*, citados por el crítico de *La Nación*, estaban ya en la edición de 1938, *Poesía religiosa española*, dos años anterior a la de Valbuena, de la cual naturalmente no pudo obtenerlos, porque no existía. En lo referente a la política, Scarpa le enrostra que: "Llegando a los contemporáneos el señor Latcham muestra su pasión política: hace crítica estético-política de mi antología, e insiste en acusaciones que le son imposibles de sostener sino sobre la base de que el autor del florilegio es tan ignaro que no ha visto ni tratado libros de autores españoles en su vida, libros que, por lo demás, están al alcance de todo el mundo".

“Digo que hace crítica política —prosigue— porque se enfurece y pierde aquella aparente mesura, que se esforzaba en mostrar cuando aparecen autores que en la actualidad viven en la península. El señor Latcham se calla el que yo incluya autores modernos importantes que no aparecen en Valbuena y otros que tampoco registra el antologista español y que no son afectos al régimen”. En realidad la obra de Scarpa trae poemas, entre otros, de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Federico García Lorca, Rafael Alberti y Luis Cernuda, conocidos antifranquistas. Entre los contemporáneos, la Antología del chileno tiene 18 autores que también incluye Valbuena, 18 insertados por éste y excluidos por Scarpa y otros 18 insertados en *Voz celestial de España* y no en la *Antología sacra*.

El 8 de octubre replicó Latcham en *La Nación*; mas no logró destruir las tremendas y contundentes pruebas de su contrincante. Ahora el crítico no hace referencias a la *Antología sacra*, publicada dos años después de la del chileno, que había motivado sus observaciones del primer artículo, sino a la *Historia de la literatura española* del mismo Valbuena. Alude también a un artículo publicado en *El Diario Ilustrado* por el entonces Pbro. don Oscar Larson, con el seudónimo de Carlos Rosán, donde “el desapoderado presbítero” impugna con números los errores de Latcham. “Pues bien —dice Mons. Larson— contra la impresión que deja su artículo, las diferencias son mucho mayores que las semejanzas. Las vamos a expresar en cifras. En materia de autores, Valbuena trae 10 autores medievales, 36 del Siglo de Oro, 25 de los siglos XVIII y XIX, 38 autores contemporáneos. Scarpa trae: 37 autores medievales, 51 del Siglo de Oro, 22 de los siglos XVIII y XIX, 38 autores contemporáneos. Scarpa trae, además, 27 poesías anónimas que no están en Valbuena, y que son villancicos, romances, saetas y fragmentos de autosacramentales”. En cuanto a diferencias de poemas —afirma Larson— Valbuena trae 265, Scarpa 466.

Roque Esteban Scarpa escribió para responder la evasiva réplica de Latcham, pero Domingo Melfi, Director de *La Nación*, no quiso publicarlo por no desautorizar al crítico del diario. El joven profesor de la Universidad Católica sostiene, en ese artículo inédito, que Latcham “prodiga en su contra respuesta— “los en cierto modo”, “los casi”, “los no es lo mejor”. Le arguye que él difiere esencialmente de Valbuena en sus preferencias: Scarpa las tiene por lo lírico, lo subjetivo y lo popular, como puede testimoniárselo con una simple lectura de los poemas escogidos; entre tanto, las preferencias del tratadista español “van por lo descriptivo, lo conceptista, lo retórico, lo barroco”, “formas literarias que a nuestro juicio —escribe el autor de *Voz cele-*

tial de España— trasuntan sordamente lo inefable que ha de llevar la poesía que tenga como tema las alegrías y las angustias del hombre frente a la divinidad". Insiste en que no ha podido someter su criterio al de Valbuena, como afirma Latcham, porque ambos poseen distintos gustos literarios; finalmente, aduce algunos de los elogiosos juicios críticos con que lo favoreció antes.

No hay duda que Ricardo A. Latcham se equivocó en su apreciación sobre la Antología de Roque Esteban Scarpa. Seguramente no tuvo a mano *Poesía religiosa española* y dio "el traspiés", como dijo Mons. Larson.

No obstante, Ricardo A. Latcham, que era apasionado, pero nunca hombre de odios, favoreció a Scarpa con su voto, como Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, para nombrarlo catedrático de Literatura Comparada, en el Instituto Pedagógico, después de brillante prueba, rendida ante una comisión presidida por el mismo Decano (1945).

Sería imposible reseñar, en un ensayo, todo cuanto salió de la pluma ágil y combativa de Latcham; preferimos copiar aquí sus propias palabras referente a esos once prolíficos años de labor crítica en *La Nación* de Santiago: "Ha sido particularmente grato para mí, como crítico, haberme anticipado al juicio público y al éxito de valiosas obras nacionales. La Historia de Chile, de don Francisco A. Encina, coincidió al aparecer, con mi estreno en estas columnas. Después acerté al anunciar el buen suceso de libros que hoy ostentan el rótulo de "best sellers": *Ranquil* de Reinaldo Lomboy; *Cabo de Hornos* de Francisco Coloane; *La sangre y la esperanza* de Nicomedes Guzmán; *Gran señor y rajadiablos* de Eduardo Barrios; *Coirón* de Daniel Belmar; *Hijo de ladrón* de Manuel Rojas".

"Lo mismo puedo decir de poetas nuevos o desconocidos que aquí fueron estimulados en su soledad creadora. No tuve nunca límites de índole estética, literaria, política o social para descubrir valores o destacar aspectos singulares de un escritor. Aunque sea innecesario, debo añadir que figuras peligrosas en momentos de violencia institucional, fueron de idéntica manera saludadas con una glosa comprensiva. Así ocurrió con el *Canto general* de Pablo Neruda; con un panfleto del valeroso prosista civil Carlos Vicuña Fuentes, con *Hijo del Salitre* de Volodia Teitelboim", y otras.

Por curiosa coincidencia la mayoría de los autores chilenos estimulados por el crítico de *La Nación* eran socialistas y comunistas.

Aunque, como ya se ha dicho, poseía un temperamento apasionado, la generalidad de sus crónicas literarias, en el período de 1941-

1958, están exentas de prejuicios políticos, sociales, religiosos y anti-religiosos.

Mariano Picón Salas, compañero de Latcham en la revista *Indice*, amigo y admirador del colega chileno, y tal vez el más recio estilista venezolano de nuestro siglo, muerto pocos días antes de Ricardo, escribía en *El Nacional* de Caracas, a propósito de una visita de su antiguo compañero de *Indice* a la patria de Bello: "Muerto Henríquez Ureña, humanista universal de todo el continente, quizás no hay en América, quien conozca la literatura de nuestros países en su más minuciosa extensión, como Latcham. Viajó por todas partes, descabaló bibliotecas, sumó todos los datos en su memoria oceánica para darnos esos panoramas con que la exactitud se conjuga con la alacridad y la gracia que constituyen desde hace años semanal regocijo de los lectores de su columna en *La Nación* y en *El Diario Ilustrado* de Santiago de Chile. Le llevan los libros de América para que los compare y los juzgue como juez de la Corte Suprema de las Letras".

Para trazar la semblanza literaria de un hombre tan inquieto y movedizo como Ricardo A. Latcham, no es fácil ajustarse a una estricta cronología en su vida y obra, de tal manera que ahora vamos a estudiar sus libros y producciones a partir de 1944 hasta 1962, porque todas ellas tienen relación con la hermenéutica literaria y el ensayo crítico; en seguida nos referiremos a sus interminables viajes y a sus últimas actividades diplomáticas y académicas.

Bajo los auspicios del Pen Club, Latcham publicó, en 1944, *12 ensayos*. Entre ellos hay algunos de trascendencia para las letras hispano-americanas: el primero, "Elogio de Coquimbo", está dedicado a exaltar su tierra nativa. Hay en estas páginas un verdadero canto en prosa al apacible terruño donde nació, aunque parezca extraño, el más intranquilo y despacible crítico chileno. Todo lo enfoca: geografía, raza, historia, costumbres, tradiciones, folklore; nada se escapa a su larga mirada de artista y erudito. Leamos sólo unas cuantas líneas: "El torpor, la languidez, la dejación sensual de La Serena evocan a las ciudades de la tierra caliente, a la Popayán afamada, al Trujillo de Pizarro, al verde valle del Cauca. Los cortinajes de los papayos, las caricias de los chirimoyos, el bisbiseo de los palmares envuelven al forastero en una blanda atmósfera, en un moroso desmayo que disuelve la voluntad. El cielo tiene veladuras de nubes y el clima matinal se arropa en túnicas de niebla".

Acerca de "Meditación del ají", transcribiremos algunas frases del artículo que escribió a la muerte de Latcham, el Director de la Academia Boliviana de la Lengua, Porfirio Díaz Machicao, fino estilista del Altiplano: "Bella es su meditación sobre el ají, de donde emerge —tiene razón— una fisonomía apasionada y calenturienta de peruanos, mexicanos y bolivianos. Ají tienen las páginas de nuestro Medinacelli en "La Chaskañahui" y ají tienen las escenas de la obra mestiza de Díaz Villamil. El mismo Latcham lo dijo: "La meditación del ají, nacida en las picanterías, cuando lloraban los yaravíes, o se tesaban los gallos de raza, nos metió en la vértebra de América".

"Calaba, pues, en América. Conocía las rendijas importantes por donde es posible ver el alma continental. Producto de su observación y de su conocimiento fue el vigor de su cátedra y su labor como crítico literario. Ninguno como él para puntualizar la circunstancia, el motivo, la influencia, el ambiente de una obra"².

En "Literatura Peruana", hay observaciones personales, juicios exactos y acertadas comparaciones entre Díez Canseco y Joaquín Edwards Bello, verbigracia, que acusan pleno dominio de las letras hispano-americanas. En dos meses estudió las letras del Perú, y las caló hasta la médula: "ella se nutre, dijo, de dos grandes tradiciones: la incaica derramada en todo su rico folklore, y la española, alimentada por un turbión de cronistas civiles, militares y eclesiásticos en cuyo solo estudio habría tema para largas vigilias desde el conocimiento del detallista Miguel de Estete, el minucioso Pedro Pizarro hasta las dolorosas fuentes sinópticas de un Cieza de León o de un Garcilaso Inca".

Hizo el Prólogo a *La carreta*, de su incomparable amigo, el uruguayo Enrique Amorim, que inserta también en *12 ensayos*. En él hace discreta gala de percibir en toda su intención y extensión, el contenido de la obra del novelista salteño, espíritu gemelo al de Latcham. Amorim es un "criollazo", dice, "con una permanente adhesión al terruño".

Nada diremos aquí de los estudios dedicados a "Dos novelas cubanas", a "Los cuentos y novelas de Carlos Montenegro", a "El cid de Huidobro", a *Mapu* de Mariano Latorre; pero no podemos menos de objetarle su áspera crítica al ensayo *Las tres colonias* del malogrado humanista Eduardo Solar Correa; ella es injusta, cuando pretende contradecir al autor católico, porque establece, entre otras cosas, la pobreza intelectual de la Conquista, motivada por la guerra de Arauco. Los conquistadores, afirma Latcham, "no fueron todos tan insignificantes". El que prueba mucho no prueba nada; Solar Correa no niega que hubo grandes conquistadores, pero la mayoría era casi anal-

fabeta. En el mismo error incurre el crítico al reprochar a Solar Correa su juicio acerca de las buenas costumbres del clero y de los religiosos en el siglo XVIII. Quiere contradecir al autor con palabras del historiador Carlos Silva Cotapos, quien, después de salir en defensa de la Compañía de Jesús, dice que además "les censuraban más de un defecto grave". —Nadie discute la relajación de algunos frailes; pero de aquí a sostener la absoluta y general relajación de costumbres del clero" en la centuria del XVIII, hay un abismo. El mismo Latcham, en el hermoso prólogo de *Estampas del nuevo extremo*, afirma que "la relajación de costumbres y pérdida de la vida en común dentro de los claustros no tuvo en Chile los caracteres de licencia y escándalo que advirtieron en Quito y en Lima" ... En esta crítica sobre *Las tres colonias*, hay una notoria tendencia anticatólica.

El 16 de abril de 1953, recibió a Mariano Latorre en la Facultad de Filosofía y Educación. Se refirió con lujo de pormenores a la obra del escritor, y analizó su labor como jefe de la escuela criollista: "El plan que concibió Latorre al bosquejar las directivas de su futura acción literaria, fue captar la casi totalidad de la existencia criolla en una especie de visión épica que abarcara al chileno en todas las etapas laboriosas y dramáticas de su peripecia habitual".

Renglones más adelante, manifiesta su admiración por la obra criollista de Latorre y afirma: "con todas las complacencias descriptivas de Latorre y a pesar del abundante uso de chilenismos que justifica, basado en las opiniones científicas del profesor Rodolfo Lenz, se puede afirmar, en descargo suyo, que siempre concibió el criollismo como una etapa natural de nuestro crecimiento literario".

Al año siguiente participó en la querrela del criollismo, en la cual intervinieron Ernesto Montenegro y Manuel Vega. El 25 de junio de 1954, en el Salón de Honor de la Universidad del Estado, Latcham hizo la Historia de esta escuela, desde el costumbrismo romántico de Sarmiento y Lastarria, hasta la generación del centenario, formada por d'Halmar, Guillermo Labarca, Rafael Maluenda, Fernando Santiván, Joaquín Edwards Bello y otros. Considera también el neocriollismo de Coloane y de Nicomedes Guzmán. Insiste en denominar a Latorre: "principal jerarca del criollismo", y lo defiende de las críticas de Alone, de 1912 y 1954, en las cuales califica su estilo de "recargado y disparejo". Dice que el criollismo de Latorre posee tres o cuatro etapas. En cuanto a estilo, "con perdón de Alone, declara, prefiero *Zurzulita*". "Su estilo —escribe en el Prólogo de la 5ª edición de esta novela— es de los mejores que existen en Hispanoamérica".

El estudio de Latcham sobre el criollismo, es de los más completos,

exhaustivos y desapasionados; no obstante la brevedad, pocos como él han penetrado en la médula de la literatura autóctona; tenía autoridad para decir que "el criollismo chileno es hijo genuino del naturalismo y, por eso es conveniente revisar la llamada generación de 1900. En 1910 se publican las obras más decisivas del llamado criollismo, y también otras que son de gran consistencia en el desarrollo cultural del país. Habría entonces dos generaciones de criollistas precursores: una que surge cuando comienza el siglo, y otra que madura el ápice de 1910".

En 1956 quedó vacante, en la Academia de la Lengua, el sillón de don Misael Correa Pastene. Una gran tormenta sacudía a la Corporación. La tozudez de algunos pretendía imponer un nombre, para cuya elección alegaban un compromiso, hecho dos años antes, pero ya revocado solemnemente en una sesión. La mayoría rechazaba a ese candidato, porque no había llegado su hora. En este evento, Roque Esteban Scarpa, contra viento y marea, lanzó el nombre de su antiguo contendor de 1944, indiscutido por sus méritos literarios, pero cuya actuación había levantado violentas tempestades. En una de las sesiones más tormentosas de que haya memoria en la Academia de la Lengua, Latcham fue elegido por siete votos contra seis. Ningún inmortal podía resistir en justicia la personalidad del vencedor.

Con el beneplácito de todos se incorporó en la Academia el 14 de diciembre de 1956. El discurso de rigor resultó algo inusitado en juntas académicas de esta índole: el tema fue la propia vida del recipiendario, su autobiografía. Refirió con gracejo los sucesos más importantes de su existencia, íntimamente vinculados a la historia de los últimos 35 años de las letras chilenas. En la primera parte rememora su iniciación en las letras, y en la otra evoca las tertulias literarias que frecuentó en su juventud. Finalmente, en pocas líneas, con mucha exactitud y colorido, hace el retrato de numerosos escritores chilenos y extranjeros. Las páginas de este discurso singular, hecho con máxima destreza, destilan buen humor y cordialidad. De su antecesor se ocupa muy poco y lo mejor es esta imagen diseñada con picardía, que pinta de cuerpo entero a don Misael Correa Pastene y caracteriza maravillosamente su personalidad: "Su cabeza robusta, de cara morena, alargábase en una perilla semejante a la de Pedro de Valdivia. Desde que lo conocí no pude concebirlo con traje de la época; le puse, con la imaginación, coraza de acero y sobre el pecho una cruz con puntas flordelisadas; en vez de cuello, alta golilla, tiesa de almidón". El retrato vale más que un largo discurso sobre su antecesor. Finalmente manifestó que don Misael no pudo escribir obras para expresar su

pensamiento, "porque —como dijo el colombiano Carlos Restrepo— cuando se escribe para comer, ni se escribe ni se come".

En 1958, Zig-Zag publicó la *Antología del Cuento hispanoamericano*, preparada por Ricardo A. Latcham, cuya primera edición se agotó en poco tiempo; cuatro años más tarde, 1962, la misma editorial lanzó la segunda.

Con gran caudal de erudición, muy bien graduada por su espíritu crítico, sutil, seguro y metódico, el antologista hace una compendiosa historia del Cuento en América Española. Hay aquí un panorama exhaustivo de todas las corrientes y tendencias del relato en nuestras tierras de origen ibérico que surge en las cercanías de 1910.

Los cuentistas que aparecen, son la flor y nata del continente. Latcham no tolera la mediocridad; y en la selección sólo encontró 66 autores dignos de figurar en ella. Mientras los demás países, los más fecundos en este género, apenas ofrecen al crítico siete y seis nombres, como Venezuela, Colombia y Uruguay, respectivamente, Chile le entrega diez.

"El cuento rural y el de la ciudad; el cuento de contenido social y el estrictamente psicológico; el cuento antiimperialista y el existencial, toda la gama de temas y actitudes se encuentra expuesta en esta substanciosa y esmerada antología. Notas bibliográficas de los autores facilitan su ubicación y los datos esenciales de su actividad literaria"³.

Carnet crítico es la última obra de nuestro autor, editada por él mismo en Montevideo en 1962. En ella enfoca, con su poderoso lente crítico, la labor literaria de algunos escritores mexicanos, colombianos, venezolanos, uruguayos y chilenos. Sin darse aires de sabihondo, pero con esa seguridad de quien ha explorado sin titubear hasta los últimos vericuetos de la literatura continental, Ricardo A. Latcham penetra en el meollo de la producción literaria de estos autores y la estudia en su contenido global, con acopio de valiosos antecedentes que le permiten adentrarse en la personalidad del autor y en lo que su labor significa en el ámbito de las letras patrias e hispanoamericanas. Todo esto revela un maduro examen de la obra de los escritores, que jamás deja de cotejar con otras de la misma índole en los diversos países. El estilo ha llegado, en este libro, al máximo de su riqueza expresiva. Hay estudios de gran mérito, no sólo en cuanto a la fuerza y vivacidad de la forma irreprochable, sino también por el valor comparativo y psicológico de los escritores. Esto es aún más evidente cuando se refiere a sus compañeros y amigos: Mariano Picón Salas, Enrique Amorim y Enrique Lafourcade, o a los grandes maestros de la novela y de la crítica hispanoamericana: Mariano Azuela y Alberto Zum-Felde. A Picón Sa-

las, compañero del autor hasta en la muerte, dedica cuatro artículos, en los cuales ofrece una fisonomía real y acabada del célebre estético y creador venezolano que, guardadas las debidas proporciones, a semejanza de su compatriota Andrés Bello, ejerció entre nosotros decisivo influjo literario durante los años de 1928-1935. Revisa, con especial interés y acuciosidad, el definitivo libro *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*, 1954, de Zum-Felde. "Hay, pues, dice Latcham, como rasgo general en el ensayo continental un intento por hacer de América un esfuerzo arduo de autoconocimiento y de auto-definición".

El hombre de letras que intente escribir seriamente la Historia de la Literatura Hispanoamericana, que fue el grande anhelo de Ricardo A. Latcham, tendrá que recurrir obligadamente al escasísimo libro *Carnet crítico*, para el cual pudo haber escogido un nombre mejor.

En 1958, los *Anales de la Universidad de Chile* insertaron el ensayo "Blest Gana y la novela realista", del cual se hizo una separata. Latcham conoce de pe a pa la obra de Blest Gana y de todos los cultivadores chilenos de este género, y la coteja con las de los novelistas franceses, especialmente con las de Balzac, en las cuales se inspiró el autor nacional, "en cuya obra se mantuvo dentro de la objetividad del viejo realismo y no pudo o no quiso nunca sobrepasar sus tradicionales fronteras".



Ahora retrocedamos un poco en la actividad literaria del escritor recién fallecido, para reseñar, aunque sea en unas cuantas líneas, sus colaboraciones en esta revista *Atenea*, señora en el movimiento intelectual chileno de nuestro siglo xx.

Desde 1929, ilustra estas páginas; pero recordemos sólo algunos de sus valiosos trabajos: Su cuento "La Sombra del Abuelo", publicado en el N° 57 del mes de septiembre del mismo año, y cinco de sus ensayos: "Las ideas del Movimiento Literario de 1842", "La Poesía de Cataluña", "La obra de Juan Espinosa", "Andrés Eloy Blanco" y "Perspectivas de la Literatura Hispanoamericana Contemporánea. La novela".

"La Sombra del Abuelo" es de lo mejor que salió de su pluma, no pocas veces destartalada, fruto, tal vez, de su inconsistencia ideológica. En este relato, Latcham evoca los risueños días de la infancia, con esa gracia zumbona, mezcla de ingenuidad inglesa y picardía criolla que

había en la esencia misma de su compleja personalidad. Si la figura del abuelo, gruñón, desabrido y áspero, posee en la pluma del crítico los ricos matices de un estilo depurado, pero de una simplicidad arrobadora; la de su abuela tiene ese aire suave, desenvuelto, armonioso y femenino que despierta simpatías y afectos; por lo que naturalmente resulta como el polo opuesto del abuelo Tomás: "La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana. De un patio a otro descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de su rostro blanco y lechoso, que no mancilló el cosmético, ni aun el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento. Algo, empero, los unía: la religión puritana".

"Para mí educado en el catolicismo suntuoso y ritual por la austérrima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón. El Dios de ellos era más duro, más victorioso que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil canciones místicas y amorosas con que lo cantaban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dio vuelcos en el corazón, ni jamás tuvo virtudes, ni surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas".

Quizás si ya en aquella época comenzaron a barruntar en el niño las inquietudes y zozobras religiosas y políticas que afloraron en el espíritu de Ricardo A. Latcham después de los 26 años.

El agudo crítico literario sólo escribió otro cuento: "La magia de Mr. Cubb", que no pasó de la mediocridad.

En "Las ideas del movimiento literario de 1842", atribuye a José Victorino Lastarria grande influjo en el incremento de las letras nacionales: "La síntesis literaria del pensamiento de Lastarria es verter los asuntos originales del medio nacional en las formas de un estilo castellano". Le gustaba a Lastarria la prosa castellana, "pero su anti-españolismo social y político —dice el ensayista— buscaba nuevos motivos de inspiración en la naturaleza americana".

"Este aspecto de Lastarria; como precursor de nuevas maneras literarias en Chile, es indiscutible a pesar de la obstinación de ambiguos escritores en presentarlo con limitada perspectiva". Lastarria puede disgustarnos en muchos aspectos de su laboriosa vida, pero tiene el mérito indiscutible de haber abogado por una literatura chilena original.

A la muerte del escritor, poeta y hombre público venezolano, Andrés Eloy Blanco, Latcham trazó su semblanza y examinó la obra literaria en la cual interpretó "sinceramente las vivencias del hombre común, del campesino, del obrero y del letrado, que ahora recuerdan

su inmaculada imagen de tribuno, de egregio hombre civil y de poeta criollo y castizo que nacionalizó lo regional y exaltó con fervor esclarecido lo venezolano”.

“Perspectivas de la Literatura Hispanoamericana Contemporánea. La Novela”, podría señalarse como uno de los mejores exponentes del vasto saber de Latcham en materia de letras hispanoamericanas. Como Pedro por su casa, incursiona en el dilatado y complejo campo de la novelística de habla española. Reconoce el influjo de los modernos creadores europeos y norteamericanos, sobre los de este Continente joven. Comienza con México, donde prima la temática revolucionaria, depurada, fuerte y original. Pasa por Centroamérica y no se le escapa, como en Nueva España, autor de importancia; va enseguida a Cuba y a Santo Domingo, las islas trágicas; penetra después en Venezuela, elogia la novela de Picón Salas, y dice que el género está “alcanzando allí su madurez”. Se detiene en Colombia, país que ha superado ya los prejuicios y muestra una novela propia. Exalta a José Eustasio Rivera, autor de *La vorágine*, y a Gabriel García Márquez, discípulo de William Faulkner. A las novelas ecuatoriana y peruana, les dedica un serio estudio, y reconoce que el cetro de la última lo tiene ahora Ciro Alegría con *El mundo es ancho y ajeno* (1941). Examina también la novela del Altiplano, y reconoce que existen valores indiscutibles como Carlos Medinacelli, autor de la *Chaskañawi* (1947), en el cual admira “la capacidad femenina de las cholos y su influencia a través de la sexualidad y el trabajo sobre el blanco”. Termina con el estudio de las novelas argentina y uruguaya. La primera se renueva con la obra del tríptico Güiraldes, Mallea y Borges, y el prestigio se consolida en la generación de 1950. En cuanto a la uruguaya, sostiene que aún predomina el tema rural. “Alguien dijo en broma que el Uruguay es una campiña que limita con Montevideo”.

No trata en este ensayo la novela chilena, a la cual ha dedicado otros trabajos.



Por su mismo temperamento, nuestro compañero no podía estar inmóvil; le fascinaban los viajes; anduvo por todas partes del mundo en misión cultural. En 1941 fue a Buenos Aires, invitado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, a dar un curso sobre la evolución política y social de Chile. En 1942 recibió “nuevos convites”, patrocinados por las universidades argentinas y uruguayas, en las cuales ofreció numerosas conferencias. En 1946 estuvo en Colombia

con el mismo objeto. Al año siguiente visitó Europa, por segunda vez. En 1947 dictó cursos en Inglaterra, invitado por el British Council; en Checoslovaquia, bajo los auspicios de la Universidad de San Carlos de Praga, y en Francia, patrocinado por el Pen Club, que entonces dirigía el malogrado Henri Membre. En Madrid dictó un curso sobre la Novela Hispanoamericana, tema que dominaba. Poco después estuvo en Panamá y Bolivia. En 1949 regentó un curso de Literatura Hispanoamericana en Middelbury College de Vermont en Estados Unidos, donde fue huésped del Departamento de Estado. Su voz se escuchó también en México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Panamá. Sus oyentes pudieron admirar la sapiencia, agilidad intelectual y destreza oratoria para comunicarse con el auditorio. En 1951 la Universidad de San Marcos de Lima reunió el Congreso de Peruanistas donde fue invitado y presidió la sección Literatura y Filología. En 1956 volvió a Cuba, por la cual tenía gran cariño, y a Venezuela. En ambos países dio conferencias en los círculos universitarios y literarios.

Todos estos viajes los relacionaba él con su labor de crítico de *La Nación*.

Tuvo una actividad asombrosa; peregrinó por todos los caminos de Europa y América. Recorrió íntegro el itinerario de su inquietud. América y parte del Viejo Mundo admiraron su verba sabia, elocuente, zumbona y a veces difusa.

*
* *

Las letras chilenas no le escatimaron honores: presidió el Pen Club y la Sociedad Chilena de Escritores.

Comencé a tratar al crítico, con mucha intimidad, desde su bullado ingreso a la Academia Chilena de la Lengua. Confieso que no sentía por él ningún afecto, le había dado el voto solamente por el valor de su obra literaria. En poco tiempo nos conocimos y llegamos a ser tan amigos que, contrariamente a su costumbre, en todos los círculos hacía grandes e inmerecidos elogios del colega sacerdote.

En la Academia nunca rehuía el trabajo: formó parte de los jurados, pocas veces faltó a las sesiones, y cada vez que se le pidió algún trabajo o discurso, lo hizo a entera satisfacción de sus colegas. Representó, por ejemplo, a la Academia en los funerales de don Samuel A. Lillo, a quien rindió caluroso homenaje, a pesar de los duros y mutuos ataques que se hicieron en las revistas *Índice* y *El Ateneo*.

Recibió a un nuevo colega, por cuyo ingreso se empeñó. El discurso

de recepción, también muy anecdótico, semejante al de su incorporación, animó la velada.

En 1958 presidió el Comité de Intelectuales y Artistas partidarios de la candidatura presidencial derechista de don Jorge Alessandri Rodríguez, hijo del gran Presidente que tanto había combatido durante sus dos períodos.

Latcham empleó todo su entusiasmo, vehemencia, facundia e ironía para exaltar dicha postulación presidencial y zaherir las de Eduardo Frei y Salvador Allende. Nada le importó la crítica de sus antiguos amigos y *cofrades de izquierda*, ahora sus adversarios, por haber virado violentamente de la izquierda hacia la derecha. El creía, en conciencia, que el señor Alessandri era el mejor de los tres candidatos, el más apto para el ejercicio de la magistratura suprema.

El día de la relativa victoria, los partidarios del señor Alessandri se concentraron frente a un vespertino, próximo al hogar del escritor alessandrino, en cuyas columnas se había atacado violentamente al candidato triunfante. Como la situación era peligrosa, Latcham, aunque eufórico por la victoria, se comunicó por teléfono con el jefe de crónica del diario para ofrecerle asilo en su casa. Ricardo no era vengativo: le gustaba discutir y hasta pelear; se acaloraba fácilmente, pero la cosa no pasaba de allí. En una ocasión tuvo un violento cambio de palabras con Manuel Vega, de tranquila apariencia, pero también muy aficionado a las discusiones agrias, en la Embajada de Venezuela. A los dos días estaban tan amigos como antes de la enojosa cuestión, agravada, sin duda, por el whisky.

Alguien observó que en los funerales de Ricardo había hombres y mujeres de todas las ideologías políticas y de las más diversas clases sociales, porque el difunto literato tenía adversarios, pero nunca tuvo enemigos.

Poco después que llegó a La Moneda el señor Alessandri Rodríguez, el Presidente del Comité de los Intelectuales y Artistas de su candidatura fue nombrado Embajador en Uruguay.

Durante los cuatro años de su permanencia en aquel país, donde tenía muchos amigos y admiradores, en compañía de su esposa, señora

Alicia Rivera Reyes, que fue una magnífica Embajadora, Latcham realizó una labor cultural de mucha trascendencia para el mejor conocimiento de la literatura y de las Bellas Artes de nuestro país. Por iniciativa del incansable Embajador chileno, y editado bajo los auspicios del Instituto Cultural Uruguayo-Chileno, el escritor Walter Rela publicó, con prólogo de Ricardo A. Latcham, *Contribución a la bibliografía del Teatro Chileno, 1804-1960*. Este trabajo hacía mucha falta para realizar un completo estudio histórico-crítico del Teatro Nacional. El prologuista dice que el Teatro de nuestro país nació en los atrios de los templos, durante la Colonia, y destaca el influjo de don Andrés Bello en su acrecentamiento bajo el período republicano.

A raíz del sismo de 1960, los embajadores chilenos, especialmente la señora de Latcham, hicieron un gran movimiento para procurar la ayuda del Uruguay a Chile.

La natural vehemencia y ruda franqueza, incontroladas del Embajador de Chile, no se avenían mucho con la vida diplomática y el protocolo; sin embargo, entre los intelectuales, universitarios y gente del pueblo, fuimos testigos, no sólo una vez, de cuánto se le admiraba y quería en Uruguay. Su opinión como hombre de letras, erudito y de buen gusto, era allí por todos respetada. Conuerdo plenamente con la opinión del escritor Gonzalo Drago, en el sentido de que Ricardo A. Latcham, fue "uno de los embajadores más populares que ha tenido Chile en la democrática República Oriental del Uruguay. En su villa "Pajarito", bautizada así en honor de su mujer, a quien apodaba con este nombre, "los chilenos encontraban un pedazo de su patria". Su Eminencia, el Cardenal-Académico, Mons. Barbieri, y los nuncios apostólicos, fueron amigos de Ricardo y le estimaron más como escritor y hombre sencillo, espontáneo y dicharachero, que como diplomático.

Regresó al país en el verano de 1963, y fue destinado a servir el cargo de Director del Departamento de Relaciones Culturales en la Cancillería, con su título de Embajador.

De inmediato volvió a sus habituales tareas académicas y, poco después, a la crítica literaria de *La Nación*, cargo que mantuvo hasta el 4 de noviembre de 1964.

En este breve período su labor casi se identifica con la de 1941-1958; pero le faltó más imparcialidad. Durante los dos años de su magisterio crítico, el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile publicó once trabajos entre libros y cuadernos. Hubo algunos excepcionalmente notables como *Thomas Mann. Una personalidad en una obra*, cuyo autor es el propio jefe del Cen-

tro, Roque Esteban Scarpa; *Eliot, el hombre no el viejo gato* de Esperanza Aguilar, el primero premiado por la Universidad de Concepción y la Municipalidad de Santiago, y el otro también laureado por esta Corporación. Mientras los críticos nacionales, americanos y europeos, comentaban elogiosamente estas obras, Ricardo A. Latcham, sistemáticamente las silenciaba, por el criterio tan particular que tenía sobre la existencia del género Ensayo en nuestro país. Olvidaba el acrecentamiento extraordinario que había cobrado este género en Chile, gracias a los Institutos y profesores de la Universidad del Estado, que le han dado grande impulso. Recordemos los ensayos de Jorge Millas, Luis Oyarzún, Félix Schwartzmann y Roque Esteban Scarpa. Lo mismo podríamos decir de cómo ignoró libros de sacerdotes, que fueron excesivamente alabados por todos los críticos chilenos y extranjeros.

Como lo advertía su esposa y personas de la intimidad de Ricardo, a las cuales puedo sumarme, no le perturbaban los odios ni los resentimientos; pero era hombre con todos los defectos y debilidades de la especie humana.

Estuvimos juntos con Julio Barrenechea, en el IV Congreso de Academias de Buenos Aires, efectuado entre el 30 de noviembre y el 10 de diciembre del año pasado de 1964. Le pedimos que no hablara de política; Latcham accedió y no faltó al compromiso contraído con sus colegas, en los actos oficiales ni en las entrevistas de prensa; pero en las conversaciones privadas y en los círculos políticos izquierdistas que frecuentó, ahí no se contuvo. Era demasiado pedirle a Ricardo. En las elecciones presidenciales de septiembre de 1964, se declaró partidario, públicamente, de la candidatura del doctor Salvador Allende que había combatido en 1958. Admiraba personalmente al Presidente Eduardo Frei, por su indiscutida inteligencia, capacidad, cultura y reciedumbre moral; pero decía que no le gustaban "los beatos". Como antiguo conservador rechazaba la doctrina Demócrata Cristiana; en sus últimos días, se declaraba monarquista. Hasta su muerte, fue un hombre esencialmente contradictorio e inconformista. El Presidente Frei también admiraba a Latcham como escritor.

En el Congreso habló poco, y las veces que lo hizo, en el homenaje a Gamboa y en la sesión de clausura en nombre de Chile, los delegados valoramos una vez más los serios y amplios conocimientos del orador, acerca de la literatura hispanoamericana. Para hablar, jamás recurrió al papel.

Donde él disertaba a sus anchas, era en los corrillos, en la conversación íntima. Todos admiraban su memoriación: mencionaba nombres de autores; emitía juicios certeros de las obras; refería deliciosos anécdotes.

tas de nuestros escritores o lanzaba un dardo punzante contra algún literato o estadista; y todo esto dicho con su índice levantado y con tanta hilaridad, que, allí donde él estaba, había siempre risas y carcajadas estruendosas. En el vestíbulo del Hotel Claridge le rodeaban los colegas de todas las naciones, para escucharle con fruición; en las horas libres del Congreso, muchos preferían quedarse allí para disfrutar de su conversación.

En la sesión de clausura, agradeció las atenciones recibidas por nuestra delegación, del Gobierno y la Academia Argentina. Cuando le pedí que nos representara en aquel acto, después de excusarse y decirme que era al jefe de la delegación a quien correspondía ese honor, respondió: "Bueno, al fin y al cabo no se ha fijado Ud. en un cualquiera". Ricardo A. Latcham, hombre sencillo y espontáneo, no era humilde a la chilena. En su discurso, muy bien preparado, mas no escrito, se refirió a la tradición humanística chilena, y a los egregios sacerdotes que han cultivado las letras clásicas en nuestro país: Manuel Antonio Román, su nunca olvidado maestro, Juan Rafael Salas Errázuriz y Guillermo Jünemann. Finalmente rindió homenaje a la Real Academia Española.

En Buenos Aires, continuamente recordaba a su esposa, la comprensiva, inteligente y cristiana señora Alicia Rivera, que frenaba los ímpetus de Ricardo, a quien ella admiraba y quería. La señora Alicia había puesto a Latcham bajo mi vigilancia, a fin de que no comiera demasiado, especialmente en la cena. Cuando llegaba en la noche, iba a la mesa donde estaba el cura y allí, después que se hartaba, me decía: "Ud. no come nada; como Ud. ve yo he comido poco. Alicia me puso bajo su vigilancia y por eso me dejó venir".

Al separarse de la delegación, para viajar a Uruguay, donde era esperado por sus amigos, me manifestó: "Cuando llegue no deje de hablar con Alicia, por teléfono, y dígale que llegaré antes de Navidad; no le va a gustar mi tardanza, pero le he comprado una miniatura, de esas que a ella le gustan, y la voy a dejar contenta; no le vaya a decir lo que he comido. Yo quiero mucho a Alicia". Así era el crítico, un hombre vehemente, apasionado, franco y con alma de niño.

Regresó a Chile a fines de diciembre, y poco después se dirigió con su esposa a Valparaíso, donde dictó un curso de Literatura en la Escuela de Verano de la Universidad de Chile, que funcionó en la de Santa María.

Ya estaba jubilado de su cargo en el Ministerio de Relaciones.

Pasó unos pocos días de enero en Santiago, época en que se le nombró de nuevo profesor del Instituto Pedagógico. Partió a La Habana

para integrar el jurado del 5º Concurso Literario Hispanoamericano de la Casa de las Américas.

Viajó con la señora Alicia, tal vez porque presentía su próximo fin. Antes de irse testó y declaró que moriría en Cuba.

Ante la sorpresa de su mujer, falleció casi instantáneamente de un ataque cardíaco en su cama del departamento que ocupaba en el Hotel de La Habana el 25 de enero de este año de 1965. El Gobierno cubano se hizo cargo de los funerales y prestó a la viuda las mejores atenciones, hasta dejarla instalada en el avión que condujo a Chile los restos de Ricardo.

El 30 llegó al país su cuerpo embalsamado. Se le veló en su inmensa biblioteca de la Avda. Holanda, formada con grande esfuerzo y cariño, a través de 45 años de dilatada labor literaria. Era una de las librerías particulares más ricas del país y de Hispanoamérica.

La vida y la obra de Ricardo A. Latcham llenan cuarenta y cinco largos años de nuestra historia literaria. 1920-1965.

¹Discurso de Incorporación en la Academia Chilena de la Lengua. (Inédito).

²*Presencia de la Paz*, Bolivia, 2 de febrero de 1965.

³Julio César Jobet, ATENEA, "Al-

gunos Colaboradores de ATENEA. T. CLIV, Nº 404, p. 163.

Todas las demás citas son de las obras de Latcham, de sus críticas en *La Nación* y de otros libros, cuya Bibliografía va a continuación:

B I B L I O G R A F I A

Ricardo A. Latcham. *Escalpeló*, MCMXXVI, Imprenta San José.

—*Chuquicamata, Estado Yankee*, 1926, Nascimento.

—*Vidas ardientes*, novela, 1926, Nascimento.

—*Itinerario de la inquietud*, 1931, Nascimento.

—*Vida de Manuel Rodríguez*, 1932, Nascimento.

—*Estampas del nuevo extremo*, 1941, Nascimento.

—*12 Ensayos*, PEN, Club de Chile, 1944.

—*Antología de escritores contemporáneos de los Estados Unidos*, 1944, Nascimento.

—*Antología del Cuento Hispanoamericano*, I Ed., 1958, y II, 1962, Zig-Zag.

—*Carnet crítico*, Montevideo, Uruguay, 1962.

—Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Educación. Discursos académicos pronunciados

- en la sesión del Honorable Consejo Universitario, celebrada para recibir al Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación, señor Mariano Latorre Court.
- Discurso de Recepción a Don Mariano Latorre Court, por el señor Ricardo A. Latcham Alfaro, abril de 1953, Santiago, 1953.
- Ricardo A. Latcham, *Blest Gana y la Novela Realista*, Ediciones AUCH, Nº 20, 1958, Separata de *Anales de la Universidad de Chile*.
- Walter Rela, *Contribución a la Bibliografía del Teatro Chileno*, 1804-1960.
- Noticia Preliminar, de Ricardo A. Latcham, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1960.
- Ricardo A. Latcham, *El criollismo, Saber*, Editorial Universitaria, 1956.
- Novela Hispanoamericana*, 20 volúmenes.
- Pen, Club de Chile, *Poesía, ensayo, narración*, Ediciones Revista ATENEA, Santiago, 1961. Ricardo A. Latcham, *Algo estrictamente personal*, pp. 169-179.
- La Revista Católica*, 1920-1927.
- Índice*, 1930.
- Anales de la Universidad de Chile*, 1930-1963.
- ATENEA, 1929-1964.
- Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*, 1956-1962.
- El Chileno*, La Serena, 1919.
- El Diario Ilustrado*, Santiago, 1923-1931, 1952-1962.
- El Mercurio*, 1929.
- La Nación*, Santiago, 1941-1952, 1963-1964.
- Otras obras consultadas*
- Alone, *Historia Personal de la Literatura Chilena*, Zig-Zag, 1954.
- Diccionario de la Literatura Latinoamericana, Chile*, Unión Panamericana, Washington. D. C., 1958.
- Hugo Montes, Julio Orlandi, *Historia de la Literatura Chilena*, Ed. del Pacífico, Santiago, 1959.
- Raúl Silva Castro, *Panorama Literario de Chile*. Ed. Universitaria, 1961.
- Roque Esteban Scarpa, *Poesía Religiosa Española*, Ercilla, 1938.
- Ángel Valbuena, *Antología de la Poesía Sacra Española*, España, 1940.
- Roque Esteban Scarpa, *Voz Celestial de España*, Zig-Zag, 1944.
- Roque Esteban Scarpa, *Lecturas Chilenas*, Zig-Zag, 1950.
- Obras inéditas*
- Emilia Galdámez Rodríguez, Ricardo A. Latcham, *crítico literario*. Crítica e Interpretación. Memoria para optar el título de Profesora de Castellano, 1956, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile.
- Enrique Aguilera Rojas, *La crítica literaria, de Ricardo A. Latcham Alfaro*. Memoria para optar el título de Profesor de Castellano, Instituto Pedagógico, Valparaíso, Universidad de Chile, 1964.

UN CHILENO
CASI URUGUAYO

EL LUNES pasado, don Ricardo Latcham murió en La Habana. Habría que agregar que cayó en acto de servicio, en plena función crítica, ya que integraba el jurado del Concurso Literario que anualmente es convocado por la Casa de las Américas. Pocas semanas atrás había estado en Montevideo. Para quienes en esa ocasión charlamos largamente con él, y lo vimos tan vital, tan bienhumorado, tan pródigo como siempre, la noticia nos suena hoy como algo increíble. Desde luego sabemos que dentro de unos días otra sensación, más contrita y desgraciadamente irreversible, se consolidará en nuestra verídica jornada; pero la verdad es que por ahora resulta totalmente inverosímil que aquel amigo entrañable, aquel estupendo conversador, aquel francotirador vocacional (ésta era tal vez la denominación que él más apreciaba), se haya llamado definitivamente a silencio.

Seguramente Chile, su país natal (había nacido en La Serena el 17 de abril de 1903), y toda América Latina, sentirán el golpe bajo que significa esta pérdida, pero los uruguayos tenemos razones muy particulares para experimentarla como una desgracia propia, como un mal azar de nuestra vida intelectual. Durante cuatro años (desde 1959 a 1963), Latcham fue embajador de Chile en nuestro país. Durante ese lapso, otorgó a su cargo una dimensión humana, un interés por lo nuestro, una capacidad de diálogo, un empuje cultural que sirvieron para despojar su gestión de toda rutina burocrática. Latcham no sólo no hizo sentir nunca su extranjería, sino que nos fue paulatinamente convenciendo de que chilenos y uruguayos éramos (con excepción del rubro vinos) casi compatriotas.

Justamente por ser tan poco diplomático, en el sentido más paralítico del término, Latcham rozó susceptibilidades, provocó cóleras, desprestigió el énfasis. Ni la pompa ni la hipocresía eran su fuerte. Sin

grandes discursos, sin ampulosas ceremonias, trajo de Chile exposiciones de arte, compañías de teatro y de ballet, conjuntos folklóricos; dio innumerables conferencias sobre narradores y poetas chilenos; presentó escritores de Chile a sus colegas uruguayos. Constante nexo entre ambas realidades culturales, difundió (desde antes de venir al Uruguay ya era profundo y sensible conocedor de nuestras letras) en Chile y en toda América la obra de nuestras nuevas promociones literarias. Como resultado, durante su permanencia en Montevideo, se supo más en el Uruguay del panorama literario y artístico de Chile, y más en Chile del panorama literario y artístico del Uruguay, que en todos los años anteriores a su gestión.

Pero lo mejor, lo más disfrutable de esa comprobación, fue que Latcham no se limitó a establecer vínculos, a efectuar meras presentaciones. Como escritor, como ensayista, y sobre todo como chispeante conversador, fue en sí mismo una personalidad fuerte, lúcida y vivaz, que no dejó pasar los libros y los autores, las noticias y los ecos, sin vivificarlos con su opinión. Fue, en este aspecto, un nexo activo, y como tal tuvo una importante significación en la vida intelectual uruguaya de estos últimos tiempos. Es bueno que de vez en cuando, alguien nos vea simultáneamente desde dentro y desde fuera, y hable con franqueza (con la franqueza que tanta falta hace en lo que Latcham llamó alguna vez "nuestro gran continente mestizo") de ese amplio patrimonio de virtudes y defectos que forman la incanjeable cultura latinoamericana. Como aliado o contendor en cualquier diálogo, Latcham fue siempre un interlocutor estimulante, intelectualmente provocativo, un amenísimo monologuista, con un registro de anécdotas (literarias y no), extraídas de lo que un escritor salvadoreño denominó "una memoria monstruosa, que torna el fichero casi innecesario".

Algunas de sus frases, algunas de sus etiquetas, han quedado insertas para siempre en la tradición oral del Río de la Plata. En 1963, por ejemplo, participó en el Coloquio que organizara el Pen Club de Buenos Aires, y una de sus frases arrancó una ovación de la zona más joven del público argentino: "Si los escritores se reúnen para discutir estética, es mejor que se queden en su casa". Durante su estadía en Montevideo, Latcham nunca se reunió con los escritores uruguayos para "discutir estética", sino para tratar de desentrañar, en una aproximación llena de simpatía, este trozo de realidad latinoamericana que nos ha tocado en suerte.

En varias oportunidades le hice reportajes, sintetice sus conferencias (varias de ellas aparecieron en *La Mañana*), recabé sus impresiones sobre algún tema concreto. Repasando ahora esos recortes, me encontré

con unas palabras que él pronunciara en la Universidad de la República, la tarde en que los intelectuales uruguayos le brindaron un cáldido homenaje: "Cuando alguien ha dicho en forma insidiosa que yo no amo al Uruguay, quiere decir que no conoce su propia tierra. Estoy unido a esta tierra no por el ropaje diplomático, transitorio y a veces deleznable, sino por algo más hondo, que sale de la sangre, de la raza, de la voz palpitante de la tierra, de los paisanos, de los hombres humildes del Cerro, con quienes me he paseado en medio del escándalo de los mojigatos y de los diplomáticos de pechera tiesa. Estoy vinculado a esta tierra por la suavidad acariciadora de sus playas del Este, por esa gente del Interior (una palabra que sólo escuché antes en Panamá), en donde he recogido la flor de la amistad uruguayá'. Creo que esa cita explica, con bastante aproximación, los motivos de las simpatías (y también de los resquemores) que suscitara en este medio. También explica por qué lo hemos considerado siempre como uno de los nuestros.

(*La Mañana*, Montevideo, 29 de enero de 1965).

RICARDO A. LATCHAM
Y LA CRÍTICA DE POESÍA

NO PRETENDEMOS intentar —en este homenaje— una revisión total de las opiniones de Latcham en torno al fenómeno poético, la crítica de poesía y la historia de la palabra poética, realizadas por él en la cátedra, en la página volandera del diario y en el libro. Sólo nos interesa mostrar, de modo más o menos orgánico, siguiendo la huella de lo que quedó en periódicos, la estimativa del maestro —en cuanto reiteración de pensamientos y nivel testificador de la nueva poesía, no por su mera novedad, sino por su afán permanente de descubrir los rasgos distintivos en cada uno de los enjuiciamientos que realizaba.

Eliot escribió, en una oportunidad, que “lo primordial en todo crítico es su aptitud para seleccionar el buen poema y rechazar el malo; reconocer el buen poema *nuevo* que responde propiamente a las *nuevas* circunstancias es la mejor prueba de su aptitud”¹. Lo que pretendemos orillar es de qué manera Latcham utilizó este postulado, en un momento en el que, con honrosas excepciones, la crítica se debatía en un universo de patrañas o de burlas, de impresionismo sutil e ineficaz, de vehemencias extraliterarias; se dejaba llevar por escrúpulos forenses, depreciada la capacidad de asombro en un voluntario ejercicio semanal ininterrumpido; se trasladaba el asedio a los textos poéticos con una falta de fe en las verificaciones, con vistazos burdos a las apariencias, que no a las esencias.

Latcham vivía entre dos polos: su amor a la tradición, que le permitía rastrear en la primitiva lírica española, en la poesía inglesa antigua, en la Edad Media francesa; y su pasión por lo reciente, que se podía advertir al oírle hablar del norteamericano Paul Blackburn, o del italiano Bruno Nardini o de los testimonios estéticos de Edith Sitwell, acerca de la oscuridad en poesía. Debemos a Latcham —los

de más recientes generaciones— su devoción a la letra y al espíritu de ella, su afán irreductible por no escapar de la potenciación inmediata, con los riesgos que implica el acercarse a lo nuevo, a lo que ~~conoce~~ aún de perspectiva. Su generosidad excesiva, alguna vez desmesurada por un espíritu más estimulante que negador, ha ayudado a trazar un esquema claro de la poesía chilena actual. En tanto una crítica invigente nos depara sus sólitas y laboriosas barbaries, sus anacronismos incontinentes, asoma otro peligro valorador: el que brota de una encarnizada y sistemática aplicación de los métodos patrocinados por Wolfgang Kayser. No negamos la posibilidad de empleo discreto de muchos de los planteamientos del doctor teutón. Recusamos, eso sí, la beatitud, el adelgazamiento, so pretexto de profundidad, en mal español y en estilo campanudo y gerundiano; señalamos los peligros inherentes a la capitalización de esa nueva fe y al cultivo de un esoterismo que en vez de aclarar un texto poético lo obnubila. Valéry, Eliot, Wallace Stevens, Guillén, Mallarmé se han referido al fenómeno poético. Ellos han partido de la poesía, no la han considerado como pretexto.

A igual distancia queden, y sabemos la inclinación de Latcham: la demolición filológica, el impresionismo vago y el placer por drogarse con una nueva retórica para complacer la afición por los nuevos mitos.

Tras este exordio afligente, veamos algunos de los principios sustentados por Ricardo A. Latcham.

La crítica y la poesía.

Emplea Latcham para estudiar a los poetas,

el método más difícil: agrupar escritores y buscar sus secretas analogías y los puntos en que se contraponen sus preferencias verbales².

Asegura que el crítico debe tratar de entender el espíritu de una poesía que surge. Admite que

...la crítica es también tarea de perforación, de adaptación a los climas presentes, cuyo halago es peligroso, pero cuya acendrada fuerza está aquí más viva que en los versos embalsamados con los cosméticos académicos o las mixturas floralescas³.

Apunta la ausencia de una crítica especializada de poesía y señala los riesgos en que incurre la estimativa suplente:

La crítica especializada de poesía no existe ni en nuestras mejores revistas literarias y, por lo general, en ellas se encuentra reemplazada por comentarios fugaces, productos de la amistad, el compañerismo y el compromiso de las capillas⁴.

Revisa algunas de las falsificaciones perpetradas por la crítica en uso y señala los flancos, explicando su inverosimilitud:

El punto débil de nuestra crítica lo constituye la apreciación inadecuada del fenómeno poético. Cierta impresionismo vago, afirmaciones inconsistentes y un enfoque parcial de la creación lírica, podrían ser las peores muestras de cómo se estudia en Chile la poesía nacional y extranjera⁵.

El influjo de Lorca.

En los años treinta, la huella de Federico García Lorca es visible en la obra de un sector de la lírica chilena. Nuestros poetas buscaron, eso sí, más la monarquía de la imagen y los rasgos externos, que el espíritu del granadino. Latcham menciona el "predominio de la jardinería literaria"⁶ y la presencia de una excesiva afición al preciosismo innatural.

Sugiere —más tarde— que Oscar Castro escapa a esta fórmula, en su segundo libro, porque profundiza más en su mundo personal y refiere su abundante imaginación a lo criollo⁷.

La poesía social.

En diversas crónicas, Ricardo A. Latcham se ha referido a la poesía social. Sus alarmas no provienen de la potenciación de la carga doctrinal del poema, sino de la calidad de éste:

"... Aragón en *Le Bel Canto*, aconsejaba a los poetas sociales de su predilección que era un deber hacer buenos versos. No ponía el motivo por encima de la calidad, como suele suceder entre nosotros. El único inconveniente que ofrece la poesía social es que con frecuencia es de muy baja estirpe"⁸.

El poeta tiene que colocarse a la altura de lo tratado como lo hacía el Dante o como lo han hecho Whitman y Kipling, cantando uno a la democracia y el otro al imperialismo en su hora de plenitud⁹.

A propósito de algunas opiniones de Pablo Neruda, vertidas particularmente en su *Discurso pronunciado en el Congreso de la Paz, en México* (recogido posteriormente en *Poesía política*, Editora Austral, Santiago de Chile, 1953, tomo II, pp. 213-225) y tomando como pie una crónica literaria destinada a comentar los libros de Angel Pizarro y Jorge Onfray¹⁰, escribe Latcham:

... conceden más valor a los materiales que emplean, y no pueden desprenderse de la complejidad que los abruma en esta atormentada época. De ahí que no podamos compartir la opinión nerudiana de la "necesaria claridad". Ni la obscuridad es patrimonio burgués, ni la elaboración técnica del poema es desdeñable cuando se trata de interrogar a un universo de gran variedad y complicación. Hay un punto en que se unen los hilos dispersos del pensamiento de estos poetas, sean ellos puros o comprometidos, y es el de la caducidad que descubren en las metáforas de sus predecesores.

Sobre Gabriela Mistral.

Etiemble escribió, en una oportunidad¹¹, acerca de las fechorías intelectuales que se han cometido con el vocablo 'misticismo'. La poesía de Gabriela Mistral ha soportado indemne el marbete presuroso y nada reflexivo. Latcham ve en ella la repulsa paulatina a los tópicos modernistas y la aproximación al mundo primigenio del mestizaje, del que brotará, en aluvión, su mundo natural¹²:

Gabriela Mistral se enfrenta a la literatura en un momento de cansancio verbal, cuando las corrientes poéticas americanas se hallan saturadas de los motivos modernistas a través de reiteraciones de tópicos que agotaron los maestros co-

mo Darío, Lugones y Valencia. Con un apoyo simple en una realidad muy concreta, de matices escasos, la mujer montañesa canta la pérdida de su amor y la esterilidad de su cuerpo, con alusiones a su destino adverso y a Dios, que no le dio el gozo de la maternidad. No hay resignación cristiana, sino protesta airada y violenta; no hay misticismo contemplativo en sus cantos sino un gemido que envuelve a la naturaleza y la interroga. Entra en este ángulo psicológico su conformación mestiza, la raíz india a que se refiere siempre la propia artista. Es quizá más un residuo totémico, elemental, que una teoría católica, derivada de los Evangelios o de los maestros de la vida interior...¹³.

Sobre la poesía chilena posterior a 1950.

De unos trescientos trabajos dedicados a la poesía chilena posterior a 1950, podemos entresacar algunas ideas fundamentales de Latcham. Estas pueden unirse, de lo general a lo particular, con el enfoque que hace de ciertos libros.

En un mundo que requiere un alto, para distinguir las voces de los ecos, él precisa algunos sucesos:

- a) Los poetas de este período "rehuyen el exceso metafórico"¹⁴;
- b) En este tiempo se "busca mejor el contenido y el sentido, con nítida orientación hacia los problemas y una lúcida conciencia del destino humano"¹⁵;
- c) Poetas de anteriores generaciones pierden consistencia en la época actual, porque "siguen atrapados por una tendencia a la obscuridad y al desenfreno verbal, que también demuestra su servidumbre a moldes gastados y a la mecanización de las imágenes"¹⁶.

Señala méritos y deméritos de varios poetas:

[Rosenmann]... todavía tendrá que manejar la lima y vencer la tentación de reproducirse hasta el infinito. ¡Cuánta acumulación, cuánta alegoría, cuánta desbordada fantasía concentrada en unas estrofas o en unas líneas recargadas y tortuosas! El poeta no deja tomar aliento y desconoce las pausas. Se atropella, se confunde y también revuelve sus materiales¹⁷.

Montealegre tiene un porvenir luminoso, tanto por su idioma atrevido, por sus metáforas audaces y por su originalidad en el tratamiento de lo religioso, depurándolo de lo anecdótico y elevándolo a la visión esencial de lo divino. Es un nombre que dará pronto que hablar bastante¹⁸.

Sigue atentamente a Barquero; atiende a la incorporación del mundo secreto de la poesía de Teillier; apunta el mundo de los símbolos de la poesía de Arteche; busca el sentido temporal de la poesía de Enrique Lihn. Conmoveras son estas palabras, que permiten aceptar su indulgencia a poetas menores:

Las condiciones de la existencia del poeta en Chile merecen[...] una atención mayor que la otorgada en párrafos laudatorios y en líneas de agasajo, que compensan del descuido de ciertos críticos. El valor y la constancia, el sentido de depuración y de responsabilidad que demuestran los mejores líricos recientes son indicios de una fuerza desconocida, pero activa, que trabaja en el silencio por la continuidad de una tradición verdadera. *Nunca habrá que escatimar la emoción que provoca un pequeño volumen, editado con sacrificios, y que encierra un mensaje auténtico, aunque en él estén ausentes las formas, o abunden con exceso otras veces*¹⁹.

Es posible que la novedad y la meditación rigurosa estén ausentes de este rápido esquema de materiales para una revisión de Ricardo A. Latcham y la crítica de poesía. La admiración es mayor que la posibilidad de premeditar el vasto universo, en forma de biblioteca, en el que se movió el maestro, hasta dar con el libro final, exacto, definitivo, sobre el que surgen gozosas sus manos.

¹⁸*Función de la poesía y función de la crítica. Traducción, prólogo y notas de Jaime Gil de Biedma. Biblioteca Breve, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1955, p. 32.*

¹⁹Crónica Literaria. *La Nación*, 4-vii-1948.

²⁰Crónica Literaria. *La Nación*. 21-ix-1947.

²¹Crónica Literaria. *La Nación*. 19-

II-1950.

⁵Crónica Literaria. *Ultima Hora*, 6-VII-1958.

⁶Crónica Literaria. *La Nación*, 31-VIII-1941.

⁷Crónica Literaria, *La Nación*, 15-VI-1952.

⁸Crónica Literaria, *La Nación*, 19-II-1950.

⁹Crónica Literaria. *La Nación*, 4-VII-1948.

¹⁰Crónica Literaria. *La Nación*, 16-XII-1951.

¹¹*Prostitución de la mística*. SUR, agosto de 1940, N^o 71, pp. 26-50.

¹²"Aquellos eran otros tiempos y en las quijadas de la cordillera el único libro era el arrugado y vertical de trescientas y tantas montañas, abuelas

ceñudas y que daban consejas trágicas". Gabriela Mistral, *¿Qué es una biblioteca?*, en *Repertorio Americano*, 10-V-1950.

¹³Crónica Literaria, *La Nación*, 7-XII-1947.

¹⁴Crónica Literaria. *La Nación*, 26-V-1963.

¹⁵Crónica Literaria. *La Nación*, 26-V-1963.

¹⁶Crónica Literaria. *La Nación*, 29-VII-1951.

¹⁷Crónica Literaria. *La Nación*, 15-I-1950.

¹⁸Balance Literario de 1955. *La Nación*, 1^o-I-1956.

¹⁹Crónica Literaria. *La Nación*, 19-II-1950.

LATCHAM Y LAS
IDEAS POLITICAS

LATCHAM tuvo oportunidad de actuar en nuestra vida política en un agitado período de hondas convulsiones cívicas. Elegido diputado por el Partido Socialista en las elecciones de 7 de marzo de 1937, tomó activa participación en la agitada lucha de sus días. Desde algunos años antes había reaccionado airadamente contra las medidas de violencia propiciadas por la administración imperante, protestado del asalto al diario *La Opinión* y sabido de la hostilidad ambiente en una relegación a una apartada región del territorio nacional, impuesta por la autoridad.

No tuvo así nada de extraño que, al darse cuenta en la Cámara de Diputados, en sesión de 13 de julio de 1937, de la nota que le dirigía el Presidente de la República, incurriendo en una flagrante transgresión constitucional, por cuanto prescindía del Ministro del Interior, y que constituía un verdadero cartel de desafío injurioso y vejatorio, Latcham la rebatiera con apasionamiento y caracterizara la acción política de Alessandri como tortuosa y demoleadora.

Tomó diligente participación en la jornada cívica de 1938 y al producirse la tragedia de la Caja de Seguro Obligatorio, desde su asiento de la Cámara, alzó su voz para condenarla en airada protesta.

Al renovarse la Cámara de Diputados no volvió Latcham a la vida política, pero la siguió con intenso apasionamiento desde las columnas del diario *La Nación*, al que se había incorporado en calidad de crítico literario.

Es difícil hablar con frialdad de un hombre de letras al cual nos hemos sentido unidos, no sólo por la comunidad de ideas literarias y políticas, sino por los vínculos de la confraternidad intelectual y profesional más estrecha. Es lo que me ocurre con Latcham, con quien fuimos colegas en la Universidad, que mantuvo relaciones de amistad y

confraternidad con mi hermano Armando y consagró a varios de mis libros sentidas columnas, henchidas de comprensión y simpatía. De esa relación y de esas páginas, deseo destacar algunas, que caracterizan la personalidad intelectual del escritor como pensador político.

Su amistad con Armando Donoso la evocó en una sentida página al ocurrir su muerte en enero de 1946: "Nos unió una amistad de más de veinte años, con Donoso, escribía en *La Nación*, en que hubo fugitivas sombras y una disidencia lamentable. Nunca guardó rencor por alguna alusión pasajera, producto de un instante tormentoso de la vida política nacional. El mejor recuerdo suyo es la generosidad y nobleza que tuvo para borrar cualquier agravio en aras de comunes disciplinas. Se ha dicho con tortuoso designio que Armando Donoso fue ignorado por la Universidad de Chile y por sus centros docentes. Nada existe más arbitrario e injusto que semejante afirmación. La Facultad de Filosofía y Educación lo hizo miembro académico y diversos menesteres, no ajenos a su modestia, impidieron su incorporación solemne a esa más que centenaria corporación docta. En otros terrenos recibió de la Universidad de Chile diversas manifestaciones de su consideración y de su afectuoso respeto, y no hubo nada en sus actitudes que exteriorizara lo que ahora supone un gratuito apologista: el olvido o desconocimiento de sus positivos méritos".

Y terminaba sugiriendo que la Universidad recogería oportunamente sus ensayos y trabajos históricos y literarios dispersos, en una edición que los preservara del olvido.

Al darse a los moldes al año siguiente su libro *Recuerdos de cincuenta años*, no le regateó elogios. "Donoso escribía con rapidez, con letra clara y nerviosa, apuntaba, con cierto calor que lograba traspasar a sus conversaciones. Era un animador de las letras chilenas, y nunca conoció la envidia, ese tremendo corrosivo espiritual que empequeñece a otros literatos. Perdonaba las ofensas y nos guardó simpatía, a pesar de ciertos desacuerdos pasajeros, que no impidieron nuestra definitiva amistad después de olvidar lo que provocó un momento de tensión nacional, a raíz de la caída de un discutido régimen de Gobierno. En este copioso volumen se siente, a menudo, esa vivacidad, que era la mejor cualidad del crítico y que movía su prosa, ni muy desaliñada ni muy correcta, transida de saber, de nobleza espiritual, con algo premioso y rápido que resulta aquí bien ajustado al tono de las entrevistas".

Pero fue en el campo de las ideas políticas donde el crítico trazó algunas de sus páginas más logradas. Lector apasionado de los historiadores nacionales, historiador él mismo, Latcham observó con agu-

deza la evolución sociológica de la nación y estudió a cuantos la habían interpretado, en el pasado y en el presente siglo. Le eran familiares las páginas de Amunátegui, Barros Arana, Sotomayor Valdés y Vicuña Mackenna, y había seguido con atención la trayectoria intelectual de Alberto Edwards y Francisco Encina.

Al aparecer en 1946 *Las ideas políticas en Chile*, Latcham advirtió de inmediato que no había sido ajeno a los propósitos del autor rebatir las tendenciosas y perturbadoras conclusiones a que había arribado el historiador Edwards en su libro *La fronda aristocrática en Chile*, publicado en 1928. No sin generosidad escribía en las columnas de *La Nación*: "Con semejantes cualidades, Donoso se coloca a la cabeza de los historiadores universitarios, en un macizo promontorio que domina la perspectiva de una centuria preferida por los que incursionan en el campo del pasado. En *Las ideas políticas en Chile* hallamos una intención formal, simple y escueta en sus finalidades, clara y segura en los detalles y orientada siempre por un severo criterio sociológico". Siguiendo paso a paso el desarrollo de la obra, en su finalidad de destacar la evolución política e intelectual del país, agregaba:

"Lo más substantivo y medular de su vasto panorama ideológico es la crítica implacable y vigorosa del régimen instaurado por los conservadores, a partir de la batalla de Lircay. La República estuvo entonces avasallada en sus mejores impulsos y recibió un tremento flujo reaccionario que en la práctica equivalió a la resurrección del colonialismo".

Con agudeza crítica advertía los esfuerzos del autor por sustraerse a la influencia de Barros Arana y Amunátegui, en sus tendencias a concebir la historia del pasado nacional como la obra de la acción de personalidades vigorosas antes que como el resultado de la avasalladora influencia de las ideas y corrientes ideológicas.

"Más que un registro de acontecimientos o un desfile de siluetas patricias, consignaba, de perfiles políticos o de escaramuzas parlamentarias, este libro reviste otros episodios de raíz más colectiva, pero no por eso menos actuantes y poderosos, los flujos del lento progreso democrático que arrancó hasta las raíces de un vasto sistema erigido sobre los privilegios, los prejuicios y el fanatismo religioso".

Apuntando que Donoso no había logrado sacudirse del todo de la influencia de ese "extraño patriarca de las letras" que fue don Diego Barros Arana, reconocía que el libro ofrecía una originalísima perspectiva, derivada de un aprovechamiento agotador de nuevos documentos o de otros que pasaron inadvertidos para los historiadores del

siglo pasado. Y terminaba afirmando que ese trabajo constituía un enjuiciamiento de la marcha del hombre chileno en su lento avance por el camino del progreso institucional. "Si resulta éste un libro útil y preñado de enseñanzas con relación a lo extinto —decía— no es menos revelador para conducir a la comprensión del presente, a lo vivo, que después de todo es lo que mejor justifica los desvelos históricos, cuando ellos desembocan en un gran drama filosófico o colectivo".

Entre los historiadores de la vida política de la nación, ninguno tenía una personalidad más inconfundible que el señor Alberto Edwards, que si había tenido algunas coqueterías con el régimen parlamentario, era en el fondo de su alma vigorosamente conservador y reaccionario, el último pelucón, como gustaba llamarse. El señor Edwards juzgó la evolución política del país con apasionamiento, teñido con prejuicios que se hallaban arraigados a su espíritu con tenacidad incommovible. En 1903 había dado a los moldes una *Historia de los partidos políticos chilenos*, que en 1949 fue reimpresa con un capítulo que ponía la obra al día, debido a la pluma del señor Eduardo Frei Montalva. A comentarlo dedicó Latcham un largo artículo que apareció en *La Nación* el 4 de diciembre de 1949.

Reconocía el crítico que el libro estaba concebido en un plano de claridad, de lógica y de inteligencia que nadie podría desconocer, y que del crudo análisis de sus páginas surgía con claridad deslumbrante la crisis interna del liberalismo, que disolvió las energías potenciales de un partido incapaz de tener una mística del poder en horas trascendentales para los destinos de la patria, o, dicho en otras palabras, a la incapacidad que surgió en la oligarquía gobernante para dirigir los destinos de la nación. "Sin embargo, el señor Edwards, escribía Latcham, tuvo una extraña miopía para contemplar los factores puramente doctrinarios de la política liberal y nunca quiso ahondar en el aspecto más complejo de una crisis que precipitó la caída de Balmaceda".

Le sorprendía la ceguera con que Alberto Edwards contempló el nacimiento y el crecimiento de los partidos netamente populares, integrados por hombres procedentes de la clase media y del proletariado.

Para Edwards la democracia era una ficción deleznable, se reía de todos los ingenuos que creían en ella y en las páginas de sus libros se advertía una contenida hostilidad hacia las clases medias que pretendían disputarle la posesión del poder a sus tradicionales usufructuarios.

Latcham advirtió con agudeza la diametral oposición de principios filosóficos y políticos con que estaban concebidos y desarrollados los

trabajos de Edwards y de Donoso, y sin profundizar mucho en sus conclusiones era fácil advertir de qué lado se orientaban sus simpatías, afianzadas en su credo político.

Las páginas 113 a 261 del volumen de la *Historia de los partidos políticos chilenos* las llenaba el señor Eduardo Frei Montalva con un capítulo dedicado al advenimiento de las masas a la vida pública, hecho que evocaba con emocionada pluma. "Se refiere con vigorosa pluma a los años más opacos de nuestra historia posterior a 1891, a ese lapso que el señor Edwards bautizó certeramente al denominarlo "la república veneciana".

La crítica del período parlamentario surgía elocuente de la pluma del escritor en una página sombría. "La indolencia de la clase alta, la indiferencia del gobierno hacia la llamada cuestión social, el abandono obrero, la fuga de las riquezas patrias, las caudalosas sumas invertidas en efectos suntuarios, las primeras rebeliones de los trabajadores, la aparición de los agiotistas y de los gestores, la depreciación de la moneda, son examinados a la luz de un potente juicio de sociólogo que está pensando siempre en un elemento moral director y en la tremenda crisis moral que aniquila las reservas más nobles de la raza. También brota aquí un análisis objetivo y sereno de dos períodos fundamentales de la historia de nuestro desarrollo político en este siglo: el que precedió a la primera presidencia del señor Alessandri y el que motivó el entronizamiento de la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo".

En su comentario no se mostraba avaro en elogios a la labor llena por el señor Frei, de quien decía que se manifestaba digno de su antecesor, para terminar destacando el hecho de que no podía ser indiferente a los escritores el destino de la nación, y que debía seguirse con atención el pensamiento de cuantos consagraban su actividad al estudio de la suerte de las grandes personas colectivas que llamamos pueblos, según la expresión consagrada de Ortega y Gasset.

En 1950 se publicó *La sátira política en Chile*, y a comentar ese libro consagró Latcham un jugoso artículo en su página literaria de *La Nación*. Sin regatear elogios a la obra, consideraba que los sucesos a que se dedicaban en él los últimos capítulos estaban muy frescos y muy vivas las pasiones que los habían provocado. Creía que el cuadro que trazaba el autor podría ampliarse en la parte relativa al presente siglo y agregaba:

"También impresiona favorablemente el coraje cívico demostrado en un libro que exhibe las ventajas de la libertad de prensa y lo mucho que debe el país a los hombres que se sacrificaron por sus princi-

pios en medio del oportunismo y de la adulación vertidos por turiferarios y escribas deleznable".

Latham se despidió de sus labores de crítico literario de *La Nación* con un extenso artículo que consagró a *Un letrado del siglo XVIII, el Dr. José Perfecto de Salas*, publicado pocos meses antes por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. De ese trabajo despertaron el interés del crítico los capítulos dedicados a la penetración, en el territorio de Chile, de las ideas de la Ilustración y los que se dedicaban a puntualizar las inquietudes ideológicas de los hombres que en vísperas de la Revolución Francesa abrigaban preocupaciones intelectuales y veían la posibilidad de una mutación en el estado político imperante. No era el movimiento de las ideas en la segunda mitad del siglo XVIII campo de su predilección, pero así y todo juzgó con comprensión y simpatía las conclusiones del autor.

¿Qué fue lo que más interesó a Latham como crítico literario? En una obra tan extensa como la suya, a la que no fue ajena el cuadro de costumbres, la semblanza psicológica, la evolución política y los cambios sociales, casi no puede señalarse una predilección rectora. Sin embargo, el estudio de las ideas políticas, a través de los escritos de cuantos se ocuparon de trazar su trayectoria, constituyó una preocupación permanente de su inquieto, vibrante y valeroso espíritu.

ENRIQUE LAFOURCADE

ELEGIA DE VARON
ILUSTRE DE INDIAS

RICARDO era insolente. De una insolencia real, magnífica, terrible. Decía lo que nadie en Chile se atrevió jamás a decir. Su franqueza golpeaba a las personas como garrotazos. Incitaban a risa lo certero de sus juicios, el grotesco contenido en sus caracterizaciones. En la Cámara de Diputados, en la Secretaría del Partido Socialista —en sus años juveniles de desenfreno revolucionario— la palabra de Ricardo era temida y temible. Tribuno de sangre tribunicia pudo haber cumplido una excepcional carrera política hasta la propia Presidencia de la República. Pero, en algún momento de su agitada existencia, se detuvo. Veía a su padre, el ilustre científico, historiador, antropólogo, polígrafo, refugiado en la paz serena de sus investigaciones. Y, poco a poco, esas sirenas de la política comenzaron a cantar menos fuerte.

Ricardo tenía guardaespaldas. Entre otros, Abraham Pimstein —según me lo manifestara alguna vez— el cual, armado hasta los dientes, lo seguía por las calles, preservándolo para el socialismo. En una oportunidad, a la salida del Correo Central mataron a un inocente caballero confundiendo con Ricardo Latcham. Los nazis. Dejo al espíritu erudito y curioso de los miembros del Instituto de Literatura Chilena el descubrir el nombre del asesinado y las circunstancias del acto.

Vehemente, se movió en tiempos difíciles cuando socialistas y nazistas eran como perros y gatos, y se daban de balazos por un quitame allá estas pajas. Salió vivo por milagro. Del socialismo militante pasó a los cronistas del descubrimiento. Y bebió estas aguas tediosas. Se había leído —¡oh increíble lector!— toda la *Elegía de Varones Ilustres de Indias* de don Juan de Castellanos. Merodeó por bibliotecas públicas y privadas. Largas veladas en Madrid, o en Sevilla, o en La Habana, comiendo estos manjares. Sin descuidar la varia experiencia. Con Enrique Labrador Ruiz, en Salamanca, frecuentaban una casa de pro,

donde, según malas lenguas, a medianoche aparecían las hetairas y los sacerdotes. Casas de cena en la medianoche de América Central, con viejas poetisas llenas de polvos de arroz, oliendo a agua de rosas, que alejaban el aire caliente de sus mejillas, con gruesos abanicos de carey, dibujados y escritos. Románticas jamonas de la época de Rubén Darío. Ricardo en tertulias con Alfonso Reyes. "Alfonso tenía ojos de sátiro. Era un chiquitito ceremonioso, y de mirada lúbrica. Las mujeres caían como moscas". O en las chicherías de los extramuros de Lima. Bebiendo guindado con Mario Benedetti o Angel Rama, en Montevideo. Ricardo tras las huellas de algún cronista, en Colombia. De Barranquillas a Cali, del brazo de académicos enlutados con olor a café y a ásperos tabacos. Lo vi en Buenos Aires, la última vez. Exactamente, en una fiesta que daba la Embajada de Venezuela. Le dejé allí, con un vaso de whisky en la mano derecha, accionando hacia el aire de los salones. Antes, en la tarde, habíamos deambulado por las calles de la ciudad, siguiendo a Hugo Lindo que le informó que tenía que reunirse con una dama aristócrata, una patricia millonaria y muy bella. Ricardo deseaba investigar la especie. Y reía como un niño al descubrir, por último, a la patricia, "Monsieur de Brougelone" —murmuró como escueto comentario. Y, acto seguido: —"Vamos a conocer a la novia de Borges. Dicen que está locamente enamorado de su secretaria"... Luego: "...un Congreso de Académicos inaudito, como para una Corte de los Milagros. Unos viejitos próceres pegados con tela empástica que susurran y confidencian sobre el estado de sus próstatas"...

Le recuerdo en algunas fiestas donde sin orden ni concierto, bebíamos y comíamos, a través de la larga noche, en mi casa, con Juanito Uribe, Armando Cassigoli, Yerko Moretić, Nicanor Parra. Hacia el amanecer, fumábamos colillas, raspábamos el fondo de los vasos. Ibamos a la cocina a preparar huevos revueltos, con pan duro. Todo, en medio de apasionadas disputas sobre méritos y deméritos de tal o cual escritor o escribano.

Le evoco en un campeonato Rabelesiano, cuando volvía de Chillán, del segundo encuentro de escritores que organizara Gonzalo Rojas. Unos compadres "que parecían pircas llovidas", en medio de la humedad chillánica (neologismo recién acuñado) le regalaron un cajón de longanizas. Nos juntamos a mediodía en su departamento de la calle Huérfanos. Se sentían olores. Los primeros metros en las sartenes. Vinos, panes. Llegó el "gordo Fuenzalida" y Tito Mundt con Kanda Jake. Mundt habló por teléfono durante todo el almuerzo poseído de sus ya tradicionales fiebres parlantes. A ratos corría a la arena donde se disputaban preeminencia manducatoria Ricardo y Fuenzalida. Los

metros llegaban dorados, hinchados de grasas áureas. Y vengan gruesos tintos, panes, ajíes, quesos. Quejidos. Bicarbonato. Nuevas pailas con mayores longanizas. ¿Cuánto duró la hazaña? ¿Quién fue el vencedor de estos regocijos chillánicos? Tarea que también entrego a la inquisición del Instituto de Literatura Chilena.

Anduvo desterrado por el Sur, dejando amigos en Chiloé, en Puerto Montt, en Temuco. La historia de Ricardo se une con su leyenda, y hacen una sola peripecia de vital regocijo, de exceso y desenfreno, en el mundo de las sensaciones, en el mundo de la inteligencia, en la desmesura para darse al multiplicado espectáculo de su tiempo, de su historia, de sus simpatías y diferencias con la familia humana.

Ricardo era imprevisible. Parecía dormido, o en estado sonambólico. De pronto, comenzaba a hablar, arremetiendo contra los Papas, contra el Sagrario, contra los templos. Con volumen fuerte de voz, acompañado de gesticulaciones breves de sus dos manos pequeñas, unas manos chicas como de niño, incrustadas en su cuerpo de oso. Tenía algo de oso, al moverse. Algo fuera de la vigilia, de oso en sueño invernal. Se daba vueltas y vueltas, viendo sin ver a sus semejantes. Y sin embargo, atento al menor gesto, a la palabra mínima. Percibía el ridículo con gran facilidad y su sentido del humor, alta y noble virtud humana, le permitían encontrar diversión y revelación de conductas, allí donde los otros veían pompas y solemnidades. Se complacía en atacar a los curas; a los jesuitas, en particular. En hablar contra el Presidente de la República, cualquiera que fuese. Descalificaba con un adjetivo a eminentes padres de la Patria. De Alone y Manuel Vega decía cosas irreproducibles, aunque muy cómicas. Hasta los amigos más íntimos de los afectados por la lengua terrible de "Ricardito", tenían que conceder una sonrisa, cuando no una franca carcajada al oírle: . . . "Y ese individuo, que parece una señora con corsé y que escribe . . .", o "¡qué puede saber de literatura ese mulato hijo de un jesuita y de una esclava negra de La Serena . . .!" Ricardo inventaba historias. Quería estar atento a todo, conocer todo. "Lafourcade, ese especie de curita franciscano de nuestra literatura". Cuando me conoció —ya que esto lo afirmaba en las tertulias de la Librería Nascimento, sin haberme visto jamás— me dijo "—usted es Lafourcade. . . ¡Bah, yo creí que era otro!"

Ricardo gustaba de caminar. Por el centro de la ciudad. Iba deteniéndose en cada quiosco de diarios, a ver titulares. O en las librerías, O en las esquinas. Tomaba del brazo a sus acompañantes, se quedaba inmóvil en las esquinas, hablando, calificando, contando uno de sus prodigiosos cuentos, con el ojo avizor a los transeúntes. Tenía sentido

del auditorio: —“¿No conocen lo que le dijo Neruda a Salvador Allende? ¡Oigan esto!...” Pedía, exigía auditorio... Iniciaba gran parte de sus cuentos con: “—¡Este país no tiene remedio!...” A veces, un viaje de ocho a diez cuadras tomaba media hora, o más.

Ricardo usaba unos zapatos de fraile —él, tan enemigo de la clerecía— unos mocasines negros, sin dibujos, que parecían zapatillas de obispo. Tenía, igual que las manos, unos pies muy pequeños y delgados. Parecían postizos. Más de una vez miramos admirados sus pies. ¡Cómo era posible que ese metro ochenta y dos, que esos ciento y tantos kilos, se sostuviesen sobre esos frágiles pies obispaes! ¡Con razón se balanceaba al caminar!

Vivió por años en un pequeño departamento de la calle Huérfanos, al cual se llegaba por estrechas escalas, por las cuales no podían cruzarse dos personas.

Había allí libros por miles. Un cuarto con montañas de libros, en el suelo. Un refugio lleno de fotografías de escritores, cuadros, cerámicas diaguítas, viejos mapas de la colonia. Su mujer, Alicia Rivera, preparaba unos extraordinarios “Manhattan” de un suave tono naranja, que bebíamos con ayuda de quesos y aceitunas.

Ricardo tenía gestos reales. No le gustaba atender el teléfono. Daba la mano en forma rápida, un apretón blando, huidizo. Proclamaba a voces que era monárquico y que “sólo la monarquía salvará a Chile”. En una oportunidad —no ha mucho— participó en cierta vinosa asamblea de escritores. Estaba allí Edesio Alvarado quien, al calor de los tintos, le sugirió a Ricardo: —“¿Puedo tratarte de tú?”. La réplica: “—¡Por motivo alguno! ¡Guarde las distancias, joven!”. En el último tiempo frecuentaba el Instituto de Literatura Chilena, de la calle Londres. Había descubierto un bar donde preparaban grandes sandwiches de pernil con salsa de ají. Ricardo era troglodita para comer y beber. No se ahorra. Le gustaba, en verano, el “Borgoña” con muchas frutas y bastante azúcar. Fuimos alguna vez a beberlo en el bar del Roxy, a las diez de la mañana. Dieron las once. Nuevos jarros. Las doce. “—Pidamos ahora una botella de vino blanco para pasar el gusto del borgoña”... Canapés de locos, queso, más blanco. “—Quedémonos a almorzar...” Y ese almuerzo podía prolongarse hasta la tarde, y de la tarde a la noche... Santiago es grande y vario, en la noche. La palabra de Ricardo fluye viva, aguda. Aparecen amigos por todas las esquinas. Siempre está el “Bosco” que nunca cierra. Siempre hay una última cosa que decir de ese crítico peruano que “—en realidad era un verdadero delincuente... ¡En una monarquía lo habría fusilado en el

acto!". Su monarquía era tan fantástica, que tenía fusileros reales en vez del elegante cadalso.

Ricardo escribía sus crónicas y artículos en una vieja máquina, en el comedor de su casa, que transformaba en escritorio, lleno de papeles y libros. Escribía con un dedo, con el índice de la mano derecha. Pero a una extraordinaria velocidad. Cuando concluía su artículo, el índice le quedaba temblando un largo rato. Las manos de Ricardo, bien vistas, eran muy parecidas a las de Jorge Luis Borges. Se parecían aún físicamente en otros detalles. Borges es más pequeño, pero tiene una nariz semejante, levantada. Nariz de colegial. Y esas manos blancas, débiles. Más exangües las de Borges. Con las uñas amarillentas de nicotina, las de Ricardo.

Ricardo viste bien. Abrigos de cachemira azul marino, o de nobles tweeds ingleses. Corbatas de seda natural elegidas con gran cuidado. Finas camisas. "—Un caballero antiguo y monarquista tiene que fijarse en los detalles"— suele decir.

Llegamos a visitarle a Llolleo, donde pasaba algunos días del verano, con Armando Cassigoli, el escritor y teórico marxista, el profesor y alumno, el exuberante y meridional Armando Cassigoli, al cual Ricardo profesaba una gran estimación, acaso por coincidencias de fondo en sus sistemas de valorar la realidad. Fuimos hasta su casa; Ricardo pasaba los días leyendo a los cronistas, o la última novela de Nathalie Sarraute. "—Llolleo está lleno de viejitos cardíacos" —nos aseguraba— "que se juntan en la Plaza a comparar sus infartos" . . . "—Mire, Pajarito, no habrá por ahí algo que picar, Pajarito . . ." Le decía a Alicia, cariñosamente, "Pajarito". Y Alicia preparaba sus virtuosos cócteles, con guindas marrasquino, rectángulos de queso, anchoas sobre galletas saladas . . . Y la mañana se iba en tertulias.

En la tarde, decidimos seguir a Cartagena. Yo tenía una motoneta, y me llevé a Ricardo. Armando se fue en un camión. Ricardo, descomunal, rubeniano, en la frágil "Vespa" no cesaba de hablar, accionando como si estuviese confortablemente arrellanado en una bergère. Estuvimos en un tris —para usar una palabra típica de él— de "descalabrarnos". Fue a la bajada de Cartagena, cuando Ricardo se entusiasmó con algo, no sé si la última novela de Alejo Carpentier, o los sonetos emboscados del capitán Neruda. El hecho es que zigzagueamos al borde de un acantilado, y por unos segundos estuvimos en serio peligro. Es decir, sólo yo me di cuenta. Además, Ricardo no veía el paisaje. O, muy poco. Vista de águila para primeras ediciones, para viejos infolios, para desentrañar timbres de agua, para percibir erratas. Pero el

mundo externo, el mar, la montaña, los jardines, los bosques, la cordillera... le eran ajenos.

Palabras de Ricardo: "¡Guay de la viuda!".

Sobre "¡Guay de la viuda!" o "¡Guay de vosotros hijos de la viuda!", una glosa explicativa, aporte reciente de Alicia Rivera de Latcham: en España, la "viuda" era la masonería. Ricardo decía: "—Vamos a tomar un pisolabis". Hablaba a menudo de "el lecho de Procusto". De un ciudadano sin muchas luces decía, irónicamente, que era "un ingenio". Modos tales: "Llamar a manteles", "descuajeringarse", "Rebambaramba", daban fe de sus lecturas y viajes, de su exploración perpetua en el español popular y el culto.

Tenía afectos y adhesiones. Entre sus "intocables" estaban: Tito Mundt ("—Este país de tontos graves necesita de locos como Mundt. Si no existiera habría que inventarlo. Imagínense lo aburrido que sería si no estuviera Mundt aquí. Yo, si fuera Presidente de la República, le daría una condecoración..."). Ester Matte ("—No, a la Estercita no me la toca nadie... Le prohibo que hable sobre la Estercita. Para eso tiene papá..."), Mariano Latorre. Ricardo era capaz de enojarse de verdad si alguien se permitía decir una irreverencia sobre Mariano. Jorge Alessandri ("—El primer Presidente con facha de caballero que tiene este país..."). Echaba pestes contra los curas, lo que no le impedía ser gran amigo con Fidel Araneda Bravo. ("—Es el único cura buenmozo que hay en Chile"). Sus pleitos con Manuel Vega fueron dilatados y sonados. En Embajadas y direcciones de periódicos, en paraninfos universitarios, aulas, cementerios, cafés, la palabra pródiga en adjetivos de Ricardo, pulverizó durante años a Manuel Vega. A veces, las emprendía contra Alone, o contra Neruda. Alguien reparó alguna vez —¿fue el propio Alone?— que Ricardo, tan imprudente y osado al hablar, escribía con mesura y decoro. En verdad, un examen de sus escritos no daría la imagen que trato de insinuar aquí, la de un hombre beligerante, destructor de ídolos, valiente hasta el suicidio en la exposición de sus juicios o ideas, sobre personas, obras o instituciones.

En el contacto humano directo hay elementos intransferibles, irreductibles. Lo que Ricardo Latcham era, se fue con él. Los materiales preciosos de su espíritu, su don mágico para ver y preveer la realidad, sus vehemencias infantiles, sus excesos cultos, su capacidad para sorprender las caras en sombras, los subterráneos, las remotas entrañas del arte, su dote de pertrechos intelectuales pasados (no había en Hispanoamérica quién supiera más sobre los cronistas y sobre el barroco); sus virtuales presentes, la muchedumbre de sus incitaciones, la carga erudita aligerada por la anécdota precisa. Se fueron con Ricardo Latcham

modos de vivir demasías, maneras de multiplicación, actos de fe en el humanismo hispano, que, antes que él, representaron sus amigos Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón-Salas.

La suntuosa y ática preocupación de Reyes, indagando en filologías y semánticas, en el cielo transparente de Anahuac, o en los gruesos cielos helenísticos donde surgían círculos; las artesanías y disciplinas perfectas del dominicano exiliado en Buenos Aires, postergado, modesto en su poder, con precisiones críticas y documentales no superadas; o el lúcido y nostálgico recuerdo de la historia de la cultura, hecho carne, encarnado, en la obra de Mariano Picón-Salas; y el desborde optimista, festivo, inocente, y sabio, de Ricardo Latcham, creaban una tetralogía importante en nuestra América Latina; eran sus exploradores, sus adelantados.

Duele en el tránsito de un amigo, su amistad perdida. Pero aumenta el duelo saber que quedaron tantas cosas inconclusas, o ni tan siquiera iniciadas, y que era ese amigo, precisamente, el único capaz de llevarlas a su perfección, y de que al escaparse, se escaparon con él sus años y sus días de velas y sueños, de revelaciones y deslumbramientos, de métodos y caos.

Hay algo que se llama "espíritu latino". Una forma de vivir, exaltada, exultante; cierto frenesí, la pasión de los sentidos, los sueños caóticos, "la razón apenas". Una actitud que tiene acentos comunes en Ciudad de México, y en Asunción, en Santo Domingo y en Quito, en Managua y Buenos Aires. La certidumbre de que se dispone de una eternidad. Los latinos creen de buena fe que son inmortales. No se aseguran, como los germanos. Corren riesgos y la previsión les produce risa. Andan siguiendo el consejo final de Stephen Dedalus, y están de tránsito, en viaje sobre la tierra, viaje con algo del de Alicia y del de Nils Holgerson. Dionisos tutela su espíritu, y conforman en nuestro mundo una raza singular, festiva, veraniega, lúdica.

Ningún hombre ha podido expresar mejor este "espíritu latino", que Ricardo Latcham. Preparado en secretas disciplinas para responsables tareas de la inteligencia, no desdeñaba ese gran lujo de la raza, "perder el tiempo", dejarlo escurrirse de entre los dedos, al reparo de "condumios capitosos". Avanzar por la noche, de bar en bar, de fonda en fonda, de tahona en tahona, de mesa en mesón, de hostel en hostería, ir por las posadas y pensiones, explorando la vida humana. Quemar una noche magnífica en vigiliass alcohólicas, en tertulias espléndidas, en divagares y excitaciones. ¡Cómo soñaba con noche tal durante mi cronométrica estancia en California, donde medía los minutos y los segundos, y la duración de mi risa! La noche de Santiago, la noche



Ricardo Latcham y su esposa, en 1939, junto a "la carreta", que el escritor Enrique Amorim conservaba en su estancia "Las Nubes" (Departamento de Salto, Uruguay)

de México, la noche de Bogotá. Las dilatadas noches del trópico, cubiertas de cantos y perfumes. Las noches de Rubén Darío, las cervecerías de Buenos Aires. Las noches extensas, la noche aquella con Ricardo Latcham y Margarita Aguirre, en "El Palacio de las Flores", un sitio de bailes populares, en la avenida Colón, bebiendo Schenider helada, mientras multitudes se entregaban a la danza.

Le dejamos camino a Uruguay, a ver a sus amigos dispersos. Después, datos, referencias. Ricardo en Santiago. Ricardo haciendo clases en una Escuela de Temporada en Valparaíso. Ricardo hacia México. Ricardo en La Habana. Ricardo muerto.

Usando la frase:

—El resto, es silencio.

JUAN LOVELUCK

RICARDO A. LATCHAM,
JUEZ Y TESTIGO DE LA
NOVELA HISPANOAMERICANA

EN BREVE tiempo, entre los últimos días de 1964 y los iniciales de este año, las letras hispanoamericanas se vieron disminuidas en valores representativos, singulares, cuya pérdida, tras la sorpresa, recién empezamos a tasar. Ezequiel Martínez Estrada en Bahía Blanca (Argentina), Mariano Picón-Salas en Caracas, y en La Habana —donde formaría parte de un jurado internacional—, Ricardo A. Latcham, son voces y talentos reducidos a silencio por las tareas minuciosas de la muerte.

En los tres casos nos queda —si varía y distinta en cantidad y dirección estética— la obra escrita, desperdigada con generosidad en el libro, la revista y, abundantemente, en el periódico; esa obra es como un dique de contención en la hora de las elegías y de los tributos para aquellos que fueron nuestros amigos, nuestros maestros o criaturas en quienes, simplemente, hicimos un depósito de admiración. Habla esa obra, con lengua propia, de una labor cumplida en medio de luchas a veces muy arduas, bajo la opresión de las angustias del destierro político, de la incomodidad de oficios peregrinos, a la larga desilusionantes y, por qué no decirlo, del "puñal con gracia" que aún se desliza entre nosotros, además de las tantas dificultades con que —todavía hoy— se enfrenta y ha de luchar, cuando quiere que su pensamiento y su tarea sobresalgan unos palmos, el intelectual de Hispanoamérica.

No alberguemos dudas: estas figuras cumplieron con alguna forma de heroísmo.



Hay escritores que son como una prolongación de su escritorio o una parte del gabinete en que trabajan, acorazados y defendidos del

exterior opresivo y del ruido mundano que distrae y turba; de ellos sabemos por lo que escriben y por la calmada temperatura de sus juicios y opiniones. Parodiando de alguna manera lo dicho por Vasconcelos a propósito de libros y lectores, podría decirse que estos escritores trabajan sentados y con luz eléctrica; caben cómodamente en la pulcra dimensión de sus páginas.

Otros, en cambio —y éste es el caso de nuestro Ricardo A. Latcham—, siempre alzados para mejor contemplación de la realidad, van de aquí para allá: morirían si hubieran de mantenerse entre los estrechos límites de un escritorio; rebasan el marco de sus páginas. Torrenciales, parecen escribir siempre de pie —d'annunzianamente— y a toda luz, luz natural siempre. Estos empiezan su escritura apasionada cuando hablan, cuando conversan y cuando discuten sus páginas, en un perfecto borrador mental. Necesitan, pues, de un público —plural o singular— como del aire. Al gabinete oponen el subido ritmo callejero; al párrafo construido con escuadra y compás, una vitalísima forma de comunicación, siempre en proceso de hacerse, casi nunca concluida o cerrada. Escritores como éstos tienen que morir y desaparecer —renunciar al diálogo o al autodiálogo que los hace familiares de Unamuno— para que su silencio nos deje posar el ojo sobre lo que trazaron sus páginas. Así ocurre con Ricardo A. Latcham: ha tenido que salir de escena para que podamos medirle —en ausencia— desde más justos ángulos. No vendrá ahora, con el cigarrillo desmoronándose entre sus dedos, a plantearnos ninguna apostilla sorprendente. Es la hora de mirarlo en su perfil entero, porque se acabaron los decires y sólo nos queda su gran silencio.

Observada ahora con tales perspectivas, la múltiple obra crítica y ensayística de Ricardo A. Latcham nos permite establecer constantes y direcciones que la vertebran claramente. Desde sus primeras páginas, desde su libro inicial —*Escalpeló*—, recae el acento de sus preocupaciones en el fenómeno literario nacional y continental. Ruta a la que seguirá fiel durante cuarenta años consagrados a la no siempre grata ni fácil misión de ponderar y someter a juicio un caudal sorprendente de obras que pasaron bajo sus ojos y por sus manos.

En el terreno de esta fidelidad ejemplar a las letras de Hispanoamérica, tomadas tan a la liviana por quienes poco se han inquietado por conocerlas, pueden destacarse dos aspectos de relieve en el menester de nuestro ensayista: la importancia que confería a la aparición

de valores nuevos —siempre salió al frente enjuiciando con pupila zahorí obras sobre las que nadie había dicho nada o que nadie conocía aún—, que en no poca medida debieron a su espaldarazo comprensivo alguna forma de dirección. En segundo término, su interés sostenido por seguir el desarrollo de una función: la narrativa, lo que no le llevó a descuidar el proceso poético o la dirección del ensayismo de nuestras naciones. Su sapiencia y destreza hermenéutica en el vasto terreno de la novela debieron conducirle, por ruta lógica, a historiar la función narrativa en el continente. Privados de esa obra, que habría exigido el reposo con que el propio Latcham nunca se regaló —viajes, misiones culturales, peregrinaciones dictadas por su curiosidad nunca adormecida, más la tarea de vivir en plenitud y en infatigable comunicación—, nos queda, en su copiosa obra de crítica periodística, una 'verdadera historia' de casi medio siglo de producción novelística de la América hispánica. Jalonan esos años, de plazo en plazo, síntesis y resúmenes que constituyen verdaderos capítulos y estaciones de su meditar en torno a la historia de la novela: tales, su estudio sobre el relato colombiano¹ o su síntesis del proceso narrativo iberoamericano, aparecido en esta misma publicación². O, en el ámbito de la novela nacional, la verdadera breve historia que publicó en tres entregas de la revista *Estudios Americanos* de Sevilla, con los títulos "Novela chilena actual: Las viejas generaciones", "Novelistas chilenos de la generación del 40" y "Literatura imaginativa y novela femenina en Chile"³.

Anotamos, para dar razón del título de estas páginas, la singular posición temporal del crítico: es juez y testigo de nuestra novelística desde 1920 o 1925, y por unos cuarenta años su principal quehacer es analizar, medir y comparar los valores que se van alzando en nuestros horizontes literarios. Lo singular de este quehacer sostenido: su capacidad de juicio se va acomodando al proceso y al cambio, y el juez que hizo sus primeras armas en el justiprecio de la narrativa telúrica,

¹"Perspectivas de la novela colombiana actual". *Atenea*, xxiii (1945), 248, pp. 200-235.

²"Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea. La novela". *Atenea*, xxxv (1958), núms. 380-381, pp. 305-336. (El subtítulo "La novela" no aparece en la publicación original; consta sólo en el sobretiro).

³Los estudios aparecieron en los números 42, pp. 219-234; 45, pp. 643-673, y 48, pp. 337-349 de la mencionada publicación sevillana. Los reproduje, junto con los otros trabajos de Latcham aquí citados, en *La novela hispanoamericana*, Santiago: Editorial Universitaria, 1963, por considerar necesaria su más amplia divulgación.

superregionalista o "naturalista-nativista-tipicista-vernacular", como la designa Alejo Carpentier en su reciente estudio⁴, va acomodando sus antenas críticas a la rica evolución y adensamiento de nuestras literaturas. Así, es justo y certero lo mismo al analizar la crónica novelesca, la ficción abocetada de un Mariano Azuela, que al enfrentarse con la alta interpretación narrativa del conflicto y la sociedad postrevolucionaria, en obra tan compleja como *La región más transparente*, o en la factura rica y densa de *Al filo del agua*.

El lector que con voluntad se acerque a algunos de los libros de Ricardo A. Latcham podrá comprobar lo que sostenemos: ábranse, por ejemplo, las páginas de *12 ensayos* [Santiago, 1944], de *Carnet crítico* [Montevideo, 1962], o de la publicación póstuma *Antología. Crónica de varia lección* [Santiago, 1965], dispuesta y prologada por Alfonso Calderón y Pedro Lastra. Prevalece en ellas la intensa preocupación por el relato y sus formas en Hispanoamérica.

Elasticidad crítica, pues, voluntad de comprensión, entendimiento cabal de las direcciones y logros de nuestro proceso narrativo, que no hacen sino refrendar el gozo juvenil con que se acercaba Latcham a los capítulos más recientes de nuestra narrativa. Y como él seguía con paso atento lo que ocurría en el terreno de la narración europea y norteamericana, nunca le quedó angosto el ámbito de sus referencias y comparaciones, ni eran sus opiniones referidas a un mero claustro nacional o continental. Sus juicios pendulaban al aire pleno del cotejo oportuno con otras direcciones narrativas de este siglo, y de aquí y de allá.

* * *

La relectura de "Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea. La novela"⁵ —estudio de 1958, reconstruido por Latcham sobre la base de su documentada intervención en los debates literarios de Chillán— nos sirve para reparar en la información caudalosa, legendaria, no pocas veces sorprendente, del ensayista chileno. Enfrentada ésta con la que es corriente en la crítica más o menos 'oficial' —y aun en la profesoral—, permite establecer diferencias de peso. Nos hace ver, por ejemplo, el grado de importancia que Latcham con-

⁴Alejo Carpentier, "Problemática de la actual novela latinoamericana". En *Tientos y diferencias (Ensayos)*. México: Universidad Nacional Autó-

noma de México, 1964, pág. 11. El estudio de Carpentier ocupa las páginas 5-46 de la obra citada.

⁵Véase la nota 2.

fería a las formas más actuales de nuestro relato. Casi no hubo valor nuevo y promisorio que no fuese oportunamente destacado por él.

Al leer hace poco el reciente libro de Zum Felde sobre la narrativa iberoamericana⁶, podíamos reparar en la carencia de enjuiciamiento de autores que constituyen hoy el soporte, la primera línea del movimiento novelesco nuestro: en la obra de Zum Felde ni siquiera se nombra a García Márquez, Rulfo, Carpentier, J. M. Arguedas, Cortázar, José Donoso, Fuentes, Vargas Llosa y otros, con lo que el panorama del crítico uruguayo aparece curiosamente dislocado y trunco. Pues bien, en esa línea de autores tenía puesto lo principal de sus cuidados Ricardo A. Latcham, como puede verse en el trabajo aludido, en que muy certeros juicios se adelantan sobre la mayoría de los novelistas que años más tarde otros críticos ignoran o pasan por alto.

En su ensayo de 1958, Latcham empieza por enfrentarse con quienes suelen regatear el valor y la dimensión de la actual literatura narrativa nuestra, "los que se oponen a reconocer su vigencia, su crecimiento y sus posibilidades". No es rara tal posición regresiva entre nuestros críticos. Hay —todavía hoy— una como secreta nostalgia del supernativismo que se dio en el tercer decenio de este siglo y que en la actualidad ha caído en lamentable bancarrota. Parece que todavía se quiere medir la grandeza del relato actual con el metro que proporcionaron esas superadas creaciones ejemplares —paso necesario de una evolución dinámica y cambiante. Se trata, por cierto, de formas y modos irreconciliables entre sí; el historiador de los cuatro primeros decenios de este siglo, si quiere aprehender con honradez y acuciosidad el fenómeno de la novela hemisférica, ha de cambiar las armas o instrumentos de su análisis al prolongar su escarceo temporal hacia los años que vivimos. El fiel que sopesa los méritos de *Los de abajo*, de *Don Segundo Sombra* o de *La vorágine*, se niega a funcionar frente a *La hojarasca*, *El siglo de las Luces* o *Recuerdos del porvenir*. Y se hace necesario distinguir, como lo propuso Latcham, dos segmentos temporales decisivos en la historia de nuestra función novelesca en el siglo xx: el supernativismo, el superregionalismo, que imperan entre 1910 y 1940, más o menos —desde las *Páginas bárbaras* hasta *El mundo es ancho y ajeno*—, y que produjeron una serie de novelas-crónicas, de poemas épicos sobre las fuerzas mayores de una geografía inhóspita, o sobre nuestros principales mitos telúricos, bajo el signo básico del

⁶Alberto Zum Felde, *La narrativa en Hispanoamérica*. Madrid: M. Aguilar, 1964. (379 pp.). El libro es una especie de refundición abreviada del

Índice crítico de la literatura hispanoamericana. II. *La narrativa*. México: Edit. Guaranía, 1959.

vencimiento del hombre por una naturaleza implacable y devastadora. Novelas que corresponden al copioso ciclo de "se los tragó la montaña, se los tragó la pampa, se los tragó la mina, se los tragó el río", que anotó Carlos Fuentes en unas certeras apuntes sobre el relato hispanoamericano del presente⁷. Y, en seguida, tras el supernativista, el complejo proceso actual que, en el cuarto de siglo entendido entre 1940 y 1965, plantea como ineludible la necesidad de enjuiciar dicha novelística con instrumentos nuevos, más delicados, más precisos y certeros, porque de parecida condición son los problemas que ella empieza a plantear y traducir en el rico escenario de nuestra ficción.

No inquietaba a Latcham el reconocimiento de numerosas influencias que se vienen ejerciendo en nuestros autores, en cuanto éstos funcionan con autonomía y no como meros elementos epigonales. Su conocimiento de la historia literaria le mostraba que no empecé al creador verdadero este flujo y reflujo de elementos que, insertos ya en una tradición cada vez más enriquecida, operan con mayor o menor peso en quienes se colocan delante de ella, sin posibilidades de quedar impunes. Así no solamente se refiere a los influjos mayores de Marx y de Freud, sino que enumera aquellos cuya operación puede datarse con posterioridad a 1930 o 1940:

En el instante actual, las influencias europeas predominantes son idénticas en ambos sectores de América: Proust, Joyce, Kafka; el existencialismo francés, por medio de Sartre, Camus, Simone de Beauvoir y también Jean Genet y Maurice Sachs; los italianos Svevo, Moravia, Vittorini, Buzzatti, y los norteamericanos Steinbeck, Caldwell, Tomás Woolfe, Hemingway, Curson Mac Cullers, pero sobre todo Faulkner⁸.

El auge de la novela *de denuncia y protesta*, muchas veces deslastrada en su dimensión estética por su insistente tono de 'yo acuso', es caracterizada de este modo por nuestro crítico:

A partir de 1930, a raíz de influencias foráneas y situaciones internas de orden político y

⁷Carlos Fuentes, "La nueva ola latinoamericana". *México en la cultura*. Suplemento de *¡Siempre!*, México D. F., núm. 128 (29 de julio, 1964),

p. II.

⁸R. A. Latcham, "Perspectivas...", art. cit., 308.

social, se agudizó la tendencia a describir la lucha de clases, la situación del indio, del negro, del cholo, del mestizo y del proletario urbano, en documentos de gran violencia, pero, a veces, muy esquemáticos. Coincidió esta renovación del relato corto y largo con la acción concreta de los escritores rusos revolucionarios y de los norteamericanos, como Steinbeck, Caldwell, Hemingway, James Farrel y otros que empezaron a difundirse aquí⁹.

El 'libelismo', el desequilibrio formal por un excesivo contenido acusatorio, el carácter de *novela-noticiera* en el terreno de la injusticia social, que exhibe buen sector de nuestra narrativa alrededor de la fecha antes indicada, merecen estas opiniones de Latcham:

La novela nuestra tuvo durante un período algo del reportaje que denunciaba la realidad o la alteraba con finalidades políticas dentro de una concepción marxista del arte, que también padecieron los narradores no afiliados al socialismo y al comunismo. La razón es clara, porque la denuncia de una condición inestable y de graves injusticias constituía la razón de ser del arte en determinada época. También operó la huella de Freud y su teoría del inconsciente, que se traspasó a grandes sectores de la novelística francesa y norteamericana (...). La novela hispanoamericana se ha convertido en algo más complejo a medida que la realidad se desintegra y se trata de un modo nuevo, como se advierte en la generación narrativa aparecida después de la Segunda Guerra Mundial (1940-1945). La actitud generacional tiende ahora a expresar el desagrado frente a los aspectos sórdidos o vulgares de un mundo en que el escritor se siente incómodo, pero cuyos problemas no es capaz de solucionar¹⁰.

La crisis de las fórmulas 'criollistas' de narrar era evidente para

⁹Idem, *ibídem*, 305.

¹⁰Idem, *ibídem*, 306.

Latcham, pero él sostenía que los problemas esenciales de ésta no se habían ausentado de nuestras literaturas: prevalecen en ella, pidiendo otras modalidades técnicas:

Es absolutamente inexacto que la novela de la tierra haya sido superada en la etapa actual de la narrativa. Una mirada muy rápida al mundo de la ficción continental demuestra lo contrario, pero dentro de los tratamientos técnicos inspirados por una problemática diversa y divorciada del añejo costumbrismo y detallismo descriptivo propios de la generación de 1900 y de la inmediatamente posterior¹¹.

El repeticionismo, el agotamiento temático de la dirección criollista y terrígena, su prolongación en líneas meramente externas, afincadas en la anécdota fácil y el folklorismo de explotación turística, condujo a las nuevas generaciones, en toda Hispanoamérica, a una violenta posición 'parricida' y desaprensivamente negadora, que, en última instancia, vino a significar un parejo esfuerzo por alterar lo acostumbrado:

La reiteración de tópicos y temas contribuyó a crear un desagrado en las nuevas generaciones frente al problema del criollismo. Hay quienes entre nosotros niegan toda importancia a esta tendencia y otros se limitan a señalar su desintegración frente a las necesidades más exigentes de la actualidad. Pero en ningún caso está en un instante de decadencia la novelística hispanoamericana, como alguien apuntó con relativa desaprensión crítica. Lo que está en crisis es el tratamiento de la realidad y las técnicas literarias con que debe ser afrontada se oponen a la manera anterior de enfocarla. Pero también se observa que las promociones más recientes no han abandonado las rutas clásicas del criollismo sino que lo han superado con observaciones desconocidas antes y con la incor-

¹¹Idem, *ibíd.*, 308. No concuerdo totalmente con los puntos de vista de Ricardo A. Latcham a propósito de esta afirmación, según puede

verse en mis "Notas sobre la novela hispanoamericana actual", *Hispania*, volume XLVIII, May, 1965, pp. 220-225.

poración de todos los aspectos negativos de la realidad, como observó agudamente Portuondo¹².

Tras la introducción a su estudio, enfrentamos el núcleo del ensayo que nos preocupa: la visión panorámica de la novela actual, en que Latcham analiza centenares de obras, sin resbalar al simple enumerativismo de catálogo nominal; así inserta con atinados relieves una síntesis lograda y clara en sus propósitos de hacer ver la variedad que hoy alcanza nuestro relato. Años de trabajo, de búsqueda de la criatura física que es el libro —tan huidizo a veces en Iberoamérica por nuestro magro intercambio cultural—, de lecturas y confrontaciones, de viajes, hay tras ese animado panorama. Concluye Ricardo A. Latcham con la afirmación de que prevalecen hoy dos líneas básicas en la narrativa del Nuevo Mundo: la que sigue y prolonga las preocupaciones de la lucha social —rasgo distintivo anotado hace años por Portuondo— y la que pone su acentuación primordial en las angustias del 'hombre interior', de aquel que se enfrenta con su condición:

Seductoras técnicas literarias luchan contra el realismo convencional y por vencer las recetas de un criollismo fotográfico. La novela de la tierra toma un sentido desconocido en Alegría, Jorge Icaza, Monteforte Toledo, José María Arguedas, Miguel Otero Silva y Luis Felipe Rodríguez [...]. Sin embargo, la preocupación social y la búsqueda del hombre parecen ser la tendencia dominante en toda América. Mediante su función crítica e instrumental, sigue actuando en el proceso ininterrumpido de su universo imaginativo¹³.

No es la aludida la única publicación de esta especie que podemos espigar de entre la variada labor exegética de Ricardo A. Latcham: su copiosa bibliografía lo muestra con ininterrumpida tarea concreta. Pero sí tienen estas páginas —por sobre otras que él escribió— el mérito de mostrarnos en plenitud su condición de testigo y juez —certero, ecuánime— del crecimiento y la mayoría de edad de nuestro complejo proceso narrativo.

Ello quiere decir que su voz seguirá escuchándose con los definitivos acentos que la caracterizaron.

¹²Idem, *ibíd.*, 307.

¹³Idem, 336

CARLOS MARTÍNEZ MORENO

R I C A R D O L A T C H A M

EL GRUPO de los organizadores iniciales de este homenaje¹ me ha confiado su representación ocasional, para que diga —en nombre de los escritores de nuestra promoción— la gratitud que concitan en nosotros la presencia y la obra de Ricardo Latcham. Tengo que empezar por una ineludible mención del punto de arranque de mi conocimiento personal de Latcham, no sólo porque sea una circunstancia de rememoración agradable para mí —ni principalmente por eso, ya que, como diría Borges, ésta no es la historia de mis emociones— sino porque el detalle alude a una edad joven de la curiosidad, del interés y del entendimiento, que no era en este caso la mía sino la de Ricardo Latcham.

Preparaba él, allá por 1957, su vasta *Antología del cuento hispanoamericano*, que en 1958 publicaría Zig-Zag. No pensaba entonces en ser embajador en nuestro país ni en ningún otro, y acaso nadie presintiera en él al diplomático, así como otros no han sabido descubrir el sentido sustancial y fecundo en que después lo ha sido. Debía revisar por aquellos días su abrumador fichero de nombres, que alcanzaba aún a aquéllos sin historia editorial, y dio con el mío; me escribió entonces directa y afablemente, solicitándome originales para considerarlos. Así tuve con él una primera forma de contacto, que el tiempo y la frecuentación —en estos cuatro años— habrían de convertir en amistad. No fui el único escritor uruguayo que se relacionó de ese modo con Latcham. El conocía ya a muchos de los mayores, era entrañable amigo de alguno de ellos —Amorim— y en Chile se había vinculado a Rodríguez Monegal. Para los demás, su nombre famoso y su erudi-

¹Palabras leídas por el autor en el homenaje a don Ricardo Latcham, celebrado en la Universidad de la Re-

pública, en Montevideo, y publicado en la revista *Número* con el título de "Despedida a Latcham".

ción proverbial tomaron forma de cálida presencia humana cuando en 1959 llegó a Montevideo como embajador.

No extraía, por supuesto, su personalidad de la diplomacia, a la que venía a prestarle mucho más de lo que ella —en halago, en honores, en inquietudes— podría devolverle. Si es que el espécimen del crítico central de una literatura y de una época literaria no ha caducado desde Sainte-Beuve, si ese espécimen todavía existe, Ricardo Latcham lo disputa desde hace muchos años en Chile con Hernán Díaz Arrieta, Alone. En su reciente libro sobre *Las fronteras del realismo*, Fernando Alegría lo incluye en la restringida nómina de los pocos escritores a los que reconoce deber algo fundamental —en el orden formativo— la generación de escritores que él integra.

En una hermosa conferencia que dio en Montevideo acerca de Manuel Rojas, al tiempo de entrenarse *Población Esperanza* por el Teatro de la Universidad de Concepción, Ricardo Latcham definió el convulso panorama económico, social y político en medio al cual apareció en Chile la generación del 20, que irrumpe cuando Latcham —que el próximo 17 de abril, acaso ya físicamente no tan cerca de nosotros como hoy, cumplirá sus sesenta años— era un joven que se disponía a ser actor en el hecho literario. Estudiaba por entonces humanidades en el Instituto Nacional y habría de irse luego a España donde, en los días borrascosos de la dictadura de Primo de Rivera, cursó y se licenció en Literatura Castellana y en Historia General. Ha vivido luego en Chile, ha sido deportado político, militante socialista, protagonista literario, embajador en misiones especiales, viajero incesante por América —a la que conoce con una minucia de paisajes, pueblitos, hombres y capillas políticas y literarias en la que es difícil que alguien pueda emularle. Ha enseñado en Chile, habiendo sido el maestro de quienes hoy profesan en las cátedras de literatura y estilística. Y en forma irregular, ha escrito mucho; algunas veces originariamente en periódicos y revistas, otras desde la conferencia al ensayo. En España publicó *L'anima catalana* y *Estudios sobre Raimundo Lull*. En Chile editó *Escalpelo*, *Chuquicamata*, *estado yankee* —beligerante ensayo de implicaciones económicas y políticas—, *Itinerario de la inquietud*, impresiones de viaje, *El guerrillero Manuel Rodríguez*, *Estampas del Nuevo Extremo*, *Antología de la novela y del cuento norteamericanos*, *Doce ensayos*, *El criollismo* —exégesis de un movimiento literario del que fue uno de los más lúcidos expositores, lo que demuestra que no en vano disfrutó, como lo recuerda González Vera en su libro *Algunos*, de la "notoria predilección" de Mariano Latorre; *Don Juan Ignacio Molina y las ciencias naturales*, *El ensayo en Chile en el siglo xx*, *Antología del*

cuento hispanoamericano, *Blest Gana* y la novela realista, *Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea*, que recoge su relación presentada al II Encuentro Nacional de Escritores, de Chillán; y seguramente algunos otros títulos que me escapan. En nuestro país, en marzo del año pasado, edita su *Carnet crítico*, donde recopila ensayos publicados en su día en forma periodística, entre los años 1950 y 1961; y donde, haciendo verdad la manida frase de la vinculación cultural, conviven ensayos sobre escritores chilenos, uruguayos, venezolanos y mexicanos.

A través de cuanto ha escrito y opinado, su generosidad humana no ha conocido jamás el cálculo de la cavilosidad crítica, de la parsimonia propia de los consagrados que cierran el paso a los más jóvenes, del defensor de la trinchera generacional. Es muy raro que algún poeta o algún narrador que valgan haya dejado de merecer, en sus mismos comienzos, una atención seria y un comentario estimulante de Ricardo Latcham. Y cuando uno está en Chile y los escritores de toda edad y de cualquier promoción le preguntan "¿Qué hace don Ricardo por allá?", la interrogación aúna el interés afectuoso por su persona, la busca de esa noticiosa lozanía que puede extraerse siempre de sus aquiescencias y de sus juicios, el interés cordial por la prosecución —bajo otro cielo americano— de la obra de un maestro sin tregua, y también —¿a qué negarlo?— la vaga inquietud simpática que suscita el saber que está obrando en su rotunda vitalidad, lejos de Chile, esa tremenda y telúrica fuerza de la naturaleza, con mucho de sismo, que hay en él.

En una nota sobre Mariano Picón Salas, a quien ha reverenciado siempre como al conductor más sagaz (venido de fuera) que tuvo la generación del 20, Latcham dice de él que "sabe captar como pocos todas las vivencias de un continente que ha recorrido de un extremo a otro. Vagabundo de la cultura —agrega— ciudadano de una república literaria ideal, lo mismo lo oímos discurrir sobre la Colombia convulsionada de 1948, que sobre el pacífico México de 1949". Frases muy parecidas podrían escribirse acerca del fervor andariego y de la despierta apetencia de conocimiento que la edad madura no ha podido acallar en Ricardo Latcham.

Porque este crítico famoso no es un hombre reticente y reservado, como la gente que no lo es (o a veces la pedantería de algunos que creen serlo), quiere que se considere a los críticos. No es un apolífneo, un contenido, un cauteloso. El eufemismo no figura en su diccionario, el disimulo no es una actitud moral o mental que se haya inventado para él. Latcham es un dionisiaco y un vitalista. Sus amigos no lo son exclusivamente *por* ni acaban *en* la literatura. Mario Benedetti recor-

daba hoy mismo, en una semblanza periodística, la frase con que Latcham ganó para sí el auditorio joven del último Congreso del PEN Club, realizado el año pasado en Buenos Aires. "Si los escritores se reúnen para discutir estética —dijo allí— mejor sería que se quedaran en su casa". Es que su interés por las cosas no se agota nunca en el resorte de la expresión literaria, sino que va siempre a y viene siempre de la vida, solicitándola a fondo. Porque la vida misma —la relación humana, la vida de los pueblos, la comprensión del hecho social— tiene en él algo más que a un testigo predispuesto. Latcham es, en todos los terrenos donde deduzca su interés, un agonista impulsivo, un cultor apasionado.

De ahí esa enjundia vital que —por encima de su aguda inteligencia, por encima de su rigurosa formación humanística y por encima de su prodigiosa erudición de nombres y títulos que corresponden a viajes hechos, a conocimientos entablados y a lecturas portentosamente memorizadas— me parece, nos parece a todos nosotros, su rasgo más importante y su veta más caudalosa, de la que manan todos los demás valores, en que es tan exuberante y dadivoso su trato.

Y la forma amistosa de esa generosidad es su tremenda facundia verbal; a veces —que me perdone Latcham— habría que hablar de su implacable facundia verbal. Cuatro años de frecuentación casi semanal me han permitido enriquecerme y solazarme con ella, y puedo afirmar que ése es el costado brillantemente creador de este crítico. Es, por lo demás, el instrumento adecuado a un registro enormemente extenso y abigarrado de la vida, a una visión colorida y barroca de personas, de situaciones, de incidencias. En estos cuatro años, a pesar de la prodigación conversacional de Latcham, las repeticiones de su discurso han sido mínimas; y ese caleidoscopio literario, anecdótico y vital ha echado sobre nosotros un turbión de imágenes, recuerdos y anotaciones de épocas y lugares que serviría para llenar el más dilatado de los museos imaginarios.

Muchas veces sus auditores le hemos instado a escribir sus Memorias. Previsiblemente, dada la ardentía belicosa de su temperamento creador, no hallará nunca momento de pausa suficiente para hacerlo, a menos que alguien vuelva a ponerlo preso —como por sus ademanes de revolucionario juvenil lo estuvo en su mocedad— y le allegue una cinta magnética. Un abogado bautizó una vez ante mí a un cliente viejísimo y muy consumido que llegaba, sin embargo, día por día, hasta su estudio, llamándole "Sucesión en pie". Todas las expectativas obituarías y consecuentemente sucesorias se daban cita en su estampa. Cuando —en la rueda de sus amigos— oímos a Latcham referir los epi-

sodios diversamente prestigiosos en que ha intervenido o de los que ha sido testigo, nos sentiríamos llamados a considerarlo, parafraseando la metáfora del abogado, un "memorialista en pie". Porque si no tiene aún la edad, el sosiego, el escepticismo y la resignación de quienes escriben sus Memorias como forma suave e insidiosa de despedirse sin soltar la palabra, su fastuoso estilo verbal, su magistral uso del adjetivo paródico, la abrumadora fluencia del grotesco en el dibujo de sus frases, hacen que los hechos parezcan insignificantes en cuanto se les aleja de él, en cuanto quiere uno repetirlos o narrarlos sin su verba. Entonces se sabe que él ha trabajado por dentro la sustancia de lo que cuenta —como también, sobre materia más anónima y humilde ha sabido hacerlo Espínola— y que esa materia sin él será una cosa exprimida, seca y muerta, algo así como un paisaje lunar. En enero de 1962 traje de Santiago un ejemplar de los *Anales de la Universidad de Chile*, donde Mario Rivas González relataba "Tertulias literarias de hace treinta años"; y tuve la insólita buena suerte de adelantarle la noticia de la existencia de tal texto a Latcham, a quien es casi imposible tomar desapercibido de últimas o de viejas lecturas. Se contaban allí hechos en los que Latcham era mencionado como partícipe: entre otros, me había parecido ameno el relato de un temblor de tierra que había sorprendido a unos escritores recitando poemas en el quiosco grecorromano de don Víctor Barros Borgoño. Pero cuando Latcham, hace unos días, refirió el mismo episodio y lo cotejé con la versión escrita de Rivas González, no pude dejar de ser sensible a la abismal diferencia de colorido en los detalles de mampostería, de patético ridículo humano, de comicidad casi paroxística que tenía a su favor la improvisación de Latcham sobre la tenaz escritura del otro memorialista.

Creo que quien no sepa advertir lo que hay de auténticamente creador en esa ferocidad verbal, y se limite a decir que Latcham es meramente pintoresco o divertidamente maledicente, carece de sensibilidad para lo cabalmente artístico. Porque en estos tiempos cuyas urgencias apenas lo toleran, Latcham es un maestro consumado (y tal vez aislado y en despedida como especie) del arte de la conversación. Cumple en su coloquio el aforismo de Oscar Wilde, según el cual la vida imita al arte. Y allí donde no lo imita, él hace que por lo menos se acomode a la imagen de que podría ser arte, de que lo es si él la adereza, aunque caiga a ser prosa administrativa en cuanto cambie de boca.

Se ha dicho ya, y habrá que volver a decirlo muchas veces, todo lo que hay que agradecer a Latcham como enviado de su país y de su cultura. El hecho de que su medio preferido de expansión vital hayan sido la cátedra, la Universidad y el diálogo con los escritores (a veces

el soliloquio antes los escritores) dice ya cuál fue el campo elegido por él para operar una tarea benemérita de acercamiento. "Estrechar vínculos" es una frase manoseada en conferencias de prensa y en discursos patrióticos. *El Diccionario de las ideas recibidas*, de Flaubert, habría seguramente agregado esta acepción contemporánea del lugar común: "Vínculos, estrecharlos siempre". Pero Don Ricardo Latcham, con su obra de diplomático en el mejor o tal vez único sentido enjundioso y fecundo de la palabra, ha redimido los vínculos y el acto de estrecharlos, ha convertido en verdad la frase acuñada y la ajada, consumida metáfora que contiene. Porque ha relacionado a hombres e instituciones, ha hecho conocer y ha dado a conocer, ha valorado y ha dado a valorar. Su labor no se mide sólo por los muchos profesores que han venido bajo su gestión de embajador, por los elencos artísticos que han viajado con su patrocinio, por los escritores uruguayos que han ido a reunirse con los chilenos en Santiago, Valparaíso o Concepción. Amigo de la gente joven, Don Ricardo Latcham ha sido un infatigable suscitador para que se encuentren con y sin su presencia y se averigüen —los unos en los otros— la cara de esta América tan traída a menos por sus expresiones oficiales. Se mide también por los muchos libros que ha trajinado personalmente, llevando los nuestros a seres afines y distantes, trayendo los de otros hasta nuestras mesas, interponiendo siempre los oficios energéticos de su generosidad, tan avasalladora y sin réplica como su fe en la literatura y en el hombre. Nos ha impuesto saber, ha impuesto que nos sepan.

Esa ha sido su tarea. Por esa labor todos lo sentimos como uno de los nuestros, trayendo de otro lado el entusiasmo que aquí a veces nos falta o decae; como a uno de los más pródigos, de los más esclarecidos y de los más espontáneos entre todos nosotros. Decir estas palabras en el homenaje a un embajador, en el reconocimiento de la gestión de un diplomático, suena casi a literatura fantástica. La nobleza y el denuedo de Latcham han hecho que ese lenguaje, en su caso y afortunadamente en el nuestro de su relación con él, sea una verdad profunda y permanente, puesta a cubierto del cambio de los días. Por esa certeza de su presencia estimulante y de la perduración de su amistad, le decimos sencillamente "Gracias".

(Revista *Número*, Montevideo, 2ª época, Año 1, N° 1, abril-junio de 1963, p. 77-83).



Una manifestación a María Luisa Bombal (Santiago, 14 de mayo de 1942). Aparecen, de izquierda a derecha, sentados: Sra. Alicia Rivera de Latcham, Domingo Melfi, María Luisa Bombal, Arturo Prat Echaurren, Lenka Franulić y Luis Durand. De pie: Ernesto Galliano, Ricardo Latcham, Gabriel Amunátegui y Mariano Latorre

EL CORDIAL VISITANTE

DE BUEN efecto catalítico —si lo sabemos escuchar— serán las conferencias de interpretación de la Literatura Hispanoamericana que dará en nuestra Ciudad Universitaria, los lunes y los miércoles, Ricardo A. Latcham. Pocos son los críticos americanos que remontándose sobre su cerrada circunstancia nacional observan la Literatura de América como viviente unidad en que chocan las corrientes cosmopolitas y se expresa la angustia del hombre de estas latitudes —que ya no es europeo ni indio puro, sino un “nuevo género humano”, como decía Bolívar— por fijar su confusa problemática. Y no basta tan sólo el canon estético importado de Europa, porque el escritor americano, desde los cronistas coloniales hasta los novelistas y ensayistas de hoy, se empeñó, también, a través de su obra literaria en cumplir una tarea de servicio cívico. Alto civismo, denuncia de patéticas realidades o revelación de un mundo y una sociedad que no era bien conocida por los europeos, ha sido desde El Inca Garcilaso hasta los escritores de hoy lo más válido de la literatura hispanoamericana.

Entre los críticos y ensayistas que han logrado una visión continental de nuestro proceso literario se destaca este grande y entusiasta escritor chileno que ahora nos visita. Muerto Henríquez Ureña, humanista universal de todo un Continente, quizás no haya en América quien conozca la literatura de nuestros países en su más minuciosa extensión como Latcham. Viajó por todas partes, descabaloó bibliotecas, sumó todos los datos en su memoria oceánica para darnos esos panoramas en que la exactitud se conjuga con la alacridad y la gracia, que constituyen desde hace años semanal regocijo de los lectores de su columna en *La Nación* y *El Diario Ilustrado* de Santiago de Chile. Le llevan los libros de América para que los compare y los juzgue como a Juez de Corte Suprema de las letras. Pero su talento inconformista,

mezclado a la vez de entusiasmo y exigente cultura, salva el material muerto y estático de toda erudición, con su fresco y personalísimo don interpretativo. Así por virtud de ingenio, anécdota y estilo puede descubrir interés periodístico en el más olvidado cronista de la época barroca; actualiza los libros viejos y busca el futuro que pueden adelantar los nuevos libros.

Como buen recuerdo de mis días de estudiante en Santiago de Chile guardo la imagen de un Latcham veintiañero que sacudía los círculos letrados y académicos de la capital chilena con un libro juvenil (demasiado sabio para sus años de entonces) que se llamaba *Escalpelo*. Fijaba valientemente en ese libro lo que un existencialista llamaría su "situación en el mundo"; con sensibilidad joven y sin negar el pasado, lo filtraba y decantaba en el tamiz de los nuevos valores históricos; trazaba —contra el convencionalismo que comporta toda tradición— su propia órbita generacional.

Después, en los años del 30 (habían venido a Chile a remover los medios juveniles en espléndidos cursos universitarios, Keyserling, Ortega y Gasset, Paul Hazard, Américo Castro), desde la revista *Índice*, Latcham cumplió un insustituible papel de intérprete de los hechos más salientes de la historia de la cultura hispanoamericana y chilena en aquellos días. Los tiempos eran agitadamente políticos, pero su política estaba impregnada de humanismo. Su fiel memoria en que nada se pierde, la coloreada vitalidad de su estilo, su don de síntesis que resumía cualquiera situación en una anécdota o una sentencia esclarecedoras, le permitían apretar en cinco cuartillas lo que en otro hubiera necesitado un centenar. Cuando los demás colaboradores exigíamos una semana para preparar el trabajo de que nos apremiaban, a Latcham le bastaba sentarse a la máquina y dejar que fluyera en amable ritmo conversacional, el misterioso medium que parecía acompañarle. En libros suyos como *Itinerario de la inquietud*, *Doce ensayos*, *Estampas del Nuevo Extremo*, hay páginas que por la exactitud histórica, el color y vitalidad estilística y la agilidad dialéctica, tendrán que incluirse como uno de los mejores aportes chilenos a la historia cultural del continente.

A su rica cultura hispánica y latina viene a sumarse la inglesa, heredada de aquel excelente antropólogo y etnólogo que fue su padre don Ricardo, sabio y hombre de gentilísimo humor. El hijo nació en casa de muchos libros donde los clásicos de Inglaterra parecían adornarse con las estatuillas, los tejidos y los cántaros que el infatigable arqueólogo recogió entre diaguitas y atacameños, quechuas y aymarás. De tal linaje le vienen al hijo el desenfadado humor y el gusto por las grandes andanzas americanas.

Viajero por todos los caminos continentales, Latcham se ha dado con pasmosa generosidad a la comunicación y el encuentro de nuestras dispersas literaturas. No hay escritor importante de nuestra Venezuela, desde los maestros del modernismo como Díaz Rodríguez y Blanco Fombona hasta los actuales como Díaz Sánchez, Uslar Pietri u Otero Silva, pasando por los novelistas de la generación anterior como Gallegos, Pocaterra o Teresa de la Parra, a los que no haya juzgado con cordial detenimiento. Su cátedra de la Universidad de Chile es despierta atalaya de cuanto se escribe en lengua española. Y sin duda que su Historia de la Literatura Hispanoamericana en que viene trabajando desde hace largos años, será la suma y animado balance de todo nuestro proceso literario. No sólo la adición heterogénea de todas las historias nacionales, sino el más útil y esclarecedor trazado de coordenadas de los movimientos e impulsos que configuran nuestra conciencia histórica.

Además de las juveniles andanzas en Santiago de Chile, de nuestra inalterable amistad de casi tres décadas, he encontrado a Ricardo con su misma pasión americanista en los más varios sitios de nuestro hemisferio: frente a las cúpulas de Cholula, en las librerías de viejo de la avenida Hidalgo en la Ciudad de México, en la biblioteca palafixiana de Puebla, en la carrera séptima de Bogotá. Ahora me produce viva emoción verlo en Caracas y saber que entregará a los venezolanos algo de su fervor por la Cultura y su fe en la América Latina, inmensa patria común que los escritores, los sabios y los artistas deben unir. Y nada puede serme más placentero que el encargo de la Universidad de presentarle sus calurosos saludos y pedir para sus conferencias el auditorio que ellas necesitan.

(*El Nacional*, Caracas, 11 de abril de 1956).

EN LA MUERTE DE LATCHAM

CUANTO más anchas son las superficies de contacto entre el hombre y el mundo, más se siente su precariedad. Cuanto más arde el fuego, más cerca está el agua que ha de apagarlo. Esta imagen —que Manrique empleó para un adolescente— parecerá una desproporción con quien era ya, como Ricardo Latcham, un sexagenario (había nacido en 1903). Sin embargo, todos los que le conocieron, todos los que disfrutaron de su efervescente humanidad, saben qué exacta es en su caso.

Porque si la juventud es la perenne tensión de las apetencias, la curiosidad insaciable, el entusiasmo por los seres y las cosas, puede decirse que Ricardo Latcham no vio quebrada nunca —hasta ahora, su muerte— la pujante línea vital que él, con trazo definitivo, fijó desde sus veinte años. *Mi corazón cuyo peligro adoro*. Con este verso del misterioso Conde de Villamediana cabría ceñir el sentido —y no sólo en el más inmediato del tremendo desgaste físico— del vivir de algunos hombres. La incandescencia de Latcham se admiraba, pero hacía temer por él. Cada vez que lo despedíamos —y lo recuerdo la última con su macizo corpachón en la vereda del “Lancaster”, la mano tendida, el programa del encuentro próximo en los labios, la piel atezada por el sol de un verano recién inaugurado—, cada vez que lo despedíamos digo, pensábamos que era la postrera. Se siente esto siempre con quien se quiere, pero en Ricardo percibíamos con especial fuerza que los peligros del corazón se pagan y que él había adoptado un estilo de vida que afrontaba serenamente esta contingencia.

Sí. La vida. Es la palabra que vuelve siempre cuando se quiere hablar de él. La vida concreta. El gusto inagotable por lo particular, por la variedad del mundo, por lo pintoresco y lo diverso de los hombres. Tal vez tuviera que ver con su ascendencia inglesa tal proclividad y su innato disgusto por toda abstracción y toda teoría.

Si se recuerda que fue la de crítico literario la actividad central de su vida, es inevitable observar entonces que la misma literatura se le hizo vida también. Porque nadie más renuente que él a encerrarla en un orgulloso dominio insular, incomunicada con las sustancias que temáticamente la nutren, con los seres que la crean, con los lectores a quienes está destinada. Le importaba —más que nada— el valor testimonial de un libro y el autor, la biografía que está tras él. Tal actitud filiaría la obra de Latcham —sobre todo su vasta labor en torno a la novela latinoamericana— muy cerca de los métodos tradicionales —biográfico, psicológico, sociológico— del siglo XIX. Un libro se le hacía así una inagotable serie de referencias, de anécdotas sabrosas y casi siempre picantes, sobre el hombre que lo escribió y que —en los contemporáneos— él casi siempre conocía hasta sus más vedados entresijos. Pero asimismo le importó siempre subrayar la importancia, la novedad, la ineditez del segmento de realidad —sobre todo americana— que en ese libro se encorpaba, pues nunca divorció las normas de su trabajo crítico de la urgida consigna de que los latinoamericanos alcanzáramos la imagen total de nuestro ancho y triste mundo. La definición del realismo que en su estudio sobre Blest Gana, Latcham recogió: “el derecho de todo a ser dicho y el derecho de decirlo todo”, bien podría valer como pauta-base, como axiología esencial de su juicio.

Pero más que un crítico en el sentido de un escrupuloso analizador de obras y textos, Ricardo lo era en el sentido apuntado por Jean Paulhan cuando sostenía que la crítica es “una de las formas de la atención”. Porque poseía un olfato infalible para lo valioso y una capacidad indeclinable y casi misteriosa para espumarlo de entre esa ramalla que, como a todo crítico, lo asediaba.

Pero a esta sensibilidad para lo valioso unía Latcham algo que fue uno de sus rasgos éticos más amables y es la voluntad de señalarlo y prestigiarlo, el generoso entusiasmo que le hizo el eficaz portavoz (la riqueza de sus contactos le ayudaba) de muchas obras que en su país y en América sacó de la desatención y del silencio.

Pese a ello, todavía habría que decir que Latcham fue un “maestro de vida literaria”, un sabedor de todo lo que a las letras se refiere, y de todo eso es, más que nada, un corolario su condición de profesor, editor, antologista y panoramista. Agarrado —en todas sus vivencias— por el ámbito literario del continente, sus memorias, que la muerte le ha vedado ahora escribir, hubieran constituido un “corpus” tan caudaloso como insustituible, tan desprejuiciado como vivo, de un mundo que no le cerró ninguna puerta. En verdad, desde hace un ter-

cio de siglo, Ricardo estaba dictando informalmente esas memorias a millares de sus amigos de América, y el tiempo dirá si este Johnson chileno —pues muchos puntos de contacto tenía Ricardo con el célebre doctor— no habrá alumbrado, entre esos millares, su Boswell correspondiente.

Esas memorias, claro está, no hubieran hablado sólo de escritores y no faltarían en ellas las siluetas de otros tipos de hombres, desde Gustavo Ross a Galván Lobo y desde Arturo Alessandri a Fidel Castro. Porque nada más lejano de la verdad el concebir a Latcham como un "literato" o un "escritor puro". No sólo se lo impidió su temperamento extrovertido y su omnívora curiosidad: el clima histórico de su advenimiento a la vida tiene mucho que ver con ello. Porque Latcham perteneció a esa generación mesiánica y radical que en nuestra América se definió en la tercera década del siglo bajo los signos de la Reforma Universitaria, el antimperialismo de los "Maestros de Juventud", la ola de las revoluciones y las dictaduras, el ideal de una "democracia social" y económica. Militante juvenil de gran significación en el tormentoso Partido Socialista de Chile, actuó intensamente en esos primeros años de la década de los treinta, en los que Chile pasaba rápidamente de una "Junta Socialista" a un dictador militar. Fue entonces conspirador revolucionario y desterrado (en las islas del Pacífico), diputado también —"por la República Española" como a él le gustaba recordarlo— hacia 1936. Todo esto (probablemente) con la exuberancia, la plenitud vital, el gusto casi deportivo por la acción que en todas sus cosas Latcham puso. Más tarde, la actividad universitaria lo apresó y fue profesor y Decano de la Facultad de Filosofía. En ese tiempo se fijó la imagen de Latcham que los hombres de posterior generación a él hemos recogido. En discusiones risueñas, él a menudo se definía como "monárquico" y en más de un sentido en verdad que lo era. Porque ¿no vale por tal, acaso, esa conciencia de una identificación cabal de la propia persona con la totalidad social? ¿No vale por tal la fuerza de ése su monólogo en el que sin embargo se percibía que todas las voces confluían en él? "Monárquico" sí, o tal vez monarca de un reino especial. Yo le replicaba, sin embargo, que lo que era, es un hombre del siglo XVIII (y pensaba también en el Dr. Johnson) con muchos de sus típicos rasgos. La aceptación de una incontrastada autoridad —por ejemplo— siempre que fuera "ilustrada". El reclamo de una firme jerarquía social, cuando se cree legítima. Pero, sobre todo, la absoluta libertad espiritual y una no menos absoluta de costumbres. Aunque esto sea sólo un casillero no se movería incómodamente Ricardo en él. Por eso no es extraño su gusto —por

otra parte muy chileno— por los ejecutivos fuertes e independientes, su pasión por el juego político, su ilimitada, invariable, generosidad social. De su americanismo y de su chilenismo habría también mucho que hablar. Del primero es buen testigo su labor crítica que no es en ningún caso la de un extranjero fuera de Chile, sino la de un hombre que conocía cada una de nuestras literaturas nacionales tan hondamente como los propios especialistas. Y de ellas —y ni qué decir de la de Chile— no sólo los contemporáneos sino la pasada —llamémosle “clásica”— y todo el mundo histórico que la entorna. Su *Elogio de Coquimbo*, su monografía sobre el guerrillero Manuel Rodríguez, sus estudios sobre los Carrera, apuntan al gran historiador que Latcham pudo ser. Presente y pasado. Pero no sólo libros y hombres. También lugares y cosas, olores y sabores (sobre todo sabores). Su *Meditación del aji* es un texto ejemplar de la ensayística americana, pero asimismo un “tour de force” asombroso sobre los significados que este gozoso sensorial, este hedonista inteligente podía extraer de su experiencia, sobre los fenómenos que podía relacionar, sobre el cuadro de referencias en que era capaz de moverse.

De su chilenismo habría que decir de nuevo todo esto y aún que hasta en sus temas y en sus limitaciones, en sus desdenes y en sus tirrias, Latcham pertenecía a su país en un grado que a un uruguayo le impresiona. Esto lo percibimos bien cuando vino de Embajador a Montevideo, al iniciarse el período presidencial de su amigo Jorge Alessandri Rodríguez. En el Uruguay, cuando el Estado designa un representante en el exterior, nunca sabe a ciencia cierta por los intereses de qué nación ha de abogar. Con Ricardo Latcham, por supuesto, estas ambigüedades no eran ni siquiera concebibles.

Algún día habrá que hablar menudamente de su misión entre nosotros, como una de las memorables (y no son demasiadas) que el país conoció. Muchas incomprendiones la rodearon y muchas (no sólo uruguayas) terminaron con ella. Que la franqueza y la autenticidad personal de Latcham desentonaban en el mundo untuoso, edulcorado de la diplomacia, es un hecho. El mismo se divertía con el choque y afirmaba haber recogido mejores materiales que los de Peyrefitte para escribir unas nuevas *Ambassades* sobre la fauna grotesca que pulula en torno a las cancillerías. Pero dígase a todo esto, que jamás Ricardo —a diferencia de algún penoso antecedente político cercano— hizo banderín demagógico con la cicatería y el antiformalismo: conocía el sentido y el valor de las formas y las respetó escrupulosamente. Con todo, para muchos de los que se movían en su torno, era un ser de otro pelo y tenía amistades que ellos consideraban peligrosas. Había

escrito en su juventud *Chuquicamata, estado yankee* y eso constaba en las fichas que ese tropel que duerme en Carrasco siempre lleva atrasadadas. También colaboraba en *Marcha* y se enorgullecía de ello; ayer mismo prometía al semanario sus libérrimas impresiones sobre Cuba. Pero fueron, sobre todo, las aguas del río Lauca las que se lo llevaron de entre nosotros. Sólo un Telleyrand —y Ricardo no lo era— pudo bracear contra esa corriente y habría que reprocharle aquí a algunos chilenos el no haberlo comprendido. Sólo un Telleyrand hubiera podido vencer la sólida y unánime tradición uruguaya de apoyo a los estados mediterráneos de Sudamérica, pero también la peculiar actitud de ciertos sectores del Partido Nacional que creen compensar su domesticidad a los dictados del Imperio con la simpatía —bien distribuida— por las revoluciones iberoamericanas. Claro está: por las revoluciones “ma non troppo”. Con todo y pese a esa batalla que tuvo que enfrentar casi solo (tuvo, sí, la admirable fidelidad de Sergio Labarca), Latcham hizo mucho entre nosotros. En el capítulo de los vínculos culturales entre el Uruguay y Chile nadie realizó antes lo que él y nadie lo realizará después, por muchos títulos que traiga.

Nadie hubiera imaginado a Ricardo muriendo en un desabrido retiro o en una soledad filosófica. Mucho más coherente con su ser es que su “muerte propia” le haya llegado el lunes en La Habana, mucho más coherente es que sus latidos se hayan apagado entre los latidos vigorosos de la insurrección latinoamericana. Había conocido Cuba en la abyección del “status” colonial y la gerencia del batistato, cuando su capital era el prostíbulo predilecto de los rapados “executives” del Norte. La había conocido en la jocunda alegría del triunfo popular. Volvió a ella en estos días prosaicos de la guardia insomne y del trabajo duro por la construcción de una nacionalidad y una sociedad nuevas. Era el largo —ahora larguísimo— viaje que, con expresión rara en él, preparaba en Santiago de Chile su admirable compañera Alicia Rivera.

Hombre de orden, como ya he dicho, básicamente un liberal “a la inglesa”, el destino de su país y de América le había impuesto en los últimos tiempos ciertas opciones radicales. “Hombre de orden”, sí. Pero también hombre lúcido y hombre decente. Por ello llegó a tiempo (para que su memoria no sufra por la falta) a la convicción de que en Latinoamérica no existe tercera alternativa entre un “statu quo” que es en verdad una regresión, y el inexorable sacudón liberador y purificador. Entonces adhirió al FRAP. Entonces aceptó un cargo de jurado para la Casa de las Américas, de Cuba, cuyo ejercicio importa también una definición. A la vista están ellas, cerrando su rica, den-

sa, plena andadura de seis décadas por el mundo. Que sin él, sin embargo, será un poco menos soportable. Porque millares de americanos perderán un amigo generoso y cálido. Y Chile, uno de sus hijos más fervorosos y fieles. Y nuestras letras un advertido vigía. Y nuestra América Latina un parteador valioso de su integrada conciencia, de su ansiada plenitud.

(*Marcha*, Montevideo, enero 29 de 1955).

BENJAMÍN ROJAS PIÑA

DON RICARDO A. LATCHAM EN
LAS PAGINAS DE 'ATENEA'
BIBLIOGRAFIA

LA PERSONALIDAD inquieta y alentadora del ensayista y crítico Ricardo A. Latcham ha quedado manifiesta a través de las páginas de la revista *Atenea*, a lo largo de casi treinta años de su publicación. Se inició en los momentos en que retornaba al país de su primer viaje a Europa, en 1929, después de ahondar estudios relativos a la cultura catalana y medieval en la Universidad de Barcelona y de peregrinar por tierras ibéricas y francesas.

La colaboración de Latcham en la revista universitaria de Concepción presenta una curiosa coincidencia. La tarea crítica y orientadora con respecto a las obras literarias se hace menos frecuente a partir de 1940, año en el que se hace cargo hebdomadariamente de la crítica literaria en el diario *La Nación*, de Santiago. Además, su participación con artículos y ensayos de mayor relieve y trascendencia es, a contar de la fecha indicada, muy espaciada, pudiéndose enumerar con los dedos de la mano las fichas posteriores a diciembre de 1940. En resumen, la aparición más intensa de la firma de Ricardo A. Latcham en la revista *Atenea* se comprueba en el período de 1929 a 1940.

El propósito que nos ha impulsado a ordenar los 66 títulos que componen la colaboración de don Ricardo en estas páginas, es el de evidenciar la utilidad e importancia de la sostenida acción literaria del crítico y maestro chileno. No nos corresponde aquí hacer notar el desarrollo del pensamiento crítico de Latcham; sólo nos guía el ánimo de mostrar vivamente algo siquiera de lo que el ávido intelectual aportó desde *Atenea*. El mérito que puede cabernos por haber realizado la bibliografía que exponemos a continuación, es el de haber manejado gran cantidad de los ejemplares de la revista que don Ricardo conservara en su biblioteca, piezas que, en bello acto de desprendimiento y maestrazgo, donara en vida al Instituto de Literatura Chilena. Si a esta compulsu de primera mano, agregamos la revisión

de su archivo, también existente en el mencionado Instituto, podemos asegurar que las apostillas colocadas a la bibliografía justifican nuestro esfuerzo y nuestro homenaje a quien nos formara y estimulara como maestro y amigo.

BIBLIOGRAFIA

RELATOS

1. *Reflexiones sobre el viaje. A.*, año VI, XI, Nº 51, marzo de 1929, p. 57-59. Sección Hombres, Ideas y Libros.

Es el primer escrito que publica en *Atenea*. El ejemplar que hemos consultado está corregido por el autor. Donde dice: "La fuerza también se hace temida y podemos sentirla como una flor astral", debe decir: "La pureza también se hace tímida y podemos sentirla como una flor astral" (p. 59). Además, hay una modificación de orden formal. En vez de "No había percibido —en mi divagar— que los viajeros dormían", Latcham prefirió dejar: "No hemos percibido —en divagar— que los viajeros dormían" (p. 58).

A la vista hemos tenido un recorte, sin fecha, que corresponde a este artículo y que apareció antes en *El Día Gráfico*, Barcelona, 1928: "Reflexiones sobre el viaje. Camino de Holanda. El sueño en los trenes y en los barcos". Sobre el título se lee: "De nuestra colaboración". Indicamos el año de 1928 por hallar en el archivo del autor una serie de colaboraciones suyas para la prensa de Barcelona con esa fecha.

2. *La sombra del abuelo. A.*, año VI, XIII, Nº 57, septiembre de 1929, p. 130-135.

Como epígrafe dice: "La vida real y los sueños son páginas de un mismo libro; la costumbre llama vida real a la lectura ordenada y ensueño a lo que hojean la indigencia y el ocio. *Ulysses*, de James Joyce". Es una narración en donde se evoca la figura del Abuelo Tomás, inglés de Bristol, puritano y marino, y se cuenta su influencia sobre el niño.

Apareció como cuento, en *La Nación*, Buenos Aires, 2-xi-1930, p. 17. Ilustración de Juan Carlos Huergo. Cita del *Ulysses*. Reproducido en: Alone. *Historia personal de la literatura chilena*. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1954. "Cuarta parte. Antología de poetas y prosistas del siglo xx". p. 492-497; 2ª edición [corregida y aumentada], 1962. p. 537-542.

Se incluye en la Antología que acompaña al homenaje de revista *Atenea*, año XLII, CLVIII, Nº 408, 1965, p. 7.

3. *Historia del jesuita, de Gaby y el millonario. A.*, año VIII, xv, N.os 73-74, marzo-abril de 1931. p. 346-367.

Es un relato que contiene un tono de memorias. Se recuerda la casa de Tía Mercedes, los estudios en el Colegio del Salvador, al padre Edgardo Nonell, las experiencias de la pubertad, los veranos en Viña del Mar junto a Gaby, a Valparaíso, con la amiga Ester Watson y su ambiente inglés. Allí se interpola en la narración la figura del millonario escocés John Mac Allister y su extraño matrimonio con Ester. Por último, se cuenta el distanciamiento de Gaby y la huella que deja en el narrador la Tía Mercedes, fallecida en 1918.

ESTUDIOS, ENSAYOS Y CRONICAS

4. *La nueva poesía catalana*. A., año VI, XI, Nº 52, abril de 1929. p. 148-155. Sección Hombres, Ideas y Libros.

Trabajo escrito especialmente para *Atenea*, según un anuncio aparecido en el número anterior. Latcham pasa revista a la poesía catalana, partiendo de Jacinto Verdaguer (1845-1902): "en su estro tumultuoso y rico de verbalismo coloreado, fue el revolucionario que destruyó la calma y removió el encharcamiento de las letras catalanas" (p. 148). Señala algunos rasgos en dos poetas mallorquinos, Juan Alcover (1854-1926) y Miguel Costa y Llobera (1854-1922); en seguida, destaca a Juan Maragall (1860-1911), y se detiene especialmente en Miguel de los Santos Oliver (1864-1920), Salvat Papasseit, José Carner (1884), José María López-Picó (1886-1959) y Tomás Garcés.

5. *El espiritualismo de Maragall*. A., año VI, XI, Nº 54, junio de 1929. p. 389-394. Sección Hombres, Ideas y Libros.

Escrito especialmente para *Atenea*, el presente estudio enfoca la teoría estética y la poesía de Juan Maragall. El autor se apoya en juicios de Miguel de los Santos Oliver, Manuel de Montoliú y Juan Estelrich. "Puede afirmarse —sin exageración— que Maragall es el poeta cívico por excelencia y el verdadero estimulador de la llama creadora dentro de la literatura catalana moderna" (p. 390). "Creemos que Maragall creó su propio lenguaje literario y escogió un instante adecuado de la curva evolutiva del catalán, para ceñir el pensamiento en adecuada veste de emoción. De ahí que Maragall hiciera tanto revuelo con sus teorías sobre la palabra viva y otros tópicos de estética. Como todo gran poeta dionisiaco y creador, él no necesitaba ceñirse a cánones estrictos ni a disputas estériles de gramáticos" (p. 392). Latcham pone como ejemplos de su poesía las piezas tituladas *La vaca ciega* y *El canto espiritual*. Hacia el final del estudio escribe: "Miremos en Maragall siempre a un caso típico del don de universalismo que aparece en las literaturas como un signo óptimo de prosperidad... Su lengua, que como dijo Rubió i Lluch, no ha sido forjada por puro capricho, por espíritu de rebelión, en una alucinación de falsa retórica, adquiere bajo su instrumento poético una fuerza universal casi insuperada en su época" (p. 394).

En el texto que manejamos, Latcham corrigió una errata, en p. 393, donde dice: "una falta absoluta de mensura académica y la fuerza libre del genio poético.", debe decir: "una falta absoluta de mesura académica y la fuerza libre del genio poético." Además, trae útiles notas informativas sobre la vida y bibliografía de Maragall, en p. 389 y p. 394, respectivamente.

6. *Las biografías noveladas. A.*, año VI, XI, Nº 55, julio de 1929. p. 522-524. Sección Hombres, Ideas y Libros.

Nota sobre las vidas noveladas. El autor observa que la frecuencia de las "biografías noveladas" vendría a constituir un "síntoma quizá de la decadencia de la historia". Más adelante sostiene: "Mientras la historia gana en precisión científica, ha perdido en otras obras en palpitación de belleza literaria" (p. 522). Hace varias indicaciones referentes a escritores chilenos. En cuanto al género, escribe: "El exceso de fantasía, la licencia escandalosa de los imitadores [de André Maurois], hace, en ocasiones, añorar, lo que antes deseábamos incendiar en una pira gigante: los libros eruditos..." (p. 523). "Recientemente —apunta Latcham—, el escritor argentino Manuel Gálvez, por animar históricamente al Tirano López, sin sentar plaza de apasionado, hizo una figura convencional del personaje. Esta impersonalidad excesiva es tan deplorable, como el seguir simplemente los dictados e impulsos de la pasión histórica". Termina manifestando que no toda vida es susceptible de novelarse, pero sí, existen "vidas novelescas" o plenas de incidentes dramáticos y de peripecias. En Chile, "esperan a sus animadores", Francisco de Aguirre, Santiago Arcos, Irisarri, Pedro León Gallo, Ricardo Cumming, Pérez Rosales, el Huaso Rodríguez, los Pincheira (véase p. 524).

7. *Victor Catalá y el ruralismo en la literatura catalana. A.*, año VI, XII, Nº 60, diciembre de 1929. p. 591-595. Sección Hombres, Ideas y Libros.

Especialmente para la revista, este artículo había sido anunciado desde el mes de julio. Escribe Latcham: "Dentro de la literatura catalana se levanta con poderosa humanidad la figura femenina de Catalina Albert y Paradís, conocida mejor debido a su pseudónimo Víctor Catalá... Cuando tratamos a la escritora y le preguntamos algo de su vida, también se escudó en un raro hermetismo. Prefería hablar de Guimerá y de Narciso Oller, a quien recuerda como un compañero de calidad espiritual muy alta" (p. 591). Por su formación anímica, sobria, podría adscribírsele al realismo, pero "su filiación literaria es más general y pertenece a ese grupo de escritores melancólicamente aferrados al terruño, que redimen con su fidelidad a ciertas normas esenciales y primarias todo cargo de artificialismo y exceso de composición que pudiera hacerseles" (p. 592). En seguida, sitúa a Catalá dentro de su época y comenta su evolución narrativa, dando a conocer algunos juicios estéticos de la propia autora. "Para ella, el mérito de una crea-

ción intelectual se halla en relación directa con la sinceridad" (p. 594). Por contraste, señala que su último libro muestra una nota ciudadana. *Un film* (1919), no obstante, en toda su obra domina su raíz "camperola". En notas a pie de página, Latcham destaca el estudio de Miguel de los Santos Oliver sobre Catalá y apunta una breve biografía.

8. *Interpretación de Maquiavelo. A.*, año VII, XIII, Nº 65, julio de 1930. p. 503-520.

Es la primera parte de un ensayo dedicado a la personalidad del florentino renacentista, con el subtítulo de *El hombre*. Los principios y propósitos del autor se expresan en el siguiente párrafo: "Maquiavelo es un hombre político; más aún un perfecto animal político. Carácter abierto a todas las ambiciones y a los apetitos más frenéticos de la vida, es un hijo del Renacimiento. Pero de la antigüedad, ya sea cristiana como de la otra gentil con sus políticos certeros y sus generales espléndidos, recoge un carácter probo que no lo traiciona en supremos instantes de su destino. Meterse en sus escritos y obras; escarmenar en sus biógrafos e intérpretes, desde Villari, De Sanctis y Tomassini, hasta los modernos Ettore Janni, Giuseppe Prezzolini, Orestes Ferrara y Dubreton; compulsar textos y sentirlos ante la divina serenidad de Florencia, ha sido nuestra acción durante horas y horas de estancia en Europa" (p. 506-507). A continuación, a través de la correspondencia publicada por Papini en 1915, y la interpretación de sus cartas íntimas hecha por Ferrara, sigue la trayectoria vital de Maquiavelo y el desarrollo de su tiempo, la segunda mitad del siglo xv. "El vitalismo extraño de Maquiavelo —escribe en la p. 512— empapa sus actos, sus cartas y sus acciones". Más adelante: "Sin ánimo de intentar biografía conviene percibir un matiz de la vida de Maquiavelo que lo obliga a dejar sus mejores páginas a la posteridad. El Renacimiento estimula una literatura venal y servil, que floreció en las cortes y dio punto a levantar muy arriba a mediocres tiranuelos y a señores con más bolsa que inteligencia. El drama de Maquiavelo es la pobreza" (p. 514).

9. *Interpretación de Maquiavelo. A.*, año VII, XIV, Nº 66, agosto de 1930. p. 47-57.

Corresponde a la segunda parte, *La obra*, del ensayo sobre Maquiavelo, leído antes de su publicación en la sala de conferencias de la Escuela de Farmacia de la Universidad de Concepción, el lunes 19 de mayo de 1930. En los acápites de este número, Latcham muestra el pesimismo que manifiesta Maquiavelo en sus escritos y destaca, en su doctrina, la glorificación del Estado y su desprecio a la Iglesia Católica. Además, anota la fidelidad del florentino para con sus amigos y comenta la idea de que "un Estado corrompido no puede conquistar las libertades públicas".

10. *Las novelas de Juanvario Espinosa. A.*, año VII, XIV, Nº 66, agosto de 1930. p. 75-79. Sección Hombres, Ideas y Hechos.

Breve artículo sobre el escritor chileno Juanuario Espinosa (1882-1946). Latcham da la fecha de 1879 como la de nacimiento de este autor (p. 75). Anota sobre su obra: "No se eleva a la gran emoción, salvo en la deliciosa novela *Cecilia* (1907); pero tampoco desciende al mal gusto". En seguida opina: "Quizá ningún escritor chileno ha conseguido representar mejor a la genuina clase media provinciana y, sobre todo, a las gentes de Linares y de Copiapó" (p. 76). Se refiere, en particular, a las novelas *Cecilia*, *Las inquietudes de Ana María* (1916) y *La señorita Cortés Monroy* (1928), y al volumen *Un viaje con el diablo* (1930), en donde destaca los relatos titulados *La caída del titán*, *Morse y el amor* y *Un viaje con el diablo*, que da nombre al libro.

11. *Rosas y la posteridad. A.*, año VII, XIV, Nº 68, octubre de 1930. p. 484-491. Sección Hombres, Ideas y Hechos.

Nota crítica a propósito de las obras tituladas, *Rosas*, por Dardo Corvalán Mendilaharsu (1929) y *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su tiempo, su drama*, por Carlos Ibarguren (1930). Indica Latcham que la personalidad de Rosas se ha actualizado en el escenario político argentino: "Se han reivindicado su valor nacionalista, su sentido de la tierra, su honradez patricia; pero, al mismo tiempo, se solidifica el proceso de su acción negativa". El libro de Corvalán Mendilaharsu es, para el crítico, de valor desigual: "Sus datos son periodísticos, sin envidia. Su argumentación flaquea y sólo tiene interés por cierto carácter documental" (p. 485); en cambio, el volumen de Ibarguren "ofrece un cuadro acabado de la época". Para ampliar el ambiente y la personalidad de Rosas, Latcham aduce páginas de W. H. Hudson, *El ombú*; José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, y *Papeles de Rosas*, compilados por A. Saldías. Después, exhibe la complejidad del carácter del tirano, comentando las palabras de Ibarguren. Concluye esta nota crítico-histórica: "Libros como el de Ibarguren señalan una orientación más definitiva sobre el tirano, cuyos claro-oscuros y cuya barbarie gaucha no le restan grandeza. Es un precursor de modernos tipos de dictadores nacionalistas como Cipriano Castro y de presidentes personalistas como Irigoyen. De ahí su eterno interés, su actualidad vivísima y su originalidad dentro del drama americano" (p. 491).

12. *Recordación de Manuel de Lacunza. A.*, año VIII, XVI, Nº 77, julio de 1931. p. 173-179.

Acompaña al texto una lámina, fuera de paginación, con el retrato de "El padre Manuel de Lacunza y Díaz (1731-1801)". El presente artículo fue escrito con motivo del segundo centenario de su nacimiento. Latcham esboza una biografía del religioso jesuita sobre la base de las cartas que enviara a Chile desde su destierro de Imola, y avanza algunos juicios sobre su doctrina, el "lacunzismo": "En síntesis apretada —escribe en p. 177—, la tesis de Lacunza significa: la Caída de la Iglesia Cristiana, la Restauración de la Si-

nagoga y el Reinado Milenario del Mesías en Jerusalén". Posteriormente, resume la proyección de Lacunza y, en nota final, transcribe las razones que sobre la prohibición de la *Venida del Mesías en Gloria y Majestad* da el polígrafo español D. Marcelino Menéndez y Pelayo. También trae bibliografía.

13. *Lytton Strachey. A.*, año IX, XIX, Nº 84, febrero de 1932. p. 101-107.

Se intercala un retrato de Strachey, en la p. 103. Es un estudio preparado con motivo de la muerte del escritor inglés (1880-21 de enero de 1932), a quien califica como "el mejor de los biógrafos contemporáneos". "Para ello estaba dotado de un maravilloso don psicológico y creador" (p. 101). Se detiene el comentarista en algunos personajes de las biografías preparadas por L. Strachey, en particular, en su última obra *Portraits in Miniature* (1931). "La biografía —con Strachey— dejó de ser un arte familiar y casero y se encumbró hasta la creación novelesca que admiramos en un Proust o en un Lawrence".

14. *Notas sobre García Lorca. A.*, año XIII, XXXVI, Nº 136, octubre de 1936. p. 13-22.

Luego de presentar un esquema de la vida de Federico García Lorca (1899-1936), analiza algunos aspectos relacionados con el andalucismo poético, el tema de la muerte, lo popular en su forma y la literatura social, manifestada a través del teatro. "En verdad hay varios García Lorca que se combinan excelentemente dentro de la sobria unidad de su carácter. El poeta lírico de tono menor en *Canciones* y en las poesías editadas en 1921; el gitano rey del *Romancero* y del *Poema del Cante Jondo*, el recio autor teatral, el viajero y empresario de teatro popular; y el definitivo poeta de la *Oda al Santísimo Sacramento*, de la *Oda al Rey del Harlem* y de la *Oda a Salvador Dalí*". (p. 21). El ensayo de Latcham concluye señalando que "García Lorca es el poeta español más influyente de nuestros días. A su sombra ha germinado el nuevo y vasto romancero hispanoamericano de los últimos años".

15. *Nota sobre Unamuno. A.*, año XIV, XXXVII, Nº 139, enero de 1937. p. 13-22.

La primera parte de este número de *Atenea*, está dedicada a rendir homenaje a Miguel de Unamuno (1864-1936). En el ensayo, el autor intenta desentrañar el contenido de eternidad en su obra. "Para Unamuno —escribe en p. 13— la vida sólo tenía interés por aquello que se enderezaba al problema de las postrimerías. Era un teólogo civil, descentrado y egregio en medio de la gran tragedia de su país". Luego, iniciando un asedio al tema, dice que "nació a la vida con la preocupación de la muerte y en ella colocó la piedra angular de sus divagaciones, soliloquios y monólogos que

son como tremendos diálogos con una conciencia vigilante" (p. 14), lo que demuestra con *Paz en la guerra* (1897). Observa la contradicción en Unamuno, su misticismo, su sentido de individualidad. "La palabra tenía en Unamuno —agrega— un encanto especial. Era un conversador magnífico que, a veces, en Salamanca, como en su destierro parisiense en tiempos de Primo de Rivera, se desenvolvía por horas sin atender al auditor, como lo observaron Soriano, González Ruano y el propio autor de estas líneas" (p. 17). Por último, analiza su anhelo de búsqueda y su inconformismo. Una pauta de la actitud del ensayista chileno frente al Rector salmantino queda en estas palabras: "Pero cualquiera que sea el punto de vista en que uno se coloque para juzgar a Unamuno hay que penetrar siempre con fervor en el valioso contenido humano de su obra. Y en su poesía apretada y como tallada en roca. Y en sus divagaciones y soliloquios apasionados. Y en sus andanzas líricas por los campos de España y Portugal. Y en sus interpretaciones teológicas del destino humano, de la muerte, que para él era la razón suprema de la vida. Y en la cantera multiforme de su pensamiento que nunca cuajó en acción, porque la acción era como un revulsivo supremo para este gran forjador de sueños más reales para él que todas las visiones objetivas" (p. 21).

16. *La literatura peruana. A.*, año XVII, LXI, Nº 182, agosto de 1940. p. 188-212.

Dice en el subtítulo: "Sierra, costa, montaña. Características generales". Es un intento por estudiar la literatura del Perú desde un punto de vista sociológico y geográfico, aplicando los propios conceptos de ensayistas peruanos. Destaca el círculo central de Lima y algunos exponentes contemporáneos, en donde repara que "el colonialismo podría ser la característica general de los escritores limeños", como el cronista José Gálvez, sobre el que se extiende más adelante. Como contraste, está el novelista José Diez Canseco (1904-1949), "que ha desarrollado la crítica social y de costumbres en un sentido actual y resonante" (p. 191). Menciona a otros cultores del limeñismo literario: José de la Riva Agüero (1885-1944), Pedro Benvenuto Murrieta y Clemente Palma (1872-1946). En la zona de la costa, atrae las figuras del cuentista Abraham Valdelomar (1889-1919), del poeta Alcides Spelucín y del narrador Fernando Romero (1905). Como evocadores del paisaje serrano, cita a Pedro Barrantes Castro y Ciro Alegría (1909). "El hombre, en la literatura peruana, es secundario ante el paisaje o ante las grandes preocupaciones creadas por la lucha con el cosmos", lo que ejemplifica con José María Arguedas (1911) [en el texto, por errata, aparece Argüedas]. Insiste el autor en la región de la costa y comenta las palabras de Luis E. Valcárcel, José Mejía Baca y Luis Fabio Xammar (1911-1947). En cuanto a la poesía, dice que "no refleja el paisaje con la fuerza de algunos de sus novelistas y de sus cuentistas", pero dedica varias líneas a la poesía de Xammar, Spelucín, Luis Valle Goicochea (1911-1954), Augusto Tama-

yo Vargas y a dos exponentes de la poesía pura, José Hernández y Emilio Adolfo Westphalen (1911). Finalmente, puntualiza que "al hacer estas breves anotaciones sobre el profuso movimiento literario que vimos en el Perú durante una estada de dos meses, hemos querido solamente incitar a los estudiosos y hacerlos volver la vista a una literatura que se nutre de dos grandes tradiciones: la incásica, derramada en todo su rico folklore, y la española, alimentada por un turbión de cronistas civiles, militares y eclesiásticos" ... (p. 212).

Recogido por su autor en: *12 ensayos*. Santiago de Chile, Ediciones La Semana Literaria, 1944. (Publicado bajo los auspicios del PEN Club de Chile, 1), p. 23-43.

17. *Las ideas del movimiento literario de 1842. A.*, año XIX, LXVIII, Nº 203, mayo de 1942. p. 149-192.

Este ensayo encabeza la sección que la revista dedica al centenario de la Sociedad Literaria de 1842.

Bajo el título, aparece el siguiente sumario: "El neoclasicismo de Mora y su influencia en Lastarria. El romanticismo en Bello y en Lastarria. El americanismo de Lastarria y sus semejanzas con el de Echeverría y el de Sarmiento. Las ideas de Lermínier en el romanticismo político. Las ideas de Herder en Sarmiento y en Lastarria. La evolución política de Lastarria y su paralelismo con las ideas de Sarmiento y Alberdi en sus últimos escritos. El neoclasicismo literario y el romanticismo político. La Sociedad Literaria de 1842 y su influencia en la Literatura Chilena".

El ejemplar consultado fue corregido por el autor. En la p. 161, donde dice "y Víctor Hugo y Larra, Dumas y Bretón de los Herberos, Dumas y Vega", debe decir: "y Víctor Hugo y Larra, Dumas y Bretón de los Herreros, Ducange y Vega". En la p. 167, donde dice: "En *Las fantasmas* y *A Olimpo* el traductor vistió" ..., debe decir: "En *Las Fantasmas* y *A Olimpio* el traductor vistió" ... Y en la p. 182, comienzo de plana, "losofía de la Humanidad. (*Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*)", debe decir: "losofía de la Humanidad. (*Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*)".

Tan importante estudio sobre el desenvolvimiento del llamado movimiento chileno de 1842, las ideas expuestas en el Discurso de Lastarria el 3 de mayo de 1842, y la comparación de las ideas de Sarmiento, Alberdi y Lastarria, ha sido recogido últimamente en el volumen Ricardo A. Latcham. *Antología. Crónica de varia lección*. Selección y Prólogo de Alfonso Calderón y Pedro Lastra. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1965. (Colección Antologías). p. 258-281, segunda parte, *Lección de Chile*.

18. *Perspectivas de la novela colombiana actual. A.*, año XXIII, LXXXIII, Nº 248, febrero de 1946. p. 200-235.

Es un ensayo en que se analiza la novela colombiana a partir del naturalismo, indicando en particular ciertas bases surgidas desde el romanticismo y el costumbrismo, como es el caso de las novelas *María*, de Jorge Isaacs (1837-1895) y *Frutos de mi tierra*, de To-

más Carrasquilla (1858-1940), o *Al pie del Ruiz*, de Samuel Velásquez, e *Inocencia*, de Francisco de Paula Rendón (1855-1917). Examina las obras de los siguientes autores: Lorenzo Marroquín (1856-1918), con *Pax*; José E. Rivera (1889-1928), con *La Vorágine*, 1924; César Uribe Piedrahita (1897-1951), con *Tod* (Narraciones de la cauchería), 1933, y *Mancha de aceite*, 1935; Rafael Jaramillo Arango, con *Barrancabermeja*, 1934; Bernardo Arias Trujillo (1905-1939), con *Risaralda*, 1935; Eduardo Zalamea Borda (1907), con *Cuatro años a bordo de mi mismo*, 1934; Jaime Buitrago, con *Pescadores del Magdalena*, 1938; José Restrepo Jaramillo (1896-1945), con *La novela de los tres y varios cuentos*, 1926, y *David, hijo de Palestina*; Eduardo Caballero Calderón (1910), con *Tipacoque*, Estampas de provincia, 1941; Alejandro Vallejo, con *La casa de Berta Ramírez*, 1936, y J. A. Osorio Lizaraso (1900), con las novelas *Barranquilla 2132*, *La casa de vecindad* y *Garabato*, 1939.

El presente estudio fue preparado por su autor con motivo de una invitación que le formulara la Universidad de Bogotá, viaje que efectuó en los meses de abril y mayo de 1946.

El ejemplar consultado por nosotros presenta correcciones de mano del crítico chileno, las que enumeramos a continuación: p. 202, dice: "Lo interesante que exterioriza *Pax*". Debe decir: "Lo interesante que exterioriza *Pax*". Más abajo: "que viajan por América como agente de negociantes y mercaderes europeos", debe estar escrito: "que viajan por América como agentes de negociantes y mercaderes europeos". En la p. 203: "cuando tras la huella de una mujer, me arrastré por montes a desiertos", debe decir: "cuando tras la huella de una mujer, me arrastré por montes y desiertos",... En la p. 204: "Con *La Vorágine* brotó un impulso desconocido antes y que antes ha permitido a los continuadores de Rivera ampliar y enriquece saludablemente las perspectivas de la novela". Aquí hay dos erratas advertidas: "Con *La Vorágine* brotó un impulso desconocido antes y que ha permitido a los continuadores de Rivera ampliar y enriquecer saludablemente las perspectivas de la novela". En la cita que se hace de Uribe Piedrahita, en p. 205, hay que corregir "capibarras, venados y conejos" por "capibaras, venados y conejos". En p. 207 se lee: "El halago del trópico su languidez seductora", debiéndose leer: "El halago del trópico, su languidez seductora". En pág. 208: "a los *peludos* y *matocongos*, que así llaman a los sufridos buscadores del petróleo", debe decir: "a los *peludos* y *matocongos*, que así llaman", etc. En p. 210, en la transcripción que se hace de un párrafo de la novela *Barrancabermeja*, se deslizó un error en "que" (aparece "qua" en el texto). En p. 211 dice: "entre los habitantes risaldinos de Sopinga" y debe decir: "entre los habitantes risaraldinos de Sopinga". En p. 217, dice "Pablo, el asesinado". Debe decir: "Pablo, el asesinado". En p. 219, dice: "el tiple y las maracas alegran las noches calentadas". Debe decir: "el tiple y las maracas alegran las noches calentanas". En p. 220, dice: "después de haber descubierto un tesoro que lo transforma". Debe decir: "después de haber descubierto un tesoro que lo trastorna".

En p. 223: "Por las laderas de Tipacoque se derraman los trapiches que difunden el oloroso perfume de la ponela", lo que debe quedar así: "Por las laderas de Tipacoque se derraman los trapiches que difunden el oloroso perfume de la panela". En p. 226: "las adamasadas ancianas de otro tiempo a los canónigos y presbíteros rozagantes". Debe leerse: "las adamasadas ancianas de otro tiempo, a los canónigos y presbíteros rozagantes". En p. 227: "con la mezcla ardorosa del mestizaje que tanta sugestión artística derrama en la excelente", debe acortarse: "con la mezcla ardorosa del mestizaje que tanta sugestión derrama en la excelente". Y, por último, otras dos enmiendas que dejara Latham en su ejemplar, en la p. 230, al comenzar casi: "Las intrigas de Cardone", y debe decir "Las intrigas de Cardona", y en la última línea, la corrección de la palabra "acerva", por "acerba".

Como hemos contado, además, con otra impresión, de la *Revista de la Universidad del Cauca*, apreciamos otras dos leves modificaciones al texto de *Atenea*. En p. 208, donde dice "Brown, gringo, empleado de la compañía, y otros de menor relieve", en el ejemplar colombiano se lee: "Brown, gringo, empleado de la compañía, y algunos de menor relieve" (p. 8). La segunda enmendadura dice relación con el párrafo de Jaramillo Arango, p. 209, pues donde se lee "el indio del Carase" debe figurar "el indio del Carare" (p. 8 de la publicación colombiana).

Este ensayo apareció en *Revista de la Universidad del Cauca*, N^o 9, junio de 1946, pp. 1-31.

Fue reproducido por Juan Loveluck. *La novela hispanoamericana* [Recopilación de estudios]. Santiago, Editorial Universitaria, S. A., 1963. (Universidad de Concepción. Instituto Pedagógico, Departamento de Castellano). pp. 287-313. [Se trasladó el texto aparecido en *Atenea*, sin correcciones].

19. *Domingo Melfi Demarco, A.*, año XXIII, LXXXIII, N^o 249, marzo de 1946, pp. 332-336.

Forma parte del homenaje de la revista *Atenea* a quien fuera animador de las letras nacionales, crítico, ensayista y Director, durante quince años, de la publicación. El fallecimiento de Melfi ocurrió el 10 de enero de 1946. Se trata de una semblanza aparecida en el diario *La Nación*, de Santiago, el sábado 12 de enero de 1946. "Lo conocimos en Talca, allá por 1921, en una época en que diseñaba en su destino la decisión que prevalecería definitivamente: la de entregarse al arte para siempre" (p. 332).

20. *Andrés Eloy Blanco, A.*, año XXXII, CXXI, N^o 360, junio de 1955, pp. 474-482.

Artículo escrito con ocasión de la muerte del poeta venezolano Andrés Eloy Blanco (1897-1955). Latham recuerda los encuentros que tuvo con el escritor, especialmente la vez que convivieron en México, en 1949. Después, hace la semblanza intelectual y

biográfica, encuadrándolo en su generación y con los testimonios históricos de sus conterráneos. A propósito de su último libro escribe: "El idioma de *Giraluna* era más pulido y selecto que el de los anteriores volúmenes. Nos parece que Andrés Eloy Blanco desapareció en el punto culminante de su madurez y cuando su poesía se asentaba definitivamente en formas de gran pureza" (p. 481). En el texto que tenemos a la vista, se corrigió la siguiente errata: "Lo más significativo de su personalidad es que ésta clavó hondo en la realidad de su suelo". Debe decir: "Lo más significativo de su personalidad es que ésta cavó hondo en la realidad de su suelo" (p. 482).

21. *Mariano Latorre, A.*, año xxxiii, cxxiv, N^o 370, mayo-junio de 1956, pp. 18-28.

El presente estudio trae al pie de página la siguiente observación: "Discurso pronunciado en la recepción de Mariano Latorre como Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile". Corresponde a una reproducción fragmentada del citado discurso, dicho en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 16 de abril de 1953. En este número 370 de la publicación, se rinde un homenaje al novelista y narrador Mariano Latorre, fallecido el 10 de noviembre de 1955.

El análisis de Latcham comienza con la búsqueda de las influencias en Latorre, el desarrollo del naturalismo en Chile, las lecturas del autor estudiado, su vocación de escritor, el problema del criollismo, las generaciones chilenas de esta tendencia y algunos aspectos de la obra de Latorre como nativista.

Fue publicado en un folleto de escasa circulación, impreso por la Facultad, junto con el Discurso de incorporación de Latorre, con el título de: *Discursos Académicos pronunciados en la sesión del Honorable Consejo Universitario celebrada para recibir al Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación señor Mariano Latorre Court*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, S. A., 1953, pp. 43-55.

22. *Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea. A.*, año xxxv, cxxxi, N^o 380-381, abril-septiembre de 1958, pp. 305-336.

Ensayo presentado al Segundo Encuentro de Escritores Chilenos, efectuado en la Casa del Arte de Chillán, entre el 19 y 24 de julio de 1958. Esta vez se trata de un número extraordinario de la revista dedicado a los Encuentros de Escritores de Chile, iniciados por el Director de las Escuelas de Temporada de la Universidad de Concepción, Gonzalo Rojas, en enero de 1958. El diseño del ensayista nacional queda descrito de esta manera: "No se trata aquí de trazar un panorama de la novelística hispanoamericana del último cuarto de siglo. Simplemente, se pretende fijar una perspectiva sumaria de sus tendencias frente a ciertas negaciones y limitaciones de los que se oponen a reconocer su vigencia, su crecimiento y sus posibilidades, al margen de todo encuadramiento

sectorio" (p. 305). En nota, advierte Latcham, que "estas palabras han sido reconstruidas sobre la base de mi intervención en el debate acerca de las corrientes de la novela actual, que hubo en el Segundo Encuentro de Escritores..." (p. 307), por tal razón, se da forma explícita y desarrollada al proceso de la novela americana entre 1940 y 1958, situando el problema "en un ángulo objetivo y documental", es decir, en el escarmeno de temas y tendencias.

Reafirma inmediatamente: "Se hace indispensable echar una breve mirada a la situación presente de la novela en Hispanoamérica, cuyos problemas también encuentro vigentes en la literatura brasileña, posterior a la Generación del Modernismo, aparecida en 1922". "Las técnicas nuevas que predominan ya han sido apuntadas por los críticos. En el instante actual, las influencias europeas predominantes son idénticas en ambos sectores de América: Proust, Joyce, Kafka; el existencialismo francés, por medio de Sartre, Camus, Simone de Beauvoir y también Jean Genet y Maurice Sachs; los italianos Svevo, Moravia, Vittorini, Buzzatti, y los norteamericanos Steinbeck, Caldwell, Tomás Woolfe, Hemingway, Curson Mac Cullers, pero sobre todo Faulkner" (p. 308). Los novelistas americanos estudiados son: Carlos Luis Fallas, Joaquín Gutiérrez, Miguel Angel Asturias, Joaquín Beleño, José Revueltas, Andrés Iduarte, Luis Enrique Erro, Alejandro Núñez Alonso, Juan Rulfo, Ricardo Pozas A., Alberto Bonifaz Nuño, Luis Spota, Mario Monteforte Toledo, Luis Felipe Rodríguez, Carlos Montenegro, Enrique Serpa, Enrique Labrador Ruiz, Alejo Carpentier, Surama Ferrer, Gregorio Ortega, Federico de Ibarzábal, Lino Novás Calvo, Juan Bosch, Ramón Marrero Aristy, Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas, Ramón Díaz Sánchez, Miguel Otero Silva, José Antonio Rial, José A. Osorio Lizarazo, José Restrepo Jaramillo, Bernardo Arias Trujillo, Eduardo Zalamea Borda, Eduardo Caballero Calderón, Daniel Caicedo, Eduardo Franco Izasa, Gabriel García Márquez, Eduardo Santa, José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diez Canseco, Adalberto Ortiz, Jorge Fernández, Angel Rojas, Ciro Alegría, José María Arguedas, César Falcón, Francisco Vega Seminario, Carlos Zavaleta, Oscar Cerruto, Augusto Céspedes, Alfredo Flores, Antonio Díaz Villamil, Carlos Medinaceli, Augusto Guzmán, Ricardo Güiraldes, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Alfredo Varela, Juan Goyanarte, Roberto Arlt, Manuel Mujica Láinez, Bernardo Verbitsky, Ernesto Sábato, David Viñas, Francisco Jorge Solero, Beatriz Guido, Carlos Prelooker, Justino Zavala Muniz, Juan José Morosoli, Enrique Amorim, Francisco Espinola (hijo), Pedro Leandro Ipuche, Dionisio Trillo Pays, Mario Benedetti, Juan Carlos Onetti, Alfredo D. Gravina y Gabriel Casaccia.

De este ensayo existe una separata: Ricardo A. Latcham. *Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea. La novela*. [Santiago de Chile], Revista *Atenea*, Separata del Nº 380-381, pp. 305-336. [1958].

Reproducido en: Juan Loveluck. *La novela hispanoamericana*, 1963, obra mencionada, pp. 375-406.

CRÍTICAS BIBLIOGRÁFICAS Y RESEÑAS

23. "*Pais blanco y negro*, por Rosamel del Valle". *A.*, año VI, XII, Nº 56, agosto de 1929, pp 105-107. *Los libros*.

"Su manera, su feliz disposición para lo arbitrario, que en arte es una fuerza, y su lograda estilización le conceden un sitio interesante entre los literatos jóvenes".

24. "*Doce escritores*, por Fernando García Oldini". *A.*, año VI, XII, Nº 56, agosto de 1929. p. 110-114. *Los libros*.

Se refiere al libro de García Oldini que estudia a once escritores chilenos. "En las críticas de García Oldini se reemplaza todo raciocinio por un método personalísimo entre lírico y disquisitivo".

25. "*Monsieur Teste*, por Paul Valéry". *A.*, año VI, XII, Nº 58, octubre de 1929. p. 347-349. *Los libros*.

"En pocos libros late mejor el carácter intelectualista de Valéry. Su arte es para selectos, para intelectuales".

26. "*La psicología de Pi y Margall*, por Antonio Rovira y Virgili". *A.*, año VI, XII, Nº 58, octubre de 1929. p. 349-352. *Los libros*.

El intelectual, catalán, Rovira y Virgili, "edita en un pequeño volumen su *Psicología de Pi y Margall*, que constituye un anticipo de una más extensa obra sobre el discutido y benemérito político, autor de *Las nacionalidades*". "Rovira ha utilizado para descomponer el mecanismo interno de Pi sus notas íntimas".

27. "*The Wells of Loneliness*, por Hall Radclyffe". *A.*, año VI, XII, Nº 59, noviembre de 1929. p. 505-508. *Los libros*.

"Ahora se combina la experiencia de una novelista con no poco de "cientismo" en lo que forma "los pozos de la soledad". Stephen Gordon y su excéntrica infancia dan aquí la clave de muchas aberraciones posteriores. Quizá ese sea el mejor aspecto de la novela que movió a escándalo al *Sunday Express*, órgano rabiosamente puritano de Lord Beaverbrook". Latcham aborda algunos aspectos del problema sexual en Chile, a propósito de este tipo de literatura.

28. "*Santa Teresa y otros ensayos*, por Américo Castro". *A.*, año VI, XII, Nº 60, diciembre de 1929. p. 638-641. *Los libros*.

"La silueta espiritual de la santa surge palpitante, sin que la empañe ningún sectarismo". "Completan el volumen ensayos nutridos sobre tópicos diversos, que se renuevan en la visión de Américo Castro: la edad media, los mozárabes, las herejías provenzales, La Celestina

y su falta de intención moral, el Duque de Osuna, y las actitudes frente al paisaje".

29. "*Le voyage sans but et sans fin*, por Lord Jim". *A.*, año VI, XII, Nº 60, diciembre de 1929. p. 641-643. Los libros.

"Lo curioso, lo interesante es que con *Le voyage sans but et sans fin* se introducen a la literatura chilena una serie de novedades: el escritor nacional que usa otra lengua; la preocupación de las anomalías sexuales y el exodismo de que hablaba Fernando Vandérem". El seudónimo de *Lord Jim* corresponde al escritor Benjamin Subercaseaux.

30. "*Luis Candelas. El bandido de Madrid*, por Antonio Espina". *A.*, año VII, XIII, Nº 61, marzo de 1930. p. 88-91. Los libros.

Reflexiona acerca de la literatura biográfica. El libro del español Antonio Espina "contiene ya en potencia la cualidad fundamental de un buen biógrafo: el interés, la amenidad, el color local".

31. "*Le plan de L'Aiguille y Les confessions de Dan Yack*, por Blaise Cendrars". *A.*, año VII, XIII, Nº 62, abril de 1930. p. 220-223. Los libros.

Comentario a dos libros de Cendrars, "que se completan en un ángulo particularísimo: la historia de la vida peligrosa". "La visión móvil y superrápida de estas dos novelas es visiblemente una consecuencia del "cinematismo" o "cinemismo" de que están impregnadas las letras actuales". En una apostilla al pie de página, Latcham informa que "Con posterioridad a la redacción de este artículo, visitamos por una temporada la Isla de Chiloé. Como resultado de tal viaje comprobamos que Cendrars estuvo realmente en esta pintoresca región" (p. 223).

32. "*Literatura chilena con una antología contemporánea*, por Samuel A. Lillo". *A.*, año VII, XIII, Nº 62, abril de 1930. p. 230-234. Los libros.

Comentario adverso para el autor de este texto escolar: "En anterior ocasión (véase nuestro libro de ensayos *Escalpelo*, 1926), tuvimos que hacer serios reparos al señor Lillo. Desde entonces hubo tiempo suficiente para corregir muchos juicios, para recoger datos más seguros, para depurar el criterio personal. Bastante se ha hecho en el terreno bibliográfico, y la crítica (pese al señor Lillo) va perdiendo el carácter propicio a las expansiones ateneístas". Anota las incongruencias, los errores bibliográficos y las inclusiones discutibles.

33. "*Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, por César González Ruano". *A.*, año VII, XIV, Nº 67, septiembre de 1930. p. 275-279. Los libros.

"González Ruano es un periodista y participa de ese repentismo español, tan rico en matices y atisbos para fijar la parte anecdótica de un carácter". "Amplían la obra breves apéndices de índole crí-

- tica sobre Unamuno y el teatro, la poesía, la novela, el ensayo, etc.". "Completan el libro útiles indicaciones bibliográficas y una selección de juicios sobre Unamuno. Vemos ahí las opiniones de Keyserling, Jean Cassou y Papini".
34. "*Sangre en el trópico*, por Hernán Robleto". *A.*, año VII, XIV, Nº 67, septiembre de 1930. p. 285-288. Los libros.
- "*Sangre en el trópico* pinta la intervención yanqui en Nicaragua. Tiene, pues, el valor de un documento humano inapreciable sobre tópicos de viva resonancia continental. Contiene, además, el testimonio descriptivo de un hombre que ha vivido con intensidad la existencia fascinadora del trópico y que penetró en los misterios de sus ríos, mares y selvas".
35. "*Babbitt*, por Sinclair Lewis". *A.*, año VII, XIV, Nº 68, octubre de 1930. p. 505-509. Los libros.
- "La aparición de *Babbitt* en castellano significa la difusión del mejor novelista contemporáneo de los Estados Unidos"... "Lewis es un novelista objetivo, frío, implacable. Rara vez se exalta, y cree en un determinismo inmisericorde. No aconseja remedios ni resuelve problemas". "Es la novela broncínea de la burguesía yanqui. No conocemos fuera de *Elmer Gantry*, del mismo autor, de la *Tragedia Americana* de Dreiser y de *Rahab* de Waldo Frank, páginas tan humanas y emocionantes, a pesar de la caparazón realista que las cubre".
36. "*Los próceres de la Independencia de Chile*, por Domingo Amunátegui Solar". *A.*, año VII, XIV, Nº 69, noviembre de 1930. p. 728-731. Los libros.
- "Tiene este libro una doble novedad: se renueva en él la documentación que había servido para el estudio de la Independencia y se presenta a los próceres con un carácter audaz de interpretación histórica".
37. "*Catalunya a les mars*, por Gonzalo de Reparaz (fill)". *A.*, año VIII, XV, Nº 71, enero de 1931. p. 123-125. Los libros.
- "Con el subtítulo de *Contribución al estudio del comercio y de la navegación en el Mediterráneo*, Gonzalo de Reparaz hijo ha realizado uno de los más sólidos ensayos de investigación histórico-geográfica que conocemos... el joven erudito aclara problemas, desmenuza ideas y resuelve asuntos de una viva importancia para el conocimiento de la Edad Media y de la influencia catalana en el Mediterráneo. Completa así la obra que, en otros aspectos, han comenzado Rubió y Lluch, Fernando Valls y Taberner, Fernando Soldevilla y Luis Nicolau d'Olwer, que marchan en la vanguardia de los estudios históricos catalanes".

38. "Más afuera, por Eugenio González". *A.*, año VIII, XV, Nº 71, enero de 1931. p. 135-138. Los libros.

Comienza el artículo con una referencia acerca de la "falta de problemas en las letras de Chile", discusión que promoviera el crítico Raúl Silva Castro. Luego, ateniéndose a la novela que se enuncia, escribe Latcham: "surge a la vida un recio libro en que se aborda resueltamente uno de los más pavorosos problemas sociales de esta tierra: el régimen carcelario". "Es este un libro donde no falta nada de lo que hace perdurable una creación literaria; el sentido social, el realismo verista y el estilo apretado y correcto".

39. "La tradición de América, por Enrique Ruiz Guiñazú". *A.*, año VIII, XV, N.os 73-74, marzo y abril de 1931. p. 473-476. Los libros.

Es una glosa de ciertos puntos atingentes a la tradición americana, como la "inadaptación al medio" de los primeros pobladores españoles, la "fanfarronería nobiliaria", la "exaltación personal", el feudalismo, la afición al lujo, etc., todos los cuales surgen a partir de las páginas de la obra del argentino Ruiz Guiñazú, "cuyo valor consiste más bien en lo que sugiere por sus referencias a lo que precisa por su conclusión".

40. "La odisea de un novelista". *A.*, año VIII, XVI, Nº 75-76, mayo y junio de 1931. p. 92-96. Sección Hombres, Ideas y Hechos.

Es un artículo a propósito de la novela de Mariano Picón Salas titulada *Odisea de Tierra Firme*. "Mariano Picón Salas es el novelista más representativo de la tragedia civil de Venezuela. Sin la intensidad ni el patetismo de Pocaterra, el terrífico relator de peripecias dantescas y de tragedias brutales, lo aventaja por su técnica nueva, por su concepto audaz de la novela, por la raíz poética de su prosa" (p. 92). Más adelante agrega: "En cuanto a la técnica revélase Picón un sagaz entendido en esa superposición de planos que aleja de la anécdota infecunda y que saca del ensueño el fino esmalte poético" (p. 95).

Este comentario crítico se reprodujo, con algunas variantes, como prólogo a la 2ª edición de *Odisea de Tierra Firme*. (Relatos de Venezuela). Santiago de Chile, Zig-Zag, 1940. (*Biblioteca Americana*). p. 9-13.

Aquí mismo, se indica que apareció, también, en la *Gaceta Literaria*, de Madrid, en 1931, publicación que no hemos tenido a la vista.

41. "Ante la corte marcial, por Carlos Vicuña Fuentes". *A.*, año VIII, XVIII, Nº 81, noviembre de 1931. p. 267-270. Los libros.

Inicia el comentario ubicando la obra: "De toda la literatura surgida con motivo de la caída del Dictador Ibáñez pocos libros ga-

nan en emoción directa e interés apasionador, al de Carlos Vicuña Fuentes. Está escrito con doble pasión: de verdad moral y de rectitud política". Hace una semblanza del autor y protagonista, a raíz del episodio que originó su alegato y termina señalando que "Toda la mascarada militar ibaísta, el grotesco proceso de Concepción, la cobardía de civiles y militares, el gregarismo de nuestro ambiente tienen allí su condenación más candente".

42. "*Daphné Adeane. La Princesse Blanche*, por Maurice Baring". A., año VIII, XVIII, Nº 82, diciembre de 1931. p. 372-375. Los libros.

Comentario sobre dos novelas del autor inglés Maurice Baring, en versión francesa, editadas por Stock., París, 1931. "Sólo ahora se comienza a tener, entre nosotros, un interés vivo por la novela inglesa. Su ámbito se enriquece con profundas sugerencias y abre nuevos caminos a la sensibilidad. Desde la angustia morbosa de Lawrence, el aristocratismo de Michel Arlen, el extraño simbolismo de Swinerton, hasta la morosa nimiedad de Virginia Wolf, hay zonas intermedias pobladas de fuerza y belleza artística". Del novelista católico inglés resume el crítico: "*Cat's Cradle* [nombre del original, traducido como *Princesse Blanche*] es una visión conjunta de la vida hecha con una precisión realista pocas veces lograda. No tiene la intensidad que las dos mujeres: la viva y la muerta, dan a *Daphné Adeane*; y pueda ser que no alcance su elevada potencia poética. Pero, precisamente, la moderación con que se ve allí todas las cosas, la levedad de la intervención del autor, dan al libro tal carácter de realismo que lo colocan entre lo mejor de la producción inglesa actual".

43. "*Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX*, por Alone". A., año IX, XIX, Nº 83, enero de 1932. p. 82-86. Los libros.

Extenso comentario acerca del papel del crítico, del historiador y de los panoramas, a partir del volumen de *Alone*, Hernán Díaz Arrieta, publicado por Nascimento, Santiago de Chile, 1931. "Es el tipo de escritor más contrario al que debe hacer un panorama literario nacional. Sus defectos, pequeños al diluirse en las crónicas dominicales, se agrandan y agrupan prodigiosamente"... En seguida, rebate algunas ideas del prefacio de Alone, su división en tres períodos de diez años y las omisiones e inclusiones. Concluye: "Todas las cambiantes matizaciones de su carácter y las arbitrarias iniciativas de su temperamento se revelan en este pequeño y malogrado *Panorama*, sin ideas generales y de escasa resonancia interpretativa".

44. "*Carnalavaca, novela de las tierras rojas*, por Andrés Garafulic Y.". A., año IX, XIX, Nº 84, febrero de 1932. p. 195-197. Los libros.

Tras referirse al asunto de la novela del norte en Chile, con los temas de salitreras y minerales de cobre, analiza la novela de An-

drés Garafulic. "Este escritor novel se presenta dominando una cualidad literaria de primer orden: el interés novelesco. Sabe mover a los personajes y crear una trama y hasta un ambiente. Su libro es poderoso y vital. Tiene grandes y sensibles defectos como cierta tendencia a la declamación sociológica-política; pero acaba por triunfar la calidad del relato".

45. "*El país de Lenin*, por Eugenio Orrego Vicuña". *A.*, año IX, XIX, Nº 84, febrero de 1932. p. 199-200. Los libros.

"Eugenio Orrego Vicuña pasó un tiempo en la U.R.S.S. y en ese periodo de su vida anotó y observó muchos aspectos de la existencia rusa. De ello dio testimonio su *Tierra de Águilas*, libro impresionista... hizo una ampliación mayor de sus observaciones, investigando, con posterioridad, los diversos campos de la actividad comunista antes y después del advenimiento de Stalin".

46. "*Un ciclón en Jamaica*, por Richard Hughes". *A.*, año IX, XXII, Nº 89, julio de 1932. p. 142-143. Los libros.

Con motivo de la edición francesa de la novela del inglés Hughes, hecha por la casa Plon, París, 1932. "El argumento es bien simple, pero sobre trama tan sencilla, el autor realiza una pintura espléndida del alma infantil y una excelente proyección del paisaje y ambiente antillanos".

47. "La vida aventurera de Antonio José de Irisarri". *A.*, año X, XXV, Nº 104, diciembre de 1933, p. 450-453. Los libros.

Comentario sobre el escritor guatemalteco Antonio José de Irisarri (1786-1868) y su obra *El Cristiano Errante*, publicada en 1929, por Guillermo Feliú Cruz.

48. "*Llampo brujo*, por Sady Zañartu". *A.*, año XI, XXVI, Nº 106, abril de 1934. p. 235-238. Los libros.

Sobre la novela de Zañartu, inserta en el ciclo del tema minero del norte chico, escribe: "Muchos de sus cuadros dan la idea de meros bocetos, de dibujos destinados más tarde a la confección de un trabajo perfecto. Pero esto no disminuye su fervor de evocación, su fina melancolía de cepa legítima, con aromas de ensueño y de leyenda, ni sus expresiones felices y cautivadoras".

49. "*Los Sangurimas*. Novela Montuvia ecuatoriana, por José de la Cuadra". *A.*, año XII, XXIX, Nº 115, enero de 1935. p. 129-134. Los libros.

Extenso análisis de la narrativa del guayaquileño José de la Cuadra, su engarce dentro del desarrollo literario ecuatoriano y su trascendencia. "De la Cuadra es sobrio y posee una pupila sagaz de novelista. Toma lo esencial del paisaje y enclava en medio del campo, en la ciudad o en las orillas del río, a sus personajes". Des-

pués de comentar *Los Sangurimas*, se detiene en los otros cinco cuentos, de "calidad dramática", que cierran el volumen: *Sangre expiatoria*, *Candado*, *Barraganía*, *Shishi la Chiva*, y *Calor de Yunca*. "Esta literatura —dice el comentarista— no tiene refinamientos ni floripondios retóricos. Es una salida humana y dolorosa que la nueva sensibilidad ha buscado para expresar la gran desesperanza de un pueblo".

50. "A. Pareja Diez Canseco. *El muelle*". *A.*, año XII, XXIX, Nº 116, febrero de 1935. p. 325-329. Los libros.

Estudia la novela *El Muelle* (Editorial Bolívar, Quito, 1933), del ecuatoriano Alfredo Pareja Diez Canseco, después de una breve introducción sobre otros narradores del país y la novela del Guayas. "El trópico surge afinado por una parte y con sus problemas sociales por otra, en estas nuevas novelas del Ecuador. Todas ellas se combinan y gradúan en una especie de retablo realista en que las delicadezas del paisaje se alternan con las honduras psicológicas y los caracteres bien tallados".

51. "*Ames et Visages du XX^e Siècle*", por André Rousseaux. (Bernard Grasset, París)". *A.*, año XII, XXIX, Nº 117, marzo de 1935. p. 484-492. Los libros.

Compendiosa reseña de la obra del crítico francés A. Rousseaux. Da cuenta pormenorizada de los artistas y escritores estudiados en el libro: Rolan Dorgelés, François Mauriac, Georges Duhamel, Jacques Lacretelle, Jean Cocteau, Paul Valéry. En las dos últimas partes del volumen de Rousseaux, se presentan las figuras de Henri Pourrat, Jean Gino, André Chamson, Jules Romains, Paul Morand, Henry de Montherlant, Drieu La Rochelle, Jean Guéhenno, André Malraux, Marcel Arland y Georges Bernanos. Dice Latcham al término de su revista: "En *Ames et Visages du XX^e Siècle* hay un testimonio vivo de las más poderosas inquietudes literarias de nuestro tiempo" (p. 492).

52. "*Conocimiento y expresión de la Argentina*", por Eduardo Mallea. (Sur, Buenos Aires)". *A.*, año XII, XXXII, Nº 126, diciembre de 1935. p. 490-499. Los libros.

Artículo crítico en donde reflexiona sobre el contenido del libro de Mallea, y analiza los puntos de esta "conferencia pronunciada en Italia y contenida en el pequeño y pulcro volumen editado por "Sur", con el título de *Conocimiento y expresión de la Argentina*". "Se ahonda en un tema que ha constituido motivo de meditaciones para filósofos y viajeros, desde los tiempos del hispanismo fértil, al estilo de Altamira y de Posada, hasta el intuicionismo trashumante de los Ortega y Gasset, los Keyserling y los Waldo Frank". En el ejemplar que manejamos, p. 492, se corrigió al margen una errata. Donde dice: "y cae vencido en la confluencia de dos mares, en el

remoto astro", debe decir: "y cae vencido en la confluencia de dos mares, en el remoto austro".

53. "El estudiante de la mesa redonda, seguido de un novelín de la tierra, por Germán Arciniegas. Bogotá, 1935". *A.*, año XIII, XXXIII, Nº 128, febrero de 1936. p. 247-261. Los libros.

Artículo que comienza por ubicar el desarrollo de las letras en Colombia, para adentrarse en el ensayo de Arciniegas. Dice que este autor "se lanza aquí a la aventura novedosa y estimulante de arrancar del pasado americano el sentido nuevo de la historia que debe indicar las rutas del porvenir libertador del continente". Reseña las ideas expuestas por el ensayista colombiano acerca del mundo escolástico y medieval, el mundo de la conquista española en América, y el mundo del coloniaje, en especial, los capítulos VI y VII, llamados "Los Conquistadores" y "Los Seminaristas", respectivamente, de donde exprime sustanciosas ideas de interpretación histórica. "La interpretación nueva de la Conquista —asienta Latcham— sólo ahora se apoya en firmes bases de realismo objetivo. Esto se debe a que se ha abandonado la manera liberal, que en Chile ensayó Lastarria, de negar todo a la Madre Patria y de explicar los acontecimientos de la Independencia como una mera reacción contra los procedimientos seculares de la Península" (p. 251). El crítico chileno se apoya en obras de Ramón J. Sender y de Ramón de Basterra para explicar algunos aspectos del siglo XVIII. Ahonda un tanto más en el sentido de la ilegalidad a raíz del capítulo X, de Arciniegas, "Los Obreros". "Los últimos capítulos del libro de Arciniegas y el *Novelín de la Tierra* que lo completa, son como un comentario a los problemas actuales de América, a su destino colectivo y a su conciencia del futuro".

54. "Novelas del trópico". "*Los conuqueros*, por Julio Ramos. (Caracas, 1936) y *Red*, por Arturo Uslar Pietri. (Caracas, 1936)". *A.*, año XIII, XXXVI, Nº 137, noviembre de 1936. p. 211-217. Los libros.

Comentario de la novela *Los conuqueros* y de los relatos de *Red*, ambas obras de autor venezolano. "Julio Ramos ha tratado de hacer una novela cabal, pero se ha quedado en el bosquejo o sea en la prenovela. Su instrumento de precisión —el estilo— no cuaja del todo. Sus medios técnicos son limitados y no vuelan más arriba de un costumbrismo evolucionado hacia lo actual". "El secreto de Uslar Pietri es mezclar en las narraciones la hábil poesía de su estilo con la anécdota acabada". Se refiere a *La pipa*, *La noche en el puerto*, *La siembra de ajos*, *El baile del Conde Orgaz*, *Humo en el paisaje*, *El viajero*, *El patio del manicomio*, *El día séptimo*, *El fuego fatuo*, *Cuento de camino*, y con mayor detenimiento, a los cuentos *La lluvia*, *Gavilán colorao* y *La negramenta*.

55. "*La plaza de las carretas*, por Enrique Amorim (Editor Domingo Viau, Buenos Aires, 1937)". *A.*, año XV, LII, Nº 154, abril de 1938. p. 125-129. Los libros.

"*La plaza de las carretas* es un volumen de relatos en que lo realista se halla superado por una curiosa manera de idealizar los contornos del paisaje o de exaltar los pájaros característicos de la campiña uruguaya. Llena una parte primordial del volumen una serie de cuentos poemáticos que se denominan *Historias con pájaros*". Además de reseñar cada uno de los componentes de esta sección, dedica espacio a los cuentos *De tiro largo*, *El retobado* y *La plaza de las carretas*, que da nombre al libro.

56. "*Índice de la poesía peruana contemporánea*, por Luis Alberto Sánchez. (Ediciones Ercilla, 1938)". *A.*, año xv, LII, N° 154, abril de 1938. p. 129-142. Los libros.

Es una larga y pormenorizada reseña de la antología publicada por Sánchez. "Algunas de sus clasificaciones pueden pecar de arbitrarias. Tiñe demasiado sus juicios de un apasionamiento limeño que muestra su garra polémica y probada en una vasta labor de panfletista y de caudillo político". Latcham, a propósito de la selección, sintetiza el desarrollo de la poesía lírica del Perú, con referencias útiles a José Santos Chocano, Manuel González Prada, Leonidas Yerovi, Luis Fernán Cisneros, Ventura García Calderón, Enrique Bustamante y Ballivián, José María Eguren, Percy Gibson, Abraham Valdelomar, Alberto Hidalgo, Juan Parra del Riego, Alcides Spelucín, César Vallejo, Alberto Guillén, Alejandro Peralta, Emilio Adolfo von Wesphalen y Valle Goicochea.

57. "*La marca*, por Victoriano Lillo. (Ediciones Ercilla, 1938)". *A.*, año xv, LII, N° 156, junio de 1938. p. 421-424. Los libros.

Sobre el volumen de relatos del escritor chileno Victoriano Lillo. "No pertenece al género de los innovadores trascendentales y más bien parece perfeccionar la vieja tradición chilena de los escritores que pintan el campo y la clase media dentro de un honrado realismo". En la visión de conjunto se refiere a los cuentos *De cara al cielo*, *La caída*, *El primo de las Ortúzar*, *A medianoche* y *La vida humilde*. Más detalladamente habla del cuento largo que da nombre al libro, *La marca*.

58. "*Baldomera*, Novela, por Alfredo Pareja Diez-Canseco. (Ediciones Ercilla, 1938)". *A.*, año xv, LII, N° 156, junio de 1938. p. 424-428. Los libros.

"Toda esta novela es de rompe y rasga, con hombres desaforados y grandes hembras de pasión. Es lo que llamó alguien el *tropical mestizo* [alusión a Benjamín Carrión, en el "Prólogo" a la novela *El muelle*, del mismo ecuatoriano Pareja Diez-Canseco], urdimbre de luchas sociales y políticas, de miserias indescritibles, de audacias y de actitudes desenfundadas". En este comentario, estudia Latcham las relaciones entre la obra y la realidad socioeconómica que en ella se encierra.

59. "Dos novelas brasileñas: *Cacao* y *Jubiabá*, por Jorge Amado". *A.*, año xv, LIV, Nº 161, noviembre de 1938. p. 335-341. Los libros.

Estudio en donde, después de referirse a las grandes novelas de la literatura brasileña como avanzadas de las tendencias naturalistas y sociales contemporáneas, enfoca dos novelas de Jorge Amado, editadas en traducción al castellano: *Cacao*, por la Editorial Claridad, y *Jubiabá*, por la editora Imán, ambas de Buenos Aires. "Cacao es un libro esquemático, escrito en un estilo nervioso y sugestivo". Acerca de *Jubiabá* sintetiza: "Está construida y desarrollada con la conciencia plena de un novelista que domina sus facultades creadoras y su estilo". "Estas novelas constituyen verdaderos documentos sociales de la explotación del hombre por el hombre".

Recogido, con igual título, en *Antología. Crónica de varia lección*, ya citada, p. 114-118. Primera parte, "Lección de América".

60. "*Estudios de literatura chilena*, por Domingo Melfi D. (Primera serie). Nascimento, Santiago, 1938". *A.*, año xvi, LV, Nº 164, p. 247-257. Los libros.

Análisis y glosa del volumen *Estudios de literatura chilena*. "Nuestra literatura —escribe el comentarista— carece de la arbitrariedad de otras, pero ofrece como compensación un campo interesante para el estudio de una serie de problemas psicológicos que Melfi esboza con claridad y firmeza en su reciente libro". Vertebrado un desarrollo de las letras nacionales desde los ensayos de Melfi: *La novela y el cuento*, semblanza de Blest Gana y sus novelas, imagen sobre Daniel Riquelme, *El campo en la generación literaria de 1900*, las estampas de Federico Gana, Baldomero Lillo y Carlos Pezoa Véliz, el estudio sobre *Casa grande*, de Luis Orrego Luco, y *Perspectiva de la novela*. "Melfi es tal vez el único crítico chileno para quien los fenómenos literarios no pueden aislarse nunca del hombre como integridad moral y social". "Es curioso advertir aquí muchas de las singularidades que habíamos indicado al ocuparnos en otras obras de diversa índole de este escritor. Su preocupación por los problemas morales. Su patetismo emocionado. Su lirismo vigoroso que le da a su estilo, de toques sobrios y pulidos, muchos acentos de emoción y bellos logros de intensidad".

61. "*Contribución a la realidad*, por Benjamín Subercaseaux. (Editorial Letras)". *A.*, año xvi, LVII, Nº 169, julio de 1939, p. 142-148. Los libros.

"En el libro que nos ocupa hay once ensayos que abarcan temas tan diversos como el sexo, una psicología del chileno, el sexo en la literatura nacional, el roto, el siútico, el caballero, la deshumanización de la persona bien, el francesismo en la literatura chilena, las dificultades del escritor, el autor y la obra y el escritor como profeta". Una vez determinada la pobreza del género en

Chile, el comentarista se atiene a varios aspectos de la obra y de la persona de Subercaseaux. Singulares resonancias le provocan los ensayos *Apuntes para una psicología del chileno*, *El sexo en la literatura chilena*, y los capítulos de psicología colectiva: *El roto o el triunfo de la inmortalidad*, *El siútico o la comedia en serio* y *El caballero o la negación del espíritu*.

62. "Dos novelas cubanas: *Ciénaga*, por Luis Felipe Rodríguez y *Contrabando*, por Enrique Serpa". *A.*, año XVI, LVII, Nº 171, septiembre de 1939, p. 506-514. Los libros.

Comentario crítico a las novelas *Ciénaga*, editada por Editorial Trópico, y *Contrabando*, de Ediciones Alvarez-Pita. Sobre la narración de Luis Felipe Rodríguez resume: "Es una obra con rai-gambre moral y social. Tiende a definir la raza, sus virtudes, sus defectos, a establecer un paralelismo entre la ciénaga de los campos cubanos y el lodazal en que naufragan las virtudes cívicas. Establece ideales de regeneración y no participa del pesimismo de otros escritores americanos". Sobre la novela de Serpa escribe: "No es una novela rica en trama o muy complicada en sus escenas. Todo en ella gira en torno a la transformación de un navío de pesca en un barco conductor de alcohol para los yanquis". Recogido por su autor en: *12 ensayos*, 1944, p. 73-82, con el título de *Dos novelas cubanas*.

También en: *Antología. Crónica de varia lección*, p. 58-64. Primera parte, "Lección de América".

63. "Los cuentos y las novelas de Carlos Montenegro. A propósito de *Hombres sin mujer*. (México, Editorial Masas, 1938)". *A.*, año XVI, LVII, Nº 172, octubre de 1939, p. 104-109. Los libros.

Semblanza del cubano Carlos Montenegro y examen de la producción novelesca: *El renuevo y otros cuentos* (La Habana, 1929), *Dos barcos* (La Habana, 1934) y *Hombres sin mujer* (México, 1938). "En las creaciones de Montenegro domina lo elemental y lo primitivo. Tipos de instinto y de presa". "Dividiendo los cuentos de Montenegro por materias vemos que dominan en ellos tres temas fundamentales: los de mar: *El discípulo*, *El hijo del mar*, *Dos barcos*, *La hermana*, *Cargadores de bananas*; los cuentos de presidiarios, que son ocho en *El renuevo*, y las avasalladoras estampas de *Cuatro presidiarios* en el segundo libro: *Dos barcos*; y los bellísimos relatos de la insurrección: *El negro Torcuato* y *Un insurrecto*. En los cuentos y estampas de presidiarios hallamos los gérmenes de la tremenda novela *Hombres sin mujer*". "Su novela tiene el valor de un documento humano realizado por la convivencia de años con penados de las peores costumbres". Recogido por su autor en los *12 ensayos*. Santiago de Chile, 1944, p. 83-88, con el título de *Los cuentos y las novelas de Carlos Montenegro*.

También en: *Antología. Crónica de varia lección*, p. 65-69. Primera parte, "Lección de América".

64. "Dos libros peruanos: *Cien años de literatura y otros estudios críticos* de José Jiménez Borja y *Perú en trance de novela* por Augusto Tamayo Vargas. (Lima, 1940)". *A.*, año XVIII, LXIII, Nº 187, enero de 1941, p. 84-93. Los libros.

Reseña sobre dos obras de intención crítica, dedicadas a las letras peruanas. Referente al volumen de José Jiménez Borja, dice: "Los cien años que abarca su panorama van desde 1839, año en que las letras del Perú estaban dominadas por el signo del costumbrismo, hasta la enunciación de algunos de los más eficaces valores contemporáneos. Manuel Ascencio Segura y Felipe Pardo y Aliaga eran los escritores más importantes de la época en que Larra regía con su influencia póstuma los impulsos creadores de los literatos de Sud América". "Encontramos ausente de este panorama una apreciación convincente de los orígenes de la novela peruana y de las dos mujeres que la cultivaron en el siglo pasado: Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner". "El resto del volumen lo componen algunos ensayos de circunstancias sobre Juan de Arona y la Peruanidad, Felipe Pardo, Manuel Atanasio Fuentes y Luis Benjamín Cisneros". Con respecto al libro de Augusto Tamayo Vargas escribe: "*Perú en trance de novela* es un compendioso ensayo sobre una curiosísima mujer que floreció en el Perú del siglo pasado: doña Mercedes Cabello de Carbonera". En seguida, Latcham informa algunos datos sobre la vida de esta mujer escritora, hace una rápida comparación con otra novelista, Clorinda Matto, autora de *Aves sin nido*, y reseña la novela más difundida de doña Mercedes: *El conspirador*. En cuanto al estudio de Tamayo Vargas, encuentra que falta en él "una mayor investigación sobre la novela naturalista tanto en sus orígenes como en sus expresiones americanas. También nos parecen pobres sus referencias comparativas con los demás países de este continente en que surgieron escritores parecidos a Mercedes Cabello". Advertimos la siguiente errata de impresión: "La primeta es *Sacrificio y recompensa*, publicada en Lima...". Debe decir: "La primera es *Sacrificio y recompensa*, publicada en Lima..."

65. "*La poesía chilena. Orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*, de Fernando Alegría. Fondo de Cultura Económica, México, 1954". *A.*, año XXXI, CXVIII, Nº 353-354, diciembre de 1954, p. 130-140. Los libros.

"Muy escasa se exhibe nuestra bibliografía crítica sobre la poesía chilena y su desarrollo. Es lamentable descubrir en ella repeticiones de juicios y prejuicios que ruedan desde Menéndez y Pelayo hasta Solar Correa". Reseña, a continuación, cada capítulo del ensayo publicado en México. "El análisis de Alegría comienza con *La Araucana* y concluye con Eduardo de la Barra, en el frontis del modernismo"... "Los dos primeros capítulos tienen un valor desigual; más compacto el de Ercilla, menos satisfactorio el de Oña, pero revelador de atisbos y orientaciones nuevas sobre su

poesía. Es discutible el punto de partida de Alegría y ha merecido reparos hasta en la ortodoxa crítica comunista de Juan de Luigi". Posteriormente, con motivo de Ercilla y de Oña, el investigador Latcham agrega útiles referencias, y demuestra conocer acuciosamente el poema *Purén Indómito* (véase p. 136). Frente al capítulo III, *Los repentistas y otra poesía de circunstancia*, enjuicia: "no ensancha la perspectiva existente sobre la modesta producción de ese tipo que hubo en Chile". Con motivo del capítulo V, *Orígenes del romanticismo chileno*, el comentarista acota: "A medida que Alegría penetra en los resultados positivos del movimiento literario de 1842, se va afinando su interpretación y realiza un inventario muy concreto de sus expresiones líricas". Más adelante agrega: "Comprendemos bien ciertas fallas documentales que surgen en el estudio de Alegría, por haber sido concebido y escrito en el extranjero". Por último, hacia el término de su extensa reseña, anota que el ensayista y crítico chileno "puede contarse, desde ahora, entre los intérpretes felices de una literatura que va siendo objeto, día a día, de exploraciones de largo aliento, como la suya".

66. "*El pensamiento de Lastarria*, por Luis Oyarzún (Editorial Jurídica de Chile, 1953)". *A.*, año xxxii, cxx, Nº 357, marzo de 1955, p. 437-449. Los libros.

Importante comentario y reseña acerca del ensayo de Luis Oyarzún sobre la personalidad e ideología de José Victorino Lastarria (1817-1888). "El ensayismo hispanoamericano se ha robustecido extraordinariamente en los últimos años. Nuestro país no ha constituido una excepción en el fenómeno intelectual revelado por su desarrollo. Sin embargo, son escasos los estudios consagrados a José Victorino Lastarria en su doble aspecto de hombre de letras y pensador liberal". Entrando en materia afirma Latcham: "Reúne Oyarzún diversas calidades raras: don de síntesis, claridad expresiva, energía dialéctica para razonar y una cultura amplia y bien digerida. No agota, a pesar de lo dicho, las fuentes críticas de Lastarria y se queda corto en el análisis de algunas de sus particularísimas maneras de mirar la realidad americana". Desglosando algunas expresiones del ensayista Oyarzún, escribe: "En nuestro país el campo especulativo, durante los siglos de la dominación española, se nutrió en la teología y la jurisprudencia, con mínima curiosidad por lo axiológico". "Lo mismo que los demás intelectuales de su época compartió el oficio de escritor con las más tremendas responsabilidades políticas" (p. 438). En cuanto a la formación de Lastarria, Latcham destaca un punto no ahondado por Oyarzún: "su absurdo neoclasicismo que le recortó las alas creadoras" (p. 439). En las páginas siguientes, Latcham va ordenando las preocupaciones de Lastarria, por sugestión del volumen que reseña: el mito del progreso; la convicción de la necesidad de emancipar mentalmente a los hispanoamericanos; su vago deísmo; su antiprovidencialismo; el experimentalismo que imperaba en su

tiempo; el descubrimiento del positivismo; la exagerada idea de la misión de la historia que tuvo en su juventud; la polémica sobre la historia entre Bello y Lastarria; el pensamiento moralista frente al liberalismo de su época: "Las ideas —creía— dan su esencia y su forma a las costumbres" (p. 445); las ideas políticas de Lastarria sobre Hispanoamérica; su optimismo frente a la realidad americana; ideas educacionales que sostuvo el pensador; falta de "calibración sistemática del impacto romántico en la sensibilidad de los contemporáneos de Lastarria", que exhibe el estudio de Oyarzún (p. 446); valor y permanencia ideológica e intimidad de Lastarria. Concluye Latham su artículo sobre *El pensamiento de Lastarria* de esta manera: "Es un libro que, en adelante, todos consultarán con provecho y airea adecuadamente el escenario filosófico en que se movió el más sistemático de nuestros intelectuales del siglo XIX" (p. 449).



Ricardo Latcham y su esposa, con los escritores uruguayos Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno, Francisco Espínola y Emir Rodríguez Monegal, en la Embajada de Chile (Montevideo)

HOMENAJE A UN VIVIENTE

Muchas veces he pensado en la muerte, porque de no hacerlo no habría sabido comprender muy bien por qué vivía. Sin embargo, esta es la primera vez que, en un homenaje, me refiero a una persona desaparecida, que fue y es un ilustre colega en las Letras, y además —y sobre todo— uno de mis amigos dilectos.

Acostumbro, en esta función natural de la vida, que es esta partida sin retorno, conservar el recuerdo, la experiencia, el afecto; pero en mis relaciones humanas aplico muy en serio esto de que no habrá retorno y que, por consiguiente, no hay más que hablar. Comprendo que ha de aparecer esta actitud mía como una posición inhumana; y es que, día a día, procuro ser más inhumano frente a las reacciones llamadas humanas, que me horrorizan un poco, aunque se las haya hecho sinónimas de Virtud.

No es otra la razón de que jamás haya aceptado tomar la palabra en cementerios, funerales ni conmemoraciones. Esta experiencia, pues, es nueva para mí, y me obliga a realizar cosas nuevas: a faltar al diti-rambo de rigor, y a seguir hablando del desaparecido, no como si él no fuera un simple recuerdo, sino como si estuviera presente y vivo.

Con Ricardo Latcham no me resulta una tarea difícil, porque Latcham pertenece a aquellos seres que no mueren; más aún, que no nacieron para asumir jamás la condición de difunto, de extinto, de desaparecido; otros tantos términos ridículos, convencionales, que nada significan y que nunca entenderemos. Porque la No-Vida no es cosa para que la entienda el Hombre. Menos, Latcham. Y si digo que en mi fuero interno yo me ocupo de la muerte, es porque tengo la virtud de ocuparme muy poco de los vivos. El, en cambio, vivía para todo lo que los demás hacían, escribían, realizaban. Con chispa deslumbrante de picardía, los recortaba del inmenso friso de la vida diaria, y con

sonrisa plena de humor sin maldad, los dibujaba de cuerpo entero y alma poco entera, a fin de aquilatar sus méritos, sus defectos, virtudes, excentricidades, y autenticidad. Comenzó haciéndolo conmigo, por allá en el París de un Fugita, de una Josephine Baker, de un Gide y una Mistinguette. El que habla era entonces un oscuro estudiante que, como dijo Ricardo con inmensa perspicacia: "Posee una inteligencia que no es otra cosa que su esfuerzo para justificar sus actos". Y en verdad, yo me merecía tal saeta, plena de humor galo o, quizás, británico. Ricardo me veía a veces cruzar por Montparnasse, vestido modestamente, con un foulard al cuello, y tocado con una "casquette" de bajos fondos. Los chilenos, reunidos en piño en torno de alguna mesa del Café Du Dômel parecían náufragos asidos a una balsa plena de chismes y de temor ante el proceloso mar extranjero que los rodeaba. Por temperamento y sangre, yo no usaba balsa alguna y sabía nadar ahí a mis anchas, mejor que en la laguna quieta del sentir criollo, que adivinaba plena de traidores bajos y de miasmas. Ricardo no necesitaba de la balsa ni de mi arte natatorio: él "caminaba sobre las aguas", como en el milagro de Tiberíades...

Y es que era una de esas almas ligeras, no en ligereza, sino en la livianura etérea que da la pureza de la bondad. El reía de todo el mundo —incluso de mí—, pero él no lo hacía con saña ni amargura. Lo hacía de pura euforia, de pura necesidad de expresar sus ideas y difundirlas, sin preocuparse mayormente de si se le escuchaba o no. El hablaba para sí mismo, sobre todo, como debe hablar el escritor de verdad. Porque, cuando escribimos, ¿no es acaso con nosotros mismos que estamos hablando? Quienes peroran para los demás, no son escritores; son demagogos, son políticos, son pequeños figurines que se perfuman de su propia voz y se miran en el espejuelo que les ofrece su auditorio. Latcham monologaba. Latcham, por consiguiente, pensaba. ¡Oh la gran virtud olvidada, sin la cual no se puede realizar cosa que valga, y menos la Crítica Literaria!

Y porque Latcham pensaba tuvo él que ser mi amigo. Comenzó sarandeándome, por ahí en 1930. "Este joven Subercaseaux que gusta de ponerle corset a las ideas". Aludía a un libro mío recién publicado, de índole psicológica, y, desde luego, en manera alguna literario sino científico. (Ya lo vemos, los extremos del tiempo se tocan: la muerte recuerda al nacimiento, y mi vocación científica inicial semeja a mi producción científica terminal...). Latcham no gustaba mucho de la ciencia ni de la precisión. Era hombre de Letras, ante todo. Yo era un antihumanista, un "inhumano", desde entonces. Esto, representaba pa-

ra Latcham "ponerle corset a las ideas". Le contesté no sé qué chuscada referente a las fajas, ya en uso, y a su experiencia arcaica de los corsets. Aquello le agradó, y sobre tan frívolos adminículos, establecimos desde entonces una sólida amistad.

Pasaron los años con aquel majadero empecinamiento que pone el tiempo en dilatarse, cuando estamos edificando los cimientos de lo que habremos de ser, y dejándonos tan poco espacio para poder realizar por fin lo que somos. Por eso hay ahí un largo interregno en que nuestras vidas caminaron cada una por su lado, si bien, viéndonos de tiempo en tiempo, para escucharle a él. El no necesitaba escucharme: me intuía y me leía. Pero entretanto, ni la ciencia, ni las ideas, ni los *corsets*, siguieron ocupando el lugar peyorativo que él les destinara otrora. Comprendió desde temprano (hay algunos que aun ni lo atisban) que la Literatura sería una pirueta frívola de bataclana vieja si ella no encerrara la inmensa preocupación profundamente seria por un mundo que recién se está abocando a conocer la tierra en que vive, y sus leyes, y toda la inmensidad del misterio humano. En otras palabras, feneció entretanto la historieta folklórica y el "buen decir" del libro "simplemente entretenido", como los gusta cierto crítico que no termina nunca de morir. Porque el morir es en cierta manera un mérito. Por eso yo no me ocupo de los muertos: ya no necesitan de mí... si es que lo necesitaron alguna vez. Latcham me necesitaba tanto como lo necesitaba yo. En el caso suyo, porque yo le procuraba una base objetiva a su inteligencia desbordante. En el caso mío, porque él era el ojo vidente de todo aquello no sometido a mensura; porque era la cultura literaria misma, sobre todo en literatura inglesa y latinoamericana; pero, principalmente, porque él era un hombre sincero, leal, veraz, pleno de buena intención hacia mí, lo que rara vez suelo encontrar. Con valentía esgrimió su pluma en *La Nación* para destacar mi *Tierra de Océano*, que se había sumergido en el habitual complot del silencio; con acritud defendió *Santa materia*, demasiado santa para los santos de mi tierra. En los corrillos, en las reuniones sociales, sin que lo supiera yo, estaba Latcham adoctrinando a los "cegatones propios y extraños" —como dijera Gabriela Mistral en el Prólogo de mi *Loca Geografía*—, para que no botaran al canasto de papeles al hombre que, a lo mejor, podría un día —quizá— desempeñar algún papel. Esto no sabría olvidarlo jamás. Fue esa actitud noble, desinteresada, del gentleman inglés que llevaba en su sangre, la que más me emocionó y la que me ha hecho salir de mi mutismo habitual para venir a hablar en estas ceremonias, de las que no aficiono. Latcham era el polo opuesto de mi formación intelectual. El pudo haber sentido una violenta

antipatía por el que habla. Pero a semejanza de la posición nobilísima que siempre le observé, cuando a su señor padre se refería; aquel insigne hombre de ciencia, y antropólogo como el que habla; así también, cuanto a mí concernía, sin tener yo los méritos del sabio Latcham, ni pretender aquí a una importancia que no tengo, o que sólo tengo por desnivelación con un ambiente, Ricardo mantuvo durante toda una vida de amistad, la confianza unida a un tácito respeto por esta "causa perdida" que era este escritor.

Aquello no lo olvidaré jamás.

Latcham representó el espíritu europeo en nuestro ambiente intelectual. El más criollo de los europeos, y el más europeo de los criollos. Representó la agudeza humorística, cimentada en la verdadera seriedad, que es la de comprender a fondo; y, por haber comprendido, reír. Latcham era una personalidad vibrante, en un medio donde las personalidades suelen estar ausentes, no porque la inteligencia falte, sino porque no sobra el valor y, sobre todo, aquel valor de pagar tan caro aquella liberación de los intereses, las conveniencias, las falsas modestias, el gregarismo, que impiden a los más enfrentar tamaños sacrificios, y que por no realizarlos no logran ascender al majestuoso sitio de la personalidad. Además, Latcham fue un estudioso de verdad, en un ambiente donde las gentes gustan cosechar sin haber sembrado. Su larga carrera universitaria lo demostró con creces.

Sí, Ricardo Latcham fue todo eso. Y para mí, un amigo. Por eso sentiría un pudor tremendo si hiciera su elogio como se lo hace a los difuntos. Lo que estoy diciendo, te lo digo a ti, Ricardo, que no has muerto ni podrías morir jamás.

RICARDO LATCHAM: IMAGEN
DE UNA REBELDIA

DENTRO de un concepto pagano, renacentista o, mejor, simplemente actual, moderno, por no encontrar otra palabra más adecuada, quizás el que mejor cumpla con la vida, sea aquél que mejor la gaste, quien mejor la sostenga en el más alto fuego de la sangre y del espíritu, imponiéndola, a la vez, con la misma fuerza del incendio o del relámpago sobre todas las acciones que configuren o rodeen la existencia. Una vida así, por supuesto, no termina nunca con la desaparición física. Por un tiempo, que seremos discretos en llamar indefinido, quedan aún en movimiento, vibrantes, las circunstancias, las cosas, los recuerdos, las vidas, el ámbito entero por donde discurrió un ser de tal calidad. Además, una vida así es por esencia rebelde, es un reto permanente y audaz contra cualquier mutilación, y, sobre todo, contra el miedo y la tristeza.

Sin duda, es inapreciable el valor de esos seres que hacen de la vida un constante desafío, que andan por el mundo quebrando vidrios, pisando fuerte en las academias, derribando sombreros y anteojos, estremeciendo el aire de las bibliotecas, salas de clases, hemiciclos parlamentarios, círculos de la vieja tradición familiar, reuniones de estáticos y precavidos diplomáticos. Uno de esos magníficos ciclones, omnipresentes y ubicuos, que aún aquí, entre nosotros, proclama la risa y la sana rebeldía, es nuestro querido Ricardo Latcham, que no queremos que de ninguna manera descanse en paz, sino que su aire regocijante y fáustico, siga estremeciendo nuestro país, nuestras instituciones, el espíritu de nuestras letras y de nuestros escritores; esto es necesario para sentirnos vivos, y para que en esta labor relevemos, un poco cada uno, su estupenda tarea de asesino de la muerte, la circunspección, el compromiso.

No queremos con esta semblanza herir susceptibilidades. Pero no

importa; en el fondo tendríamos que herir un poco a todo Chile, pues este rebelde, este tábano como diría Gabriela Mistral, fue de las pocas semillas que en nuestro país se impuso con la terquedad del cardo sobre nuestro paisaje demasiado pastoril, demasiado asordinado, cubierto aún por las nubes de los dulces mitos de la "conciencia cívica" y la "tradición democrática".

Recuerdo que cuando ingresamos al Pedagógico de la Universidad de Chile, durante los primeros meses, o tal vez un año, no nos sucedió nada extraordinario, salvo el encuentro con la gramática y la lingüística, las que logramos entender y hasta amar maridándolas con abundantes dosis de áspero tinto y agresivo aguardiente, que bebíamos en círculo de amigos mientras preparábamos las interrogaciones. Salvo dos o tres borracheras, y unos cuantos cambios de golpes en los bares de la Estación Central en defensa de la dignidad de la poesía y de algunos poetas, nada insólito nos ocurrió.

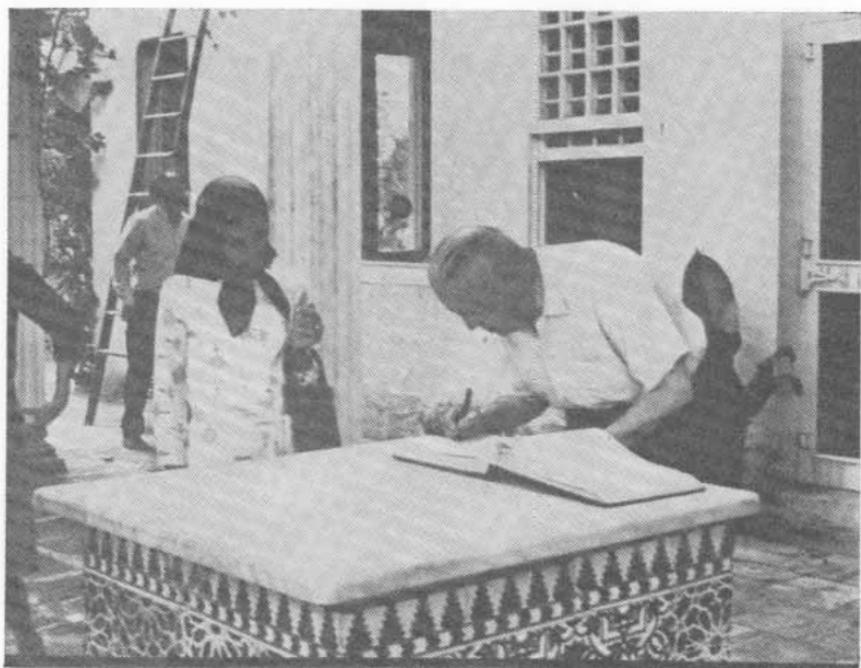
Pero no fue así al año siguiente. En cierto mes de mayo, apareció un señor recién llegado de España, alto, de contextura recia, vestido con extraordinario buen gusto, que movía una cabeza cana y distinguida, en tanto desplazaba sus brazos de un lado a otro, en trazos cortos y enérgicos y como fulminando algo o a alguien que, de haber alcanzado, sus manos habrían calcinado de inmediato. De su boca salían maravillosas anécdotas, giros y retratos de un humor inigualable, chistes que ruborizaban a las damas, nombres de escritores de Europa, de Norteamérica; novelistas geniales y dipsómanos, maníacos de cualquier cosa, misóginos y casados con siete mujeres, los que desplazaban en gracia y talento, por supuesto, a políticos y consagrados investigadores. Simplemente nos encandiló esta figura que se llamaba don Ricardo Latcham, que llegaba al Pedagógico abriendo las ventanas, descorriendo cortinas, insuflando en la atmósfera una atracción ineludible. Encarnó de inmediato para nosotros la imagen alegre, impulsiva, de prodigiosa capacidad dialéctica que zumbaba como aspiración máxima en nuestro interior, y en la cual queríamos trasegar, cuanto antes, el dulce veneno de la locura, de la inteligencia, de la iconoclastía, elementos que desde entonces lo vimos propagar, ininterrumpidamente, para bien y lección de muchos, y para estupor de otros.

Suelen decir algunos opiómanos de la literatura, iniciados de la estética y las estructuras, de los misterios de la obra de arte en sí, que don Ricardo no era sistemático, que no seguía un orden riguroso en la exposición de sus clases, que saltaba de una materia a otra. Bendecimos a este abalorio de la erudición y del ingenio, poseedor de los mil datos inapreciables, únicos, incitantes que como gran andariego

del mundo había recogido en su propia escudilla por los distintos rincones de esta amplia, tenebrosa, asistemática, mágica, violenta y diabólica América. Sus clases fueron siempre una suerte de delirio al borde del más absoluto misterio, en trance siempre de ver surgir en cualquier momento la cabeza cercenada de un tiranuelo, un abate huyendo a medio vestir de una alcoba, un escritor perseguido por alguna anciana erótica (para escándalo de nuestras compañeras demasiado místicas), una cabeza de serpiente entre los pies de los bailarines de "Macumbas" en Brasil, el grito desamparado, silencioso y solitario de los mil explotados del mar, la cordillera y la selva. ¿Es posible mejor lección, modo más seductor de despertar el amor por las letras, o el fuego de la creación en un joven, pregunto yo?...

Hay tiempo siempre, hay años y lugares de silencio para rezarle a las divinidades de la metafísica, de la abstracción y la sabiduría científicas. Reconocemos la necesidad, la indispensable necesidad de estas liturgias y estas prácticas, si no queremos seguir siendo un escritor-zuelo más, si no queremos permanecer para siempre en la siesta criolla. Y la lección anterior también la daba don Ricardo. Unía a su pasión de buscador de las mejores raíces de nuestro pasado, el conocimiento de los mejores humanistas, de los sabios doctores, imprescindibles, de la vieja Europa, de los mejores juglares de la forma y de la técnica, a los que daba a conocer con el mismo fervor que a nuestros dioses americanos.

Desearía terminar este homenaje diciendo que no he querido hablar de reminiscencias, de recuerdos o de nostalgias, ni siquiera he querido hablar de un ausente, sino rescatar otro poco de la rebeldía, de la sabiduría, del genial desacato que don Ricardo espolvoreó por este país y por el mundo, y que ojalá siga soplando como un permanente vendaval sobre nuestras cabezas y nuestros corazones.



Ricardo Latcham firma el libro de visitantes del Museo Hemingway, en Cuba (San Francisco de Paula, Finca *Vigia*), el 22 de enero de 1965, tres días antes de su fallecimiento. Al fondo se ve al poeta norteamericano Allen Ginsberg

BREVE ANTOLOGIA DE
RICARDO LATCHAM

LA SOMBRA DEL ABUELO

ABUELO TOMAS se asocia en mis recuerdos a cierto despertar consciente. Antes de él hay un limbo de vagos fantasmas, una sucesión de imágenes que repentinamente se ciñen de realidad para ofrendar sensaciones opacas, borrosas, de algo sideral, como de una anterior existencia teosófica.

Abuelo Tomás está ligado a una casa antigua, polvorosa, a unos muebles grandes como catafalcos, a un vetusto sillón destartado que hacía marco a su tosca estampa de marino inglés. Recuerdo también un patio interior donde dominaba un gran naranjo que se vestía de gala, embalsamando el patio como una novia frutal. Allí estaba la pieza vieja y sombría cual la bóveda de un barco. Abuelo Tomás prendía siempre una estufa. Yo no sé por qué semejaba un anticipo del infierno para los dos o tres chicos de la mansión. Como un viejo pirata cansado de peregrinar por el lomo del mar y con el alma tatuada de paisajes, el abuelo declinaba en ese historiado mueble, último barco en que acunó su fantasía sajona.

En el mobiliario vecino se apilaban las revistas, las ropas, las cachimbas, las menudencias infinitas que secundaron su senectud rabiosa y entristecida.

Siempre flotó por la casa la sombra tenaz del abuelo. Le dio un color especial a todas las cosas. Se fue infiltrando por los caracteres de los dos tíos: rojo y negro, como corsario, el tío Frank; rojo y blanco, con descolorada e inexpresiva cara de limón, el tío Fred.

La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana.

De un patio a otro descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de un rostro blanco y lechoso que no mancilló el cosmético, ni aun el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento.

Algo empero los unía: la religión puritana.

Para mí, educado en el catolicismo suntuoso y ritual por la austerísima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón.

El Dios de ellos era más duro, más victorioso que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil canciones místicas y amorosas con que lo honraban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dio vuelcos al corazón, ni jamás tuvo virtudes, ni surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas.

Abuelo Tomás se extinguía sin soltar el timón del mando. Dormitando suavemente sobre las quimeras, siempre recordaba la pompa marina de sus días moceriles. Por eso, cuando nos miraba desde la tumba de sus ojos, duros y claros ojos de acero, se nos figuraba el "Señor Capitán" y nos corría por las venas una humilde sumisión de grumetes.

Su voz era voz de mando, de amo. Accionaba siempre con su pipa, cuya humosa bruma nos hacía pensar en la lejana Inglaterra de la familia, en las colinas verdes, levemente onduladas, de Bristol; en una gran casa con losas en los corredores y arcadas de ensueño, con duendes y fantasmas y todo un silencioso cortejo evocador. Digámoslo quedamente para que abuelo Tomás no vuelva. Nunca le tuvimos simpatía mientras vivió. Desde las cuencas torvas de su mirar salía algo que nos era antipático.

Sus mismas cejas espinosas y erguidas como dos pequeñas escobillas nos hacían temblar. Santa Claus redivivo, eso era el abuelo. Y por grande que fuese la estimación al santo de los juguetes y de las medias colmadas, algo de espanto nos ponía en el corazón.

Sin embargo, no todo era hostil en el anciano obstinado, que se sumía cada vez más en sus fumarolas de tabaco rubio y descortezaba palos para entretenerse. En varias ocasiones nos obsequió navíos que carpintereaba por su propia mano, dura en el mando otrora y dúctil en cepillar y pulir las maderas en sus ocios de senectud.

Nos llamaba con voces agrias, en que después vi exageraciones de un hombre que deseaba poner disciplina en una casa de neurasténicos. Yo nunca pude soportar el inglés, pero abuelo Tomás me lo gritaba por todas partes, vaciando materialmente las exclamaciones sajonas en mi tierna cabeza de ocho años. El diluvio vino cuando me regaló una hermosa Biblia protestante, una de esas Biblias lustrosas, con olor a cola, que dan los pastores, y donde el fanatismo mutiló páginas, suprimió notas y castró un libro santo. Yo lo guardé como algo raro. Me servía para deletrear el abecé del idioma británico; pero tenía un no sé qué de funerario, que colocaba algo recelante en la vuelta acelerada de sus hojas con filamentos dorados.

Tía Mercedes me la halló un día en el cajón de los juguetes, al lado de una espada, cuya empuñadura de bronce tenía esculpida la figura marcial del Káiser, y de unas papayas confitadas que se fugaron de la despensa. Todo el catolicismo hervoroso de tía Mercedes se desencadenó sobre ese libro armatoste, cuyos folios fueron más tarde rosas de fuego en el fogón de la cocina.

—¿No te dije siempre que no recibieras nada de ese hereje? ¿No te he dicho toda la vida que cae la excomunión sobre el que lee esos librotos indecentes?

Y tía Mercedes, como heraldo flamígero del Señor de los Ejércitos, proce-

dió a ejecutar la rápida quemazón del infolio, tras el auto de fe que me privó por tres días de dulces y recaudos extraordinarios.

Cuando retornaba a la casona sombría del abuelo, después de las largas vacaciones nortinas, encontraba más obstinado el cerco de aislamiento del antiguo marino. En el primer patio, la abuela se deshacía como una candela aromática. Tenía cada vez un tono más pulcro, algo de santa que realizaba la palidez cerosa de su rostro de virgen sajona. Su puritanismo era más ponderado; por sus venas corrían efluvios más occidentales. Abuelo Tomás, en cambio, era más nórdico; pareció salir de una caverna o fiordo de las islas escandinavas. Sus orejas grandes, su pelaje bizarro, las propias canciones con dejos piráticos que cantaba; sus manos de vencedor; sus ojos impenetrables y con fijezas de obstinado; toda la recia armadura que soportaba sus últimos años, decían otra cosa distinta, sin realces de cordialidad. La sombra del abuelo quedó para siempre grabada en mí. No se fue con su desaparición material. Quedó flotando en la casa vetusta, se paseó por los patios húmedos; se sentaba desdoblado en el sillón destartalado. Me pareció sentir muchas veces que me tocaba con el contacto impalpable, pero certero, de una fuerza de ultratumba. Tal vez fue lo que me dio un carácter especial: sombrío, hurraño, desconfiado y taciturno.

Sí, fue la sombra del abuelo la que me metió vejez en los huesos y a los diez años me hacía meditar como un cura y ponerme unos trajes negros de sepulturero. Todavía la siento flotar. Se pasea, se mueve de una parte a otra, hace espirales.

A veces, en las noches, parece burlarse de mí. Se trepa al viejo naranjo, le sacude las hojas y, cuando está de humor, se mete en los venerables infolios de Walter Scott, Dickens y George Eliot. Los deja abiertos al azar, sacude las pipas, sonoras como ataúdes nuevos, y hasta tiene humorismos extraños: se cuela por todas partes, como un mensaje de ultratumba.

Abuelo Tomás acabó por morir un día. Se fue sin darle aviso a nadie, como acelerando su voluntad obstinada. Lo hallaron tumbado, a la vera de su trono predilecto, junto a una mesa con una cachimba vacía y un novelón a medio leer. Los indicios de la muerte no se extremaron sobre su rostro duro de lobo de mar. Apenas las arrugas se hicieron más agudas, como surcos de una siembra última. Los pelos hispídos se acentuaron; parecían ahora unos alfileres que sobresaliesen de las cejas espesísimas.

Lo vistieron de negro, poniéndolo en la capilla ardiente. Así lo contemplé por vez postrera. Ese su rostro bronceado estaba ahora madurecido de silencio. Era el definitivo y sin apelación. Sus manos duras descansaban con suavidad. El timón invisible de sus rumbos yacía quebrado para siempre. Por vez primera sentí afecto hacia este viejo rudo y raro que nos metía el miedo por el cuerpo.

Adentro rezaba un pastor largo y espigado como un espárrago. Salían unos acordes singulares, protestantes, que me echaban pavor en el ánimo:

*The Lord be with you, and with the spirit,
The Lord be with you, and with the spirit.*

Y así continuaba esta cavernosa letanía sepulcral.

Un terror inusitado, extraño, me empujó, acongojándome, hacia el patio luminoso, abierto a la vida, y por cuyo jardín danzaba la alegría.

Mientras sacaban el negro féretro, derramé las últimas lágrimas por el abuelo. Las primeras fueron de terror. La letanía continuaba sacra y monócorde. El ataúd se perdía más allá de la gran puerta, seguido de un cortejo enlutado y solemne.

En el patio se coló una torreja gozosa de sol por entre las ramas del gran naranjo. Adentro, en el salón, se hacía más sutil la finura espectral de la abuela sollozante. Abuelo Tomás se había marchado para siempre por la gran puerta, que rara vez cruzó en sus últimos años, pero su sombra recia nos siguió acompañando por mucho tiempo.

(Atenea, Concepción (Chile), año vi, Nº 57, septiembre de 1929, p. 130-135).

PSICOLOGIA DEL CABALLERO CHILENO

LA ARISTOCRACIA chilena se ha distinguido por su unidad y por su específico sentido político y social. Compuesta por elementos vascos y, más tarde, enriquecida con aportes británicos y franceses, constituyó en Hispanoamérica un grupo original por su organización y cultura. Se caracteriza por un espíritu calculador y positivo; por la orientación europeizante de sus lecturas y por una permanente imitación de modelos sajones en sus trajes y reuniones sociales. El chileno de la clase alta come mucho mejor que el español. Hemos visto a nobles y a generales peninsulares pedir palillos, a gritos, en el Círculo Ecuéstre del Liceo de Barcelona. Primo de Rivera hablaba como un chulo de arrabal madrileño. Aún se recuerdan aquí las excentricidades gastronómicas del Marqués de Dos Fuentes, que comía como cualquier acompañante de Genghis Kan en la estepa del Gobi.

Los chilenos aprendieron a sentarse y a comportarse socialmente por obra y gracia de ese pequeño mundo británico de Valparaíso. El colegio Mackay fabricó pésimos ciudadanos chilenos, pero contribuyó a formar en esta tierra austral un tipo de "gentleman" acriollado, con afición al deporte y amor a los perros finos.

No puede afirmarse que Chile carezca de una aristocracia. El defecto que ésta tiene es su equivocación cultural; su desorientación con respecto a los problemas nacionales y de América; su atraso con relación a las grandes cuestiones contemporáneas.

Así como hace años las señoras "bien" alababan a Guido da Verona, y se daban conferencias acaracoladas sobre Emerson en el Club de Señoras, los varones sesudos y graves, como don José María Cifuentes, proponían solucionar los problemas sociales con citas de Taine. El año 1903 hubo un curioso debate en el Senado de Chile sobre la instrucción primaria obligatoria. La plana mayor del conservantismo impugnó ese proyecto de ley en nombre del Derecho Natural. Era un tiempo en que el Padre Taparelli hacía furor. Todos los caballeros, con haciendas en Graneros o Colchagua, citaban los *Orígenes de la Francia contemporánea* y gargarizaban nombres extranjeros con el objeto de atajar la "ola inundadora" del radicalismo.

Los conservadores chilenos poseían un espíritu de cuerpo muy encomiable. Cuando un cabecilla, como don Ventura Blanco Viel o don Abdón Cifuentes, daba la voz de alarma, todo el gremio de los ilustrados se apercebía al asalto de las trincheras liberales en medio de disciplinada formación. Llovían citas y textos. Se prefería casi siempre a escritores franceses de segundo o tercer orden, como Laboulaye, Thiers o Tocqueville. Un día, don Pedro N. Cruz descubrió a Macaulay, que citaron desaforados muchos defensores del catolicismo. Se hacían conmovedoras declaraciones de su página sobre el Pontificado con la manoseada imagen del Puente de Londres.

Esta gente, lo mismo que la otra, que formaba en la tibia izquierda liberal, se ocupaba preferentemente de las cosas de Francia. Raro fue el escritor o ideólogo que miró hacia esta cruda realidad americana con su mestizaje y sus mil problemas candentes.

Tal distanciamiento entre la mente aristocrática y el ambiente chileno, provocó una reacción de las clases populares hacia los partidos democráticos. Nos decía el famoso Obispo don Miguel León Prado que en su época los Obreros de San José contaban con miles de adherentes. En Molina hubo un retiro que tuvo ochocientos asistentes, que después desfilaron con cirios encendidos, cantando el "Perdón, ¡oh! Dios mío...".

Esas masas, escépticas y desengañadas, comenzaron a incrementar las filas del rollizo Partido Demócrata y del naciente socialismo que elevaba mesiánicamente a la figura de Luis Recabarren.

Se producía, con toda evidencia, un divorcio entre el partido conservador y el pueblo. Unos pocos hombres, bien orientados, comprendían el problema y clamaban en el desierto. El único político conservador de fuste, don Juan Agustín Barriga, no era oído por la plutocracia agrícola y bancaria que componía el grueso de la milicia derechista. Recordamos hoy estas cosas con el fin de marcar un fenómeno general en la vida ideológica de la clase alta. Su cultura quedaba rezagada con respecto a muchos problemas vitales, que tampoco resolvió la democracia de 1920.

Muchos caballeros ilustrados pasaban a integrar bufetes donde se defendían los intereses de compañías extranjeras. Varios primates conservadores eran los técnicos legales de Guggenheim y, más tarde, de la Anaconda Company.

Crecía el divorcio entre la realidad nacional y la mente de las clases altas. Casi todos los grandes señores chilenos han cultivado o la historia o la economía política o las profusas cuestiones internacionales. Así hemos visto parado-

jas deliciosas: Don Ricardo Salas Edwards, fabricante del selecto vino Zavala, escribe un libro sobre Balmaceda y su conflicto con el Congreso; don Darío Urzúa, munícipe de barrio, llega a presidir una academia de ciencias económicas; y don Ernesto Barros Jarpa, león de la moda, que crea un tipo de vestimenta masculina (la tenida Barros Jarpa), se encarga de afrontar la solución del viejo litigio del Pacífico.

Mientras tanto, aparece en Chile una clase media estudiosa, compuesta de profesores universitarios y secundarios, de escritores, periodistas y abogados, que poco o nada influye en los rumbos de la patria. Esta clase media vive un poco al margen de la política; pero a su lado surgen legiones más audaces, del mismo estrato social, que avanzan resueltas a la conquista del poder.

La aristocracia no reacciona, por esto. Su tipo de cultura no se renueva. La soberanía del país, en tanto, padece menoscabos y los gestores yanquis desfilan impunes por los ministerios y antesalas donde se recaban influencias.

Cuando se escriba la historia política de los últimos treinta años, causará sorpresa analizar el tipo medio de la intelectualidad chilena de la aristocracia.

En su seno pontifican escritores, que coleccionan antigüedades, usan orquídeas y creen cultivar una tradición nacionalista, exaltando tipos fantásticos de huasos fieles y gallardos, como el Juan Neira de Joaquín Díaz Garcés. La Academia de la Lengua ofrece un cómodo refugio a las exaltaciones literarias de estos hombres.

Nunca de este recinto acotado y solemne sale una voz que se identifique con un gran asunto nacional, con un problema vivo de América. La ideología nuclear del pensamiento chileno se nutre en París y su faro intelectual lo constituye la *Revista de Ambos Mundos*, que aún leen casi todos los socios del Club de la Unión.

Vive también en Chile un caso único de escritor: el poeta inspirado.

El poeta "inspirado" no solicita nada a la naturaleza, al paisaje, al campo, a los sentimientos sociales. Le basta simplemente con pulsar el plectro, y los asuntos acuden galopando a su fértil ingenio. Tiene que aparecer un hombre hosco, mezcla de roto fatalista y de juglar travieso, para que nazca la poesía en Chile. Es un "siútico": Carlos Pezoa Véliz.

Esta palabra, que se cultiva entre champaña Roederer, cigarros puros Hoyo de Monterrey, langostas y caviar, marca un derrotero de la mentalidad chilena.

Se ha escrito, hablado y polemizado infinitamente sobre tal asunto. Hace poco tiempo un joven que padece de la enfermedad criolla del "genealogismo", un señor Larraín, se refirió en forma despectiva a unas niñas muy distinguidas. Las "asiuticó", en una palabra. Esto ocurrió con motivo de la publicación de un libro, también "siútico", de don Augusto Millán Iriarte. Un descuido de Omer Emeth hizo que se publicara una carta del señor Larraín, donde se estampaba el nefario terminacho. Todo Santiago vivió por una semana en un tumulto de escándalo y desagravio. El autor de estas líneas redactó un editorial de protesta en el difunto Diario Ilustrado. Fue el disloque...

Todo ello se deriva de un desahogo verbalista de José Victorino Lastarria, creador del vocablo y quien, en su época, era mirado en menos por la aristo-

cracia pelucona, que le enrostró su nacimiento. Era un precursor de los "siúti-cos" de hoy para la aristocracia de los Tocornales, de los García Reyes y de los Irrarrázaval.

Hemos divagado un poco; pero sin estas cosas no se comprenderá bien el ambiente donde, como peces gordezuelos, viven los caballeros chilenos.

En las viejas casonas criollas abundan los estantes con obras de Courcelle Seneuil, de Leroy Beulieu, de César Cantú, revueltos con tratados de lechería, veterinaria, derecho internacional y hacienda pública. Añorando esos textos y esos tiempos aún viven muchas gentes. Parece que innúmeras cosas no se hubieran renovado en el mundo. La música de Verdi, las zarzuelas españolas, las diligencias y los carros de sangre se revuelven confusamente en mi cerebro cuando evoco estos asuntos.

El caballero chileno, algo vizcaíno de mollera, sigue viviendo una ficticia existencia en lo relacionado con la cultura.

Así vemos a don José Miguel Echeñique publicar un curioso libro acerca de Los Demoledores, en que vindica a grito herido a Felipe II. Así vimos a don Ladislao Errázuriz propugnar en su discurso programa de una precaria candidatura presidencial, el cultivo intensivo de los deportes como medio de aminorar la gravedad de la cuestión social.

Así vemos el interés con que cierto público sigue las conferencias del Club de Señoras, donde se diserta copiosamente sobre la más peregrina variedad temática, desde las mujeres a través de la historia y de las latitudes, por don Alfonso Cahan, hasta las actuales variantes de la exégesis, tema que abruma a Julio Talanto.

El estrato cultural de nuestra clase alta, donde pontifica el clásico caballero chileno: socarrón, intencionado, lento y dormido de imaginación, es un tema que invita a meditar.

Si en verdad nuestra aristocracia tuvo una extraña unidad política y una moral elevada casi siempre, su error fundamental es haberse separado de los temas vitales de Chile y del sentido americano. La alta cultura universitaria, la ilustración del clero, el ambiente de ambas universidades ha sido una continuada glosa de Europa. No hay, entre nosotros, libros creadores u orientadores. Los historiadores recopilan y amontonan hechos y documentos; los arquitectos imitan las recientes innovaciones de Le Corbussier y tienen una tipificación churrigueresca máxima en don Luciano Kulczewski; los médicos se apegan al presupuesto y descubren una novísima orientación parasitaria.

Todo está por hacerse en el sentido cultural.

De esto hallamos muy responsable a la clase alta. Su falta de imaginación y su evidente momificación espiritual han tenido mucha culpa en ello. Fue una clase muy fina y culta en las relaciones sociales. Tuvo mucho tiempo y medios para cultivarse, pero no entendió o no quiso entender a su tierra. Esto la divorció, de un modo sensible, con otros elementos nacionales. Su espléndido aislamiento actual, produce bellos ejemplares humanos: mujeres lindísimas y

elegantes, que visten donde Lanvin o Paquin y correctísimos varones que encargan sobretodos y camisas a Pool y Sulny. Pero, al lado de esto, su orientación o, para ser más exacto, desorientación espiritual, es inmensa.

Mente, cerebros y corazones viven en permanente nostalgia de París o Londres.

(Revista *Índice*, Santiago de Chile, año 1, N° 4, julio de 1930, p. 1 y 5).

MEDITACION DEL AJI

NO SE comprenderá la complejidad psicológica del Perú sin adentrarse primero en algo que capta la fisgonería de ciertos entendidos en sus misterios ancestrales. El estiramiento pulido de Lima, la cortesanía trujillana, el amplio contorno señorial de Arequipa, la caballerosidad serrana de Huánuco, el aliento de eternidad de Cajamarca, se disuelven, un poco, en la cuarta dimensión de la chichería. Esta es el templo de las expansiones populares; de la socarrona vena que brotó con la primera copla de la Conquista, del multiforme despertar del mulato, con atuendo de colorines, o del obsequioso acercamiento de las clases sociales en un ritual sin fronteras. La chichería se edificó en el clima del ají, sin el cual no se concibe, como no se explica el alargado palique sin el estímulo llameante de la clásica bebida. El ají extiende su aroma desde los días incaicos, y es la salsa de una cultura neolítica. El cronista Padre Cobo cuenta que en el Tahuantinsuyu se cultivaban más de cuarenta variedades, desde el *rokoto* o *rocot uchu*, el ají grueso, prolongado y sin punta, hasta el pequeño, llamado *chile* o *chili*. A diario evocamos los tiempos prehistóricos en la alimentación variada de la Sierra, Costa y Montaña, por la uniformidad ardiente que pone esta síntesis del alma mestiza del Perú. Sin la picantería no asimilamos a Lima ni a Arequipa. Las diferencias se rompen dentro de la mollicie blanda de tales areópagos del ingenio criollo. Los nervios se harían trizas, los sentidos se pulverizarían sin el escape libre de las picanterías de Malambo, cuyo prestigio brota del siglo XIX, al calor sabroso de las muy típicas del Cercado.

El ají obra los milagros comprensivos y humanos, juntando a hombres que afuera no se saludan, a caracteres desiguales, a barrigudos burgueses con los cholos miserables; a los caballereses blasonados, descendientes de inquisidores, capitanes y letrados y a los famélicos indios, arrancados de la sierra y que *chacantan* la coca adelgazadora. La cultura del ají ha permitido superar a los alimentos complicados de especiería asiática, a los camarones aliñados de los "chifas", a los tamales de chancho para ayudar a bien morir, a las mazamoras concebidas en el alero del Señor de los Milagros. Se densifica su ritual en el *huacatay* verdinegro de incitador colorido y concentrado en la especie mirasol. La chichería no es cosa de tomarla en broma, muy al soslayo, con una desviada mirada de turista. Ella se adentra en nosotros, nos acaricia con su bordado de conversaciones lentas, se despliega en innumerables ovillos de charla afiligranada. La chichería es un templo sustentado con el óbolo criollo, calada

de tradición, pulida por los contertulios, compacta y honda, como es la médula del Tahuantinsuyu. Lo mestizo se desborda en sus oscuros rincones arequipenos o en las versiones de Malambo, donde vive el compadre de la riñonada a prueba de tajos y desgarros. El opio del clima enervante, el malcito insondable de la costa feminizada, donde moraron los mochicas, la carcoma de este aire húmedo, que labora la "carcancha", no tendrían otra salida que el refugio de la chichería. No es sólo el gallito de barrio, de paladar probado, el catador castizo, que tiene la lengua dúctil del doctor que distingue las variantes: la chicha de Malambo, pendenciera e hijera, según el dicho popular; las de Trujillo o de Guañape, llamadas chichas de "pata de toro"; el claro piurano, que se sirve en el tinajón de barro que llaman *cojudito*; o la Yanahuara, vertida en las *chombas* o botijas de cuello estrechísimo. La profundidad compleja del alma peruana se rumia en la chichería, cuyos amaneceres turbios desgarran el cuchillo, alegra la pendencia, mientras se hace hondo el yaraví de Melgar. Todas tienen su rito, su masonería estilizada, su zalema de matices, donde la cortesía señorial busca la hermandad con la finura del blancoide. Primero es el saludo, con el "bebe", iniciación lenta que predispone el paladar para la salpimentación suprema. Un introito de hombres, acostumbrados a la graduación sinfónica. Después, al trasluz, se prueba el claro licor indígena, en grandes vasos de vidrio. Pero no hay primera sin segunda, como no hay ceremonia de chichería sin los condumios barrocos de una cocina en que se funden variadas razas y religiones. El camarón, que el chino transforma en la salsa de tamarrindo, con un saborcillo de siglos. El mote terrígeno, que ofrece su oro limpio en pequeños montículos. La humita dulzarrona, con un vago olor de las fiestas incásicas de la Pascua del Sol. Los tamales, que se confunden con los chicharrones, encarrujados. Y todo esto, como dice el peruano, provoca. "Quítele usted el veneno", dice uno a la que ofrece, como en un duelo medieval de cortesía. La chola, dueña de la picantería, da unos sorbos glotonos y entonces se perdió el maleficio. Un gusano roedor abre las espitas a los nuevos tragos. Y sigue la ronda, en torno a las mesas, junto a los *rokotos*, a los *chiles*, a la salsa de ají mirasol, o en otros sitios, a los *serviches agresivos*. El cliente dice: "Le pago y lo comprometo", o bien, "Hasta los portales", que es una indicación, según Miró Quesada, de que hay que beber para que la chicha llegue a los biseles que empiezan en el centro de los agotadores vasos. El tiempo transcurre en este curioso embrujo y el calor de la bebida acerca a los hombres en un acogedor clima de cordura. Las chicherías oyen secretos de alcoba, refrendaciones de negocios, saudadosos brindis de amor, congojas supremas de alcohólicos tímidos. El humo ennegrece las paredes, las salsas manchan las mesas y el picor alcohólico desata las lenguas de los compadres.

Nadie tendrá una sensación entrañada del Perú, sin asomarse en las academias de las chicherías, donde los hombres se doctoran en el ají. Tierno recuerdo de Malambo, al otro lado del Puente de Lima. Suave regusto de Moche y de Huanchaco, en el norte mochica, que conoció los refinamientos sutiles y las variantes de la libido. Permanencia de Arequipa, con los yaravíes románticos de Melgar y la sugestión caliginosa de Yanahuara. Atracción de la costa zamba con los *chalcacos* del Callao y sus chicherías florecidas de mariscos prodigiosos:

los pulpos, los calamares, los erizos, los chilcanos, los caldos de choro con sabor a gloria marina. Melancolía de Piura, la tierra brava, donde los claros encienden al mestizaje procreador y se consumen los *secos* de cabrito. Donosura estival de Chiclayo, con su Conga famosa, sus palmeras africanas y sus rincones arropados de misterio, por callejas tétricas, en que se agazapan las chicherías que compensan del clima de infierno. Los guisos se adoban con el ají seco, que se deja madurar en la mata y se usa molido y aderezado con aceite de comer, después de colocarse en platos o mates de escandaloso nombre. El color de esta salsa picante ha dado el calificativo a los gallos ajisecos por su plumaje morado o rojizo.

Y a este respecto conviene recordar el multiforme decorado de los clásicos ajíes. El *rocot uchuc* de los Incas era, según Garcilaso, una especie de pimiento grueso. Había un engañoso ají dulce. Hubo otros amarillos y morados, de menor picor. El más ardiente, esencia de incendiario desgarrar, se designaba con el nombre de *Chinchi uchu*. Fue muy estimado por los Incas uno de delgadez semejante a la *del dedo meñique*. Era tenido por "más hidalgo", y se usaba en la Casa Real y entre la parentela de los Hijos del Sol. Uno muy bravo se llamaba *caribe*, porque picaba y mordía reciamente. Tuvo también mucha fama antigua el producido en Arica, que se usaba en el comercio de intercambio de la época precolombiana.

La permanencia del hombre serrano, la solidez social del andino, la conservadora esencia del limeño, la revolucionaria estructura del arequipeño, la neolítica dureza del indio, se han hecho síntesis en la cultura del ají. Mientras la alimentación ha recibido enormes aportes de los chinos multicolores, de los negros adictos a las especias, de los españoles glotonos y sensuales debajo de sus gorgüeras, cogullas y jubonzuelos, siguió estacionario el culto del ají. La salsa y la corteza de los condumios se ha fijado, como en los días de Tahuantinsuyu, cuando regía una ordenación culinaria en la vida y después de la muerte, y se colocaban viandas en las momias reales.

La meditación del ají, concebida en las chicherías, nos lleva por los vericuetos de la historia peruana. Así como hay las civilizaciones y los contrapuntos del azúcar y del tabaco, en Cuba; del mate, en el Paraguay; del vacuno, en Argentina; del vino y del trigo, en Chile; del café, en Brasil, y del maíz, en las cumbres andinas, en el Tahuantinsuyu, concebimos la policromía conductora de este condimento de una cultura dirigida. Aún se ven en Arica, en el Coquimbo tamizado de quechuismos, y en el Norte Chico de Chile, los pequeños andenes con sus haldas decoradas con los ajíes secos. Vive aquí la sugestión de lo quechua, que se alarga desde el Ande colombiano hasta el confín austral del Maule, saludado por las vanguardias del Inca.

Cuando condimentan los huasos del sur sus capitosas viandas, o cuando se santiguan las viejas rezadoras de los valles esmaltados con el prodigio vegetal de Ovalle, antes de comer sus sabrosos potajes, están prosiguiendo la historia sin interrupción ni pausa cristiana. La permanente alusión al santificador de los caldos, al estimulante de los valdivianos, al que pinta las salsas o cohesionan los guisos, es como un retrotraerse a los misterios elementales de América. No nos ha penetrado aún lo trasplantado de ultramar; seguimos siendo, en cierto

modo, los hombres del tercer día de la creación, que presintió el desbordado Conde Keyserling.

La meditación del ají, nacida en las picanterías, cuando lloraban los yaravies o se tasaban los gallos de raza, nos metió en la vértebra de América.

(*La Nación*, Santiago de Chile, 28 de julio de 1942).

EL PARAISO EN EL NUEVO MUNDO

AHORA, CUANDO nuestro continente logra el valor de una esperanza, resulta curioso tornar la vista a los tiempos en que se buscaba por sus espacios el escenario de la felicidad terrena. El mito de El Dorado, que brotó en Nueva Granada, repuntará varias veces en el Perú, en la tierra de la Canela, de Gonzalo Pizarro, que provocó el hallazgo del Amazonas; en el Imperio del Paititi, reino maravilloso que trataron de encontrar, sin conseguirlo, en los contornos del río Madre de Dios, en la singular laguna de Parime, y la ciudad legendaria de Manoa, que figuró en las viejas cartografías entre el Orinoco y el Amazonas, y también en Chile, con la Ciudad de los Césares. Pero todo esto resulta pálido en comparación con la tesis de un erudito descomunal del siglo XVII, don Antonio de León Pinelo, que vivió entre 1596 y 1660, y cuya pluma escribió un enorme libro en dos tomos para demostrar que el Paraíso Terrenal estuvo situado en la región amazónica, y que la fruta que perdió a nuestra primera madre Eva no fue ni el plátano ni los higos, sino la criollísima granadilla.

Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Amazona, se ha publicado, en monumental edición, *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, con un noticioso y agudísimo prólogo de don Raúl Porras Barrenechea. Pinelo escribió su obra entre 1645 y 1650, y hoy resulta pintoresca su lectura, a pesar de las dificultades que significa navegar por un verdadero océano de erudición indigesta y entre un farrago de citas clásicas de peregrina traza. No podríamos, en realidad, clasificar el género a que pertenece este centón de variadas materias, pero sí intentaremos seguir a Pinelo a través de la impugnación de los autores que sostienen que el Paraíso estuvo en una zona indefinida, como es el propio Paraíso, como son los que sostienen que el Paraíso estuvo en la Tierra o que estaba en la región de los Hiperbóreos o en la de los Campos Elíseos.

No se queda corto el erudito de Valladolid, que vivió en el Perú y conoció y admiró las opulencias de la naturaleza americana hasta concebir que en ella estuvo la morada de los primeros padres del linaje humano. Impugnó, con despaciosa movilización de textos y opiniones antiguas y modernas, las diecisiete teorías infundadas sobre la ubicación verdadera del Paraíso. El Paraíso resultaba entonces, de acuerdo con los Padres de la Iglesia, "un lugar corpóreo, real y verdadero". Podía encontrarse en la tierra y asignársele en los mapas un adecuado espacio. Las dificultades no contaban para la paciencia y la obstinación del erudito, cuyas fantasías se sustentaban en innumerables y desconcertantes argumentos. Los cuatro ríos originales del Paraíso fueron trasladados a

América por la acción divina y por aquellas ocultas vías que entran en sus designios imponderables. De este modo, el Plata sustenta por caudales subterráneos al Nilo y el Magdalena al Ganges, el Orinoco al Tigris y el Marañón al Eufrates.

Pinelo tenía sangre judía en sus venas y poseía una gran dosis de credulidad y de amor a la fantasía divagadora. Toda versión insólita o maravilla fulgurante acudía pronto en apoyo de sus razonamientos, y de este modo, su narración se puebla de mitos prodigiosos, de pueblos habitados por enanos o gigantes, de indios, que sitúa en Chile, dotados de enormes colas, de Amazonas combatientes, de aves con rostro y uñas de mujer. La flora y fauna también participan de este clima de milagros que transforma sus virtudes y convierte al reino vegetal y al animal en un trasunto de los relatos de los cuentistas árabes. Hay un árbol que es una piedra que crece, otro que es un reloj, y el de más allá posee pudor, como las mujeres castas, y se esconde cuando lo tientan. Hay ríos que se ocultan y desconciertan a los exploradores, serpientes con alas y brazos, ratones que huyen cuando son excomulgados por un sacerdote y tritones que tienen por morada el Mar Caribe.

Don Antonio de León Pinelo parece haberlo leído todo y se encuentra enterado de cuanto se ha escrito sobre el Nuevo Mundo. Examina los cronistas, utiliza los viajeros, administra los geógrafos, acude a los misioneros y todos ellos le proporcionan magnífica tela para urdir su trama de fantasía y de maravilla.

La erudición aplastante de un siglo barroco y conceptista sirve también al impávido examinador de mamotretos y cronicones en su persecución afanosa de los indicios que dejó en la ciencia la ubicación posible del Paraíso.

La prosa de Pinelo no se deja dominar por la efusión y rara vez abandona su tono discursivo e impasible. El vuelo creador, la emoción poética, el abandono a la sensibilidad se encuentran ausentes en medio de tantos testimonios ajenos, de tan aplastantes citas de Padres de la Iglesia, de teólogos, de exegetas, de escritores sagrados y profanos. Pero, con todo, el libraco tiene su encanto y nos sumerge en la atmósfera crédula y especulativa de un espíritu que, en sus escasas expansiones artísticas, admiró el espectáculo majestuoso e imponente de una naturaleza que subyugó a los primitivos cronistas y los hechizó con su pompa vegetal. A partir del Libro Cuarto de *El Paraíso en el Nuevo Mundo* tomamos contacto con el escenario americano y el interés de la obra se acrecienta. Al hablar de Chile, dice Pinelo estas curiosas palabras: "En lo alto del Reino de Chile, hacia el Estrecho de Magallanes, se han visto indios que tienen cola, según estoy informado de personas fidedignas que han estado en él". En otras partes también abundaban estos *hombres caudatos*, que la cola que tenían era como de lagarto, aunque más dura, y que para sentarse habían menester de asientos huecos, según deja constancia, con mucha seriedad, Pinelo. El Perú no se quedó atrás en la abundancia de los prodigios. Allí se vio un gigante de peregrina figura que, según un testimonio, era de los monstruos que los antiguos llamaron cinamolgos o cinocéfalos, por tener los cuerpos de hombres y las cabezas de perro, y a los cuales se refirió Plinio.

Los chilenos quedan bien parados en el libro de León Pinelo. Sus indios son, a su juicio, leales, limpios, trabajadores, valientes, ingeniosos, y de muy buenos talles y rostros, y aunque no muy altos, fornidos y bien hechos.

Después de enumerar las cualidades de las Amazonas y del reino animal del Nuevo Mundo, el escritor español se asombra con las serpientes con alas y brazos que han visto en diversas partes de las Indias. En México se murió un indígena de susto, cuando vio una serpiente larga y corpulenta como un caballo, que daba silbos, tenía alas en la espalda y dos brazos de a palmo.

Uno de los episodios más pintorescos que relata Pinelo es el de los ratones de Piura. Un año salió en esta ciudad una plaga de ratones tan grande que destruyó todos los cañaverales, royéndolos por la raíz, con lo que provocaron la ruina de los campos. Era cura y vicario el licenciado Pedro Bravo de Verduco, y viendo que no aprovechaba conjuros y otros remedios, hizo que se pusiese demanda o acusación ante él contra los ratones, nombróles defensor, y procedió contra ellos por términos jurídicos, y por sentencia los condenó a que saliesen de toda la tierra y se fuesen a partes remotas donde no hiciesen daño; y en rebeldía, pronunció contra ellos excomunión y anatema, y para esto un domingo fue con procesión solemne a una ermita de San Sebastián, y acabada la misa, se leyó la excomunión en forma. Al punto los ratones se reunieron en cuadrillas y por diferentes partes del contorno se fueron al caudaloso río que por allí pasa, y arrojándose a él, se los llevó el mar sin que quedase uno ni se viese más la huella de sus depredaciones; pero la tierra quedó tan abrasada que muchos vecinos la abandonaron y se marcharon a vivir a otra parte.

Sería tarea inacabable resumir todas las cosas que desfilan por la crédula pluma de Pinelo. Se refiere a los gusanos voladores, que son un poco menores que gorriones y tienen dos estrellas junto a los ojos y dos debajo de las alas. Nos describe minuciosamente a los hombres tritones u hombres marinos, que tantas fábulas inspiraron a los poetas. Más adelante pinta la fuente, cuya agua, sacada de su nacimiento y puesta al sol, se convierte en tinta tan negra, que se puede escribir con ella. En la Isla Boyuca hay otra fuente que remoja al lavarse con su agua. Esta es la fuente de la juventud que buscó Juan Ponce de León, en la Florida, y dio origen a una de las leyendas más persistentes que acarició la imaginación de los conquistadores del siglo xvi. Pinelo describe un río, situado en el despoblado de Atacama, que los indios llamaron el Gran Mentiroso, porque saliendo el sol, comienza a correr, y poniéndose éste se estanca y se seca hasta el otro día, como afirmaba gravemente el cronista don Melchor Jufre. En el valle de Peteguelén había otro arroyo que tenía la particularidad de que todas las piedras que tocaban sus aguas tenían formada una cruz de color de jaspe; en las blancas, negra, y en las negras, blanca.

El Paraíso en el Nuevo Mundo, sacado de su olvido por Raúl Porras Barrenechea, nos ha conducido al escenario que, desde el descubrimiento de América, se colocó para todos los intentos de felicidad humana, para todas las peripecias del bienestar. Nuestro continente cobra así, como en los días bo-

rrascosos de hoy, un valor de esperanza y asume un carácter de virginidad, simbolizados en el sitio de elección en que moraron los fundadores del linaje humano.

(*Zig-Zag*, Santiago de Chile, Nº 2.044, 26 de mayo de 1944. p. 38).

PORTOBELLO, PUERTO DEL OLVIDO

PORTOBELLO, cabecera del distrito del mismo nombre, se halla situado, en pleno Mar de las Antillas, a unos treinta kilómetros de la ciudad de Colón. Desde hace muchos años queríamos conocer el que fue importantísimo centro comercial en la Colonia y uno de los puntos más estratégicos del vasto sistema defensivo español en América. Nos embarcamos para Portobello durante una calurosa mañana tropical, en la lancha *Liberty*, que partió del Muelle Tagarópulos, en Fox River, bajo la experta dirección del Capitán Attlee. El panorama es subyugante, desde la salida en Colón, con sus espléndidos abanicos de palmera, bellos islotes y la manigua de la orilla, festoneada de tiburones. Por este mar pasaron los grandes capitanes ibéricos, los corsarios ingleses y holandeses, las distintas expediciones militares y marítimas que desembocaban en la que otrora fue una de las más insignes muestras de poderío peninsular en nuestro Continente.

El mar hace bailar la embarcación, que cabecea entre las afiebradas ondas, poniendo en peligro la estabilidad de su carga, pero la pericia de los marinos negros se percibe pronto, una vez que hemos pasado la blanca escollera de la bahía, frente a Cristóbal, y orillamos la costa húmeda, cubierta de una vegetación lujuriosa. El día está lluvioso y grandes sombras, de contenido borrascoso, ocultan la perspectiva del litoral. Avanzamos dando barquinazos, y algunas islas, salpicadas de cocoteros, se asoman, medrosas, y sugieren la idea de que antiguamente fueron madrigueras de piratas.

Morgan se metió muchas veces por la bahía de Portobello y asaltó sus fuertes, saqueó su comercio y arrasó las fortificaciones levantadas por el Imperio Español. Su sombra preside todavía una teoría de imágenes que inquietan nuestra mente. Recordamos, también, que desde las ferias y mercados de esclavos de Portobello se condujo hacia Chile el oscuro cargamento de carne humana que nutrió de brazos a las haciendas jesuitas y a las estancias de los encomenderos criollos.

Con lentitud aparece el sol, pero luego se desvanece de nuevo y torna a cerrarse la atmósfera, mediante la acción violenta de la precipitación de poderosas masas de humedad que irrumpen a través de la costa aledaña.

Portobello emerge como un sueño de piedra, rodeado de la selva virgen que oprime al pueblo, morada de pescadores y plantadores humildes, que sólo tienen el mar como camino de acceso a la civilización.

La ruta terrestre hacia Colón no puede hoy compararse a la antigua y cómoda carretera que comunicaba este lugar, cuajado de historia, con Panamá. Enormes manglares, gigantescos árboles y una parasitaria red de

húmedas plantas indican la vecindad en un mundo selvático que se adentra por las calles y embadurna los edificios con su maleficio verde. La selva es la protagonista de una nueva tragedia. Está presente en todas partes, se mete por los que fueron recintos militares o comerciales, asombra por su siniestro poderío, manifestado aquí a cada momento. El calor es sofocante, la lluvia continúa y el bochorno asfixia hasta gravitar como plomo líquido en el aire y en los cuerpos laxos.

Los moradores de Portobelo se dedican ahora al cultivo de sus minúsculas heredades, a sus arrozales y platanares, a la pesca de la tortuga y de la corvina, a las faenas de producir carbón vegetal, y al ocio también. La voluntad de vivir se obstina en permanecer entre esta vegetación dadivosa, lasciva, destructora de los vestigios coloniales, que abraza y mata con su contacto tremendo. Los negros de Portobelo son simpáticos, de buena índole, y nos traen luego unos aguacates y mangos para el hambre y la sed que nos azotan.

Los restos del pasado exhiben su vigorosa contextura, su fino trazo renacentista, en la Aduana, cuarteada, pero siempre incomparable en sus dibujos sutiles, en los arcos armoniosos, en la cabalidad de líneas templadas, cual si fuese un joyel pétreo. El Castillo de San Jerónimo, asentado sobre el fondo de la bahía de esmeralda, remanso cadencioso de aguas tibias, presenta la forma de un barco encallado con su torre avizora y sus graciosas terrazas. Las barbacanas parecen un remedo de las de Cartagena de Indias, y muchos de los pesados, pero elegantes recintos militares, se hallan despojados de sus cañones, diseminados hoy entre una cortina de plantas tropicales. Las barbacanas conocieron del furor inglés, del tedio de acechar siempre hacia las aguas miríficas que sobresaltaban los bucaneros y eran cruzadas por galeones, barrigudos de oro. En este castillo se realizó la contienda terrible que en 1668 provocó el triunfo sangriento de las huestes de Morgan sobre las tropas españolas, y que, más adelante, aguantó la ira devastadora de las legiones del pirata Francis Drake.

La excelente bahía fue cantada por los cronistas, y resultaba fácil para ser defendida, ya que de un extremo a otro de ella se podían cruzar los fuegos de los cañones de los castillos, hoy reducidos a ruinoso polvo, pero de los cuales hay aún varios que se perciben entre la maleza. El de San Cristóbal o Camangua fue diseñado por el gran arquitecto Antonelli, el de San Fernando, así como el fortín San Fernandito, cercano al primero, fue construido en 1682, cuando el Virrey del Perú, Duque de la Palata, nombró al General José de Alzamora, Gobernador de Panamá, y le ordenó reparar y acrecentar el conjunto defensivo de Portobelo. La Iglesia Mayor, el Convento de la Merced y la Iglesia-Hospital de San Juan de Dios constituían las demostraciones más bellas de la religiosidad española colonial. La primera mantiene un sello dieciochesco, pero la segunda es sólo un montón de ruinas habitadas por las alimañas del bosque cercano y los insectos devoradores. La humedad ha mordido el mármol del templo principal y carcome, con lentitud, las letras de las lápidas sepulcrales, ocupadas por próceres locales, militares y hasta por algún gobernador rangoso. La muerte se confunde aquí con la pátina verdinosa que brota de la jungla contigua.

Portobelo se desintegra con rapidez, y si el Gobierno de Panamá no acude pronto a su restauración, dentro de algunos decenios tal vez será un recuerdo del esplendor que promovió tanto movimiento con sus ferias caudalosas y atrajo, a la vez, el tumulto de la riqueza continental. Hoy es tan sólo el puerto del olvido, un recinto lejano de las Antillas, al que acuden escasos turistas curiosos y tardíos historiadores, deseosos de conocer el sitio evocador que marcó el signo de un período maravilloso que cubren tres siglos.

El comején, la manigua, los insectos enormes y voraces, la humedad devastadora han asaltado, con ímpetu peor que el sustentado por un Morgan o un Vernon, a las dóricas columnas de la Aduana, a los pertinaces castillos, a las iglesias tutelares e insignes. Un aire de ruina, como emanación de la implacable capacidad devorante de las tierras tropicales, va impregnando los recintos seculares y las nobles pilastras, las fachadas monumentales y las moles de los fuertes.

Abandonamos Portobelo, bautizado con el sonoro nombre de *Puerto Bello* por el Almirante Cristóbal Colón en persona. La bahía se oculta entre densas brumas, y un borrascoso conjunto de nubes parecen empujarnos en dirección a Colón y a Panamá. Dejamos la que fue una de las ciudades más prósperas de la América Española, con la suave emoción de haber vivido por unas horas en un remanso histórico que habitaron mercaderes, marinos, arrieros, soldados, corsarios, cargadores, esclavos y funcionarios que constituyeron la esencia de una civilización que todavía asombra por su energía expansiva. Portobelo es el puerto del olvido, silenciosa caleta panameña levantada cara a cara frente a la maraña de una selva obstinada y mortífera.

Colón nos devuelve, con su pululante muchedumbre comercial y su hormiguero de navíos, a la imagen de lo moderno, a la atractiva superficie de un país de tránsito en que casi no hay espacio para la meditación.

(*La Nación*, Santiago de Chile, 22 de mayo de 1948).

ONCE AÑOS DE CRÍTICA LITERARIA Y UNA APOSTILLA FINAL COMO DESPEDIDA

EN ABRIL de 1941, fui llamado por don Horacio Hevia, que era Presidente del consejo de *La Nación*, a desempeñar el cargo de crítico literario en sus páginas. Domingo Melfi pasaba entonces a ocupar la dirección del diario, y quedó vacante el puesto de comentarista de libros que ejercía regularmente, con anterioridad a su nombramiento. Empecé mis labores el domingo 28 de abril de 1941 y me estrené con un estudio consagrado al volumen inicial de la *Historia de Chile*, de don Francisco A. Encina. Desde ese día he escrito no menos de quinientas críticas literarias, aparte de numerosos artículos de otra índole, como ser crónicas y reseñas de libros o autores nacionales y extranjeros.

He tenido absoluta libertad para opinar y nadie ha interferido mis juicios. Ni la política dominante ni sucesos violentos que provocaron reacciones

en la opinión pública fueron pretextos para silenciar nombres de enemigos del Gobierno o disminuir el prestigio de sus producciones intelectuales en la crónica literaria de *La Nación*.

Un motivo de esos que los historiadores consideran "imponderables" me aleja, a partir de este artículo, de las columnas de un diario al que consagré una parcela valiosa e inolvidable de mi vida. Siento cierta melancolía al irme de *La Nación*, pero no tanta como para impedirme proseguir los trabajos e investigaciones vinculados a las letras patrias e hispanoamericanas.

Como siempre he hablado de los demás, a veces con largueza, puedo pedir excusas a mis lectores por referirme, por una sola ocasión, a mí mismo. Después tendrán que buscar mi firma donde Dios y el destino dispongan.

Fueron estos once años bastante activos y quizá fecundos. Traté de hacer crítica objetiva e imparcial, al margen de odiosidades o preferencias políticas y religiosas. Aquí se saludó a casi todos los Premios Nacionales de Literatura y también se despidió para siempre a muchas insignes figuras intelectuales de Chile y de otros países. D'Halmar, Latorre, Neruda, Barrios, Cruchaga Santa María, Prado, González Vera, Gabriela Mistral y Santiván, merecieron extensos y documentados ensayos, con el propósito de resumir o condensar su producción. Cuando se quiso menoscabar la gran figura de Pedro Prado y arrebatárle el Premio Nacional de Literatura, salté a la palestra con energía y fervor, hasta que se consiguió que se le concediera la codiciada recompensa. Uno de esos Premios recayó en un compañero de redacción, Joaquín Edwards Bello, y tuve el honor de ser miembro del jurado que lo galardonó. También participé en los Jurados que premiaron a Augusto d'Halmar y a Mariano Latorre, como representante del Ministerio de Educación y de la Universidad de Chile.

Ha sido particularmente grato para mí, como crítico, haberme anticipado al juicio público y al éxito de valiosas obras nacionales. La *Historia de Chile*, de Francisco Antonio Encina, coincidió, al aparecer, con mi estreno en estas columnas. Después acerté al anunciar el buen suceso de libros que hoy ostentan el rótulo de *best sellers*: *Ranquil*, de Reinaldo Lomboy; *Cabo de Hornos*, de Francisco Coloane; *La sangre y la esperanza*, de Nicomedes Guzmán; *Gran señor y rajadiablos*, de Eduardo Barrios; *Coirón*, de Daniel Belmar; *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas; *Ventura de Pedro Valdivia y O'Higgins*, de Jaime Eyzaguirre; *Huipampa, tierra de sonámbulos*, de Nicasio Tangol; *Extraño estío*, de María Carolina Geel; *Un hombre por el camino*, de Baltasar Castro; *Fantasmas necesarios*, de Juan Tejeda; *Candia*, de María Elena Aldunate; *El vaquero de Dios*, de Marta Jara; *Hijo del salitre*, de Volodia Teitelboim; *Huellas en la tierra*, de Oscar Castro; *Un retrato de David*, de Mario Espinosa; *Jemmy Buton*, de Benjamín Subercaseaux; *Memorias de un buey*, de Pierre Favat; *Cuaderno de una muchacha muda*, de Margarita Aguirre; *La ensenada de la luna*, de Alejandro Gaete; *Los niños extraños*, de Luis Alberto Heiremans, e *Inseguridad del hombre*, de Eduardo Anguita, constituyen un vasto muestrario de obras que apadriné con entusiasmo.

Lo mismo puedo decir de poetas nuevos o desconocidos que aquí fueron

estimulados en su soledad creadora. No tuve nunca límites de índole estética, literaria, política o social para descubrir valores o destacar aspectos singulares de un escritor. Aunque sea innecesario, debo añadir que figuras peligrosas en momentos de violencia institucional fueron, de idéntica manera, saludadas con una glosa comprensiva. Así ocurrió con el *Canto general*, de Pablo Neruda; con un panfleto del valeroso prosista civil Carlos Vicuña, con *Hijo del salitre*, de Volodia Teitelboim, con producciones de Julio Mondaca, Eugenio González, Ramón Valenzuela Rodríguez, Baltasar Castro, Eduardo Barrios, Eduardo Anguita, Miguel Serrano, Ricardo Donoso, Oreste Plath, Enrique Bunster y Emilio Rodríguez Mendoza. Algunos de estos prosistas militaban en el Partido Comunista; otros eran ibañistas de viejo o de nuevo cuño, que hoy se cuentan entre los vencedores del 4 de septiembre. Ni su comunismo ni su ibañismo fueron motivo de resentimiento crítico, de incomprensivo análisis o de la conspiración del silencio, que tanto se cultiva en otras partes y por otras plumas. Tampoco he cultivado el prejuicio religioso o antirreligioso. Por esto, terminé mis tareas con gran serenidad de espíritu y sin pena ni gloria.

Queda algo más personal y triste. En esos once años partieron grandes compañeros y amigos de toda una existencia. Ellos fueron, salvo algún involuntario olvido: Domingo Melfi, mi antecesor en la crítica literaria de *La Nación*; Vicente Huidobro, padre del creacionismo; Juan Espinosa, Carlos Sepúlveda Leyton, Juan Modesto Castro, noble compañero y camarada; Oscar Castro, relevante figura de prestancia poética y narrativa; Augusto d'Halmar, incomparable capitán de una promoción inolvidable; Pedro Prado, gran señor y dilecto espíritu; Luis Orrego Luco, maestro de la novela santiaguina; Martina Barros de Orrego, reliquia de mejores tiempos; Waldo Urzúa Álvarez, autor de *Don y Doña*; Gustavo Ossorio, vate de fibra íntima y aguda sensibilidad; Domingo Amunátegui Solar, historiador y erudito; Armando Donoso, fino catador de las letras chilenas; Alejandro Baeza (Fray Apenta), cáustico e irónico autor de *Repiques*; Miguel Luis Rocuant, prosista de parnasiana pulcritud, y Jorge González Bastías, lírico, hondamente criollo. Muchos colaboraron en *La Nación* y todos recibieron, en alguna forma, el acicate de mi crítica. La porción de mi vida que ellos ocupan constituye lo que mañana labrará la galería de los recuerdos mejores y de añoranza en las horas otoñales.

Estos años también consolidaron la obra americanista que recibí como herencia de mi padre y de otros ilustres chilenos. En 1941 fui invitado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a dar un curso sobre la evolución política y social de Chile.

En 1942 y en 1943 hubo nuevos convites, también patrocinados por universidades argentinas y uruguayas. En 1946 tocó el turno al Gobierno y a las Universidades de Colombia. Diserté en aulas que antes prestigiaron otras voces de mayor autoridad. En 1947 llevé mi palabra a Inglaterra, invitado por el British Council; a Checoslovaquia, por iniciativa de las Universidades de Carlos de Praga, y a Francia, bajo el patrocinio del PEN Club que dirigía entonces el malogrado Henri Membré. En 1948 diserté en la Universidad de

Panamá. En 1949 hice un curso sobre literatura hispanoamericana en Middlebury College de Vermont (Estados Unidos), como huésped del Departamento de Estado, y después recorrí, dando conferencias sobre literatura chilena, México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Panamá.

Por fin, en 1951, fui invitado al Congreso de Peruanistas de Lima, bajo el patrocinio de la Universidad de San Marcos, y allí presidí la sección de Literatura y Filología en sus debates.

Todo esto, aunque inferior a lo que han realizado otros compatriotas, de alguna manera se relaciona con lo elaborado en las páginas críticas de *La Nación*. La razón es muy sencilla. En estas columnas se ha fraguado una empeñosa labor de acercamiento y conocimiento mutuo con los demás países americanos de lengua española. Las literaturas castellanas de nuestro continente poseen hoy una interdependencia cultural que necesita no sólo de la cátedra universitaria, sino también de la acción del periodismo comprensivo y alerta.

Mis lectores me han estimulado silenciosamente y, a veces, en forma más concreta. A todos ellos envió una despedida cordial y optimista. No se trata de un testamento, sino de una diversa etapa espiritual que se realiza bajo apariencias adversas al pensamiento libre en gran parte de Hispanoamérica.

Ningún crítico y casi ningún escritor es irremplazable. Todos tienen una función específica que se sitúa en el vasto panorama de una literatura. Pero siempre hay algo de la propia e insobornable personalidad que se adentra en el espacio y en el tiempo. En *La Nación* he cumplido una jornada, quizá con errores y descuidos, pero con gran fe en nuestro destino literario y en el futuro de las letras patrias. El Padre Juan de Mariana dijo en frase inmortal: "Hay tiempos de lechuza y hay tiempos de halcón". En once años he tratado de remontarme por el firmamento de la producción intelectual con la fuerza que emerge de una gran voluntad. Después de cumplida la tarea sólo queda conservar el optimismo y superar con próximos trabajos y producciones lo que aquí fue diseño, perspectiva o promesa. Otras manos y otras mentes, más de acuerdo con la realidad del momento, vendrán a reemplazarme. Y esto es justo y lógico que suceda en una hora de aparente renovación de hombres y valores. Porque también las literaturas reciben el impacto del acontecer histórico, y necesitan quien las interprete en función de hechos imponderables. Y pido perdón a mis viejos lectores por haber hablado en una oportunidad en primera persona para despedirme de *La Nación*.

(*La Nación*, Santiago de Chile, 26 de octubre de 1952).

PIO BAROJA, INTIMO

DON PIO BAROJA produce una sensación de timidez. No por su charla, siempre fluida, pintoresca, directa, a veces como un largo monólogo, divagatorio y desconcertante, sino por otros matices que se escapan al no enterado de su particularísima psicología. Baroja se ha confesado feo, abusa

de las alusiones a la pobreza peninsular y nunca se ubica en el primer plano, como otros escritores de su patria. La casa del artista mencionado tantas veces para el Premio Nóbel y digno de él, más que varios agraciados por un destino favorable, es uno de los rincones visitados de Madrid. La calle Ruiz de Alarcón está situada en un barrio aristocrático, cerca del Hotel Ritz, de la Real Academia Española y del Palace, fondeadero obligado del mundo elegante de la capital de España. No muy lejos se encuentra el magnífico y extraordinario Restaurante Horcher y la mansión de Concha Espina, grande amiga de Chile y extraordinaria personalidad intelectual. La vecindad de los Jardines del Buen Retiro, que describió Baroja en inolvidables páginas, confiere al barrio cierto encanto pretérito, como suave refugio en días caniculares y sedante golfo de una tórrida atmósfera como la de fines de junio.

En 1928 conocimos a Baroja, mientras preparaba sus dos libros acerca del Conde de España. Lo vimos recorrer olvidados rincones de Cataluña metido en incómoda tartana, acechando los detalles castizos y el paisaje tierno del Ampurdán. El formidable evocador de la vida española estaba más joven y todavía podía ambular por el territorio que capta, en sus más típicas características, en ciclos narrativos.

Baroja ama los gatos y la soledad. Vive o sobrevive en dramática instancia, al margen de lo social y de lo oficial. Junto con Azorín y unos cuantos naufragos de la discutida generación de 1898, sabe adaptarse a los nuevos tiempos, pero mantiene las aristas insobornables de su personalidad recia.

Nos parece absurdo reconstruir las opiniones o, mejor dicho, las divagaciones apasionadas de don Pío. Sería tarea ardua o sometida a normas imposibles. A pesar de lo fustigante de la estación que desde la Edad Media fue definida, en Castilla, al referirse al verano, como "nueve meses de invierno y tres de infierno", el insigne maestro viste de manera sencilla y algo apaisanada. La boina vasca, coronando la cabeza con frente amplia, meseta que domina un cráneo vigoroso; las pantuflas caseras, rellenas con gruesos calcetines de lana; el chaquetón de artesano o menestral; las manos dirigiendo, con suavidad, el ritmo móvil de la frase; el sillón frailerero, escabel de su ironía, son algo del marco en que se exhibe el más fecundo de los autores vivos de España. Don Pío no es ya el denostador de América, y pronto en su conversación, de inolvidable contenido, pregunta por hombres y cosas de nuestro continente. No disimula simpatías o antipatías. La edad ha desmochado muchas de sus violencias, pero no ha conseguido conducirlo a ese abismo mental de otros ancianos. Por lo general, don Pío extiende su charla en abanico divagatorio. Hierde un tema y vuelve a él, después de una desfloración súbita. No contesta, a menudo, lo mucho que le sonsacamos como buceadores de su intimidad. No tiene futuro y su pasado lo actualiza y discrimina de un modo parecido a ciertas maneras de la novela moderna, donde el tiempo actúa en un plano absorbente y disociador. El hombre malo de Itzea es lo más contrario a la imagen burda que se ha elaborado de su carácter. Insiste mucho en la poca resonancia de su obra, en la nula eficacia

de su mensaje, en la módica difusión de sus libros, en su pobreza material. Cuando le expresamos nuestra sorpresa reitera con pertinacia de octogenario su convicción de que un escritor español nunca tendrá la importancia de cualquier mediocridad europea que asalta el Premio Nóbel.

La primera palabra de don Pío sorprende, por su demostrativo indicio de que su memoria está intacta, sin deterioro visible. Nos pregunta por dos amigos: uno chileno, Uribe Echevarría, vasco de la misma cepa de don Pío, y por el mejicano Ermilo Abreu Gómez, fino comentarista de Baroja. Don Pío no posee una idea nítida de América, como Valle Inclán. Para él, Chile o el Río Grande forman parte de una utopía mental, de un territorio sin fronteras ni designios políticos. Reconoce que América fue agradecida con él, por su gran contribución al renovamiento de la frase, a la desprejuiciación ideológica de una o dos generaciones de gran contenido. Además ratifica lo que ha dicho en sus *Memorias* y a dos o tres buenos observadores. En un instante difícil e ingrato de su existencia quiso volar hacia el que denominara "continente estúpido". Eran los días tremendos de la segunda guerra mundial, cuando volaban sobre París los aviones alemanes y llovían las bombas sobre El Havre. Don Pío, estimulado por unos admiradores de Buenos Aires, deseó trasladarse a América del Sur, escapando del infierno europeo. No pudo cumplirse el deseo evasivo del esclarecido narrador. Entonces volvió a su suelo natal, impelido por razones sentimentales o físicas. En la España actual existe mucha gente que ideológicamente se encuentra en las antípodas del autor de *El cura de Monleón*, pero todos lo respetan y su domicilio es visitado por tirios y troyanos.

La tertulia de Baroja es un observatorio formidable. Desde sus ventanas se domina una calle aliviada por recatados y refrigerantes árboles. En su salón de recibo existe un magnífico retrato de su hermana Carmen, de algunos antepasados, y vastas y pobladas estanterías que son un débil anticipo de su biblioteca, que conserva en Vera de Bidasoa. El escritor ha ido poco a poco introduciéndose en el mundo meditativo y definitivo de la soledad. Primero partió su hermana, que reemplazó a su madre en el afecto familiar. Después lo abandonó su sobrino Pío Caro Baroja, autor de un curioso volumen que pinta la intimidación del novelista. Otro sobrino, Julio Caro, se encontraba, cuando lo visitamos varias veces, ausente en Inglaterra, salvo la primera. Una criada es la dueña de casa y Baroja, con frecuencia, hace de portero y se somete al martirio de los solicitadores de autógrafos, de las inevitables yanquis que preparan tesis sobre sus obras y de las poetisas hispanoamericanas que desean inmortalizarse persiguiendo prólogos al infatigable evocador de la tierra española. A este respecto, nos cuenta que una compatriota lo cercó de tal manera, que al fin le sacó un prefacio como quien le hace una extracción dental. No contenta con esto, la implacable literata le llevó a la casa de Alarcón número 12, un extenso friso pictórico de más de diez metros de largo que don Pío tuvo que aceptar como un castigo de Dios. Baroja es un inconformista y su filosofía escéptica parece algo suavizada por los años. El que dijo tantas cosas contra

la familia, ha tenido que aceptar su blando yugo y reemplazar a los hijos ausentes por los sobrinos que miman siempre. En un país autoritario, don Pío es la negación de lo tradicional y su incorporación a la Academia Española es un rasgo desusado de un hombre enemigo de los dogmas literarios. Don Pío no tiene gran fe en la literatura contemporánea y cuando lo interrogamos con astucia que él supo vencer con cazarería vasca, sobre la influencia que puede alcanzar la obra de Camilo José Cela, se evade con fluida maestría. Entre los recursos del gran lector que es Baroja, uno de los más extraordinarios resulta, por cierto, escaparse de las preguntas peligrosas. En nuestras extensas entrevistas nunca lo hallamos desprevenido y, a la postre, sabía elusivamente tocar el tema que le presentábamos como espinuda cuestión de la actualidad intelectual de la península. De Carmen Laforet dio una idea primeramente ambigua, pero al pincharse el meollo de su producción narrativa, nos sorprendió Baroja con una exacta mensura de sus cualidades y defectos.

Baroja vive psicológicamente en un mundo de añoranza y de nostalgia. El siglo XIX moldeó su estructura mental y sus definitivas admiraciones literarias: Dickens, Dostoiewski, Balzac, sin ninguna concesión a Galdós, a quien rechaza con implacables reparos. El escritor niega a la generación de 1898 y no siente la menor simpatía a sus epígonos, con excepción de Azorín, momificado en su gloria y casi invisible a los profanos, pero siempre productivo y finamente expresivo hasta en los peores libros de senectud.

Nuestra mujer, admiradora también de Baroja, le hizo una pregunta que don Pío contestó con notable rapidez:

—¿Es verdad, don Pío, que don Ramón María del Valle Inclán era muy pobre y que nunca pudo vivir de su pluma?

—Es cierto —contestó el novelista—; era tan miserable que no tenía ni siquiera una percha para colocar su raída capa; la colgaba en un clavo...

Los minutos se disolvían implacablemente en la calle Alarcón número 12. La hora mejor para visitar al artista era antes de almuerzo, en esas inolvidables mañanas madrileñas, a pesar del frío o del caluroso verano. El escritor atendía personalmente a los llamados telefónicos o salía, envuelto en un chaquetón oscuro y metido en sus pantuflas de lana, a recibir a los visitantes. Algunos le llevaban, como presente valioso, confites, chocolates o golosinas que don Pío se apresuraba a trasladar a un invulnerable armario, cuya llave conservaba.

La mañana iba transcurriendo en un juego de ideas, en un chisporroteo de imágenes, en una preciosa evocación de hombres, ideas y cosas que, para nosotros, significaban una inmersión valiosa en medio siglo de vida española. El novelista, a pesar de su causticidad, entrega una sensación de bondad, de ingenio fino, de modestia. Alguien dijo que el orgulloso es un hombre que se oye por dentro y el vanidoso es un hombre que se oye por fuera. Baroja, cuando deja suelta la espita de la cordialidad, sólo tiene tiempo presente. Actualiza todo un pasado remoto y da la impresión de que hablara desde la inmortalidad.

Conocimos y tratamos a muchos grandes escritores españoles. De algunos nos quedó el chisporroteo de su ingenio, la audacia de sus frases como en el manadero inagotable de un talento reflexivo e irónico, como Luis Rosales, la señorial prestancia de sus juicios, como en Leopoldo Panero, o el irrestañable caudal de su facundia, como en Angel Valbuena Prat, que derrotaría con su monólogo torrencial a Joaquín Edwards Bello. Pero nadie tiene el secreto de escuchar, de interesarse por todo lo vivo y moderno y, a la vez, de expresar una auténtica personalidad que está más allá de los prejuicios y de las vanidades, como Baroja.

Nunca se cita, salvo al aludir a sus *Memorias*, que parece no haber concluido, porque al hablar da la sensación de que va dictando un volumen que se le quedó en el tintero. Esa egolatría estupenda que admirábamos en los fogonazos retóricos de Valle Inclán o en los períodos conceptuosos de Ortega y Gasset, se halla ausente del vasco castellanizado, que dijo poseer dos pequeñas patrias regionales: Vasconia y Castilla, considerando Castilla, Castilla la Vieja. Baroja, a pesar de su fealdad, que él exalta, de su timidez, que es el escudo de su ancianidad, y de su ironía, fluida y corrosiva, no produce nunca la sensación fría y austera de ciertos intelectuales del momento.

Mucho más podríamos expresar sobre el maestro de la calle Alarcón número 12; pero hay un detalle que nos impresionó vivamente en su trato: su pasión por el conocimiento y su curiosidad, algo tardía, por las cosas americanas. En las pausas de nuestras pláticas quedó espacio suficiente para esas inquisiciones del gran narrador, que pidió siempre que expresáramos su sentimiento por no haberse trasladado, en un momento dramático de su existencia, al vasto territorio en que posee tantos millares de admiradores.

(*El Diario Ilustrado*. Santiago de Chile, 30 de enero de 1955).

LA VOCACION LITERARIA DE MARIANO LATORRE

MARIANO LATORRE fue un excepcional caso de perseverancia literaria. En enero de 1956 iba a enterar setenta años y desde 1912 cuando inició su carrera de novelista con *Cuentos del Maule*, alcanzó a publicar una veintena de volúmenes. La generación criollista de 1900 inició, en Chile, la roturación de un terreno promisorio: el de la exploración artística del campo y de la ciudad, un poco bajo las consignas, todavía no muertas, del naturalismo francés inmediatamente anterior, y del fervor existente entonces por los realistas rusos, como Tolstoy, Turguenev y, sobre todo, Gorki.

En torno a Latorre se construyó una verdadera leyenda, presentándolo como el jefe de la discutida escuela nativista. La verdad es que, con positiva influencia en varios imitadores, poseyó una técnica siempre renovada, en que ha visto el crítico cubano José Antonio Portuondo al "mejor dotado de los descendientes de Horacio Quiroga". También alimentó siempre una curiosidad

activa por las corrientes modernas de la novela inglesa, francesa y norteamericana, que modifica substancialmente la estructura de sus obras posteriores a la modalidad naturalista. Nunca perdió, sin embargo, la simpatía hacia el maestro de Medan y a sus métodos acuciosos de trabajo antes que a sus temas o ideas políticas.

Pero eso es lo epidérmico de su carácter de escritor; lo concreto es que, a partir de su extensa novela *Zurzulita* (1920) evolucionó rigurosamente y ha obtenido una nueva manera expresionista en el uso de las metáforas y del lenguaje con que reviste sus postreras creaciones.

Latorre acaba de publicar un libro de gran sabor nacional, de vernáculo meollo, que resulta como una síntesis acabada de sus interpretaciones del alma chilena. En las páginas de *Chile, país de rincones* presenta una reelaboración de cuentos conocidos y de muchos más que no conocíamos, pero demostrativos de su preocupación por la buena prosa. El artista había concebido antes una especie de teoría cíclica sobre el chileno integral, cuya fisonomía definitiva se escapa de las manos de posteriores hombres de letras. En el prólogo de su penúltimo volumen expresa lo siguiente: "Se ha visto la imposibilidad de captar la vida chilena, múltiple y dispar, en una sola novela". Por eso, el gran narrador que era Latorre persiguió esa evasiva sustancia en los diversos ángulos de un vasto y atormentado territorio. Chile no posee la nota unificadora del llano venezolano ni de la pampa argentina. Es, como dice en su libro, un pueblo lleno de rincones característicos, con siete almas y siete paisajes geográficos.

Ha sido empresa formidable la que significó su esfuerzo, aunque se le escapó, hasta su desaparición, un personaje importante: el minero y agricultor del denominado Norte Chico. Latorre no creía que Santiago unificara o coordinara las dispersas complejidades del criollo austral. Por el contrario, las desintegraba y las sometía al zapato chino de su relativo cosmopolitismo.

Pero, por extraña paradoja, la novela santiaguina es la más densa de todo el país. En cambio, no poseemos una versión arquetípica de nuestra raza, como se cree que son, a veces sin fundamento crítico, *Don Segundo Sombra*, de Guiraldes; *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos; *Juan Criollo*, de Carlos Loveira; *Raza de bronce*, de Alcides Arguedas, y *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera.

A juicio del cuentista nacional le fue indispensable presentar en su libro síntesis una expresión de siete paisajes nacionales que correspondían a otras siete almas, los de la pampa salitrera, el Norte Chico, las selvas del sur, la Cordillera de los Andes, de la Costa, Chiloé y sus islas, Magallanes y sus estepas. En la recopilación hay un cuento de mar, ya divulgado: *El difunto Valdés*; cuatro de la ciudad: *Trapito sucio*, *El finadito*, *E. Pérez Artola*, *anticuario* y *El aguilucho que se murió de hambre*; uno magnífico de la Cordillera de la Costa: *Domingo Persona*; uno del norte: *En un vapor caletero*; uno del valle central: *El último cucurucho*; uno de la Cordillera de los Andes: *Dos pestañas de On Chipó*; uno de la selva: *El choroy de oro*; uno del nuevo sur: *La misa del Padre Wilfrido*; uno de Chiloé: *Chodil, las*

pulgas y el pájaro carnero; uno de Magallanes: *El pontón número 5*, y dos del pasado, es decir, temas de reconstrucción histórica: *La sarracena* y *El tobiano de Catrileo*.

Encarada la perspectiva de lo que recorrió Latorre en su profesión de escritor, y este libro es un mirador utilísimo, no se sabe qué admirar más, si su capacidad de recoger vivencias de regiones aisladas o su insuperable visión del paisaje criollo. Se ha acusado demasiado al escritor de abusar de este último elemento y la radical incapacidad de cierta crítica sólo ha podido quedarse recluida en semejante tópico al discriminar la potente obra de Latorre.

No habíamos releído varios relatos del autor de *Mapu* y hallamos ahora que no se limita a los detalles exteriores de sus personajes. En algunos de sus cuentos asimila a cabalidad el acento racial y así exhibe una imagen muy proporcionada de la cazarería nativa en *Domingo Persona*. Aquí hay una perfecta armonía entre los instintos y el medio que los produce. El estilo de Latorre se convierte en algo fluido, a veces de gran poder metafórico, pero sin desborde en lo descriptivo. Domingo Persona es un bandido que utiliza el recurso de una geografía abrupta, lo mismo que lo hace el puma que le devora el ganado a On Chipu. Con naturalidad el narrador nos sumerge en un escenario todavía primitivo, que esconde parte considerable de la energía campesina. El zorro es un símbolo de la astucia nacional, de lo que el chileno medio bautizó como "macuquería", palabra intraducible a otro idioma. Pero esta macuquería del agro se ha trasladado también a la política y Latorre presenta una descarnada y satírica pintura de los parlamentarios mestizos y aprovechadores en su singular relato *El difunto Valdés*. Así recorrió casi todos los sitios del extenso territorio chileno buscando sus vivencias a través de tipos psicológicos que corresponden a un núcleo social donde la lucha por la existencia es más dura que en otros lugares del continente.

Latorre obtuvo con su dura lima una prosa de gran transparencia y de poético relieve. Veamos una imagen campestre de la Cordillera de la Costa: "Camina hacia la era. En cálidas burbujas palpita el aire en la meseta y todo danza en cristalina vibración: la era amarilla, los huasos, y sus caballos, la masa soñolienta de los montes donde nubes blancas se asoman a mirar". Y esta acertada pintura de la Cordillera de los Andes con sus características obtenidas a través de rigurosa síntesis: "En esa lengua de tierra, encerrada entre colinas boscosas, en las tupidas selvas de robles y de coigües hervían los venadillos de cuernos diminutos, saltaban las huiñas montaraces por las ramas, y rey de ese bosque chileno, enguinaldado por los coigües espinudos de las quilas y ensangrentado en los estíos por los copihues y chilcos indígenas, era el puma de pupilas de fuego y ágiles músculos".

Coincidió la aparición del libro de Latorre con una discusión sobre la crisis del cuento y la moderada curiosidad del público hacia el género. El problema es vasto y complejo. Desmiente la decadencia de la narración breve este libro tan denso y de tan vigoroso contenido racial.

También explica perfectamente la razón de tal fortaleza el hecho de que Latorre elaboraba y modelaba sus relatos mediante un proceso lento, de gran acabado técnico. En contraste, las generaciones nuevas, de caprichosa fantasía y más libérrima imaginación, descuidan el estilo y sacrifican la forma al nerviosismo argumental. Tenemos muy buenos relatistas, sobre todo en la generación posterior al Cuarto Centenario de Santiago (1941), cuando se reveló Francisco Coloane, el autor de *Cabo de Hornos*, Nicomedes Guzmán con *La sangre y la esperanza* y *Los hombres oscuros* y Reinaldo Lomboy, iniciado con su recia novela social *Ranquil*.

La promoción de Latorre fue más cuidadosa de la frase y más rigurosa en la elección de los vocablos. El oficio intelectual se presentaba con gran dignidad y se dejaba entonces menos a la improvisación genial, a la seguridad egolátrica del repentismo. Entre los que escriben todavía pulcramente se hallan Daniel Belmar, con su excelente novela *Coirón*, y Juan Godoy, iniciado en 1940, con su volumen *Angurrientos*. Belmar empezó a elaborar su obra siendo hombre maduro y Godoy es profesor de Castellano y maneja bien las leyes gramaticales de la prosa. Pero en el cuento más nuevo, donde sobresalen José Donoso, Claudio Giacconi, Armando Cassígoli y Herbert Müller, no todos poseen la seguridad de éstos y unos cuantos más.

La lección que dejó Latorre, por encima de la simpatía o antipatía que puede suscitar su obra de síntesis, es magnífica, porque cuando bordeaba los setenta años, mantenía su tensión creadora sin marchitarse, como se palpa en su lírico relato de Chiloé, *Chodil, las pulgas y el pájaro carnero*. La trama surge relativamente magra, pero el ambiente está henchido de poesía y es un maravilloso hallazgo estético el de ese hombre que identifica su vida con la de un pájaro, tema que también se revela en el cuento infantil *El choroy de oro*, de nobles aciertos expresivos y de hondo valor emocional.

Latorre quiso recorrer toda la geografía chilena. Es lógico que su intento no culminara en una síntesis integral y que entonces el material sea de calidad diversa. Sus relatos de ciudad no alcanzaron nunca la limpia fluidez de otros que le traían al recuerdo sus experiencias juveniles en el Maule o en los cerros comarcanos. Latorre conocía a fondo también la zona de Cautín, o sea, la nueva frontera que subsistió después de la primera, que estaba en Bío Bío, zona de guerra entre los españoles y criollos de los siglos XVI y XVII, como Góngora y Marmolejo, Mariño de Lobera, Santiago de Tesillo, González de Nájera y el Padre Ovalle. *Chile, país de rincones* resultó una resonante y lírica aventura de un individuo que se interroga sobre el destino humano de su tierra. No careció de la nota social, como puede verse en varias de sus narraciones. Pero prefirió hacer hablar a sus tipos y no razonar él, con fértil demagogia.

Pero, en cierto modo, este libro también tenía un signo de caducidad. Latorre se estaba despidiendo de una ambición que no supo o no pudo rematar: el libro que unificara al chileno en un solo protagonista. Y también resultó una patética despedida de lo que ya no será como fue en otras épocas.

La paz campesina, el júbilo de vivir, el agro, la conciencia evocadora tan intensa en el estilo de Latorre, la consubstanciación con el paisaje nativo, son,

además, estados reveladores que se desintegran dentro del tiempo, como las nubes cordilleranas, el aliento del agua andina, el temblor de las frondas del sur.

Latorre quiso, antes de morir, que se le escapara esa imagen que va disolviéndose, día a día, frente a una época ávida y codiciosa. El chileno contemporáneo se acumula en las grandes ciudades, vive en edificios de departamentos y provoca la atención de sociólogos y de economistas. La existencia actual es dinámica, absorbida por una tremenda crisis económica y por amenazadores síntomas sociales y desquiciamiento definitivo del "estado en forma" portaliano. El huaso que pintó Latorre en su eglógico marco de ruralismo comenzaba a tener nociones de la mecanización de la agricultura y manejaba tractores con la misma destreza con que utilizaba sus lazos y subyugaba los ágiles caballos chilenos.

La mayoría de los escritores últimos han lanzado un grito de condenación al criollismo de la generación de 1900, de la de 1910 y de la que empezó a manifestar su expresión en 1920. Hasta un poco después de 1940 hubo un grupo de novelistas y de cuentistas que renovaron, a su manera, el sentido de este mensaje de la genuina chilenidad campesina. Pero en la actualidad cada vez son menos los narradores que conocen a fondo el campo. Por lo menos en los que se consideran asumiendo la vanguardia literaria.

Está por verse todavía si el santiaguino significa, en último término, la imagen genuina del país. Quedan grandes reservas raciales perdidas en los contrafuertes de la cordillera, sumidas en los boquetes de las minas o cultivando, en calidad de colonos, las estepas magallánicas. De todas sus vivencias saldrá más tarde una versión distinta de los que se aferran a lo rural para hacer que un país no resida amontonado en la burocracia capitalina y ocupado en los vaivenes de la política.

La constancia que demostró Latorre en su fecunda existencia, con su inalterable vocación literaria, fue una capital lección de energía para sus compatriotas. La muerte lo encontró sin el menor signo de marchitez en su estilo y siguiendo con curiosidad todas las señales promisorias del acaecer intelectual.

(*El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 1955).

ALGO ESTRICTAMENTE PERSONAL

LA GUERRA había cortado el hilo de las relaciones familiares entre los Latcham de Inglaterra y los de Chile. Mi padre murió en 1943, antes del término del conflicto; las postreras noticias de los parientes británicos llegaron en 1941. Todos pensamos aquí entonces en la desaparición del grupo que llevaba el apellido, tanto en Bristol, cuna de los antepasados, como en Londres, residencia de los que partieron de este suelo criollo, en 1931. Lo que aquí expresamos es un testimonio estrictamente personal y, por lo mismo, no puede nunca desentenderse de lo que une a dos continentes y de las in-

finitas cosas desaparecidas entre 1930 y 1947. Volví a Europa, después de diez y siete años, y crucé dos campos enemigos, erizados de dificultades materiales y feroces odios ideológicos. Lo más visible para nuestro espíritu ahora era lo concerniente al descubrimiento de ciertas ataduras, invisibles hasta ese instante, que podían amarrar a un escritor americano al destino del Viejo Mundo. Nunca más tornaremos a disfrutar de la paz antigua y lo destruido sobrepasa la tremenda devastación de las bombas y concerniente al patrimonio espiritual del hombre. Ello palpitaba en la insólita incompreensión de dos zonas, apartadas quizá para siempre; en el nuevo ritmo mental de los seres, divorciados de los valores que nunca osó negar la generación posterior a 1918; en la incertidumbre que sobrenadaba en las ruinas de ciudades, maduras de sabiduría, en las piedras milenarias, trasudadas por la sangre y la muerte, en la actitud individual de millones de sujetos, hoscos y resentidos.

La ventisca del Canal conducía al mismo aire que otros Latcham olieron por última vez, al salir de allá, en 1889. De ellos brotó la sangre que circula en parte de mis venas. La mayoría se halla enterrada en Chile, en el Cementerio de Disidentes. Unos pocos refluieron a Inglaterra, en 1931; los demás se quedaron en Bristol, donde viven y en cuyo suelo tuve la emoción de saludarlos, descontando a la hermana mayor de mi padre, Victoria Beard, mujer de William Beard, muerta el 15 de octubre de 1936 y sepultada en Greenbank Cemetery, en las afueras de la ciudad tabacalera. Volvía a sentir, después de cruzar el Golfo de Vizcaya, en medio de una galerna (el *gale* de los ingleses), el hielo pulverizado que antes me diera la más punzante medida de los ásperos inviernos insulares. Tilbury presentaba un cielo más amable; las nubes de la *Merry England* eran un indicio de bonanza, luego de varios días con oleajes intensos, en que el barco recibía sacudones, y de bandazos a diestra y siniestra. Pronto penetré a Londres por Fenchurch Station.

Luego de cenar en Hannover Court, al costado de Regent Street, la aristocrática y soberbia calle del West End, presenté a los míos, impelido por la obscura voz de la sangre, por el instinto certero, más que por una curiosidad vulgar. Tomé un taxi y le dije al chofer que me condujera a 18, Highbury Crescent. La noche londinense se complicaba por las restricciones del *Blackout*, del racionamiento de la energía eléctrica y por los rumores escandalosos de los periódicos ingleses que hablaban de asaltos, de soldados desertores que pululaban por los arrabales, de versiones endemoniadas de Jack the Ripper. Nada de esto pude comprobar, sino la atención del correcto conductor y las dificultades de la búsqueda de un punto situado al final de Londres urbano, que tenía focalizado en mi mapa de la capital británica. Una casa del tiempo victoriano, en la cual vivieron mucho tiempo los Chamberlain, los antepasados de Neville, el del paraguas y el pacto de Munich, era el sitio en que iba a experimentar la más valiosa impresión de mi periplo europeo.

Mi tío político, Mister Harry Patterson, y mi tía, la menor de los Latcham, su esposa, se conservaban intactos, en un barrio residencial que sintió, a menudo, vibrar las aspas de la muerte y ostentaba aún las huellas de los *robots*. Percibí algo sordo al tocar el timbre de la deslustrada mansión, ultrajada por el tiempo, menoscabada por el olvido de las nuevas generaciones a los mo-

delos de residencia de medio siglo atrás, pero, sin embargo, digna y contenida como una de esas pulcras señoras que aparecen en ciertas novelas de Dickens o de Thackeray. El señor Patterson, el inolvidable tío Harry, salió en persona a abrirme, mientras afuera cruzaba un viento polar y la nieve se amontonaba en el suelo y lo hacía materia resbaladiza.

Al principio no me reconoció, pero luego lo envolvió un temblor nervioso; la voz apenas brotaba de su garganta y, a pesar del hielo, gruesas gotas de sudor salpicaron su frente. Subió corriendo las escaleras, con el objeto de preparar el ánimo a la tía. La impresión nos embargó a todos, luego de abrazarnos. Hablamos varias horas, hasta mucho después del obscurecimiento total, que llegó a las doce y envolvió al barrio en insondable manto de tinieblas. La muerte de mi padre, la suerte de los demás Latcham, la vida chilena, noticias de los últimos ingleses antañones (Old Timers) que conocieron aquí, la existencia novelesca de Manny (el Hombrecito), mi primo, que peleó en el Alamein, perteneció al Servicio de Inteligencia en Persia y ahora vivía en Alemania, fueron parte del rimero de hechos, de cosas, de anécdotas y recuerdos que desfilaron en tonos sombríos u opacos, con penumbras de ultratumba o con reflejos de alegría en tan inolvidable velada. Desde entonces, fui, cada vez que pude y mientras permanecí en Londres, a Highbury Crescent 18, utilizando los *busses* 19 y 30, que desembocan en Picadilly o en Marble Arch, puntos vecinos a los dos hoteles que ocupé en esa capital, el Park Lane y el Mount Royal.

Todo esto se confundiría con el tedio y la vanidad si no se hallara saturado de nobles experiencias y de un sentido novelesco. En un punto remoto del vivero urbano, alejado del West End, que alcanzó a ser testigo de la ascensión inverosímil de una familia adherida al destino de Inglaterra, los Chamberlain, se volvían a encontrar y soldar los eslabones rotos de una cadena de apellidos, repartidos en la capital y el sur de Chile, en Tacoma, en los Estados Unidos, y en Londres y Bristol. Dos guerras, algunas muertes, y formidables trastornos cósmicos se produjeron durante el lapso comprendido entre la salida del más famoso de los Latcham de la tierra natal, en 1889, y el retorno al suelo de los mayores de uno que recibió más de la herencia materna hispánica, que del solar anglosajón de sus abuelos, don Tomás Latcham y doña Victoria Adelaida Cartwright.

En Highbury disfruté de la paz familiar, de la atención prodigada por dos ancianos, desengañados y acongojados por un porvenir incierto, que vivieron agazapados entre bombas y esperando, por instantes, la desaparición del único hijo, nacido en Chile, que combatió en los desiertos africanos, acompañó a Churchill a la Conferencia de Teherán, recibió la misión de arrestar a Von Ribbentrop, cuyo pijama conservaban como una reliquia mis tíos, y todavía a Von Doenitz, al que detuvo en Alemania.

Yo sentí correr por mis venas lo que David Herbert Lawrence denomina "un palpitante circuito de sangre", mezcla de orgullo, de dormidos afectos, de tenues sentimientos, de poderosos presagios. Los Latcham de Bristol, unidos a los Patterson de Manchester, no significaban algo decorativo o superficial, como esos parientes arrancados a los museos de linajes, a los pergaminos com-

prados, a los soporíferos osarios del pasado, que muchos confunden con la nobleza. Aquí estaba viviente la Inglaterra agraria, de esos *farmers* de Bristol, entre los cuales un nieto de granjeros resultó un afamado sabio y vigoroso escritor, cuyo sobrino, hijo de un ingeniero de Manchester, se convertía de sargento en apuesto capitán, que desempeñaba misiones peligrosas al lado del conductor de la Comunidad de Naciones, Winston Churchill.

Crucé en dos oportunidades Alemania, por la zona Anglo-americana, sin encontrar a mi primo, situado en un punto no indicado en los mapas, denominado Baor, algo vecino a Erfurt. Luego estuve en Bruselas, el mismo día en que comenzaba allí una de sus vacaciones, pero nunca lo hallé y sólo por carta logré enterarme de lo que había hecho, después de tantos años sin vernos.

Transcribo un trozo suyo, novelesco y vivido, como esos relatos indirectos, ofrecidos por Conrad en sus narraciones. "Aunque la vida ha sido dura con nosotros durante los últimos tiempos, también hemos tenido una suerte extraña, por arrancarnos de todos los peligros y, por mi parte, librando ileso aunque ciertas veces creí que no me iba a salvar. Fui uno de los pocos ingleses que estuvo en Bir Hakeim con el General Kónig y las tropas francesas. Me sorprendió encontrar que un sesenta por ciento de los soldados bajo el mando de Kónig eran españoles, refugiados después de la lucha en España, contra Franco. Los franceses los habían aceptado como refugiados políticos, pero, por fin, los obligaron a enrolarse en el ejército africano, para economizar. Habían luchado contra el fascismo largos años en su patria y eran de los más decididos en esas circunstancias. Se sorprendieron de encontrar a un "gringo" que hablara en su propia lengua y por esto nos hicimos amigos durante unas cuantas horas desesperadas. No los vi nunca más al término de la campaña". Y más adelante agrega: "Escribo durante la última noche que paso en la casa de mis padres, antes de reanudar mi tarea. Por eso no seguiré con esta carta, la cual la he compuesto solamente para comunicarte, junto a los demás de Chile, el placer que me ha dado saber que todos nos recuerdan y que también se hallan bien. Como sabes, nuestros años aquí en Europa han sido solitarios y penosos para mis padres. Por eso tu visita nos ha traído algo que nos hacía mucha falta: el reconocimiento de que nuestra memoria todavía vive en el lugar donde nací".

El *Manny* ha sido una prolongación de los nuestros en el escenario europeo, por sus raíces españolas, a pesar de que es hijo de padre y madre ingleses. El pequeño cuadro familiar de Highbury apenas era interrumpido por escasas visitas y su miniatura semejava un conjunto de personajes de Somerset Maugham. La señora Gadney tocaba todas las noches, a eso de las diez, *Illo- viera* o *tronara*. Era una robusta anciana, tallada en madera arrancada de la vida misma, con todos sus sobresaltos, angustias y paradojas. Su rostro no exhibía muchas arrugas, a pesar de los setenta y tres años, que aún dejaban realzar un cutis que debió ser lozano, y que, como el de mi abuela materna, no recibió el retoque de los polvos de arroz. La señora Gadney trabajaba todavía en una oficina del West End y en la mañana acudía a sus menesteres por el *underground* de Highbury Corner. Tenía dos hijas, de las cuales proporcio-

naba referencias aisladas, casi automáticas, porque enredaron mucho sus destinos el amor y el infortunio. Una, la mayor, se casó repentinamente con un médico norteamericano, quien la abandonó, luego de haberle hecho un hijo. Pasaron los años y con idéntico y desaprensivo desdén, la llamó desde un aeropuerto y la invitó a seguirlo a los Estados Unidos. La muchacha metió unas mudas de ropa en su valija, se apoderó de su pasaporte y salió corriendo hacia Northolt. La otra hija era actriz en el Old Viv Theatre, de Londres, y tenía formidables disposiciones escénicas. La señora Gadney solía faltar a Highbury, previo aviso, y se alojaba en una pensión del West End, junto con la comedianta y una especie de marido, allegado a ella. De todo esto hablaba con parvedad, limitando sus aseveraciones a vagos signos, a determinadas circunstancias de un tiempo en que fue rica y tuvo un marido opulento, del cual se tuvo que separar en la India y retornar luego solitaria a Inglaterra. La Sra. Gadney hablaba un inglés clásico, con acento escocés (el mejor, según ella) y se daba a entender con jerárquica lentitud. Habitaba una mansión de viudas, de retirados del ejército, de pensionistas desolados y lúgubres, todos ellos residuos del esplendor imperial, yerto conjunto de ruinas, como las que se asomaban en las cuadras batidas por la *blitzkrieg*.

Highbury tenía sus sorpresas, diseminadas entre los *fields*, manchados por los futbolistas, o vivientes en las bulliciosas tertulias de los *pubs*, índices de la pujanza anglosajona. Un día nos mostró sus ropas de hilo, salvadas de las ruinas de una venerable casa, demolida por las bombas y situada al margen de Highbury Corner. Ahora se contentaba con menos, en su sórdida madriquera, contigua a una iglesia, pero alegre siempre en el verano por las piadas de los pájaros que saltaban entre las ramas del parque aledaño. Un equipo de existencias parecidas se agostaban lentamente en este barrio menos exiguo que su apariencia, pero el pesimismo no socavaba todavía los fundamentos de su estacionamiento en el mundo.

Para un sudamericano tales cosas carecían de sentido si no hubiera en su fondo algo universal, asido a las razones futuras de nuestra permanencia en la comunidad de las naciones civilizadas. En tan sombrío hormiguero sobrenadaba también un estilo de vida magnífico que correspondía a lo mejor que ha pulido el Occidente. Los ingleses se mostraban allí más humanizados que en sus estilizados disfraces del West End, en Picadilly, en Mayfair o Saint James Street, sitios de indolencia o esplendidez, que no traslucían el fervor y la emoción de la raza.

El tío Harry me enseñó a entender a Inglaterra y a sus líderes, a los *stamanship*, que a veces brotaban de las barriadas y de las minas de carbón, como antes surgieron de Eton College o de Cambridge.

Me faltaba todavía una experiencia en la tierra de mis antepasados pater-nos: la visita a Bristol, cuna de los mismos. Una tarde luminosa de mayo tomé un expreso en Paddington Station y, al cabo de tres horas, deslizadas por un pasaje de praderas afelpadas, me hallé a orillas del río Avon, que corre mansamente por el sitio donde se halla la metrópoli tabacalera, de la cual partió en 1497 John Cabot en el *Matthew*, rumbo a América. La ciudad gótica, con treinta de sus mejores iglesias, había sido literalmente demolida por los aviones

alemanes, en los días en que Hitler anunció fatuamente la desaparición de "la orgullosa Bristol". No encontré la calle del Vino (Wine Street), sitio estudiando por su localismo, teñido de poesía y medievalismo. Un letrero expresaba el recuerdo y la intención de reconstruir este plantel de *merchants*, marineros, vagabundos y licenciosos bebedores.

Bristol posee una alegría meridional, que sólo existe en Irlanda, por su sangre celta. Los borrachos y las mujeres del bronce de Bristol derraman sus instintos con liberalidad, a la sombra de una noche tibia, ya muy ajena a los rigores del invierno que me oprimió en Londres y en Oxford, a la llegada. Los más diversos estilos arquitectónicos y la variedad más barroca se asoma aquí en los barrios: góticos rincones, laberintos portuarios, vecinos al Canal, hoteles de lujo, decapitados por la metralla teutónica, colinas semejantes a las de Playa Ancha, en Valparaíso, anchas avenidas, rumorosas y alegres, lóbregas callejas en que la fragua del amor se enciende bajo el encanto luciferino de la noche palpitante, y barriadas industriales, teñidas por el humo de las fábricas. Bristol fue uno de los sitios de donde salieron muchos aventureros ingleses, camino de América, en los tiempos de John Cabot y más tarde. Tiene un sello distinguido, auténtico, prendido al mar y al río, que cerca de allí se enlazan y confunden a través de su unidad cósmica. Pero Bristol era algo más que eso para mí. De allí salieron mis abuelos, mi padre y mis tíos, en 1889, camino de Chile, para no volver más, con la sola excepción de dos del lote, al país natal. El simpático y trashumante tío Fred Latcham estuvo allí en un rápido paseo por Europa, pero regresó de nuevo a Chile, en cuya tierra descansan sus huesos. La tía Lou, la menor, es la señora que todavía vive en Highbury, unida para siempre al señor Patterson, de Manchester. Los otros parientes eran, para mí, un grupo del cual no se tenían noticias desde 1936, año en que murió la hermana mayor de mi padre, Victoria Beard, "The beloved wife of William Beard".

Las casas de Bristol están ocupadas por generaciones de habitantes, cuya permanencia se establece con pactos no escritos y se vincula a los nuevos allegados o parientes políticos. En 5, Plummer Street, a unos cuantos metros de Stapleton Road, viven los hijos de Victoria Beard y otros Latcham, de los que tenía una vaga referencia, a través de mi padre. Me recibieron con sorpresa, no exenta de curiosidad por lo americano. En el siglo pasado se desgajó otra rama del recio árbol familiar; un Latcham, de Inglaterra, se fue a los Estados Unidos y estableció hogar allí, primero en Chicago, y luego en Tacoma, en el Estado de Washington. La historia completa de estos avatares, de las fugas y extrañas neurastenias, alimentadas por el tedio insular y la idiosincrasia sin par de todos los parientes, será materia de un relato novelado, que deseo escribir antes de salir de este mundo, luego de enlazarla a la saga de animosas personalidades del clan sajón.

La guerra también respetó a Grace Harris, la prima de Bristol, a su hija Audrey, al primo Fred y a otros de los vecinos de Plummer Street. El primo Fred resultaba una desconcertante reproducción del tío Federico, muerto y enterrado en Santiago, después de vagabundear en un velero, enseñar filosofía en Vancouver y continuar la tradición agraria de la familia en Loncoche, en la provincia de Cautín.

Todo esto desfilaba por mi retina, mientras me servían té y me hablaban apresuradamente, sin salir del estupor expresado por una brusca aparición del repunte indiano de los *farmers* de un pueblecito denominado Latcham en la campiña de Bristol, vivero agrícola de los antepasados más remotos. El primo Fred anduvo también por el Africa, donde sirvió en el Octavo Ejército de Montgomery, pero nunca se encontró con el pariente Dennis Patterson, que soportó el infierno de Tobruk y vio moverse millones de piojos y pulgas en Bir Hakeim. La prima Grace Harris (tomó el apellido de su esposo) me habló con esa entrañada vaguedad británica de su marido, que la abandonó de súbito, al engancharse con otra mujer, una de esas viudas de guerra, probablemente, que hoy sobresaltan a los hogares del Reino Unido y a las cuales la tía Lou confundía con los emisarios del Apocalipsis. El amor, la guerra, los recuerdos se encadenaron y desenvolvieron después en pausadas horas, junto a una chimenea sin fuego, al lado de una mesa con té y sandwiches, mientras nos calentaba el verano naciente, vencedor y luminoso de Bristol. Un montón de personas, a las que recién conocía, oían mi desconcertante inglés y un perro me saludaba con su cola retozadora, cuando acechaba a una tetera humeante y a una Biblia, parecida a la de mi padre, que yo heredé, y que emblematisa para los Latcham, descendientes de puritanos, algo así como los anales de varias generaciones matizadas de soldados, marineros, clérigos protestantes, agricultores, científicos y hombres de letras.

Los Cartwright se enlazaron en esas evocaciones con mayor prestancia todavía; ellos magnificaron a Sir Thomas, el inventor de la máquina cardadora de lana, que atizó la revolución industrial de Inglaterra, en el siglo XIX, a una sólida galería de capitanes de navío, de misioneros cuáqueros y de mentores ideológicos. En cambio, los Latcham no tuvieron antes de nosotros grandes inquietudes intelectuales, por más que fueron cultos y relativamente letrados, con la excepción formidable de Ricardo Eduardo, mi padre, quien prestigió más a su patria en Chile que muchos altivos emigrantes de Gran Bretaña, fundadores aquí de linajes mercantiles y de orgullosos planteles de burócratas.

El encanto ambiguo de la noche bristolense se empezaba a insinuar en los primeros fanales encendidos en el Canal. Había que regresar, de nuevo por Stapleton Road, hacia el Hotel Royal, desde cuyas ventanas admiraba la esbelta y carbonizada silueta de Saint Mary Le Port, inmortalizada por los pinceles de John Pipe. Las parejas se perdían por las callejuelas ardientes; las ruinas escondían fugaces encuentros, gatos hambrientos, desesperadas solteras que salían a dar de comer y hacer orinar a sus perros entre las grietas.

Me acerqué al Canal y una música de gaitas, entreveradas con acordeones, se mezcló con la sonrisa deteriorada de una cortesana mancillada por la incuria y los cosméticos que apenas disimulaban su desmoronamiento físico.

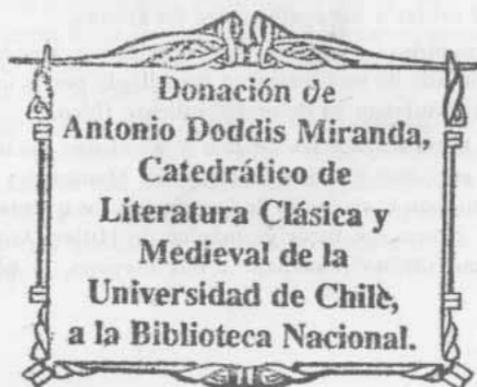
Pasaban esbeltas mujeres hacia los hoteles de lujo y los clubes nocturnos. Los borrachos daban voces y entraban y salían de los bares. Manzanas y manzanas, orillando el Avon, ostentaban el recuerdo de las bombas, las quemaduras siniestras, las huellas todavía frescas del furor germánico de Hitler. Antes de abandonar Bristol visité, como último homenaje a mis mayores, el plácido

recinto de Greenbank Cemetery, donde duerme el sueño eterno, entre otros parientes, mi tía Victoria Beard, nacida Latcham.

En su suave promontorio se extienden las tumbas, rodeadas de flores, por clarísimas avenidas, adornadas por los mercaderes prósperos o por los impávidos burgueses que exportaban tabaco, paños y productos industriales de sus factorías encaramadas frente al Avon y al mar. La piedra y el mármol se entremezclan sólidamente en los homenajes de los que edificaron una paz indestructible en los solares que hallé intactos, después de la amenaza alemana y de la crisis proveniente de una paz preñada de incertidumbre económica. Nada había cambiado allí entre los huesos de los que partieron y la presencia humana de los que sostenían la tradición familiar, sin excesivo orgullo ni tampoco embelesados por una falsa modestia. Los Latcham de Inglaterra proseguían su ruta y también yo podía tener algún consuelo al conocer sus inquietudes colectivas y sus esperanzas, amortiguadas por el martirio de esos días inolvidables de 1940 y 1941, en que saltaba la muerte vistiendo la forma de esquirlas o de bombazos anonadores.

El cementerio expresaba el fin de un ciclo vital y el camino de partida hacia otras generaciones, extendidas en las más remotas riberas del mar, mucho más allá de Newfoundland, descubierta por John Cabot y por cuyo suelo anduvo fantaseando el tío Federico en un barco maderero que concluyó su existencia en las playas de Concón. El verde intenso hería mi vista, todavía deslumbrada por el ancho panorama de la ciudad, dominadora y soberbia en su renacimiento planificado. Me despedía de Bristol y muy pronto de Inglaterra, acunada por sus navíos de guerra y los millares de vapores que percibí desde el avión, al salir de Northolt, camino de Lisboa y Dakar, rumbo a Santiago. Todo esto se deshilvanaba en mis sueños y lo único que siguió empapando el tejido de la memoria fue ese recinto, coloreado por las dalias y las tulipas, símbolo y cifra de lo que todavía me asocia a Europa, luego de haberme saturado de su incierta emoción, tan desolada como esos millones de tumbas que vi desfilar entre Belgrado y Lidice.

(De la antología *Poesía, Ensayo, Narración*, publicada por el Pen Club de Chile. Santiago de Chile, Ediciones Revista Atenea, Editorial del Pacífico, S. A., 1961. p. 169-179).



Separata del N° 408 de
Revista *Atenea*